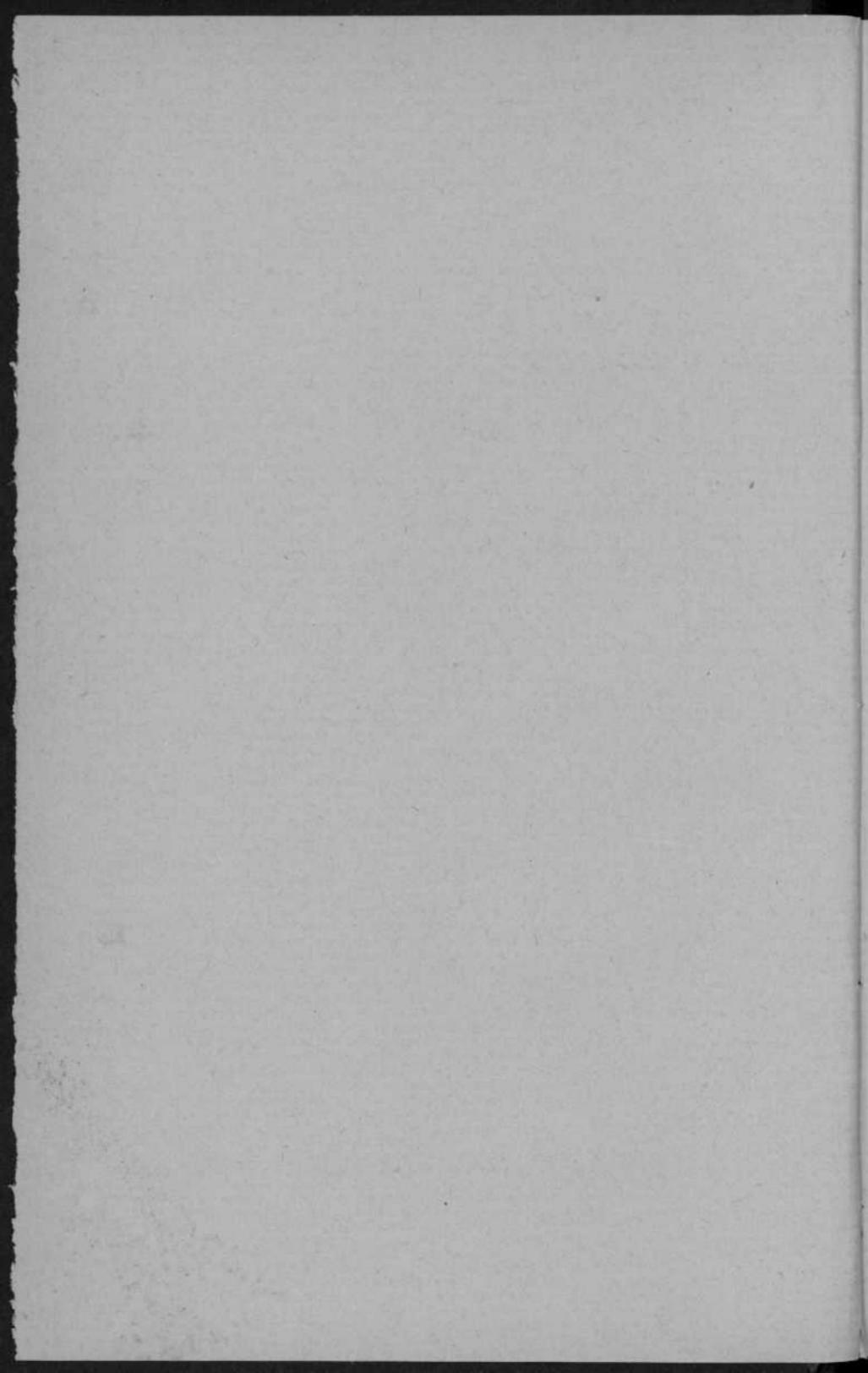


HISTORIA ANECDÓTICA DE EL DUELO



HISTORIA ANECDÓTICA

DE

EL DUELO

EN TODAS LAS ÉPOCAS Y EN TODOS LOS PAÍSES

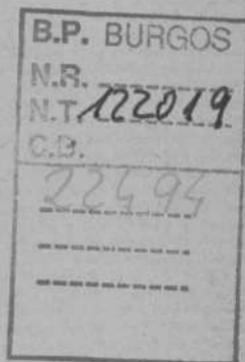
POR

EMILIO COLOMBEY

TRADUCCIÓN POR

LUIS DE TERAN

Secretario de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid.



MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

Calle de Fomento, núm. 7.

~~~~~  
ES PROPIEDAD  
~~~~~

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, 9.—Teléf. 3.020.

ALGUNAS PALABRAS SOBRE EL OBJETO DEL AUTOR

Nuestros lectores nos agradecerán que coloquemos al frente de este volumen las páginas siguientes;—vienen á ser, bajo su forma humorística, el prólogo natural de nuestro trabajo. Creemos haber escrito el libro indicado por Stahl.

Al lector incumbe el juzgar si lo hemos logrado. Hemos tomado de las fuentes más autorizadas todos los documentos que componen esta especie de enciclopedia del duelo. Si por acaso nos hubieran engañado alguna vez las aludidas fuentes, no hay para qué decir que estaríamos dispuestos á rectificar nuestros involuntarios errores; nuestro libro no será, pues, un libro de escándalo. Hemos omitido, de intento, la narración de todo lo que pudiera mortificar á contemporáneos.

La curiosidad maligna no sacará nada con leernos. Lo que ofrecemos al público, interesante á la cuestión del duelo, no es una crónica; es una historia, ó cuando menos, por ser más modesto, un repertorio anecdótico del duelo tal como se ha practicado en todas las épocas y en todos los países. Aun cuando el lector haya de encontrar en nuestra obra pasajes que le harán sonreír, y hasta que le causarán risa, no podríamos dedicarla á los curiosos que no quieren sino distraerse y divertirse, sino más bien á los legisladores que, algún día, sean

llamados á examinar esta interesante cuestión. No creemos haber perdido el tiempo si hemos preparado los materiales que deben servir para edificar la nueva ley.

E. C.

«Se recordará que el año 18... fué fecundo en desafíos literarios. Era la buena época del periodismo. El que tenía el honor de manejar la pluma debía al mismo tiempo saber manejar una espada. Consecuencia de esto era que, si entonces se batían algo más, se injuriaban tal vez un poco menos. X..., escritor de mérito, á quien la carrera administrativa ha arrebatado después prematuramente á las letras, había sido el héroe de dos encuentros desgraciados. Ya se sabe lo que esto quiere decir: salió de aquellos encuentros sin una rozadura; pero, después de haber herido gravemente á su primer adversario, mató al segundo.

»—Estaría bien en usted—le dijo un día uno de sus colaboradores, designado sin duda para la comisión de informes de la Academia de Ciencias morales;—estaría bien en usted, y mejor que en otro cualquiera, el reaccionar contra esa manía del duelo que transforma nuestras oficinas en salas de armas.

»X... se dejó tentar. Tenía delante unas cuartillas, cosa siempre peligrosa, y escribió al correr de la pluma, en un rincón de la mesa de redacción, el artículo que sigue, no olvidado tal vez por todo el mundo.

»EL DUELO

»Se ha hablado mucho en pro, en contra y sobre el duelo. Yo creo, sin embargo, que no se dirá nada que sea definitivo sobre un asunto tan discutido, mientras no se hayan reunido en un legajo único todos los documentos del proceso.

»Una historia anecdótica del duelo, desde sus orígenes hasta nuestros días, sería el único argumento sin réplica contra un prejuicio tan vivo. Yo quisiera que en el libro que imagino no se olvidase ningún género de duelo, desde el sangriento y feroz hasta el inocente y grotesco. La mísera nomenclatura de los duelos cómicos y burlescos sería ciertamente de tanta eficacia contra el duelo como la lista de los duelos bárbaros y dramáticos. Claro es que la costumbre del duelo se perpetuará por tanto tiempo como se deje creer á dos tontos que hayan ido al terreno para abrazarse y convidarse á almorzar, ó al tunante que acaba de matar á un hombre honrado, que han ventilado *¡un asunto de honor!* Una estadística exacta y bien hecha de todos los combates singulares—singulares es la palabra propia para la mayoría—no dejaría de demostrarnos, en efecto, que, con pocas excepciones, los duelos que no son odiosos caen por algún lado en el ridículo. Ahora bien: si alguna vez se ha de concluir con la inexplicable monomanía que pone la pistola en manos de personas que no tienen ningún motivo, y á menudo ningún deseo verdadero de batirse, tendrá que ser por el ridículo.

»¿Quiere esto decir que yo pretenda que el duelo haya de desaparecer completamente de nuestras costumbres? No; pero quisiera que fuese reglamentado.

»Quisiera que hubiese magistrados para el duelo, un tribunal de honor ante el que debieran comparecer las personas que tuviesen algún motivo poderoso para querer quitarse la vida. Ese tribunal, restaurado de los tiempos antiguos, pero acomodado al progreso de las costumbres, enviaría á batirse á aquellos á quienes una causa grave, cuando no legítima, pusiera la espada en la mano. Mandaría á paseo á todos los otros, imponiéndoles una multa ó, á falta de multa, algunos días de

cárcel por haber molestado al tribunal. Unos árbitros nombrados por ese tribunal deberían igualar las probabilidades del combate. No consentirían que un miope que no hiciese blanco sobre un buey á diez pasos tuviera que batirse, en condiciones de vergonzosa desigualdad para su adversario, contra un hombre diestro en el tiro. El transgresor de prohibición tal incurriría en un castigo severo é inevitable. Seguiría uno batiéndose, en una palabra, para vengar el honor de la mujer propia, de la hija, de la madre ó de la hermana; pero no para vengar el honor de señoritas que no tienen en estos asuntos nada que perder ni que ganar, y los duelos de capricho costarían tan caro, aun al mismo vencedor, que la costumbre acabaría por perderse. Desearía también que se tratara de impedir esas indignas escenas que, harto á menudo, sirven de preliminares al duelo de nuestros días, y que todo hombre culpable de una brutalidad, de una ofensa material respecto de su adversario, fuese declarado desposeído del derecho de empuñar la espada contra aquél. El hombre que se juega la vida en un combate deshonra su causa si le precede con una violencia. Lo menos que se ha de pedir entre franceses es que no se puedan matar sino cortésmente. El duelo así autorizado ofrecería mil garantías de que carece el duelo actual, siempre clandestino por algún concepto. Es una anomalía para la ley el prohibir lo que tolera: la justicia que cierra y abre los ojos á voluntad, deja de ser justicia.

»Ya que no podéis impedir el duelo, autorizadle, reglamentadle; no hagáis que personas habituadas á buscar los goces de la vida, vayan al encuentro de la muerte en las lamentables condiciones que son las del noventa y nueve por ciento de los duelos de hoy. Que deje uno de verse obligado á encajonarse con sus resentimientos y

sus padrinos en un simón antes de llegar á las manos, y marchar á ser estropeado torpemente, tras veinticuatro horas de reflexiones penosas, y con bueno ó mal tiempo, en apartados rincones, entre vetustos muros ignorados ó en el fondo de los bosques, lejos de toda mirada, de toda inspección y de todo socorro humano. En lugar de padrinos á menudo improvisados, y sin experiencia más á menudo todavía, que dan muy poca importancia casi siempre á la vida ó al honor de sus apadrinados, imponed á aquellos á quienes se sienten impulsados uno contra otro por un odio ciego, padrinos legales, verdaderamente imparciales y verdaderamente responsables; que la ley, en fin, asista á los combatientes y sea el verdadero testigo del combate.

»Tened, si es necesario, un campo cerrado especial, fuera del cual todo duelo sea juzgado como una tentativa de asesinato; no os olvidéis, como sucede con harta frecuencia, ni del médico, ni del cirujano, ni del lecho en donde el herido deberá recibir los cuidados necesarios, ni del notario que debe recoger las últimas voluntades del moribundo, ni del sacerdote que debe absolverle si, en su última hora, desea recurrir al ministerio de aquél. Que no quedè expuesto, en una palabra, á morir en un figón, ó á expirar en los atajos por donde se le ha de conducir ensangrentado á su morada, muerto por la incomodidad de un viaje intempestivo, tanto como por el hierro ó por el plomo.

»El legislador realiza diariamente milagros para poner á salvo los intereses materiales; que haga cosas muy sencillas para reglamentar los intereses morales. Regula los puntos de derecho con eficaz solicitud; que esa solicitud se extienda á los asuntos de honor, que son siempre infinitamente menos embrollados, y el número de duelos no tardará en disminuir. Todos los duelos que no lo son,

y, sin ser injustos con la audacia nacional, puede decirse que son la mayoría, todos los falsos duelos no tardarán, de esta suerte, en quedar suprimidos.

»El duelista, el espadachín perderá algo con esto; ¡tanto mejor! ¿Qué mal puede haber en que las espadas de la media docena de locos peligrosos que aspiran á merecer tal título se enmohezcan colgadas de un clavo, y que á esas cabezas desequilibradas se las obligue á obrar con mayor cordura? ¿Acaso constituye una gloria para Francia el que algunos de sus tipos puedan pelear impunemente en medio de la multitud pacífica?

»¡Ah! ¿quién es el que no ha tenido en la vida algún duelo inepto ó culpable, y á quien no pese semejante recuerdo?

»¿Qué hombre honrado se atrevería á quejarse por verse obligado á pensar dos veces una cosa antes de matar á su prójimo? Cuando nuestros hijos, al salir del colegio, no puedan, al ver pasar orgullosamente por nuestras calles un hombre abotonado hasta el cuello, de arrogante andar, de actitudes provocativas y guerreras, aun cuando no haya servido nunca en el ejército; cuando nuestros hijos, digo, no puedan ya decirse en voz baja, con la irreflexiva admiración que la juventud tiene por quien hace ostentación de su valor: «Mira, ese señor que pasa fumando su cigarro y tarareando una canción de ópera cómica, ha matado á tres hombres en desafío», ¿creeréis que tendrán una opinión menos elevada del verdadero valor? Tengamos, pues, el valor de decir en alta voz, para lo cual no se necesita mucho, que el duelo es un mal, y que, si curar ese mal es imposible, es conveniente por lo menos esforzarse en atenuarlo.

X...

«Este arranque contra el duelo, en el cual X... trató de decir á todos algo de lo que cada cual se contenta con

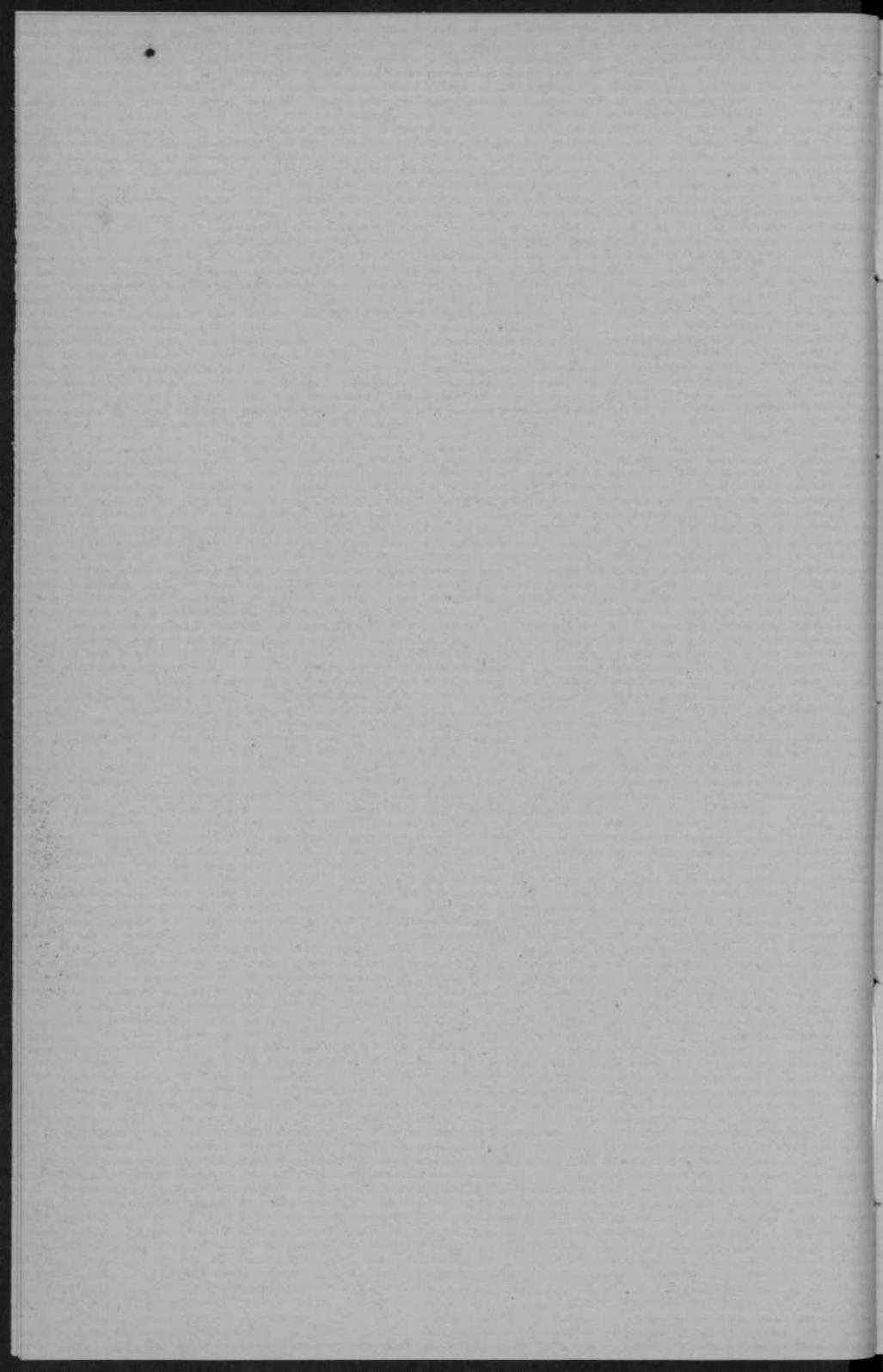
decir al oído, dió lugar á una polémica que concluyó por agriarse hasta el punto de que un diario de poca importancia, declarado en campeón del duelo, terminaba, algunos días después, su artículo con estas palabras: «Parece que el autor del artículo sobre el duelo está cansado de batirse».

»Y aquí viene ahora la moraleja del hecho que referimos. X..., picado en lo vivo y olvidándose de pronto de todo lo bueno que había dicho en contra de los duelos fútiles, provocó al redactor de aquella frase intencionada. Iba, pues, á volverse á batir, no para vengar á su madre, ó á su hermana, ó á su hija, ó á su mujer, únicos casos por él reservados, sino para vengarse él mismo, y por una frase que no hubiera debido molestarle, si una circunstancia especial, por completo independiente de su voluntad, no hubiera detenido el asunto.

»Tal vez no está fuera de lugar el decir que, si los duelos no son más frecuentes, depende de una cosa muy sencilla, que quizás no ha sido bastante notada hasta aquí: es que, para batirse en duelo, es indispensable que haya dos, digo dos, animados por un deseo igual de cortarse el cuello, y los duelos en los que semejante necesidad es experimentada únicamente por uno solo de los adversarios, son mucho más numerosos. Esto es lo que sucedió en la ocasión citada: el adversario de X... rehusó denodadamente el combate. Añadamos, en descargo suyo, que ese adversario resultó que gastaba enaguas: era una vieja verde que metía gustosa su prosa en lugares en donde maldita la falta que hacía.

»¿De qué sirven, pues, las teorías contra el duelo, puesto que el menor hervor de la sangre puede reducir las á la nada en los cerebros mejor organizados?»

P.-J. STAHL.»



HISTORIA ANECDÓTICA DEL DUELO

I

Origen del duelo.

¿El duelo es de origen antiguo ó de invención moderna? Pregunta es ésta que se hace á menudo y es contestada de diferentes maneras, á pesar de su sencillez.

Pretenden algunos—es llevar las cosas un poco lejos—que Caín no fué más que un duelista afortunado. Abramos la Biblia de Lemaistre de Sacy, y leamos. «Ahora bien: Caín dijo á su hermano Abel: Salgamos fuera. Y cuando estuvieron en el campo, Caín se arrojó sobre su hermano Abel y le mató.» Esta invitación de salir, sería también en nuestros días la fórmula de una provocación en regla. Los dos hijos de Adán van al campo como se va al terreno. Si Caín se arroja sobre Abel, no prueba esto más que una cosa, que ataca el primero; pero nada prueba que Abel no se defiende. Únicamente tiene la torpeza de defenderse *muellemente*; la palabra es de Basnage. Si muere, es que la suerte le es contraria.—Damos esta interpretación por lo que valga.

Antes de seguir adelante, convendría ponerse de acuerdo sobre la significación de la palabra duelo.

Juan de Liniano le define: «Un combate de hombre á hombre, convenido por ambas partes para lavar una injuria, satisfacer el honor ó un odio».

Y Bonacina: «Un combate singular, convenido entre dos partes espontáneamente y mediante ciertas condiciones, con probabilidades de muerte, de herida grave ó leve».

Conocidos son los elocuentes apóstrofes de Rousseau contra el duelo:

—¡Guardaos—exclama—de confundir el nombre sagrado del honor con ese prejuicio feroz que pone todas las virtudes en la punta de una espada, y no sirve sino para formar audaces foragidos!

—Jamás he contado—ha dicho Napoleón—con un duelista para una acción brillante.

Y Dupin:

—El duelo es el estado salvaje; no es el derecho, sino la razón del más fuerte y del más diestro, y á veces del más insolente.

—Yo sé—dice por su parte Lamartine—que se necesita más valor para rechazar un duelo que para aceptar diez. En un país en donde el honor es máspreciado que la vida, la ley debe suplir el valor que se necesita para semejante negativa. Debe asustar con castigos reales, con multas ruinosas, á los provocadores y á los padrinos.

Lamartine se inspiró en este pasaje de Bentham: «Si el legislador hubiese aplicado siempre convenientemente un sistema de satisfacción, no se hubiera visto nacer el duelo, que no ha sido ni es todavía sino un suplemento á la insuficiencia de las leyes».

La antigüedad no conoció el duelo propiamente dicho. Sus combates singulares no son más que episodios de guerra. David y Goliath continúan la lucha entablada entre los judíos y los filisteos. Aquiles, peleando con Hector y con Paris, no es sino la Grecia peleando con Troya. Turno y Eneas, Etocles y Polinice, al disputarse los primeros la mano de Lavinia, los segundos el trono

de Tebas, tenían un ejército detrás de ellos. Así también, Pitaco y Firnon; los Horacios y los Curiacisos; Manlio Torrenato, Valerio Corvo, Claudio Marcelo—y los jefes galos; Escipión, el segundo africano, y el gigante español.

Ninguno de estos encuentros tiene semejanza con el duelo: nada de reglas; se trata de salir como se pueda, si no por la fuerza ó por la habilidad, cuando menos por la astucia. Pitaco, para no citar más que un nombre, arroja á la cabeza de su adversario una red que había escondido bajo su escudo, y alcanza así una fácil victoria sobre el general ateniense. He aquí cómo obra uno de los Siete Sabios de Grecia. Lo importante es triunfar; solamente deshonra la derrota. Por lo demás, se acepta ó se rehusa un desafío, á voluntad. Antígono el Cíclope provocado por Pirro, César por Marco Aurelio y Metelo por Sertorio, responden sencillamente:

—No estoy cansado de vivir.

Popedio Silo dice á Mario:

—Si eres tan gran capitán como se pretende, sal de tu campo y ven á la batalla.

—Pues tú mismo—replica el otro,—si eres gran capitán, obligame á salir y acudir á la batalla á pesar mío.

¿Qué hace Aquiles cuando le es arrebatada Briscis, la hermosa cautiva?—Permanece enfurruñado en su tienda.

¿Y el valeroso Ajax, derrotado en el consejo de guerra por la astucia de Ulises?—Descarga su cólera sobre un inocente rebaño, al que persigue espada en mano, y concluye por volver la punta contra sí mismo.

Conocida es la frase de Temístocles á Euribiades, jefe de los lacedemonios, al levantarle la mano, y la sangre fría ultraestoica de Licurgo, al recibir, sin pestañear, un palo que le vació un ojo.

La historia romana está llena de ejemplos análogos, los cuales prueban plenamente que, en toda la antigüedad, estaban lejos de comprender los asuntos de honor como hoy los entendemos.

Julio César no piensa en manera alguna vengarse de las acusaciones formuladas contra él por Catón, en lo concerniente á su secreta complicidad con Catilina.

Atravesado de parte á parte por los dardos lanzados por Cicerón contra los estoicos, en su arenga para Murena, Catón se contenta con decir:

—Tenemos un cónsul muy gracioso.

Antonio se venga de las *Filípicas*, no con su espada, sino con el puñal de los sicarios.

El hijo de Cicerón, en un festín, tira una taza á la cabeza de Agripa, el favorito de Augusto y verdadero vencedor de Nautacia y de Acio, y la única consecuencia del hecho es una oda de Horacio, la XXVII del libro I:

*Natis in usum lætitiæ scyphis
Pugnare, Thracum est...*

Cuando quiere uno desembarazarse de un enemigo, el asesinato es el único medio usado, lo mismo que en las primeras edades del mundo. Es el procedimiento de Moisés al matar un egipcio después de haber mirado previamente en rededor, como dice ingenuamente el Éxodo, para asegurarse de que no había nadie.

Si los antiguos no conocieron el duelo, tenían sin embargo ejercicios públicos que eran una imagen de aquél.

Los griegos tenían la lucha, el pugilato y el *pancratium*.

La lucha era un combate cuerpo á cuerpo, que terminaba cuando era derribado uno de los adversarios.

Los luchadores estaban desnudos, untados con una capa de aceite mezclado con polvo.

El pugilato, como su nombre lo indica, era un género de boxeo. Armados de cestas, especie de guanteletes guarnecidos de placas de hierro, de plomo ó de estaño, los atletas tiraban á dar en la cabeza: el arte supremo consistía en desfigurar, en saltar un ojo ó romper una quijada. A menudo continuaba el juego hasta que ocurriera una muerte. Los ingleses no han inventado nada peor en este género.

El *pancratium* participaba de la lucha y del pugilato. Era, puesto que ejercicio hay, un ejercicio de los más bárbaros y complicados. Todos los medios eran buenos para vencer. Poníanse á contribución los dientes y las uñas. Se arañaban, se desgarraban, á quien podía más; y el vencedor estaba seguro de recibir los aplausos de toda la Grecia.

Se ha dicho que se necesitarían muchos duelistas para hacer un buen soldado. Los atletas gozaban de la misma fama. Alejandro Magno, al contemplar en Mileto una porción de estatuas de luchadores coronados en los juegos olímpicos, exclamó:

—¿En dónde estaban, pues, estos hombres valientes cuando los persas sitiaban á su ciudad?

Los juegos gímnicos de los griegos degeneraron entre sus plagiarios, los romanos, en horribles matanzas. Se vió bajar al circo hasta seiscientas parejas de combatientes. Según los cálculos de Justo Lisipo, más de veinte mil hombres perecieron, en el espacio de un mes, bajo la espada de los gladiadores ó la garra de las fieras. Los que reulaban eran empujados al combate por los esclavos, provistos de látigos ó de barras de hierro candente. Y los espectadores, que á veces alcanzaban la cifra de cien mil, les llenaban de improperios.

II

Historia del duelo.—El juicio de Dios.—Padrinos y ahijados.—Los procuradores antiguos.—Proceso perdido, muñeca cortada.—Colgado ó quemado.—El Concilio de Valencia y Luis IX.

En el corazón de Europa, en Germania, fué donde nació el duelo. Allí es donde se encuentran sus primeras manifestaciones. «Los germanos, dice Montesquieu, que jamás habían sido dominados, gozaban de una independencia extraña: las familias se hacían la guerra con asesinatos, robos, injurias. Se modificó tal costumbre reglamentando las guerras. Se hicieron éstas por orden del magistrado, lo que era preferible á una licencia general para perjudicarse.» El punto de partida del duelo es el juicio de Dios. Los germanos tenían la fe de su barbarie. Tácito lo hace observar en estas palabras: *Deo imperante quem adesse bellantibus credunt.* — Y nosotros no tenemos derecho á encogernos de hombros, puesto que aún empleamos este impío vocablo: «el Dios de los ejércitos».

La invasión de los germanos implantó en las Galias el duelo judicial. Este combate se verificaba en un campo cerrado, alrededor del cual se tendía una cuerda para contener á la multitud. Los combatientes, antes de llegar á las manos, se sentaban en dos sillas forradas de negro, y luego, después de cumplidas algunas prácticas religiosas, juraban que no habían invocado en su favor sortilegio alguno. Pero no se prestaba fe á su juramento sino después de haberlo comprobado con una inspec-

ción de las más minuciosas. Les repartían en seguida, en igual medida, el espacio, el viento y el sol. El juez de campo abría la lucha exclamando: «¡Dejad marchar á los buenos campeones!»

El campeón que había provocado al otro le arrojaba un guante, que el último recogía, para indicar que aceptaba el desafío. Elegían uno ó varios *padrinos*, los cuales, en un principio, no eran más que simples testigos, pero que más adelante hubieron de tomar parte en la lid para sostener á sus *ahijados* ó vengar su muerte.

Las armas de los gentilhombres eran el espadón, la coraza, el escudo y la lanza, cuando peleaban á caballo. Los villanos no podían emplear más que el palo.

Terminado el combate, el vencedor se dirigía á la iglesia para dar gracias á Dios, y á menudo colgaba en el templo, á modo de *exvoto*, los despojos del vencido.

Cuando se trataba de una mujer ó de un eclesiástico, el combate se realizaba por procurador. Los procuradores de entonces no tenían, como se ve, nada de común con los nuestros. Eran hombres de espada, que corrían aventuras de toda especie. Si eran vencidos, se les cortaba la muñeca. Así es que no hay para qué decir el calor con que defendían los intereses de sus clientes.

Esto en cuanto á los asuntos civiles. En materia criminal, los que perdían el proceso, ya por sí mismos, ya por procurador, eran colgados ó quemados. El papel del procurador había terminado. En el primer término de la escena se alzaba una horca ó una hoguera que esperaba á su presa.

Gondebaud, rey de los burguiñones, fué el primero en introducir en el Código el uso del combate judicial. Su ley, promulgada en el año 501 y bautizada con el nombre de *ley Gombeta*, está así concebida: «Hemos observado con pena que la terquedad de los pleiteantes, y

un censurable instinto de codicia, han corrompido entre nuestros súbditos la administración de justicia, hasta el punto de que, por lo general, no se teme prestar juramento sobre cosas que se ignoran, ó ser perjuro respecto de las que se conocen. Queriendo destruir tan criminal costumbre, ordenamos, por la presente ley, que siempre que se entable un pleito entre gentes de nuestros dominios, y el defensor ó el acusado haya ofrecido negar con juramento que deba lo que le pidan, ó que haya hecho lo que le imputan, termine la cuestión de la siguiente manera: queremos que si la parte á la cual se haya ofrecido el juramento lo rechaza, y declara, confiada en la verdad de su afirmación, que su adversario puede ser convicto por las armas, no nieguen los jueces el combate.»

Trescientos años después, Carlomagno admitía igualmente la prueba por el combate. «¿No vale más, decía, permitir que se recurra al palo en campo cerrado que dejar que se cometa secretamente un perjurio?» Sin embargo, en unas capitulares del año 805, toma medidas adecuadas á evitar la efusión de sangre. Ordena á sus funcionarios que encaminen todos sus esfuerzos á calmar los odios privados. Y en caso de que dichos funcionarios fracasaran, entiende que las partes sean conducidas ante el trono. El mismo emperador hará la última tentativa; y si, después de haber llegado á una reconciliación, se cometiera una muerte, el culpable perderá la mano por perjurio.

Señalemos también, como indicios de reacción, dos cánones del Concilio de Valencia, celebrado en 855. «Como sucede harto á menudo, está allí escrito, que de una rivalidad de juramentos se pasa á combates á mano armada, en los que, por un cruel sarcasmo, se dan en espectáculo, en el seno de la paz, los sangrientos resulta-

dos de la guerra, ordenamos, con arreglo á las antiguas observancias de la disciplina eclesiástica, que aquel que se haga reo, en semejante combate, de homicidio ó de heridas graves, sea expulsado, como un pérfido asesino, de la comunión de los fieles, hasta que haya expiado su crimen con una justa penitencia. Queremos igualmente que el que haya sucumbido sea considerado como si hubiera atentado voluntariamente contra su propia vida; que su nombre no se pronuncie en la celebración de los santos misterios, y que su cuerpo, conforme á los antiguos decretos de la Iglesia, sea conducido á la sepultura sin canto de salmos y sin oraciones.» El emperador Lotario, en respuesta á la resolución del Concilio, dictó medidas para aumentar el número de combates singulares. Una de sus capitulares exige que, en caso de declaraciones contradictorias de los testigos, vengan éstos á las manos, para que el Cielo decida de parte de quién está la mentira. ¡Cuántas torpezas se han amparado con el nombre de Dios!

Hasta el reinado de Luis IX no sufrió cortapisas esa legislación bárbara. En dicha época el combate judicial cesó, aun en las cortes de baronía, de ser una forma corriente de procedimientos. Quedó proscrita cuando la culpabilidad ó la inocencia del acusado era manifiesta. Fué reservada para los casos dudosos, y el campo era, desgraciadamente, todavía demasiado vasto.

Felipe el Hermoso continuó la obra de San Luis. Aprovechó la guerra con los ingleses para publicar, en 1296, un decreto por el cual prohibía las querellas privadas y los combates judiciales mientras durase «la guerra del rey». Renovó, en 1303, las mismas prohibiciones. Su edicto de 1306 abolió, en materia civil, el uso de la prenda de batalla, y lo restringió á cuatro casos en materia criminal. Era preciso que el cuerpo del delito

fuese cierto; que el título de la acusación fuese capital; que la culpabilidad no pudiera ser probada por las vías ordinarias; por último, que las presunciones de la causa concurriesen á establecer una prueba irrecusable.

Luis X, bajo la presión de la nobleza, dió un impulso retrógrado á la legislación. Publicó, en Mayo de 1315, un decreto que resucitó el combate en materia civil. Pero el derecho público del reino estaba harto sólidamente afianzado sobre los cimientos puestos por Felipe el Hermoso, para que pudiesen conmovérle derogaciones accidentales.

El poder real, consolidado y sin que tuviera ya nada que temer de los antiguos rivales de la Corona, tomó todas las medidas conducentes á impedir que aquéllos guerreasen entre sí. Pero estas conmociones intestinas duraron hasta el último día del feudalismo; «ó, más bien, dice Cauchy, la guerra privada ha sobrevivido al estado social que la vió nacer, y cambiando, como nuevo Proteo, de forma y de figura, ha penetrado, bajo el nombre de duelo, en el seno de una civilización mayor que nunca.

»¿Cómo, en efecto, añade el mismo autor, no reconocer en esas *desconfianzas recíprocas*, en esas *venganzas* y *contravenganzas* de que hablan las Ordenanzas, el origen de los carteles de desafío, cuyo carácter propio, como el de las guerras privadas, es eludir la intervención de la justicia?

»Si el duelo moderno no fuera otra cosa que una transformación del combate judicial, ¿por qué los carteles no han sido usados durante nuestro tiempo sino por aquellos que tenían la profesión de las armas?

»El guante de desafío era un procedimiento abierto á los pleiteantes de todo rango. Villanos, caballeros, burgueses y nobles, podían ser admitidos por el juez á

batirse en campo cerrado. Las guerras privadas, por el contrario, han sido siempre privilegio exclusivo de la nobleza. «Únicamente el gentilhombre puede guerrear», dice Beaumanoir.

»En los siglos de pleno feudalismo, los señores salían á campaña al frente de una tropa de *gentes de armas* y de *arqueros* para apoderarse *sin justicia* de los bienes y personas de aquellos que les habían inferido alguna ofensa. Cuando ya no tuvieron gentes de armas para ejecutar sus venganzas, les fué preciso limitarse á nombrar testigos ó á desafiar personalmente á su enemigo; y así como en las épocas de incursiones á mano armada había quienes se mostraban poco difíciles en la observancia de las reglas de la guerra, hubo después quienes se contentaban, en la infancia de las reglas de los asuntos de honor, con matar á su enemigo por mano de verdaderos sicarios» (1).

La filiación indicada por Cauchy nos parece especiosa. El duelo moderno obedece al mismo móvil que las guerras privadas de otros tiempos: á esa necesidad de lucha que constituye el fondo de ciertos temperamentos. Pero no tienen más de común. El verdadero origen del duelo, lo repetimos, es el combate judicial, del cual es una reducida imagen; las formalidades que le rodean son un resto del complicado formulismo del último.

(1) *Du duel considéré dans ses origines*, t. I, págs. 96-97.

III

Jacobo Legris y Juan de Carronge.—El duelo sucede al combate judicial.—Nicolás de Moüy y Justo de Tournon.—El señor de Menneton y el señor de Bauché.—Guillermo de Furstemberg y el señor de Vassé.—Zerbulo y Lalande.—Veniers y Harzai.—La Chataigneraye y Jarnac.—Golpe de Jarnac.

Á partir del siglo XIV, son raros los combates judiciales. No se cuentan más que cuatro durante un período de cien años.

Se cita especialmente el de 1385, que se verificó entre dos caballeros normandos, detrás de la iglesia de San Martín de los Campos, en presencia de Carlos VI y de toda la corte. Jacobo Legris fué acusado, por la mujer de Juan Carronge, de haberse introducido por la noche, con el rostro cubierto, en su castillo, y haber abusado de la ternura de ella hacia su marido, que había marchado á Tierra Santa, y cuyo regreso esperaba. Él protestó de su inocencia, y, á petición de Carronge, el Parlamento declaró que se imponía el duelo. El juicio de Dios fué desfavorable á Legris, y remataron al vencido colgándole de la horca del campo cerrado. Algún tiempo después, en el momento de expiar otros crímenes, un malhechor se confesaba culpable del odioso acto que motivó el duelo.

Á consecuencia de tan cruel error, el Parlamento rechazó sistemáticamente todas las demandas de desafío. Los que lo deseaban siguieron entonces otro camino: se dirigieron directamente al soberano. Esto es el fin de

los combates judiciales. Ya no se trata de ejecutar un juicio de Dios, sino solamente de obtener satisfacción por uno de esos ultrajes que afectan á lo que se llama el honor. En una palabra, ha nacido el duelo.

Los tribunales de honor, tan sólidamente organizados en el siglo XVII, aparecen en germen bajo Luis XII y Francisco I.

En 1508, dos hidalgos, Nicolás de Moüy y Justo de Tournon, que se querellaron en el ejército de Saboya, «reunieron gentes de armas sin autorización del rey y contra su prohibición». Luis XII, para juzgar el asunto, convocó á los principales personajes de la corte, al canceller, al legado, á dos cardenales y cierto número de prelados. Justo de Tournon fué condenado «á dar cumplida satisfacción, tanto al rey como al señor de Moüy, en la forma siguiente, á saber: pedir perdón al dicho señor, de rodillas, descubierta la cabeza, diciendo que loca y temerariamente, irreverentemente y mal meditado, y mal aconsejado, dió un bofetón ó puñetazo al hidalgo de Moüy, en la tienda y en presencia del duque de Languerville, estando al servicio del soberano en el ejército de Suiza; y hecho esto, dirigirse hacia el citado de Moüy, y con una rodilla en tierra, pedirle perdón por haberle pegado locamente, temerariamente, mal meditado y mal aconsejado, el dicho bofetón». Justo de Tournon fué, además, suspendido, durante tres años, de empleo y grado, y desterrado de la corte por el mismo lapso de tiempo.

En 1518, Jacobo Rosny, señor de Menneton, acusaba á Francisco de Cravant, señor de Bauché, «de haberle jugado una mala y cobarde partida: de haberle ido á buscar dos veces, con gran acompañamiento de gentes armadas, sin advertírselo». Añadía que, si consentía en encontrarse á solas con él, estaba dispuesto á responder

en el terreno de sus imputaciones. Bauché alegó «que le estaba prohibido tener ningún combate con su enemigo, salvo delante de su señor». Rosny, «comprendiendo que no obtendrían autorización para batirse en Francia», pasó al principado de Sedán y pidió al conde de Lansarck, á la sazón en guerra con el rey, licencia para habérselas en sus dominios, en campo cerrado. Obtenida la autorización, se lo participó á su adversario y le invitó á Sedán á ventilar su querella, pero Bauché respondió con un fino no ha lugar. Francisco I encargó al condestable de Borbón que terminase el asunto. Bauché fué, en consecuencia, citado á comparecer ante el juez designado por el rey, y se dejó condenar en rebeldía.

Cuando se concedía el permiso para el combate, lo publicaba, en nombre del rey, un heraldo de Francia. Esta forma revistió, en 1540, un cartel enviado al conde Guillermo de Furstenberg por el señor de Vassé. El conde declinó el desaffo, bajo pretexto de que Vassé era un noble de baja alcurnia.

Escipión Dupleix, en sus *Leyes militares concernientes al duelo*, nos presenta á la monarquía presidiendo los combates singulares é interviniendo en ocasiones. Cuando el cetro era arrojado á la arena, cesaba la lucha. «Este lanzamiento del cetro, dice Brantome, que sus majestades tenían en la mano y lo arrojaban, llevaba en sí una ley tan rigurosa, que en cuanto era lanzado, ningún combatiente, bajo pena de la vida, continuaba adelante, sino que se contenía inmediatamente; y al punto los jueces, mariscales y guardas de campo intervenían, dando todo por terminado». Escipión Dupleix relata dos ejemplos de esta alta intervención: el de Carlos VIII separando á los Sres. Zerbulo y Lalande, que «habían llegado furiosamente á las manos», y Francisco I poniendo

fin al combate entablado entre los Sres. Veniers y Harzai, gentilhombres de Berry.

En el siglo XVI los duelos eran ruidosos, como por ejemplo, el de La Chataigneraye y Guy Chatot, más conocido con el nombre de Jarnac. El altercado databa del reinado de Francisco I. La Chataigneraye dijo algo que fué desmentido públicamente por Jarnac. Se había pedido al rey permiso para el combate, y el rey se había opuesto á que el asunto terminase por medio de las armas. Enrique II, cediendo á las instancias de los dos señores, concedió lo que su antecesor negara.

Citemos una juiciosa observación de Esteban Pasquier. Antes, dice, cuando se lanzaba una acusación, «el demandado estaba obligado á defenderse con un mentís», y, al hacer esto, «no perdía su calidad de demandado; por el contrario, añade Pasquier, si yo imputo hoy algo á un hombre y me desmiente, paso desde luego á ser el ofendido, y es preciso que, para limpiar el ultraje, sea yo el que desafíe, de manera que mi enemigo pasa á fundarse en la defensiva, teniendo una gran ventaja sobre mí, porque, desempeñando el papel de demandado, tiene la elección de armas, y yo solamente la del terreno, y puede ejercitarse en las armas que le plazcan, con las que me coge de improviso el día del combate; y esto es lo que vimos en el combate de Jarnac y de La Chataigneraye».

Jarnac abusó mucho de tal ventaja. «Mandó, refiere Brantome, á mi difunto tío el señor de la Chataigneraye, que se proveyese de treinta clases de armas de á pie y de á caballo, y llegó hasta nombrar los diferentes tipos de caballos, como de carrera, españoles, turcos, berberiscos, rocines, rabanes enjaezados, unos á la jinetea, otros á la mantuana, como se decía entonces; otros con grandes sillas de armas y grandes bardas y sillas rasas; todo ello hecho, tanto para sorprender á su ene-

migo como para hacerle gastar con exceso, y hacerle que consumiera y disminuyese su fortuna; de suerte que, si mi dicho tío no hubiese tenido medios propios, y no le hubieran ayudado el rey, su excelente amo, y sus amigos, se habría arruinado, lo que, ciertamente, era un gran abuso. Así fué que mi tío, cuando recibió el cartel, dijo: «Jarnac quiere combatir mi espíritu y mi bolsa». Los preparativos del campo se hicieron con una pompa excesiva. En San Germán se desenlazó aquella antigua cuestión, en presencia del rey, de toda la corte y de una inmensa concurrencia de pueblo. La Chataigneraye, que pasaba por un quimerista completo, hizo preparar una fiesta verdaderamente regia para celebrar una victoria que juzgaba segura. Pero no contaba con aquel famoso golpe, llamado «golpe de Jarnac», que, rompiéndole una corva, le hizo caer á los pies de su adversario. Furioso con su derrota, se negó á confesarla y murió en un transporte de rabia. Enrique II, que tenía por La Chataigneraye una afección especial, juró sobre su cadáver no volver á dar permiso para los combates.

Saint-Tavannes, que escribía á principios del siglo XVII, pretende, en sus *Memorias*, que los combates singulares, desde el primer edicto que se lanzó contra ellos, arrebataron á seis mil caballeros.—Cuanto más apretaban el bozal al monstruo, tanto mayor era el número de víctimas. Casi se había llegado á echar de menos los combates judiciales, con los cuales siquiera había economía de sangre.

IV

Carlos de la Roche-sur-Jou y Francisco de Audelot.—Châteauneuf y Lachesnaye: pupilo contra tutor.—Achon y Matas.—La moral de la época.—Ivoy-Geulis y Bordes.—El capitán de Raucé y Laurent de Mangiron.—Bueil y Loë.—El duelo penado con la muerte.—Decreto de 1566.—Leña al fuego.—El caballero de Reffuge y un gentilhombre normando.—El señor de Geusac.—El barón de Vitaux y sus leones.

Enrique II cumplió su juramento; pero se prescindió de la autorización real, y el duelo se hizo moda. Dió el ejemplo un príncipe, Carlos de la Roche-sur-Jou, hermano del duque de Borbón Montpensier, el cual, yendo de caza, tuvo unas palabras con Francisco de Audelot, hermano del almirante de Coligny. Sin más requisitos, echaron mano á la espada, y el príncipe fué herido.

Brantome menciona un duelo, que hubo de verificarse á fines del reinado de Enrique II, entre un joven llamado Châteauneuf, y Lachesnaye, su tutor, un anciano de ochenta años. La cita era en la isla Louviers. Cuando estuvieron frente á frente, Châteauneuf, apostrofando á Lachesnaye, le preguntó si lo que le atribuían haber dicho había salido realmente de su boca. El anciano lo negó bajo su palabra de caballero.

—Estoy satisfecho—dijo Châteauneuf.

—Yo no—replicó Lachesnaye;—porque ya que me he molestado con venir aquí, quiero batirme. ¿Qué dirían tantas personas como nos contemplan á uno y otro lado del agua al ver que habíamos venido á este sitio para

hablar y no para batirnos? Padecería demasiado nuestro honor. Así, pues, luchemos.

Y esgrimieron la espada y la daga.

Mientras tiraban, exclamó Lachesnaye:

—¡Ah, cobarde! ¡Estás armado (*acorazado*)! ¡Ah! te atraparé de otra manera.

Y comenzó á tirar á la cabeza y á la garganta. Pero no tardó en recibir, á través del cuerpo, una estocada que le arrojó moribundo al suelo.

El advenimiento de Francisco I fué señalado por un encuentro que tuvo un desenlace igualmente trágico. Achon, llamado Mouron, y Matas, hombre avezado en el ejercicio de las armas, en ocasión de acompañar al rey á una cacería de venados, en el bosque de Vincennes, se trabaron de palabras y se dirigieron á un lugar apartado á cruzar los aceros. Matas no tardó mucho tiempo en desarmar á Achon.

—Vaya, joven—le dijo entonces con tono paternal,—aprende otra vez á sostener mejor la espada y á no atacar á un hombre como yo. Recoge tu espada, vete, te perdono, y que no se hable más del asunto, criatura.

Y diciendo esto, se dirigió tranquilamente á montar á caballo. Pero Achon, que ardía en deseos de vengar su afrenta, se precipitó sobre Matas y le mató. «Y no hubo más, dice Brantome, porque Achon era sobrino del mariscal de Saint-André, y el otro, pariente de la Valentinois (Diana de Poitiers), la cual, con la muerte de Enrique II, había perdido todo su valimiento, á no ser que la muerte del pobre Matas fué sentida, porque era bravo y galante. Sin embargo, fué muy censurado, hasta por el difunto señor de Guisa el Grande, como yo le oí, por haber despreciado así las armas y la buena suerte que le había puesto en sus manos á su enemigo, y por haberle perdonado para que le matase... Es pre-

ciso también que los bravucones y espadachines que se las han visto con grandes tiradores no abusen de su suerte y mimen á un joven que empieza; porque Dios se cansa.» No se puede ser más acomodaticio.

Algún tiempo después, otros dos gentilhombres, Ivoy-Geulis, y Bordes, sobrino del mariscal de Baurdillon, acudían al terreno y se herían gravemente, sin incurrir más que en una reprimenda del mismo señor de Guisa el Grande.

Se citan, sin embargo, dos cuestiones cuyas consecuencias fueron evitadas por Francisco II: la primera había surgido, durante el reinado anterior, entre el capitán de Raucé y Laurent de Mangiron, el padre del menino de Enrique III; la segunda se suscitó entre dos señores de la corte: Bueil y Loë. Ésta revivió al día siguiente de la muerte de Francisco II.

En 1560, los Estados generales del reino, reunidos en Orleans, suplicaron á Carlos IX que castigase sin remisión á los duelistas. El tercer Estado levantó la voz en el mismo sentido y de una manera más apremiante todavía.

El decreto de 1566, atendiendo á tales deseos, colocó al duelo en la misma categoría que los crímenes castigados con la última pena. Fué obra del canciller L'Hospital, y sirvió de base á los edictos sucesivos de Enrique IV y de Luis XIV.

No por eso cesaron los duelos. Antes bien, pareció aumentar su número con aquella penalidad draconiana. Los cronistas, con Brantome á la cabeza, lo atestiguan con gran acopio de anécdotas. Un día, es un gentilhomme normando y un caballero de Reffuge quienes, por una causa más ó menos fútil, proyectan ir á batirse á la isla del Palacio. Al atravesar el Sena, vieron á unos caballeros que pedían botes para ir á impedir su encuen-

tro. Entonces dan prisa al botero. Y apenas han tocado tierra, cuando exclaman á dúo:

—Démonos prisa, porque esos señores vienen á separarnos.

Y con cuatro estocadas se matan uno á otro.

Otro día, es el señor de Geusac, el cual, queriendo batirse contra dos á la vez, dice á los que le detienen:

—¡Cómo! ¿no se ha visto nunca á un hombre solo enténderselas con dos? ¡Vive Dios! las historias están llenas de estos casos. ¿Y por qué no había yo de hacer lo mismo? Vaya, vaya, venid vosotros dos.

Le preguntan por qué emprende tan alegre una lucha tan desigual, y responde, como buen gascón:

—¡Vive Dios! porque quería salir en las crónicas.

La moda pasó al estado de rabia. Se batían por el simple placer de batirse, y no se preocupaban mucho de la lealtad.

El barón de Vitaux inaugura su carrera de bravo, que fué una de las más fecundas, dando muerte, por sorpresa, en Tolosa, al joven barón de Souper. Despacha en seguida, y siempre por el mismo procedimiento, á un noble llamado Gonnellieu, después al barón de Millau, y en fin, al primer favorito de Enrique III, Luis Berenger de Guast. No citamos más que los casos salientes.

No salía sino escoltado por dos ganapanes de gran renombre, los hermanos Boucieaut, á los que llamaban «los leones del barón de Vitaux».

El «bravo barón», como le califica Brantome, fué muerto en duelo por el hijo del Millau á que asesinó.

El duelo de los favoritos.—Saint-Megrin y Troile de los Ursinos: bonito procedimiento del último.—Enrique III y Besigny.—Los favoritos de los favoritos.—Cómo Biron, después de haber matado á su hombre, va á dar un apretón de manos á los otros.—Cómo ganaba sus procesos Bussy de Amboise.—¿X ó Y?—Un cartel en el aire.

Los Estados generales, bajo Enrique III, renovaron sus quejas. Rogaron al rey que ordenase que los que tuvieran que quejarse de una injuria acudiesen á la justicia y no al duelo, y que los contraventores fuesen castigados implacablemente con la muerte.

Enrique III accedió á sus ruegos, pero las cosas quedaron en la misma situación. «Sé perfectamente, y conmigo varias personas de fe, dice Brantome con su irónica ingenuidad, que muchas veces se han publicado decretos y prescripciones sobre el asunto, pues más de cien veces los he visto publicados en la corte; y muy á menudo, cuando alguien faltaba, se usaba de tanta bondad, que no se quería castigarle con rigor... Por lo demás, nunca hubo querrela en la corte, y de la que el rey tuviera noticia, que no la permitiese, ya por sí, ya por los funcionarios de la Corona. Cierto es que él podría alegar que hay tres ó cuatro que en esto van contra mí. Lo creo; así es preciso que fuera. Yo no citaré nada: los que me lean me entenderán bien.» El malicioso cortesano alude al combate de los favoritos.

El 27 de Abril de 1578, cerca de la puerta de Saint-

Honoré, se ventiló la famosa contienda, suscitada la víspera en el Louvre, á propósito de «damas», entre Carlos de Balzac de Eutragues, de la casa de Guisa, y Jacobo de Quelus, el predilecto de los favoritos del rey; fué la primera vez que los testigos tomaron parte activa. Los de Quelus eran Livarot y Mangiron; los de Eutragues, Riberac y Schomberg. Cuando los dos adversarios llegaron á las manos, Riberac dijo á Mangiron:

—Me parece que deberíamos reconciliar á estos caballeros mejor que dejar que se maten.

A lo que el otro respondió:

—Yo no he venido para engarzar perlas: yo quiero batirme.

—¿Y con quién quieres batirte? Tú no tienes interés en la querrela.

—Contigo.

—¿Conmigo? Recemos, pues, á Dios.

Riberac cruzó su espada con su puñal y, poniéndose de rodillas, rezó una oración bastante corta, pero que al belicoso Mangiron hubo de parecerle demasiado larga. Picado en su amor propio, el primero se levantó precipitadamente y arremetió con furor contra el último. Algunos minutos después, ambos caían mortalmente heridos.

Avergonzado de permanecer allí con los brazos cruzados, Schomberg dijo á Livarot:

—Se baten: ¿qué hacemos nosotros?

—Luchemos también por nuestro honor.

Se entabló la lucha. Schomberg, que era alemán, procediendo según la moda de su país, arrancó la mitad de la mejilla derecha á Livarot, el cual contestó con una violenta estocada en la tetilla. Schomberg expiró en el acto, como Mangiron, lanzando una blasfemia.

Riberac sucumbió al día siguiente; Livarot no curó de sus heridas sino para hacerse matar dos años des-

pués en otro duelo. «En cuanto á Quelus, autor de la camorra, dice Pedro de l'Etoile, recibió diez y nueve heridas, languideció treinta y tres días, y murió el 29 de Mayo en el hotel de Boissy; y no le sirvió el gran favor del rey, que iba á verle todos los días, y no se movía de al lado de la cabecera del lecho, y le había prometido cien mil escudos, y á los cirujanos cien mil libras, en caso de que curase. Murió teniendo siempre en los labios estas palabras, aun en los últimos suspiros, pronunciadas con gran energía y gran sentimiento: «¡Ah! ¡prey mío! ¡prey mío!», sin hablar nada de Dios ni de su madre... El rey, en verdad, profesaba una entrañable amistad á Quelus y á Mangiron. Les besó á los dos ya muertos, hizo que les cortasen y guardasen sus cabellos, y quitó á Quelus de sus orejas los pendientes que él mismo le había dado.»

Mientras un predicador exclamaba en el púlpito que era preciso «arrojar al muladar los cuerpos de aquellos renegados», los exponían en magníficos catafalcos. Les hicieron funerales regios.

Se conoce el epitafio dedicado á tres de ellos:

Recibe, Señor, en tu regazo,
á Quelus, Schomberg y Mangiron.

Y este otro, demasiado característico para ser escrito en francés:

*Hic situs est Quelus, superas revocatus ad auras,
Primus ut assideat cum Ganymede Jovi.*

Enrique III hizo erigir soberbios mausoleos á Quelus, á Mangiron y á Saint-Megrin, asesinado en las puertas del Louvre por orden del duque de Guisa. Saint-

Megrin fué, según lo dicho por Andiguier, «uno de los mayores bravos del mundo, no cediendo en valor ni en apostura á Mangiron ni á Livarot». El valor en aquellos tiempos inclinaba, naturalmente, á la crueldad. Saint-Megrin, batiéndose con Troile de los Ursinos, y habiéndole derribado en tierra, fué tranquilamente á sacar una espina de la maleza para sacar los ojos al vencido; lo que hubiera hecho, si el infeliz no le hubiese pedido perdón.

La indolencia no excluía el valor, tanto en Enrique III como en sus favoritos. Aquél lo probó en las batallas de Jarnac y de Moncontour. No siendo todavía más que duque de Anjou, tuvo, estando sentado á la mesa, un altercado con un señor llamado Besigny, y quiso llevar las cosas muy lejos, calificando á su interlocutor de «maldiciente», y declarando que estaba dispuesto á «despojarse de su grandeza y alteza para hacerle el honor de batirse con él». Peligroso honor que declinó Besigny tomando el olivo.

Tras los favoritos de Enrique III, llegó el turno «de los favoritos de sus favoritos», dice Andiguier, «porque el barón de Biron, á principios de su venida á la corte, era uno de los principales favoritos del duque de Eperneau, el cual ocupaba el primer puesto en el corazón del rey.—Tuvo una disputa con Carency, hijo mayor del conde de la Vanguyon, que tenía su edad y su entusiasmo; no hay para qué decir quién era el barón de Biron; pues habiendo sido después almirante, mariscal, duque y par de Francia, reinando el rey más grande del mundo, ha llenado la tierra con la reputación de su nombre y de su valor. Pero Carency no ofrecía las menores esperanzas. Se dice que la heredera de Caumont fué la causa de su disputa, porque la perseguían ambos y ninguno la consiguió. Y como tenían tanta ambición como amor, tenían igualmente tanta envidia como celos. Habiendo-

se encontrado en tal disposición de espíritu en un pasaje bastante estrecho, se empujaron mutuamente. Biron, fuera porque no llevase espada, fuese porque la cólera le cegase, invitó á Carency á batirse al instante y á puñetazos en el sitio. «Pero yo tengo una espada», replicó Carency echando mano á la empuñadura de la suya. He aquí lo que se cuenta de esa disputa, que se ventiló tres á tres como la precedente. Al lado de Biron se encontraron Loignac y Janissac, y al lado de Carency, Estissac y La Bastida.» Estos, como dice Brantome, «para servir á sus amigos ó por divertirse, quisieron batirse entre sí, aun cuando eran amigos y hablaban juntos á menudo. Fueron valientemente á batirse sin llamar la atención, á una legua de París, en un hermoso sitio, para no irritar al rey, que gustaba y no gustaba de semejantes combates. Era una mañana que nevaba á más y mejor; pero no se les daba nada del mal tiempo. Nadie vió ni el principio ni el fin del combate (con tanto sigilo se condujeron), como no fuera algunos pobres transeuntes. La suerte fué tan propicia para el barón y sus dos confidentes, que cada uno de ellos dió muerte á su adversario respectivo. Dicen algunos que el barón de Biron, más arrojado, pronto y diestro, despachó á su hombre en seguida y fué á ayudar á los otros, en lo que hizo muy bien y demostró que, además de valiente, era juicioso y previsor». He aquí unas reflexiones que tiran de espaldas. Para esto no hay nadie como Brantome.

Sus bravos valen tanto como sus dignas damas: Biron subió de una manera desdichada al cadalso, adonde le llevaron sus traiciones, y Loignac, alistado entre los asesinos del duque de Guisa, aceptó la honrosa misión de herirle por la espalda.

Entre un duelista y un asesino, á menudo es nula la diferencia. ¿Qué espadachín más digno de este nom-



bre que Bussy de Amboise? Y sabido es cómo se condujo en la noche de San Bartolomé. Coronó sus empresas de sicario con el asesinato de un pariente, Antonio de Clermont, con quien estaba en pleito. Su muerte fué una expiación: pereció en una emboscada que le preparó el conde de Mantsorean, marido de la querida de aquél.—Semejante individuo se batió muchas veces por las causas más frívolas. Un gentilhombre, llamado Saint-Phal, vió unas X en un bordado: Bussy, para provocar un encuentro, pretendió que eran Y. Se batieron desde luego, por tan grave asunto, seis contra seis. Bussy fué herido, y Saint-Phal se retiró, pero no tardó en recibir una nueva cita. El capitán de guardias del rey, enviado para prohibir el combate, estuvo á punto de tener que habérselas con Bussy; este furibundo matón se atrevió á dirigirse al mismo rey y pedirle autorización para batirse en campo cerrado. No pudiendo obtenerla, emplazó á su adversario para país extranjero. Fué precisa la intervención del rey y de su hermano para poner fin á aquella interminable cuestión.

El reinado de Enrique III terminó con un duelo que no vale menos que los otros. Un gentilhombre, llamado Isle-Marivaux, desesperado por la pérdida del príncipe, resolvió no sobrevivirle, y, para concluir gloriosamente, lanzó un reto en abstracto. El reto fué recogido por el señor de Marolles, el cual envió al favorito á reunirse con su amo.

VI

Saint-Just y Fossé.—Antonio de Navarra y Bellagarde.—Enrique IV y el duque de Mayena; Condé y el duque de Guisa.—El mismo duque de Guisa y Bassompierre.—El *Papa de los Hugonotes* apaleado por Saint-Phalle.—Lagarde Valen y Bazanez: un sombrero disputado.—Edictos de 1602 y de 1690.

Apenas hubo entrado Enrique IV en París, volvieron los duelos á estar á la orden del día: sucumbieron en ellos más nobles que en las guerras civiles. De 1589 á 1608 se cuentan más de ocho mil víctimas.

El impulso fué dado, durante el sitio, por dos señores de uno y otro partido, Fossé y Saint-Just; el primero tuvo por padrino al duque de Maine, y el segundo al mariscal de Biron. El combate se verificó á caballo, á la vista de los dos ejércitos.—Enrique IV, que estaba entonces en Saint-Denis, jugaba á la pelota cuando Saint-Just se despidió de él, y dijo al verle marchar:

—Ese es un hombre que va á morir.

El pronóstico se realizó: Saint-Just, al que se le cayó la espada, permaneció en su puesto sin pensar en huir, y Fossé le atravesó con la suya de parte á parte.

Enrique IV tenía el genio de su padre, Antonio de Navarra, el cual indicó un día á un gentilhomme de su acompañamiento, llamado Bellegarde, que «tenía que decirle unas palabras como caballero». En poco estuvo que él mismo no figurase en un encuentro. Fué durante la liga. El futuro rey debía batirse, en compañía de su

primo, el príncipe de Condé, contra los duques de Mayena y de Guisa. Enrique III impidió el combate.

Si Enrique IV no se batió en persona, se batió, cuando menos, por procuración. Corría el año 1605. El rey demostró, delante del duque de Guisa, algunos celos respecto de Bassompierre, que rondaba á la señorita de Entraignes, hermana de la marquesa de Verneuil, y el cual, á fuerza de rondar, tuvo de ella un hijo, conocido con el nombre de señor de Xaintes. El duque se ofreció para vengar al rey:—Yo soy, dijo, caballero andante, y quiero romper tres lanzas contra vuestro rival, esta tarde, en el lugar que vuestra majestad señale.

Enrique IV aceptó el ofrecimiento. «El rey, dice Bassompierre, nos dió la autorización, como á menudo ocurría en tales asuntos, y nos dijo que el encuentro se verificaría en el Louvre, y que haría enarenar el patio. El tomó por testigos á su hermano, el señor de Joinville, y al señor de Thermes; y yo, al señor de Saint-Luc y al señor de Sault.»

El combate se verificó en la sala de los suizos; y, al primer choque, Bassompierre recibió en el vientre una tremenda lanzada. «Todos mis intestinos, dice él, salieron de mi vientre y cayeron al lado derecho de mis calzas... El rey, el condestable y todos los personajes de la corte estaban allí, llorando la mayoría, pensando que yo no tenía ni una hora de vida...»

El que mereció el sobrenombre de *Papa de los Hugonotes*, Duplessis-Mornay, con motivo de quejarse por haber sido el blanco de los ultrajes de un señor joven, recibió estas líneas de Enrique IV: «Señor Duplessis: Lamento en extremo la injuria que habéis recibido, de la que participo como rey y como amigo vuestro. En el primer concepto, os haré y me haré justicia; si no llevase más que el segundo título, no tendríais nadie que es-

tuviese más dispuesto que yo á sacar la espada y á arriesgar la vida...»

A los duelistas les iba muy bien con semejante rey. Uno de los más temibles, que se llamaba Lagarde Valen, estimulando con sus preclaros hechos el amor propio de otro espadachín, éste, llamado Bazanez, le envió su sombrero con la amenaza de ir á quitárselo con la vida. Lagarde se puso aquel sombrero y buscó á Bazanez, que también le buscaba. Se encontraron al fin, ó mejor dicho, les pusieron frente á frente, porque ellos no podían reconocerse á causa de no haberse visto nunca. Inmediatamente empuñaron los aceros. Lagarde fué el primero en tocar en la frente á Bazanez; pero el hueso frontal del último era tan duro que rechazó el acero. La segunda estocada dió en plena carne.

—Ésta por el sombrero—dijo Lagarde.

—Ésta por la pluma—añadió tocándole de nuevo.

—Y ésta por la cinta—volvió á decir á manera de conclusión.

Bazanez perdía mucha sangre, pero no estaba abatido. Hasta tuvo bastante fuerza para lanzarse sobre su adversario y derribarle. Una vez en el suelo, Bazanez le hundió el puñal entre el cuello y el hombro, y le «pasó diagonalmente al través del cuerpo». Lagarde había recibido catorce puñaladas desde la garganta hasta la cintura. Y, á cada golpe, gritaba Bazanez:

—¡Pide la vida!

—¡No, no!—replicaba Lagarde.

Y, así acribillado, arrancó con los dientes parte de la barbilla de Bazanez, y con el puño de su espada le hundió la nuca.

Los padrinos, por su parte, se las entendían de la misma manera, y uno de ellos había ya quedado en el sitio.

Pero Lagarde y Bazanez curaron de sus espantosas heridas. Bazanez murió algunos años después, en una emboscada. En cuanto al otro energúmeno, se retiró á Rouergue y se convirtió en el terror del país. Dirigía á las personas á quienes perseguía con su odio billetes de esta clase:

«Tu casa hecha cenizas, tu mujer violada, tus hijos colgados.

»Tu mortal enemigo,

LAGARDE.»

¡Y el gobernador de Najac, el cronista Andiguier, sin parecerle mal, trata de amigo íntimo á semejante hombre! También él se las echaba de matamoros.

—Yo no corto mi pluma sino con mi espada—dijo á Teófilo.

—Ahora no me choca—respondió el poeta—que escribáis tan mal.

La frecuencia de los duelos hizo que el rey se viera obligado á publicar contra ellos, en 1602, un edicto que no era más que el eco de lo prescrito en el reglamento de 1599, en el cual se consignaba que «para la reparación de las injurias y de los ultrajes se acuda á los tribunales ordinarios, bajo pena de crimen de lesa majestad, confiscación de cuerpos y bienes, tanto contra los vivos como contra los muertos, lo mismo contra todos los caballeros y otros que hubieran provocado y favorecido los dichos combates, asistido á las reuniones celebradas con motivo de tales pendencias; como transgresores de los Mandamientos de Dios, rebeldes al rey, infractores de las Ordenanzas, violadores de la justicia, perturbadores de la paz y tranquilidad públicas».

Cediendo á las exigencias de la política, Enrique IV manifiesta enfáticamente, en el preámbulo, que se juz-

garía «indigno de llevar el cetro si aplazase más el reprimir la enormidad de tal crimen con la severidad de las leyes».

Añade con acento de padre de familia el buen rey: «Amonestamos y exhortamos á todos nuestros súbditos para que vivan en adelante juntos, en paz y armonía, en concordia y unión, como deben hacerlo hermanos y buenos compatriotas; honrarse y respetarse con arreglo á jerarquía, edad, dignidad y cargo, según las leyes, Ordenanzas y Constituciones de nuestro reino; prohibiéndoles injuriarse ni ofenderse uno á otro, de palabra y de hecho, bajo pena de incurrir en nuestra indignación».

Enrique IV encargó al condestable, á los mariscales de Francia y á los gobernadores de provincia, que llamasen á comparecer á las partes y «fallasen, con sentencia soberana, sobre la reparación de la injuria, lo que en su lealtad y conciencia juzgaran razonable».

Sully, en sus Memorias, nos dice que hizo todo lo posible «para impedir que las penas llegasen hasta la de muerte, á fin de no verse obligado á poner el veto por importunidades de gentes favoritas ó consideraciones de personas de elevada calidad».

La indignación de Enrique IV tuvo frecuentemente ocasión de estallar, pero no se manifestó sino con indultos: otorgó siete mil en un intervalo de diez y nueve años.

El nuevo edicto graduaba la penalidad según las circunstancias del duelo. Por un simple reto no seguido de combate, se veía privado el retador de sus cargos, empleos y pensiones, y se le declaraba además «incapacitado perpetuamente para medirse con nadie por medio de las armas». En caso de combate no seguido de muerte, podían ser aplicadas la pena capital ó la de prisión perpetua, á elección de los jueces. Por último, si uno de

los combatientes sucumbía, el sobreviviente incurría en la muerte y confiscación parcial de sus bienes.

El edicto era de una severidad extrema para los que concertaban los desafíos ó servían de testigos. En el primer caso, se imponía la prisión perpetua, degradación de nobleza y confiscación de bienes, ó la muerte. En el segundo caso, la muerte con la confiscación total de los bienes. El edicto hería hasta á los simples espectadores. Los que hubieran asistido á un duelo con propósito deliberado, debían ser castigados con la degradación de las armas y suspensión de cargos y empleos; y los «que se hubieran encontrado presentes por casualidad, pero no hubiesen tratado de separar á los combatientes», inhabilitación por diez años para dichos empleos.

El tribunal de honor, reclamado por Juan de la Taille en su *Discurso sobre los duelos*, é instituído por Enrique IV, no funcionó más que en un sentido negativo: todas las autorizaciones pedidas fueron denegadas. Y, como el prejuicio tenía hondas raíces, se batían como antes. El rey cerró los ojos. No los abrió más que una vez—para pillar en falta á un ministro que había tenido, como lo dijo él mismo con ingenuidad, «la imprudencia de consentir en ser testigo de un duelo».—Enrique IV se puso furioso: amenazó á Sully «con hacer que le cortaran la cabeza por haberse permitido faltar de aquel modo al soberano». Pero no era más que una bromita, una especie de desquite que tomaba el galanteador contra el austero mentor. Las princesas intervinieron y soplaron sobre aquella llamarada de cólera que no deseaba más que apagarse.

VII

Cuatro hombres para una mujer.—Duelo en una barrica.—La Roque y el vizconde de Alemania.—El barón de Luz, su hijo y el caballero de Guisa.—El edicto de 1626.—Richelieu.

Luis XIII recogió los frutos de la longanimidad de Enrique IV. El furor de los duelos había llegado al colmo. Abramos al azar el *Teatro de honor*, de La Colombière:

Cuatro caballeros se disputan la posesión de una mujer. Son los señores de Rouillac, de Marais, de San Vicente y de San Mauro. San Mauro mata á San Vicente, y algunos segundos después es muerto á su vez por Rouillac, quien ya había puesto á Marais fuera de combate.—Dos provenzales, á quienes había armado un odio feroz uno contra otro, se meten en una barrica y se degüellan á cuchilladas.

Andiguier nos presenta á dos señores del Mediodía, el vizconde de Alemania y al señor de la Roque, dándose de puñaladas cogidos por la mano izquierda, á causa de una simple cuestión de precedencia.

El mismo autor refiere la muerte trágica del barón de Luz y de su hijo, muertos ambos por el caballero de Guisa, en el mes de Enero de 1610.

«El primer encuentro tuvo por causa algunas palabras pronunciadas por el barón acerca de la muerte del anterior señor de Guisa (asesinado en el castillo de Blois). Se encontraron una mañana en la calle de Saint-

Honoré, el barón á pie y el caballero á caballo; el último se apeó y dijo al barón que empuñara la espada, al mismo tiempo que echaba mano á la suya. El barón lo que menos pensaba era en semejante lance, y no podía convencerse de que aquello fuera serio. Sin embargo, empuñó la espada, pero con poco afán; era ya viejo y hacía tiempo que estaba alejado de la esgrima, para batirse con un príncipe joven recién ejercitado. Así fué que el caballero no le dió más que una estocada, de la que fué á morir en la tienda de un zapatero. En cuanto á Guisa, volvió á montar fríamente á caballo, y se retiró al paso á las caballerizas del rey, como si nada hubiera visto.»

¿Por qué se encontró el pobre viejo en el camino del bravo caballero? Pero continuemos:

«El barón de Luz tenía un hijo de la misma edad que el caballero de Guisa. Recibió la noticia del *accidente* con el justo dolor que un hijo único puede experimentar ante la muerte de su padre. Cada cual hablaba de modo distinto sobre lo que haría. El joven tenía que habérselas con un príncipe, con el que era preciso matar ó morir. En caso de matarle, no encontraría en todo el mundo un rincón seguro; en cuanto á desafiarle, no había ni que pensar. El caballero vivía en el palacio de Guisa, adonde nadie se hubiera atrevido ni á ir á verle. La desgracia de los caballeros es tener cuestiones con príncipes; es luchar en vano. El rey debe, sin embargo, justicia á todos sus súbditos, pero estos súbditos deben también respetar á los príncipes. Esto es lo que oí decir en otro tiempo al difunto rey en esta hermosa frase: «Yo puedo haceros grandes á todos, pero no podría haceros príncipes».

¡Qué inagotable autor de frases felices es el bearnés! Andiguier añade:

«El joven barón de Luz, después de haber guardado

el duelo de su padre, cerró los ojos á todo lo que pudiera acontecer, y concluyó por mandar un cartel á su enemigo, que fué llevado por su escudero. La acción era peligrosa, porque de ser reconocido, las ventanas más altas del palacio de Guisa hubieran sido demasiado bajas para él.»

Pero el mensajero era un compadre sagaz, y á fuerza de astucia consiguió introducirse en el palacio de Guisa. El amo de la casa se levantó en seguida para seguirle.

La cuestión se ventiló, cerca de Picpus, á caballo, con igual encarnizamiento por ambas partes. Terminó con la muerte del barón. En cuanto á los dos testigos, se pincharon mutuamente, pero curaron al poco tiempo.

El excelente Andiguier, después de haber exaltado el valor desplegado por el caballero de Guisa, aventura esta reflexión: «que en virtud hubiera sido más agradable á Dios, si hubiese combatido por la causa que llevó á sus abuelos á Palestina».

Este duelo se verificó en los primeros días de 1613, y el 18 de Enero del mismo año se publicó una orden por la cual se invitaba á los caballeros que tuvieran que quejarse de alguna ofensa, á que acudiesen, en el término del mes, al tribunal de los mariscales, bajo pena, si dejaban expirar el plazo, de sufrir la jurisdicción de los tribunales ordinarios. El Parlamento publicó, el 27 de Enero de 1614, un nuevo edicto «para hacer, en descargo de la conciencia del rey y de la reina regente, que cesen crímenes tales y tan frecuentes».

El autor del *Verdadero y antiguo uso de los duelos* se alza con energía contra toda aquella legislación. «Señor, dice Andiguier en su epístola dedicatoria, hay un gran pleito entre la nobleza y la justicia de vuestro reino, en el cual no puede haber otro juez que vuestra majestad. La nobleza, dice un gentilhomme cuyo honor está ofen-

dido, debe perder la vida ó repararla con la espada... Y vos, señor, que sois jefe de la nobleza más generosa que haya en el mundo, estáis interesado en que no se embote la punta de su bravura, y en que, sin sombra de conservarla, se la reduzca, ó bien á no tener ningún sentimiento de su honor, ó bien á defenderle con la pluma, á la manera vulgar, y disputar el derecho de las armas ante los leguleyos».

Y por lo demás, todas aquellas prohibiciones, lejos de disminuir el número de los duelos, no hacían más que aumentarle. Eran otros tantos estímulos. ¿No valdría más reglamentar lo que no puede impedirse? ¿Por qué no volver á la antigua costumbre, á los combates singulares, autorizados y presididos por el rey? «El público—continúa diciendo nuestro autor dirigiéndose á Luis XIII—el público, en lugar de esos procedimientos que olfatean su sangre y devoran sus bienes, viviría emancipado de tales monstruos, sin más ambición que la de demostrar su ardimiento en vuestro servicio y su valor en vuestra presencia.»

Tales manifestaciones no fueron atendidas. Los antiguos edictos contra el duelo, remozados con las declaraciones de 1.º de Julio de 1611, de 18 de Enero de 1613, de 1.º de Octubre de 1614, y con un decreto del Parlamento de 27 de Enero del mismo año, fueron renovados, además, por las declaraciones de 14 de Julio de 1617, 2 de Agosto de 1623, 25 y 26 de Junio de 1624, y por decretos del Parlamento de 6 de Marzo de 1621, 28 de Enero de 1625, 5 de Febrero de 1626 y 29 de Mayo de 1634.

Los edictos de Junio de 1609 y Febrero de 1626 son los más notables, y ambos terminan con las mismas advertencias.

«Prohibimos, dice el decreto de Enrique IV, de un

modo terminante, aun á la misma reina, nuestra querida y amada compañera, así como á todos los príncipes de nuestra sangre, á los otros príncipes y servidores principales y especiales, el que se nos dirija ningún ruego, súplica ó instancia en contra de lo dispuesto, bajo pena de desagradarnos; protestando y jurando por Dios vivo no conceder ninguna gracia en lo referente á este decreto.»

«Hemos prohibido, dice el art. 13 del decreto de Luis XIII, y prohibimos á toda persona, de cualquier calidad y condición que sea, que nos dirija ningún ruego en contra; declarando infractores de nuestras leyes, enemigos de nuestra reputación é indignos de nuestra buena gracia, á todos los que se atrevieran á hacerlo...»

Esta legislación draconiana, que no recibió jamás aplicación bajo Enrique IV, fué precedida, bajo Luis XIII, por una amnistía plena y absoluta, cuyo considerando está en abierta contradicción con el implacable art. 13. «A causa, se dice, de la calurosa súplica que nos ha dirigido nuestra querida y muy amada hermana, la reina de la Gran Bretaña, en atención y consideración á su boda...»

Pero tan terrible arma no fué forjada en vano. No estuvo ociosa en manos de Richelieu. El cardenal ministro se apoderó de ella para no soltarla. Sus Memorias contienen curiosas revelaciones sobre la sesión del Consejo, en la que fueron discutidas las bases del edicto de 1626.

Los unos impulsaban al rey á un sistema de rigor inflexible, alegando «que nada puede influir tanto en el espíritu de los hombres como la idea de una pena de muerte inevitable». Otros le animaban á que se contentase con resucitar el sistema de transacción admitido por Enrique IV, en el art. 5 del edicto de 1609, y pedían

que el rey se reservase el autorizar el duelo en ciertas circunstancias, dejando á salvo el castigar á los que se batieran sin su permiso.

Richelieu no compartió ninguno de los pareceres. Era, según él, un exceso impropio el castigar indistintamente con la muerte á todos los duelistas, como lo quería la declaración de 1623. Por otra parte, autorizar los duelos en ciertos casos, le parecía un extraño medio de destruirlos.

«Los reyes, dice, deben hacer justicia determinada, y' por lo tanto, están obligados á castigar á los culpables, sin temor ni riesgo para el inocente. Si Dios se hubiese obligado á hacer que la suerte de las armas cayese sobre el culpable, se podría practicar tal sistema; pero puesto que no es así, es aún más brutal por la razón dicha.»

Richelieu fué el que borró de nuestras leyes el combate judicial, subsistente hasta entonces, pues el edicto de 1609, que le reglamentaba de nuevo, no le había suprimido de una manera formal.

El edicto de 1626, inspirado por el cardenal, tuvo por objeto graduar las penas según los grados de criminalidad.

El simple reto debía ser castigado con la destitución de cargos y empleos, la confiscación de la mitad de los bienes y un destierro de tres años.

El duelo no seguido de muerte era castigado con la pérdida de la nobleza, la infamia ó la pena capital. Las circunstancias debían dictar á los jueces su sentencia.

En el caso en que uno de los dos adversarios hubiera sucumbido, la pena de muerte y la confiscación total eran el castigo del culpable.

En cuanto al uso de los testigos, recibió el mayor

estigma. El deshonor esperaba á los que en un duelo acudieran á sus amigos.

El Parlamento de París, que se inclinaba á los mayores rigores, instó al rey para que no se suavizase la severidad de las anteriores Ordenanzas. Pero Richelieu hizo observar «que un médico que en varias experiencias ha reconocido la ineficacia de un remedio, no puede ser censurado por prescribir uno nuevo, sobre todo si reserva el primero en toda su fuerza para recurrir á él en caso de necesidad». Y el edicto fué aprobado, mediante cartas de mandato dirigidas por Luis XIII al Parlamento.

VIII

Praslin.—El duque de Halluin y el señor de Cressias.—Bouteville y sus veinte duelos.—La Plaza Real.—La Plaza de Grève.

Praslin fué el primero que se atrevió á infringir el edicto; y aunque los señalados servicios de su padre abogasen en su favor, recibió la orden de alejarse de la corte y fué despojado de sus cargos de lugarteniente del rey en Champagne, de baile de Troyes y de gobernador de Marauz.

En el mes de Noviembre de 1696, como hubiera corrido el rumor de que había habido una disputa en el palacio de Versalles, en donde se encontraba el rey, entre el duque de Halluin y el señor de Cressias, y que este último había sido provocado por mediación del señor de Liancourt, se ordenó al duque de Halluin que se mantuviera á distancia de la persona real. El señor de Liancourt compartió la desgracia del duque, y además perdió su cargo de primer gentilhomme de cámara. Pero el 14 de Mayo siguiente fueron rehabilitados por una declaración solemne.

El duelo más ruidoso de aquella época belicosa fué el que hizo que rodase en el cadalso la cabeza de Francisco de Montmorency, conde de Bouteville. Bouteville ocupaba el primer puesto entre los refinados. Era de una habilidad superior y estaba siempre á caza de pendenacias. Jamás le decían en vano: «Fulano es valiente». Iba

inmediatamente á buscar al personaje, y le abordaba con estas sencillas palabras:

—Señor, dicen que es usted valiente; quisiera verlo. ¿Cuáles son sus armas?

Bouteville y los matones que le acompañaban fueron, desde 1621, objeto de varias sentencias del Parlamento. Pero el conde no era hombre que envainase la espada por tan poca cosa. Continuó ejerciendo á más y mejor su digno oficio de espadachín. Hasta tuvo el capricho, en 1624, el día de Pascua, de arrancar á sus devociones, para medirse con él, al conde de Paut-Gibant, el cual debía matar dos años después al príncipe de Chalais. El Parlamento le infligió dos nuevas condenas por contumacia. Y Bouteville se rió de los hombres de leyes. Cruza el acero, en 1626, con el conde de Thorigny; y en 1627, en Saint-Germain, se bate á espada con el barón de la Frette.

Algún tiempo después suscítase otra pendencia entre Bouteville y el marqués de Beuvron, que quiere vengar la muerte de su pariente el conde de Thorigny. Pero el escándalo producido por los duelos precedentes provoca enérgicas medidas: se deciden á aplicar los edictos en toda su severidad. Beuvron y Bouteville convienen, en consecuencia, marchar á Bruselas. Advertido del hecho Luis XIII, escribe en seguida á la archiduquesa gobernadora de los Países Bajos, para que impida el encuentro. La princesa encarga al marqués de Spínola que se interponga oficiosamente. El marqués les invita á comer, les trata espléndidamente y les hace jurar que desisten de la pendencia. La paz queda hecha en presencia del embajador de Francia, del gran escudero de la archiduquesa y de varios gentilhombres franceses, españoles y flamencos. Pero no dura mucho tan solemne reconciliación. Antes de salir de la sala, el marqués de

Beuvron dice á Bouteville, que iba á abrazarle:—No estaré satisfecho hasta que no os haya visto con la espada en la mano.

Bouteville, el brillante Bouteville, tan pronto siempre á sacar el acero, se niega á batirse en Bruselas: ha dado su palabra, y quiere mantenerla. Suplica á la archiduquesa que interceda con Luis XIII para que le vuelvan á abrir las puertas de Francia. A lo que el rey responde «que todo lo que puede hacer, por cariño á ella, es que no persigan á Bouteville en el reino; pero que se guarde bien de presentarse en la corte».

De regreso á París, Beuvron dirige á Bouteville retos sobre retos. A la octava carta, el conde se decide á ir á buscarle. Beuvron propone que se batan sin testigos. Bouteville replica que dos amigos suyos quieren ser de la partida. El combate quedó concertado para el día siguiente, 12 de Mayo, víspera de la Ascensión, á las tres de la tarde, en la Plaza Real, por petición expresa del conde, que quiere infringir el edicto en pleno sol.

Los testigos de Bouteville son Francisco de Rosmadec, conde de Chapelles, y un señor de la Berthe; y los de Beuvron, Choquet, su escudero, y el marqués de Bussy de Amboise.

La espada y la daga son las armas elegidas.

Bouteville y Beuvron pelean con desnudo. Pronto, al acercarse demasiado, tiran las espadas con un movimiento común y empuñan las dagas. En el momento de ir á atravesarse uno á otro, se piden y se conceden recíprocamente la vida.

Mientras tanto, Rosmadec tumba á sus pies á Bussy de Amboise, el cual, enfermo, dejó el lecho para asistir á Beuvron. «Conducido á casa del conde de Mangiron, dice una relación contemporánea, expira en brazos del padre Chaillon, mínimo. Después del golpe, no volvió á

hablar; no hizo más que alzar los ojos al cielo y juntar las manos. Berthe, herido por Choquet, fué llevado al palacio de Mayena. Bœuvron se retiró á una casa de la Plaza Real, en la que esperó su carroza, y huyó con Choquet á Inglaterra. Bouteville se dirigió á la morada del barón de Chantail, uno de sus confidentes, en donde montó á caballo; después fué con Rosmadec á casa de los Guillemín, barberos, donde cenaron. Allí fueron á decirles que huyeran, porque el rey estaba en París. Respondieron que lo sabían antes de batirse; y esto no les impidió volver á casa de Mayena para ver curar á Berthe. Después de lo cual montaron á caballo y marcharon hasta la primera posta de Meaux.»

Mientras Bouteville y Rosmadec huían con la mayor tranquilidad de espíritu, el preboste iba á buscarles al castillo de Precy, morada del incorregible duelista. Llegados á Vitry, una circunstancia extraña les cortó el camino. Apenas había entregado el alma Bussy de Amboise, cuando la presidenta de Mesmes, como hermana previsora, mandó á dos de sus servidores para que tomaran posesión de los dominios del difunto antes que su tía, la condesa de Vignory, que también tenía derechos á la herencia. A su entrada en Meaux, los delegados de la presidenta supieron que dos jinetes acababan de cruzar la villa. Y los delegados salieron á escape, creyendo que los jinetes eran los comisionados de la condesa de Vignory, que se les habían adelantado. Al llegar á las puertas de Vitry, reconocieron á los caballeros, y fueron á denunciarles al preboste del lugar; Bussy de Amboise era gobernador de la provincia. El preboste se apresuró á despachar á sus sabuesos, que detuvieron á los fugitivos en una hostería, en la que, tras una copiosa cena, se disponían á dormir con el sueño de los justos. Enviados al punto á París, fueron encerrados en la Bastilla; y, el

mismo día, el rey, convocando el Parlamento en el Louvre, le ordenó que juzgase á los acusados sin contemplaciones. El jueves 3 de Junio se permitió que el obispo de Nantes fuese á visitar á los presos para poner en orden sus conciencias. El prelado les aconsejó que escribiesen al cardenal una carta respetuosa, que no tuvo resultados. Fué en vano que la condesa de Bouteville, el día del Corpus, esperando conmover el corazón de Luis XIII, en el momento en que iba á comulgar, se arrojase sollozando á sus plantas. El rey se limitó á decir:

—La mujer me da lástima; pero quiero y debo conservar mi autoridad.

El 14 de Junio, la desgraciada condesa, en unión de la princesa de Condé, de las señoras de Montmorency y de Angulema, del cardenal de la Valette y del conde de Alais, presentó un escrito al Parlamento para recusar los jueces. Pero el Parlamento se hizo el sordo, y acogió de la misma manera otra instancia en solicitud de que el asunto fuese visto en el Consejo.

La sentencia, pronunciada el 21 de Junio, fué ejecutada al día siguiente, en la Plaza de Grève, en presencia de un gran concurso de hombres de armas.

«Aquella severidad, dice el presidente Henault, hizo más efecto en los espíritus que todos los edictos publicados sobre aquel asunto.» Los espadachines reflexionaron. «Se trata, dijo Richelieu á Luis XIII, se trata de cortar el cuello á los duelos y á los edictos de vuestra majestad.»

Muchos se compadecieron de la muerte de Bouteville, el refinado, y acusaron al cardenal de fría crueldad. Según otros, no quiso herir en él á un simple duelista, sino á un Montmorency. Nosotros estamos inclinados á creer esto último, y aplaudimos por ello al cardenal. Era pasar el rasero de la justicia sobre todas las cabezas.

Era declarar que en adelante, aunque se tratase de un Montmorency, no se podía impunemente quebrantar la ley. Y aquel Montmorency había desafiado los edictos con una impenitencia que exigía un castigo ejemplar. Contaba más de veinte duelos. Condenado ya á muerte en rebeldía, hizo que sus criados, apoyados por algunos caballeros, arrancasen el poste erigido para colocar la sentencia; y, obligado á alejarse, tomó el camino de la frontera, escoltado por doscientos hombres de armas. No somos partidarios del cadalso; pero, una vez admitido, nadie más digno de subir á él que Bouteville.

IX

El príncipe de Chalais y el conde de Paut-Gibant.—Los tres Binan.—El barón de Aspremont.—El caballero de Audrieux.—Connac y el Aqueronte.—El conde de Carney.—Un hombre á punto de ser abrasado.—Fontenay.—*Estocada* y el caballero de Miramont.

Richelieu quiso, en 1626, castigar con la misma pena al príncipe de Chalais, de la casa de Talleyrand, el cual mató en duelo, como ya lo hemos dicho, al conde de Paut-Gibant, nieto del mariscal de Schomberg. Su doble cualidad de favorito de Gastón de Orleans y de amante oficial de la duquesa de Chevreuse salvó á Chalais. Pero volvió á caer en las garras del cardenal, y nadie pudo sacarle de ellas. Se había mezclado en una de las numerosas conspiraciones tramadas por Gastón contra el poder del ministro. Acusado del crimen de lesa majestad, y juzgado, en Nantes, por una comisión, el príncipe fué condenado y ejecutado el mismo día. A falta de verdugo que quisiera cargarse con tal muerte, se recurrió á dos malhechores, que desempeñaron la tarea á cambio del indulto. Y realizaron su tarea á las mil maravillas, porque fueron precisos más de treinta hachazos para concluir con la vida del pobre Chalais.

Si Richelieu se complacía en cortar las cabezas que sobresalían, se mostraba en cambio muy tolerante con la nobleza menuda, si se ha de dar crédito á las cróni-

cas, en las que abundan los duelos sin que intervenga la justicia.

Tallemant de Reaux presenta buen número de ejemplos en un capítulo consagrado especialmente á esta materia. «Había, dice al empezar, tres hermanos Binan, los cuales eran afectos al mariscal de Saint-Luc; el menor, que fué paje suyo, era un buen muchacho. El segundo lo era también, pero tenía un carácter arrebatado; le dió la manía de querer batirse con su hermano menor, y le dijo tantas veces que era un cualquier cosa y que era preciso desenmascararle, que el muchacho se encolerizó un día y se batió. Desarmó á aquel loco y le hizo prometer que jamás dijera á nadie que se habían batido, porque era vergonzoso... En Metz, porque el mayor de los tres había pasado al servicio del cardenal de la Vallette, el segundo, que había sido llevado por su hermano, insulta sin motivo á un hombre llamado La Fuye; el mayor le dijo que era preciso que se reconciliase con La Fuye; en efecto: habiéndole encontrado en la plaza, quiso que se abrazaran; el desequilibrado Binan llevaba un bastón escondido bajo la capa, y dió á La Fuye veinte bastonazos. El hermano mayor se arrojó sobre el loco, le echó al suelo y le corrió las espuelas por la cara y por el cuerpo. Los espectadores de la escena impidieron que La Fuye se vengase.—No sabéis lo que hacéis, les dijo aquél; me batiré con todos vosotros.—En efecto, retó á cuatro. En cuanto al loco, le metieron en la cárcel y allí murió. Binan el mayor, á pesar de dar todas las satisfacciones imaginables, tuvo que batirse con La Fuye; el hermano menor fué uno de los testigos, y murió en el lance. La Fuye (se batían á pistola) dió en el pomo de la silla del caballo de Binan; Binan le atravesó el cuerpo de un pistoletazo; La Fuye vaciló, y su caballo emprendió una carrera desenfundada; Binan gritó: ¡Vuélvete, La Fuye, no

huyas! La Fuye murió el mismo día, diciendo que lo único que le amargaba al morir es que le hubieran dicho que huía. Esto se llama ser delicado.» Tallemant no pierde nunca ocasión de hacer un comentario oportuno.

Vienen después las anécdotas siguientes:

«El barón de Aspremont, de Champagne, se batió casi tres veces en un día. Por la mañana mató á un hombre y fué herido ligeramente en una cadera; al medio día se sentó á la mesa en casa de Enghien, con quien estaba; su herida le incomodaba; no podía comer; se entretenía en tirar bolitas de pan á uno de sus amigos; por desgracia, una de ellas dió en la frente á un bravo que era el primer día que estaba en la casa. Aquel hombre creyó que le depreciarían si lo pasaba en silencio: quiso una satisfacción. Aspremont le respondió que él no daba explicaciones sino con la espada en la mano. Fueron al prado de Auteuil, y en él dió una estocada en un brazo á su contrincante y le desarmó. A su regreso, el capitán de guardias de Enghien buscaba un testigo: tomó á Aspremont; pero fueron separados al dirigirse al lugar de la cita.

—Hubo un caballero de Audrieux que, á los treinta años, había matado en duelo á setenta y dos hombres, como lo dijo una vez á un bravo con el que se batía, porque habiéndole dicho el otro: «Caballero, tú serás el décimo que yo haya matado», le replicó: «Y tú harás para mí el número setenta y dos». En efecto: el caballero le mató. A veces hacía que renegasen de Dios, prometiéndoles la vida, y después los remataba; y esto lo hacía, por declaración propia, para matar el alma y el cuerpo...

—Conac, gentilhombre de Saintanges, ingenioso y arrojado, estando un día en un baile, en medio de la multitud, fué empujado por el conde de Montrevel, que era entonces un jovencuelo. Conac, empujado por detrás,

rechazó también con la parte posterior. Montrevel le dió una bofetada. Conac, con la mayor sangre fría, dijo estos versos:

El Aqueronte se pasa
por una menor injuria...

Retó á Montrevel; pero Montrevel le mató.

—El conde de Carney, gran duelista, fué muerto por la espalda hace siete años... El caballero de Birague y él se batían; no tenían más que puñales. Carney, muy diestro, no llevaba ventaja, y echa á correr para coger una espada. Birague le gritó: «Vuelve la cara ó te mato». El otro seguía corriendo é iba ya á coger la espada, cuando Birague le dió una puñalada en los riñones y le mató.

—Un valiente jugaba solo con otro: riñeron, y concluyó por recibir un bastonazo. El ofendido, que era mucho más fuerte que el otro, va, cierra la puerta con llave, le coge á su contrincante (era en invierno), le echa al fuego, le pone un pie en el vientre, y comienza á asarle. El pobre diablo daba espantosos gritos. Acude gente; se encuentran cerrada la puerta, pero por fin consiguen echarla abajo: el agresor tenía ya la piel asada...» Es una divertida anécdota. No tiene más que un defecto, el no concluir en punta. En esta ocasión se durmió Talle-mant.

Uno de los capítulos más curiosos de tan ameno cronista es el que se refiere á Fontenay (a) *Estocada* y al caballero de Miraumont.

El primero había recibido tan terrible apodo por una espantosa estocada que asestó en un hombro al guardia que le llevaba á la cárcel.—Ahora bien: tal individuo se encontró un día frente á frente con un matón de la misma calaña, en el recodo del puente de Nuestra Señora. Ninguno quería ceder la acera.

—¡Me llamo Fontenay Estocada!—exclamó nuestro hombre con su voz más gruesa.

—¡Y yo Lachapelle Cañonazo!—respondió el otro, tronando como una pieza de á cuatro.

Sacaron á relucir los aceros, y se hubieran hecho cisco si no les hubiesen separado.

Fontenay Estocada estaba siempre en pie de guerra. —Pero de cuando en cuando encontraba con quién entenderse. Lo demuestra esta doble lección: «Había ido á un sermón en los Celestinos, en donde infringió un insulto á un burgués, el cual, sin asustarse del bravo, le dió una sonora bofetada. No se atrevió á hacer ruido en la iglesia. Salió y se puso á pasear bajo los árboles del Mail, esperando que concluyese el sermón... Se paseaba muy embozado y calado el sombrero; era un domingo, y había por allí, entre otras gentes menudas, un aprendiz de ebanista, que dijo á otro, señalando á Fontenay: «Mira qué enfadado parece ese». Fontenay, que había hecho mucha bilis, sacó la espada para pegar en las orejas al mozuelo; pero éste llevaba un espadón bajo el brazo: había sido criado de sala de armas; se defendió, y como su espada era mucho más larga, hirió á nuestro capitán en la cadera y dió con él en tierra. Los amigos, al saberlo, acudieron á interrogarle, y se vió obligado á burlarse de sí mismo por haber sido pegado en tan poco tiempo, y de dos maneras diferentes, por un burgués y un aprendiz de ebanista.

Fontenay se encontró también con la horma de su zapato en la persona de una mujer, á la que quiso tratar á su antojo. Ella le prohibió que continuase en sus visitas. Fontenay se contentó con reirse, y se presentó de nuevo. Pero la casa de la hermosa estaba herméticamente cerrada. Fontenay no se dió por vencido: se proveyó de un petardo, y lo colocó á la puerta de aquella

mujer. «Ella, que conocía al individuo y que era una especie de amazona, abrió una trampa de cueva que estaba á la entrada del pasillo, y se puso á ras de la abertura con dos pistolas... El petardo hizo su efecto, y el capitán penetraba ya por la brecha, al grito de «¡Plaza tomada!», cuando se encontró con aquella nueva trinchera, que le obligó á tocar á retirada.»

El artículo concerniente al cómplice de los hechos del matamoros es muy breve, pero basta para caracterizar al personaje: el caballero de Miraumont, su compañero, fué también un bravo. Había ciertas guardias de espada, que se llamaban á la Miraumont. Era un hombre muy bromista. «Mi padre—decía él—hizo que trajesen un día media docena de huevos frescos para almorzar. Yo me comí cuatro; mi padre me dijo:—Eres un imbecil.—Yo le respondí: —¡Mientes, viejo c...! y algunas otras bromas de hijo á padre.» ¡En verdad que era un hombre chistoso!

Regnier y Maynard.—El hijo de Malherbe y Ludovico de Piles.—
 ¿Qué quería usted que hiciera contra *cuatro*?—El viejo Malherbe.—Gambauld.—Cirano de Bergerac.—Diez hombres muertos por una nariz.—Cien hombres derrotados por uno solo.—Rancé.—Los dos duelos de Retz.—Los cuatro duelos de Voiture.—El poeta Teófilo y el barón de Panat.

Tallemant es el único contemporáneo que haya hablado de un encuentro entre Mathurin Regnier y el presidente Maynard. «Regnier el satírico—dice,—disgustado con Maynard, fué á retarle cuando aún estaba en la cama; Maynard se vió tan sorprendido y tan confuso, que no acertaba á vestirse. Confesó que tardó tres horas en la operación. Mientras tanto, envió un recado al conde Clermont-Lodeve para que acudiese á separarlos en el terreno. Llegaron al punto de cita. El conde estaba escondido. Maynard alargaba el brazo cuanto podía: á veces, sostenía que una espada era más larga que la otra; tardó una hora en mudarse de botas, bajo pretexto de que eran estrechas las que llevaba. El conde se reía á carcajadas. Por fin se presentó. Maynard no pudo disimular su mal humor; dijo á Regnier que le pedía perdón, pero censuró al conde y le manifestó que, por poco valientes que hubieran sido, hubiesen tenido tiempo de cortarse cien veces el cuello.»

Malherbe era de carácter belicoso. Tenía setenta y tres años cuando su hijo fué dado de puñaladas por Lu-

dovico de Piles, y no obstante su avanzada edad, quería vengarse del matador.

Ludovico de Piles era un mozo terrible. Juzgad por esto. Se dirigía á París en 1643, poco tiempo después de la muerte de Luis XIII. Iba acompañado por su hermano mayor, Pablo. Llegados á Valencia por la noche, entraron en una hostería y pidieron de cenar. El hostelero respondió que no podía ofrecerles más que huevos y queso.

—¿Y para quién es—le preguntaron—ese asado tan bien surtido?

—Para cuatro oficiales.

—Ruegue á esos señores que permitan compartir su cena á dos viajeros hambrientos.

El hostelero fué á decírselo á los oficiales, que contestaron con una rotunda negativa.—Los dos hermanos cenan frugalmente; después se acuestan en un cuarto separado por un frágil tabique de la habitación de los oficiales. Pablo no tarda en dormirse; no así Ludovico, que piensa en la poca cortesía de los oficiales, y se tira con cólera de los bigotes. En el momento en que se dispone á imitar á su hermano, oye risas en la habitación contigua. Pone atención: se ríen de él y de Pablo, á causa de la forzosa frugalidad de su cena.

A la mañana siguiente, muy temprano, los dos Piles se ponen en camino.

A media legua de Valencia, Ludovico se pára de repente, registrándose.

—¡Ah! me he dejado la bolsa bajo la almohada—exclama.—Sigue andando; te alcanzaré á la hora de la comida.

Vuelve á Valencia y se dirige resueltamente á la habitación de los oficiales.

—Señores—dice,—soy uno de los viajeros á quienes

negaron ustedes poco cortésmente que compartiesen su cena: estaban ustedes en su derecho; nada tengo que decir. No sucede lo mismo con las impertinentes bromas que se permitieron á nuestra costa. Mi hermano dormía y no las oyó; yo no perdí una palabra. Me parecen, repito, una impertinencia, y pido una satisfacción á los cuatro.

Bajaron los cinco. Ludovico cruzó la espada con cada uno de los oficiales, y cuando los hubo dejado en tierra á todos ellos, volvió á montar á caballo y alcanzó á su hermano á la hora dicha, felicitándose por haber encontrado la bolsa, pero sin decir nada de lo demás.

A su llegada á París, Pablo se dirige á ver al cardenal Mazarino, que le dice en cuanto están solos:

—¿Está usted aquí con su hermano?

—Sí, monseñor.

—¿Se ha vuelto acaso loco para presentarse en París después de lo ocurrido en Valencia?

—¿El qué, monseñor?

—¿No sabe usted nada?

—Nada, en verdad.

—¿No sabe usted que ha matado á cuatro oficiales?

—No le he dejado en todo el viaje.

—Le digo, y estoy seguro de ello, que ha matado en Valencia á cuatro oficiales.

—¡Ah, Dios mío!... en efecto... me dejó para ir á buscar su bolsa.

—Pues bien: fué á retar á cuatro oficiales y les mató. Dígale que se oculte hasta ver si el asunto tiene consecuencias.

El asunto no las tuvo.

Tal era el hombre con quien Malherbe quería habérselas. Algunos capitanes de la guardia le hicieron desistir. Y como sus amigos le invitasen á que aceptara los

seis mil escudos que le ofrecían como indemnización:

—Está bien—respondió,—seguiré vuestro consejo: tomaré el dinero, puesto que á ello me obligan, pero no me quedaré ni con una moneda. Lo emplearé todo en construir un mausoleo para mi hijo.

La palabra *mausoleo* hizo sonreír; acusaba al poeta más que al padre.

Gombauld era todo lo opuesto de Malherbe. El autor del *Endimion* era la cortesía en persona. Pasaba por el hombre más ceremonioso del mundo, y con el tono más modesto, tenía á gloria el ser un modelo de elegancia, el bailar y tirar á las armas á la perfección. Si se le ha de creer—y un hombre tan cortés no podía mentir,—se batió á menudo, hasta dos veces en un día. Por lo demás, se le vió, en plena calle, cruzar el acero con un hombre «con quien disputó por una vivienda que ambos pretendían». Él dijo:

—Pase ante mi puerta; yo saldré con una espada.

Y como el otro pasara, le atacó tan vigorosamente que le hizo perder tierra.

Y los espectadores exclamaron:

—¡Cómo! ¿ese hombre que elige los caminos, que anda con tanto cuidado, puede arrojar así al fango á las gentes sin temor á mancharse él mismo?

Cirano de Bergerac tampoco era un pendenciero, porque, según Bret, nunca salió de él el reñir; pero cuando le buscaban le encontraban siempre. Creó para sí un cargo de testigo permanente; estaba á disposición de quien tuviera necesidad de un compañero para una partida de encuentro. Era muy diestro; pero á fuerza de ir al peligro, su pobre nariz, que era de una magnitud desmesurada, había recibido una cantidad tal de chirlos, que se había convertido en una especie de curiosidad. Era preciso no mirarle mucho; más de diez

hombres pagaron con su vida una simple mirada dirigida al monstruoso cartílago. Cirano no bromeaba sino en sus buenos momentos. No hubiera temido á un ejército. ¿No es increíble la audacia de aventurarse contra cien hombres? Uno de sus amigos, el satírico Liniere, dirigió un epigrama á un señor de genio poco acomodaticio, el cual juró que le haría cortar las orejas. Se refugió en casa de Cirano. Por la noche le advirtieron que una banda de gentes armadas le esperaba cerca de los fosos de la puerta de Nesle, por donde debía pasar para ir á su domicilio del barrio de San Germán. Liniere sudaba de miedo.

—Toma una linterna—le dijo tranquilamente Cirano—y marcha delante de mí: quiero ayudarte yo mismo á meterte en la cama.

Liniere obedeció, á su pesar. Cirano invitó á los amigos que habían cenado con ellos á que le siguieran para gozar del espectáculo: iban, entre otros, los señores de Bourgogne y de Cuignez, oficiales del regimiento de Conti, los cuales se prometían no quedarse atrás en la aventura, si era preciso. Cirano se lanzó resueltamente en medio de los asesinos, y se comportó de tal suerte que mató á dos, hirió á siete é hizo huir á los demás.

En aquella época, hasta las gentes de iglesia tenían á gala instruirse en las salas de armas. El futuro reformador de la Trapa, Rance, no salía de ellas. Retz manejaba la espada como un tirador de profesión. Buscaba una ocasión para demostrarlo, cuando fué nombrado canónigo de Nuestra Señora de París.

«Escribí, dice, á Attichi, hermano de la condesa de Maure, y le rogué que se sirviese de mí en la primera ocasión que empuñase la espada. Hacíalo á menudo, y no esperé mucho tiempo. Me rogó que retase en su

nombre á Melbeville, coronel de la guardia, que se sirvió de Bassompierre, el que después murió gloriosamente, como general, en el ejército del Imperio. Nos batimos á espada y pistola, detrás de los Mínimos, en el bosque de Vincennes. Yo herí á Bassompierre de una estocada en la cadera y de una bala en el brazo. Fuimos á separar á nuestros amigos, que estaban ambos gravemente heridos. Este duelo hizo bastante ruido, pero no produjo el efecto que yo esperaba. El procurador general comenzó el sumario, pero sobreyó la causa á ruego de mis parientes, y yo me quedé con mi sotana y un duelo».

Retz no podía pararse en tan buen camino. Se le presentó una nueva ocasión de batirse, que no dejó escapar. Se había enamorado de la señora de Chastelet; «pero, refiere él, como estaba comprometida con el conde Harcourt, me trató de colegial y se burló públicamente de mí en presencia del conde. Me dirigí á éste, y le reté en la Comedia. Nos batimos al día siguiente por la mañana, más allá del barrio de San Marcelo. Me derribó después de haberme alcanzado una estocada que no hizo sino rozarme el estómago; yo en el suelo, toda la ventaja era suya si su espada no se hubiese escapado de sus manos al agarrarnos. Yo quise apoderarme de la mía; pero como él tenía mucha más fuerza, no pude lograrlo. Permanecíamos sin poder hacernos ningún daño, cuando me dijo: «Levantémonos; no está bien lo que hacemos. Usted es un apuesto joven, le estimo, y no tengo inconveniente, en el estado en que nos encontramos, de decir que no le he dado ningún motivo para atacarme». El futuro cardenal se preparaba gallardamente para las luchas de la Fronda.

«Pero ya es tiempo, como dice Tallemant, de hablar de los combates de Voiture... No hay bravo que se haya

batido tantas veces como él, porque llegó á batirse hasta cuatro veces de día y de noche, á la luz de la luna y de las antorchas. La primera vez fué en el colegio con el presidente de Haumeaux; la segunda, con La Coste, por motivos de juego. El tercer combate fué en Bruselas, con un español, á la luz de la luna; y el cuarto y último, en el jardín del palacio de Rambouillet, á la luz de las antorchas, con Chavaroche, intendente de la casa. Su cuestión procedía del odio que se tenían desde que hubo en el palacio de Rambouillet tres hermanas que eran cumplidas coquetas... Voiture provocó á Chavaroche, y éste, que sabía que aquél tomaría su prudencia por cobardía, echó mano á la espada y le hirió en una cadera, poniéndose á chillar Voiture como si estuviera herido de muerte... Acudieron gentes muy oportunamente, porque se cuenta que uno de los lacayos de Voiture iba á atravesar á Chavaroche por la espalda; el primero no quería confesar que el otro le había herido; decía que había sido herido por un lacayo que les había separado.» El obispo de Frasse, Godeau, compuso acerca de aquel duelo una maliciosa pieza, en la que puso un puerco peleando con un sollo. El cerdo era Chavaroche: le llamaban el *cerdo de la abadía*, porque iba á menudo á Jeres, en donde era abadesa la señorita de Rambouillet. Condé no llamaba á Voiture sino *Mi compadre el sollo*, desde el día en que el último le dirigió su carta número ciento cuarenta y tres, la cual simulaba estar escrita por una carpa y comenzaba con estas palabras: *Mi compadre el sollo*.—Voiture murió poco tiempo después, no de su herida, sino de la gota, que cogió no se sabe cómo, porque no bebía más que agua.

—El vino—decía Bassompierre,—en vez de animar á Voiture, como hace con los demás, le quitaba toda energía.

Se las daba de gentilhombre, y lo que le recordaba el mostrador de su padre le molestaba. Conocidos son los versos del barón de Blot:

Quoi! Voiture tu dégénère,
sors d'ici, mangreblen de toi!
tu ne vaudras jamais ton père:
tu ne vends du vin, ni n'en boi.

Voiture contestó con otros, en los que se celebran las proezas amorosas del bebedor de agua. Á decir verdad, él gustaba mucho más de cruzar la pluma que el hierro. Tomaba bríos en su tintero. Léase la carta que escribió á la señorita Paulet, cuando fué á Bruselas, acompañando al duque de Orleans.

«He andado doce días sin detenerme desde la mañana hasta la noche... Me he encontrado en lugares en donde los más ancianos no se acuerdan de haber visto nunca una cama. Y, para descansar, me encuentro ahora en un ejército en el que los más robustos están fatigados. Sin embargo, vivo todavía... *Aún no he raptado á ninguna mujer, por estar un poco cansado del viaje...* Todo lo que he podido hacer ha sido prender fuego á tres ó cuatro casas.»

Este terrible matamoros respondió á un gentilhombre que le retó á causa de un epigrama:

—La partida no es igual: usted es alto, yo soy bajo; usted es valiente, yo soy cobarde; por lo demás, usted quiere matarme... Pues bien, me doy por muerto.

El poeta Teófilo de Vian no tenía las fanfarronadas de Voiture, pero era menos sufrido. Un cortesano compuso unos disparatados versos en honor de una de las hijas de la reina madre, llamada Diana, cuyos favores anhelaba. Interrogado sobre el valor de la cosa, Teófilo se contentó con sonreír. Y el poetastro se puso furioso.

Se puso como si hubiera recibido un latigazo. Entonces Teófilo le dirigió este cuarteto:

Tu ne dois point nommer Diane,
la jeune beauté que tu sers;
car Diane prenait des cerfs,
et ta maîtresse a pris un âne.

El valeroso cortesano se vengó noblemente del poeta: fué á aumentar la turba de los beatos y los imbéciles que pedían á gritos que, en espera del fuego eterno, quemasen á Teófilo en la Plaza de Grève por sus pecadillos del *Parnaso satírico*.

Fué, en efecto, condenado á ser quemado vivo; pero, como prefería ser asado en efigie que en carne y hueso, corrió á esconderse en Tolosa, en casa de un gentilhomme hugonote amigo suyo, el barón de Panat. Éste le acogió cordialmente. Pero no tardó en recordar que estuvo á punto de subir al cadalso de Vanini, á título de cómplice, y, dominado por el temor de la hoguera, invitó brutalmente á Teófilo á abandonar al punto la casa. Teófilo, exasperado, sacó su espada y desafió al barón á ponerle en la puerta. El barón desenvainó también, y ambos se acometieron con furia. Como eran de fuerza igual, concluyeron por cansarse y abrazarse.

XI

La Fontaine convertido en tirador.—El almuerzo del fin.—Otro almuerzo.—Odet de la Nove-Teligny, hijo de *Brazo de hierro* y padre de *Brazo de lana*.—Seigné y el caballero de Albret.—Mujeres valientes: dos amazonas de Auvernia.—Hechos de armas increíbles.—La señora de Saint-Balmont: cuatrocientos hombres á sus pies; un caballo de España contra un rocín.—La Beaupré y la de los Urlés.—Dos damas de la corte.

Puesto que hablamos ahora de duelos de literatos, hablemos del de La Fontaine, aunque todavía no haya llegado su hora.

La pequeña población de Chateau-Thierry no hacía más que murmurar de la mujer del fabulista, que estaba siempre escoltada por un cierto Poignan. Un familiar de la casa habló al marido.

—¿Cómo toleras—le dijo—que Poignan venga á verte todos los días?

—¿Y por qué no había de venir? Es mi mejor amigo.

—No es eso lo que dice el público: dice que no viene á tu casa sino por tu mujer.

—El público se equivoca; ¿pero qué es lo que yo debo hacer?

—Hay que pedir satisfacción, con la espada en la mano, á quien nos deshonra.

—Pues bien, la pediré.

Al día siguiente, por la mañana, se presentaba en casa de Poignan.

—Levántate—le dijo—y salgamos juntos.

El antiguo capitán de dragones se vistió encogiéndose de hombros y le siguió sin decir palabra. Cuando hubieron llegado detrás de los Cartujos, exclamó La Fontaine irguiéndose:

—Amigo mío, tenemos que batirnos.

—¿Batirnos?— respondió Poignan, atónito;— pero ¿gen qué he podido ofenderte?

—Lo sabes tan bien como yo.

—Que me lleve el diablo si...

—Vaya, vaya, no perdamos el tiempo y péleemos.

—Pero yo soy un antiguo tirador, y tú no te has batido nunca.

—Tanto peor para mí. Chateau-Thierry quiere que yo me bata contigo; batámonos.

Poignan cayó en guardia, con la sonrisa en los labios, y del primer golpe hizo saltar en el aire la inofensiva arma del poeta.

—Ahora—le dijo—espero que me explicarás el enigma.

—El público pretende que no es por mí por quien vienes todos los días á casa, sino por mi mujer.

—¡Ah, amigo mío! jamás hubiera creído que se te hubiese metido en la cabeza semejante extravagancia, y te juro que no me verás más en tu casa.

—Al contrario, he hecho lo que el público quería; ahora quiero que no salgas más de mi casa; si no, te reto de nuevo al terreno.

Diciendo esto, los dos amigos volvieron á la población é hicieron honor á un excelente almuerzo.

Semejante final, como se ve, no data de hoy. Vamos á dar una nueva prueba de ello, sacada de las *Historietas* de Tallemant. Se trata de un hombre de negocios llamado Menant, el cual al principio de su fortuna se asoció con uno de nombre Alex. «Menant quiso llevar la

bolsa, y, cuando llegó el momento de rendir cuentas, presentó un cuaderno tan abultado de gastos, que el otro no pudo menos de murmurar y decir que no gustaba de que le engañasen. Menant se ofendió tanto, que le dijo que quería verle con la espada en la mano.—Con mucho gusto—dijo el otro. Estaban muy sulfurados, y sin embargo tomaron seis semanas de plazo para arreglar sus asuntos. Durante este tiempo, Menant se ejercitaba diariamente lanzando estocadas á su cama, y cuando llegó el día del combate acudieron ambos al terreno. Cuando estuvieron frente á frente, Menant preguntó á Alex si había venido como correspondía á un hombre de honor, y al mismo tiempo mostró su pecho; el otro vacilaba. Menant se acerca y le encuentra una mano de papel sobre el estómago. Le llama cobarde. Alex contesta que hubiera sido muy tonto exponerse por una tontería.

—El diablo se lleve el duelo—añadió;—que se te quite eso de la cabeza.

Menant se dejó convencer y se fueron juntos á almorzar.»

Apresurémonos á añadir que un tal desenlace, que en nuestros días es casi la regla, era entonces una excepción.

Un aturdido, para llamar la atención, dirigió un reto á Odet de la Noue-Teligny, autor de un libro medianamente titulado: *Paradoja: que las adversidades son más necesarias que las prosperidades, y que entre todas la prisión es la más dulce y la más provechosa*. Este último le dirige una breve amonestación á propósito de la insignificancia que les lleva al terreno, y viendo que sus observaciones no producen efecto, le administra una vigorosa estocada.

Odet de la Noue-Teligny, cuyo hijo, por haber abandonado la profesión de las armas, fué llamado La

Noue Brazo de lana, descendía de *La Noue Brazo de hierro*, así nombrado porque un brazo de metal reemplazaba al que había perdido en el sitio de Fontenaille-Comte. Era un personaje de aspecto hurafío, vestido siempre de gamuza. Un día que, convocado por el rey para asistir á un consejo de guerra, llamaba á la puerta del gabinete, un joven caballero, al que puso de buen humor aquel extraño traje, dijo con burlón acento:

—Sin duda le esperan ahí dentro para tratar del asunto.

La *Noue* se sonrió y, abriéndose la puerta, entró como en su casa. El joven comprendió que se había engañado, pero se quedó para recibir la lección que había merecido. Cuando *La Noue* salió le dijo:

—Tenía usted razón al pensar que me esperaban, porque el rey me ha elegido para la expedición que usted sabe y me ha autorizado para llevar á quien yo quiera. Usted será, si le place, de la partida.

No hay para qué decir que el caballero aceptó gustosísimo el ofrecimiento y se portó como un león.

Un duelo que hizo algún ruido fué el de *Seigné*. El marqués estaba en las mejores relaciones con la señora de *Goudran*, y se había burlado del caballero de *Albret*, que parecía disputarle el puesto. Puesto al corriente el último de tales burlas, envió á *Sancourt* para pedir explicaciones. Se verificó el encuentro, y el caballero despachó á *Seigné*, como su hermano *Miossen* había despachado á *Villandry*.

—Á fe —dijo *Saint-Megrin*,—que ese caballero de *Albret* es un apuesto mancebo, gallardo, ingenioso y que mata muy bien á las gentes.

Y la señora de *Goudran* exclamó:

—Mi marido y yo perdemos á nuestro más querido amigo.

Al año siguiente, el conde de la Vergue de Guilleragues, que había sucedido á Sarrazín cerca del príncipe de Conti, y que debía, en 1672, ser nombrado embajador en Constantinopla, rogaba á un matón de gran reputación, llamado Ricardo, que retase al conde de Marennes.

Ricardo le respondió:

—Querido, hace quince días, me hubiera batido por dos ochavos; pero, en este momento, tengo quinientos doblones. Te ruego que me los dejes comer, y luego nos batiremos cuanto quieras... Sin embargo, si tienes mucha prisa, llama á Pavillon, mi compañero, que no tiene un cuarto de escudo; dirígete á él.

El asunto se arregló sin la ayuda de Pavillon.

Antes de concluir este capítulo, dejamos á Talle-mant hablar de las mujeres valientes. Habla primero de un marimacho, casada con Chateau-Gay de Murat, y la cual ciba de ordinario á caballo, con grandes botas de montar, la falda remangada y un sombrero de ala levantada, con la espada al lado y las pistolas en el arzón de la silla.

Había hecho algunos favores á un señor de Codieres, y como este segundón de Auvernia la diese celos, ella le llamó al terreno. Acudió con aire burlón, y comenzó á jugar con su espada, cuando comprendió que el capricho de la hermosa no tendía nada menos que á mandarle á hacer compañía á sus antepasados: ella tiraba con denuedo y acometía á los buenos sitios. Al ver esto, él cesó de bromear y la atacó seriamente, no para hierirla, sino para cansarla y obligarla á rendirse. Ella no se resignó sino cuando hubo caído al suelo sin fuerzas. Y su odio desapareció al punto; se mostraba gozosa por haber sido vencida. Aquel combate era un juicio de Dios que había declarado inocente á Codieres. Las sospechas desaparecieron y volvió el amor.

Aquel simpático marimacho buscó en seguida dependencia á unos gentilhombres vecinos suyos, los señores de Gane. Les miraba con malos ojos, no se sabe por qué. El hecho fué que, encontrándoles yendo de caza, se dirigió hacia ellos. Su escudero la dijo:

—Señora, retirémonos: son tres contra uno.

—No importa—respondió ella;—no se dirá que los he encontrado sin acometerlos.

Les salió al encuentro, en efecto, y aquellos tres gentilhombres tuvieron la cobardía de matarla.

«Su hermana, que no era hermosa como ella, añade Tallemant, era en cambio *muy fanfarrona*, y hasta era un poco loca. Se casó en primeras nupcias con un gentil-hombre llamado La Douze. Ella era muy joven; él la pegaba algunas veces. Después él se hizo gotoso y ella creció y se robusteció, y le pegó á su vez. Él murió, y ella se casó con Bonneval, de Limosin. Quiso hacer lo mismo con su segundo marido, y hasta le retó á un duelo. Él quiso que escarmentase: se encerraron en un cuarto, y la administró tres ó cuatro buenas estocadas para hacerla cuerda. Murió el segundo marido. Ella era ya vieja, y se dedicó á pintarse, porque era un poco *concubinaria*. Se dice que era un horror el verla. Persiguió durante tres leguas á un pariente suyo que había tenido la audacia de pasar por cerca de su casa sin ir á verla, y después le desafió.» ¡Qué linda criatura!

La señora de Saint-Balmont puede figurar dignamente al lado de aquellas dos heroínas. Era de Barrois. Á la muerte de su marido, que se hizo matar al servicio del duque de Lorena, tomó la resolución de gobernar ella misma sus tierras, y, para inspeccionarlo todo por sí misma, casi siempre estaba á caballo. Se vestía de adecuada manera al papel que desempeñaba. Un sombrero con plumas azules, una corbata, un justillo, unos

calzones, puños de hombre y botas de montar: tal era su indumentaria, que hay que completar con los cabellos cortados al rape. Cuando, por casualidad, dejaba el caballo, añadía una falda al justillo y reemplazaba las botas con zapatos sin tacones. Baja, no quería parecer superior á su estatura. Así, al menos, lo decía ella; ipero probablemente no llevaba las botas de mujer por instinto de conservación: sus bruscos movimientos la hubieran hecho perder á menudo el equilibrio! La señora de Saint-Balmont era tan devota como valiente, y además algo poetisa,—demasiado deberíamos decir, porque perpetró hasta dos tragedias. Era de una urbanidad que cautivaba, y no tenía otro defecto que el de accionar mucho, defecto del hombre que había en ella. Cuando se enfadaba era preciso defenderse bien ó, mejor, huir: «ella ha matado ó hecho prisioneros con sus propias manos más de cuatrocientos hombres. Cuando Erlach (1) pasó por Champagne, ella sola atacó á tres caballeros alemanes y les detuvo hasta que llegaron sus gentes. En un castillo subió al asalto, y, abandonada por los suyos, entró con la pistola en la mano, y penetrando como una furia en la que había diez y siete hombres, los desarmó». Domaba por sí misma sus caballos y siempre iba montada admirablemente. ¡Qué rabia experimentó cuando la hicieron la siguiente jugarreta! Un gentilhombre, al que ella había desafiado y cuya bravura era de pública notoriedad, acudió al terreno en un mal rocín.

—Señora—dijo,—hay que apearse.

La señora de Saint-Balmont cayó en el lazo: apenas se había apeado, cuando el otro saltó á su caballo y tomó las de villadiego, dejándola por prenda el rocín.

La Beaupré protestaría si dejáramos de colocarla en

(1) Que fué gobernador de Brisach y mariscal de Francia.

esta galería de mujeres valientes. Se batió en pleno teatro con una compañera de los Urlés. Después de un cambio de palabras malsonantes, la desafió y fué á buscar dos espadas. Catalina de los Urlés cogió una, creyendo que se trataba de un juego; pero la Beaupré la atacó con furia, la hirió en el cuello, y la hubiera matado si no las hubiesen separado.

Concluyamos con esta breve cita de Guy Patin:

«Se habla en París de dos damas de la corte que se han batido en duelo á pistola. El rey ha dicho riendo que no lo había prohibido más que á los hombres».

XII

Cousin entre las duquesas de Longueville y de Montbazon; el duque de Guisa y el conde de Coligny.—Los duques de Nemours y de Beaufort.—La cara de Elbeuf.—El gran Condé da y recibe una bofetada.—Intermedios: combates de canónigos y hombres de ley.—*La bota del señor de Saint-Evremont*.—Rochefort y el caballero de Rieux.—Rochefort y el conde de Harcourt.—Rochefort y Breanté.—Rochefort y Planches.—El marqués de Rivarol y el señor de Madaillan: una pierna de menos y una pierna de más.

La Fronda no fué creada y dada á luz para refrenar la manía de los duelos. Menudearon, aprovechándose de las revueltas.

La cábala de los *Importantes*, que engendró la Fronda, ocasionó un lance que hizo mucho ruido. La causa de la cuestión fué una carta de letra de mujer, y que se supuso se le había caído del bolsillo al conde de Coligny, uno de los amigos de la señora de Longueville. La duquesa de Montbazon, que vivía alegremente y que no deseaba otra cosa que encontrar pecadoras en torno suyo, hizo malévolas insinuaciones referentes al asunto. La señora de Longueville se indignó del ultraje hecho á su virtud: exigió y obtuvo excusas. Pero no la satisfizo aquella reparación: impulsó á Coligny á que provocase á uno de los numerosos favoritos de la Montbazon, al duque de Guisa, nieto de Balafre. Cedamos la pluma á Cousin, que refiere, como contemporáneo, las cosas de aquella época. Conocido es el ardiente amor del antiguo filósofo por la hermana de Condé. «El 12 de Diciembre de 1643,

dice, por la mañana, fué Estrades á desafiar al duque de Guisa en nombre de Coligny. La cita fué para el mismo día, en la Plaza Real, á las tres. Los dos adversarios no indicaron nada en toda la mañana, y á las tres se encontraban en el lugar señalado. Se atribuye al duque de Guisa una frase que da á la escena una grandeza inesperada: hace que comparezcan en la Plaza Real, frente á frente, por última vez, á los dos combatientes más ilustres de las guerras de la Liga, en las personas de sus descendientes. Al poner mano en la espada, Guisa dijo á Coligny: «Vamos á ventilar las antiguas querellas de nuestras dos casas, y se verá la diferencia que se ha de hacer entre la sangre de Guisa y la de Coligny». Coligny dirigió á su adversario una gran estocada, dice el *Journal de Ormeson*; pero como estaba débil, le falló el pie de detrás, y cayó sobre la rodilla. Guisa, entonces, se lanzó sobre él y le puso el pie en la espada. Coligny, desarmado, no quiso pedir la vida. Guisa le dijo: «No quiero mataros, sino trataros como merecéis, por haberos dirigido á un príncipe de mi alcurnia, sin haberos dado motivo», y le dió un golpe de plano con la espada. Coligny, indignado, recobra sus fuerzas, se echa atrás y se reanuda la lucha. En este segundo asalto, Guisa fué ligeramente herido en un hombro y Coligny en una mano; pero Guisa, lanzándose por segunda vez sobre Coligny, se apoderó de su espada, con la que se cortó un poco la mano, y levantándola, le dió un cintarazo en el brazo, que le puso fuera de combate. Mientras tanto, Estrades y Bridien se habían herido gravemente.

»Tal fué el desenlace de aquel duelo, el último, creo, de los duelos célebres de la Plaza Real. Produjo en París, dice Maupassant, un escándalo terrible. El asunto fué llevado al Parlamento; pero la causa se sobreesayó ante el crédito de Condé, y sobre todo, ante el deplorable

estado en que se supo se encontraba Coligny, el principal culpable, puesto que había sido el provocador.

»La señora de Longneville no hubiera sido la hermana del vencedor de Rocroy, una heroína digna de sostener la comparación con las de España, que veían morir á sus amantes á sus pies en los torneos, si no hubiese asistido al combate de Guisa y Coligny. Se aseguró, pues, que el 12 de Diciembre estaba en un palacio de la Plaza Real, en casa de la duquesa de Rohan, y que desde allí, oculta tras un cortinón de la ventana, presencié el terrible lance.»

Nueve años después se verificó el duelo de los duques de Nemours y de Beaufort.

El odio de los dos cuñados estalló, por primera vez, en Orleans, en presencia de la señorita de Montpensier; Nemours exclamó con el arrebató que le era habitual:

—Engañan al príncipe, y yo sé quién es...

—¿Quién es?—preguntó Beaufort.

—¡Tú!

Beaufort respondió con una bofetada, devuelta tan pronto como recibida. Los aceros se hubieran cruzado al punto si la hija de Gastón no lo hubiese impedido. Pero las hostilidades no debían tardar en reanudarse.

«Desde la cuestión de Orleans, dice la señorita de Montpensier, se creyó siempre que Nemours odiaba á Beaufort; sin embargo, el día del combate del barrio de San Antonio se hicieron mil cumplidos, lo que dió mucha alegría á la pobre señora de Nemours, que amaba mucho á su marido, aunque él no la amaba nada, y que afecionó mucho siempre á su hermano, que la correspondía con su conducta y con igual ternura. Hubo, pues, una disputa entre ellos por cuestión de rango: Beaufort tomó el asunto con tanta dulzura como con ansiedad Nemours; esto inquietó mucho á la señora de Nemours.

»Vino un hombre que solicitó hablar con una de mis mujeres, y la dijo: «La ruego diga á la señorita que el señor de Beaufort ha tenido una cuestión, y se pasea por el jardín de las Tullerías».

»Al subir un escalón que conduce al terrado del jardín de Renard, un paje de la señora de Chatillon me tiró del vestido y me dijo: «La señora os manda á decir que el señor Nemours va á batirse con el señor de Beaufort; os ruega que advertáis al señor». Eché á correr hacia el banco en que estaba sentado. Le dije: «¿Estaba yo en lo cierto al advertiros? La señora de Chatillon me lo confirma». Él se mostró muy sorprendido y ordenó al conde de Fiesque y á Fontrailles, que se encontraban allí, que se fuesen. Llegaron demasiado tarde.

»Un momento después un lacayo de Vendome vino á decir: «El señor de Nemours acaba de morir: el señor de Beaufort le ha matado». El señor marchó en seguida al Luxemburgo y el príncipe á casa de la señora de Nemours, adonde yo iba también; ella estaba en la cama, sin conocimiento, en una aflicción terrible, con las cortinas descorridas, todo el mundo á su alrededor; aquello era tan espantoso como la manera de saber el desgraciado accidente: estaba en su cuarto, que tiene una ventana que da al patio; oyó gritar: «¡Ha muerto!» Se desvaneció. En medio de toda aquella desolación, la señora de Bethune dijo no sé qué en un tono tan lúgubre, que hizo reír á la señora de Guisa, que es la mujer más seria del mundo; de suerte que el príncipe y yo, al verla reír, no pudimos contenernos; y fué el mayor escándalo del mundo. Fuimos la señora de Guisa, el príncipe y yo á visitar al señor de Reims, hermano del señor de Nemours, y también nos dieron tentaciones de reír; estaba en la cama, con las cortinas corridas, y hablaba incoherentemente. Presidió al duelo aquel una gran fatalidad: el

señor y el príncipe no hicieron nada para evitarlo, porque tenían la palabra de Nemours por veinticuatro horas; Beaufort hizo todo lo posible para evitarlo, hasta el punto de que Nemours se llegó á enojar con él. Cuando Beaufort no pudo ya negarse, encontró dificultades para la ejecución, porque llevaba con él muchos gentilhombres de los cuales no podía deshacerse, y era preciso aplazar el lance para otro día. Nemours, viendo esto, volvió á su casa, en donde encontró, por desgracia, el número de gentilhombres que necesitaba; volvió á buscar á Beaufort, y se batieron en el mercado de caballos, detrás del palacio de Vendome. Nemours llevaba con él á Villars, el caballero de la Chaise, Campan y Luserche. Beaufort, el conde de Bury, Ris, Brillet y Hericourt; el conde de Bury fué gravemente herido; Ris y Hericourt murieron dentro de las veinticuatro horas; en cuanto á los otros, salieron levemente heridos. Nemours llevó las espadas y las pistolas, que se cargaron en su casa. Cuando estuvieron frente á frente, Beaufort le dijo: «¡Ah, hermano mío, qué vergüenza! olvidemos el pasado, seamos buenos amigos». Nemours exclamó: «¡Ah, cobarde! es preciso que me mates ó que te mate». Disparó y falló el tiro, y se lanzó sobre Beaufort con la espada en la mano, de suerte que se vió obligado á defenderse; disparó, y le dejó seco con las tres balas que tenía la pistola.»

El duque de Beaufort, que mostró tanta longanimidad en aquel altercado, era de ordinario de una violencia que llegaba hasta la brutalidad. Un día, seguido de seis amigos, prodigó las injurias más groseras al duque de Caudale y se negó á darle una reparación; dijo que no podía correr el riesgo de matar á su primo carnal. No se le podía acusar de cobarde, porque su valor era bien notorio. El duque de Caudale quedó bajo el peso de la

afrenta; esto era lo que su primo pretendía. Otro día, furioso al ver á los de la Fronda y á los partidarios de Mazarino á punto de reconciliarse, Beaufort se dirigió á ver al presidente de Bellievre.

—Señor—dijo bruscamente,—¿no se cambiaría la faz de las cosas dando una bofetada á Elbeuf?

—No creo—respondió el presidente—que eso pueda cambiar otra cosa que la faz del duque.

La familia de Elbeuf estaba habituada á aquella clase de ultrajes. Condé llegó hasta á abofetear, en casa del duque de Orleans, al conde de Rieux, hijo del príncipe de Elbeuf. El conde devolvió la bofetada al vencedor de Rocroy, de Friburgo, de Nordlingen y de Leus; pero la Bastilla le enseñó que no había que levantar tan alto la mano.

«El espíritu de discordia y de facción, dice Voltaire, había pasado desde la corte á las poblaciones más insignificantes. Disputábase todo porque nada había reglamentado. Hasta las parroquias de París llegaban á las manos. Las procesiones luchaban unas con otras por el honor de sus pendones. Se vió á menudo á los canónigos de Nuestra Señora pelearse con los de la Santa Capilla. El Parlamento y el Tribunal de Cuentas se pegaron por cuestión de preeminencia en la iglesia de Nuestra Señora, el día en que Luis XIII puso su reino bajo la protección de la Virgen María. Casi todas las comunidades del reino estaban armadas; casi todos los particulares respiraban el furor del duelo.»

Los mismos epicúreos tomaban parte en el jaleo; su pontífice era un tirador consumado. *La bota del señor de Saint-Evremont*, era un término consagrado.—Se ignora si Saint-Evremont se batió á menudo. Desmaizeaux no le atribuye más que un encuentro, su lance con el marqués de Fore.

¡Qué hermosos eran los buenos tiempos antiguos! (1). Abrams, para edificarnos, las *Memorias* de Rochefort. «La casualidad, dice, hizo que yo me reuniese con el conde de Harcourt, segundón del actual duque de Elbeuf, y un día me encontré metido en una orgía, en la que, después de haber bebido con exceso, se propuso que fuéramos á robar al Puente Nuevo. Eran éstas diversiones que el duque de Orleans había puesto de moda en aquel tiempo. El caballero de Rieux, segundón del marqués de Sourdeac, á quien le repugnaba como á mí aquella partida, me dijo en cuanto llegamos al Puente Nuevo que, para no hacer lo que los demás, nos subiéramos al caballo de bronce y viéramos desde allí lo que ocurría. Dicho y hecho: trepamos por el caballo, y logramos sentarnos ambos en el cuello. Los otros se quedaron acechando los transeuntes, y robaron cuatro ó cinco capas. Pero habiéndose ido á quejar alguno de los robados, llegaron los arqueros, y como los nuestros eran menos, echaron á correr precipitadamente. Nosotros quisimos hacer lo mismo; pero al ir á bajar el caballero de Rieux, se cayó al suelo y se puso á chillar como un condenado. Los arqueros se apoderaron de nosotros y nos condujeron al Chatelet.» Rieux salió del asunto echando toda la culpa á su compañero, el cual pasó cuatro meses mortales en un hediondo calabozo. Cuando Rochefort salió de la cárcel, su primera visita fué para el caballero. Le pidió una reparación por su deslealtad, y como el otro se negase á todo encuentro, le pegó de plano con su espada. Fué en seguida á buscar al conde de Harcourt, que le recibió de la misma manera, pretextando su calidad.

(1) Se sabe que el verdadero autor de las *Memorias* publicadas con tal nombre no es otro que Sautraz de Courtilz. *Se non e vero e verosimile.*

Rochefort no era hombre que tascase el freno en silencio. Hizo causa común con un capitán de un regimiento de marina, Des Planches, vecino del conde de Harcourt en Picardía, y el cual, molesto con los desdenes del conde, meditaba contra él planes de venganza. No pudiendo habérselas con la persona misma del conde, se lanzaron sobre sus tierras, y merodearon tanto y tan bien, que concluyeron con toda la caza. Para dar variedad á sus diversiones se deleitaban á veces en cortar los árboles más hermosos, y no hubieran dejado uno en pie, si, al cabo, aquella distracción no se hubiese hecho fatigosa.

Si el conde de Harcourt no deseaba habérselas con Rochefort, quiso hacerle pagar caro sus jugarretas. Le envió, en consecuencia, un matón, llamado Breanté, próximo pariente de aquel terrible marqués de Breanté que asombró á Holanda con sus proezas, y del cual hablaremos más adelante. Dicho bravucón estaba siempre hablando de las proezas del marqués, y hasta se vanagloriaba, no ya de igualarle, sino de aventajarle. Rochefort le recibió á pie firme. Se batieron con denuedo. Breanté, herido en la cadera, le dió una estocada que le atravesó de parte á parte. «El cardenal, refiere Rochefort, que odiaba al conde de Harcourt y á su casa, porque siempre le fué adversa, se declaró abiertamente por mí, y dijo en presencia de todo el mundo, que Breanté podía esconderse bien, y que si caía en sus manos le enseñaría á desafiar á las personas de sangre fría. No paró en esto; y para molestar al conde de Harcourt, más bien que por simpatía hacia mí, me envió su cirujano y una bolsa de quinientos escudos. Des Planches vino, además, á anunciarme que el cardenal le había llamado para decirle que pasara á su tierra con algunos amigos cuando hubiera terminado la campaña, é

hiciera todo lo que pudiese en daño del conde; que Su Eminencia deseaba que yo fuese de la partida en cuanto estuviera repuesto. En efecto: al irle á dar las gracias después de curado, me dijo que se alegraría que emprendiese aquel viaje.»

Rochefort tomó, pues, de nuevo el camino de Picardía con su digno asociado Des Planches. El capitán llevó algunos soldados de su compañía, alistados para la expedición. Se frotaban las manos por adelantado. Pero los dos bravos se trabaron de palabras en la mesa, y después de haberse tirado los platos á la cabeza, se batieron con coraje.—Algún tiempo después hicieron las paces, y decidieron ponerse en campaña. Mientras esperaba que el cuerpo de ejército se pusiera en marcha, Rochefort se divertía en merodear solo — y Des Planches, oculto con los suyos en unas malezas, se divirtió en enviarle una descarga á los riñones. El herido se incomodó, como era natural, y Des Planches se tiró de los pelos, jurando que había creído tirar sobre las gentes del conde de Harcourt. Rochefort quiso más adelante vengarse de aquella superchería que no le había engañado; pero Mazarino, que deseaba conservar para las ocasiones individuos de aquella calaña, les prohibió que cruzasen los aceros. Des Planches se casó con la hija de un consejero de la Cámara Alta. «Pero como su mujer, dice un antiguo compañero de armas, no tuvo poder para retirarle de aquella vida, reventó cinco ó seis años después, á fuerza de beber.»

Se maravilla uno al encontrar, en medio de las estocadas de que están llenas las *Memorias* de Rochefort, el bonito paso que se refiere á la contienda del marqués de Rivarol con un señor de Madaillan. El marqués se había dejado una pierna en el sitio de Puigcerdá: desafiado por Madaillan, le envió un cirujano, que preparó ante el

último unos instrumentos capaces de poner los pelos de punta, y el cual declaró que tenía encargo del marqués de cortarle una pierna para igualar las condiciones del combate. — Madaillan no necesita reflexionar mucho tiempo para declarar, á su vez, que no tiene empeño en llevar las cosas tan lejos.

XIII

Pendencias del padre de Saint-Simon con Harcourt y Vardes.—
Quailces y el hijo mayor del conde de Auvernia.—Saint-Paul y
Serancourt.—Cuatro contra cuatro.—El cuerpo de los mariscales.—
Llueven edictos.—Ambijoux y Boisdavy.—La duquesa de Gesvres.—
La Maupin.—El duque de Richelien y el conde de Gacé.—Los
caballeros de Breteuil y de Gravelle.—El duque y Richelien.—
Los señores de Fimarcon y de la Roche-Aymon.—La pequeña Emilia.—
El duque de Crussol y el conde de Rantzau.—Grajeas de acíbar.—
No se bromea al otro lado del Rhin.—Los condes de Coigny y de
Fitzjames.—Richelien y el barón de Ponteder.—Richelien y el
príncipe de Lixen.—El conde de la Pailleterie y el marqués de
Jou***.—Las señoras de Neslé y de Polignac.—El lóbulo de una
marquesa.—El vizconde de Letorieres.—El caballero de La
Morlière y Pidausat de Mairobert.—Poullain de Sainte-Foix.—
El café Procopio.—Voltaire y el caballero de Rohan.

San Simón, que tomaba nota de todo, ha apuntado gran número de duelos. Habla primero de las penden-
cias que tuvo su padre: una con Harcourt, á propósito del cargo de gran escudero; otra con Vardes, por un desacuerdo acerca de un beneficio. Solamente la segunda llegó al lance. Vardes y el padre del autor de las *Memorias* se batieron valientemente; el primero fué herido en un brazo.

El valor no es patrimonio de todo el mundo. — El hijo mayor del conde de Auvernia, que llevaba una vida de libertino, «concluyó, dice San Simón, por deshonorarse en absoluto, en un combate que tuvo con el caba-

llero de Quailces, al salir del cual echó á correr, sin aliento, por las calles, con la espada en la mano, de la que se sirvió muy miserablemente. La cuestión se suscitó en una taberna, por mujerzuelas. Quailces, que era muy joven y que se había batido bien, se marchó del reino, y el conde de Auvernia aprovechó aquella triste ocasión para que su hijo no volviera. Era, por todos conceptos, un miserable deshonorado, que á fuerza de aventuras vergonzosas se vió obligado á dejarse desheredar y á tomar la cruz de Malta. ¡Qué caballero tan digno!

Luis XIV no bromeaba en este asunto. «Saint-Paul y Serancourt se batieron en duelo en el ejército de Flandes, al frente del campamento, sin más requisitos, yendo los dos á pie á comer á casa del duque de Guiche. Eran ambos capitanes de la guardia y veteranos. Saint-Paul fué muerto. Serancourt se retiró al cuartel del elector de Baviera; fué expulsado en seguida, y hubo de no volver á presentarse en Francia. Su hermano, intendente que fué de Bourges, empleó inútilmente todo su valimiento cerca del rey. Vive todavía, con cerca de cien años, perfectamente sano de cuerpo y espíritu, frecuentando la sociedad, comiendo, andando y viviendo como á los sesenta y setenta años.» Si el rey no perdonaba, tampoco castigaba, puesto que con la muerte de un hombre sobre la conciencia, se moría, no solamente de vejez, sino de extrema vejez.

Usó de la misma longanimidad en lo tocante al famoso duelo de 1663. Los combatientes eran en número de ocho: de una parte, los dos La Trette, el caballero de Saint-Aignan y el marqués de Flamareus; de otra parte, el príncipe de Chalais, el marqués de Noirmontiers, el marqués de Autin y el vizconde de Argenlieu. No hubo más que una víctima: el marqués de Autin. El caballero

de Saint-Aignan y los otros salieron de Francia por algún tiempo, y todo quedó terminado.

El cuerpo de los mariscales fué nombrado, por edicto de 1643, juez supremo y árbitro soberano de los asuntos de honor. Tenían jurisdicción de todas partes en donde se encontraran, y eran suplidos por los gobernadores de provincia ó, á falta de éstos, por los tenientes generales. Los gentilhombres, en ausencia de los gobernadores y de los lugartenientes generales de provincias, estaban facultados para llamar á las partes y juzgar sus diferencias, salvo apelación ante el tribunal de los mariscales, y hasta, en caso de urgencia, á sentenciar. Todos los franceses, nobles ó ennoblecidos, fuera de los magistrados, todos los militares, incluso los extranjeros, estaban sujetos á aquella justicia excepcional. Sin embargo, si una de las dos partes no reunía las condiciones requeridas, entendían en el asunto los tribunales ordinarios.

El edicto de Junio de 1643 fué seguido de otros diez en las siguientes fechas: 11 de Mayo de 1644, 13 de Marzo de 1646, Septiembre de 1651, Mayo de 1653, Agosto de 1668, 13 de Agosto, 14 y 30 de Diciembre de 1679, Diciembre de 1704 y Octubre de 1711.

Todos estos edictos no tratan más que de los gentilhombres: ¿acaso la canalla puede tener asuntos de honor?

El más notable es el que se llama *Edicto de los duelos* (Agosto de 1679). Declara imprescriptible el crimen del duelo, y castiga con pena de muerte, no solamente á los combatientes, sino también á los padrinos y testigos, con confiscación total ó parcial de sus bienes. En cuanto á los encargados de llevar las cartas y á los criados que asisten á sus amos, y que antes eran colgados, incurren en la pena de azotes ó del sello. Este último artículo fué el mejor ejecutado.

El edicto de 1704 prescribe medidas adecuadas á asegurar una legítima satisfacción al honor ofendido. Se imponen penas severísimas á los magistrados que se permitieran palabras ofensivas. Los mentís, puñetazos ó bastonazos deben ser castigados con cárcel y reparación del honor al salir de ella. El que hubiera pegado una bofetada será abofeteado á su vez por su adversario.

Se esperaba ahogar el duelo bajo este montón de leyes; pero era trabajo perdido. Ayer Ambijoux, después de haber administrado unos rigurosos latigazos á Boisdavy, al frente de su regimiento, se batía con él y caía mortalmente herido, así como dos testigos. Hoy otros gentilhombres llevan su audacia hasta tirar de la espada en las salas del palacio de Versalles.

No olvidemos á la duquesa de Gesvres y su escándalo en pleno Trianon.

«Era, dice San Simón, una especie de hada, alta y delgada, que andaba como esos grandes pájaros que se llaman señoritas de Nubia... Se la ocurrió un día ir á Trianon y cenar allí. Su edad, su indumentaria y su figura excitaron á las princesas á burlarse de ella con sus favoritas. Ella lo notó, y, sin alterarse, las dijo tales cosas que las hizo callar y bajar los ojos. No paró en esto la cosa: después de la cena, se explicó con tanta libertad, pero tan humorísticamente, acerca de aquellas damas, que las asustó hasta el punto de que las hizo presentar sus excusas y pedir cuartel. La señora de Gesvres se lo concedió, pero á condición de que aprendiesen á vivir. En adelante ellas no se atrevieron á mirarla cara á cara.»

Que la señora de Gesvres nos perdone si citamos después de ella á la Maupin. La Maupin tenía el honor de ser contemporánea suya, y, en este concepto, tiene derecho á figurar á su lado.

Este marimacho, al día siguiente de su boda, obtuvo un empleo para su marido y le volvió la espalda, para correrla con un preboste de armas llamado Sesauc, que la enseñó la esgrima. Los dos tórtolos dieron asaltos para vivir; después, encontrando poco productivo este recurso, se dedicaron al teatro. La Maupin no tardó en enviar á su amante á pasear con su marido: se había afeccionado á una joven de singular belleza. Pero esta joven tenía padres que veían claro, y pusieron los muros de un convento entre ella y la Maupin. Ésta no era mujer que se diese por vencida; puso fuego al convento y raptó á la novicia. Después tuvo que huir de la justicia, que la buscaba para quemarla, sencillamente. Se escapó, y, una vez olvidado el hecho, se presentó una noche en la Ópera, con el casco de Palas en *Cadmo*. Se la hizo una entusiasta acogida: bailaba mal, ¡pero manejaba la lanza con tal donaire!—¿Y el bastón? Su compañero Dumesnil podía hablar de ello con conocimiento de causa. Había murmurado de la Maupin, de sus hechos y extrañas costumbres. La Maupin no dijo nada: prefería obrar. Una noche, vestida de hombre, y con un sombrero de alas anchas metido hasta los ojos, esperó al hombre en la Plaza de las Victorias, que debía cruzar al salir del teatro; en cuanto apareció, ella le presentó la punta de su espada y le invitó á batirse. Dumesnil, que no era de carácter guerrero, quiso pasar adelante; ella entonces enarboló un palo que llevaba de reserva y le dió una paliza. Después despojó al pobre diablo de su reloj y tabaquera, para que sirviesen de pruebas de convicción. Al día siguiente, como Dumesnil se quejase en la Ópera de haber sido atacado por una banda de ladrones que le había despojado:—¡Mientes!—dijo ella;—la banda de ladrones no era más que yo, que te apaleé porque no tuviste el valor de aceptar el combate que te ofrecía; y la prue-

ba de lo que digo es que aquí están tu reloj y tu tabaquera, que te devuelvo.

La Maupin estaba siempre dispuesta á esgrimir la espada. Tuvo el capricho, en un baile público, de coquetear con una mujer á la que acompañaban tres caballeros. Estos la provocaron, tomándola por hombre, porque jamás vestía el traje de su sexo. Salieron, y la Maupin mató, uno tras otro, á los tres hombres. Salió del paso con un pequeño viaje á Bélgica. Teófilo Gautier ha publicado, con el título de *Mademoiselle de Maupin*, una novela que, á pesar de lo escabroso del asunto, ha obtenido una gran aceptación.

El regente, que se mostró tan justamente implacable con el conde de Hornes, dió pruebas de la misma debilidad de Luis XIV en la represión de los duelos. Leemos en las *Memorias* de San Simón, correspondientes á 1716:

«Hubo muchos bailes en París, además de los de la Ópera. En uno de estos últimos estalló una disputa entre el duque de Richelieu y el conde de Gacé, hijo mayor del mariscal de Matignon. Salieron, se batieron en la calle de Richelieu, y se hirieron levemente ambos.» Encerrados en la Bastilla, salieron de ella «con los greñescos limpios», según frase de Rabelais.

El *Diario* del abogado Barbier está lleno de duelos. Nos presenta, en primer lugar, á los caballeros de Breteuil y de Gravelle batiéndose también en la calle de Richelieu, en pleno medio día. Después es el duque, que, á causa de la señorita de Charolais, su hermana, se hace dar una estocada en el vientre por el señor de Richelieu. Es Fimarcon, que hiere gravemente al conde de la Roche-Aymon por una figuranta de la Ópera, llamada Emilita. Es el duque de Crussol, un pigmeo, que mata á un gigantón alemán, el conde de Rautzan, por unas grajeas de acíbar que éste le cogió de su caja y se las escupió

al rostro. Es, en fin, el conde de Coigny, que, por una maliciosa frase, recibe del conde de Fitzjames una esto-cada en el cuello.

Volvamos al duelista más célebre de la época.

Richelieu le había quitado la dama llamada la Martelière á un barón del otro lado del Rhin, de nombre Ponterieder. El barón se sulfuró y fueron á batirse detrás de los Inválidos. El combate no duró más que cinco minutos. Ponterieder, herido en mitad del pecho, expiró murmurando el nombre de la bella. Richelieu recibió un pinchazo bajo la tercera costilla.

Algún tiempo después, en el sitio de Filisburgo, en una trinchera, pasaba su espada al través del cuerpo del príncipe de Lixen, que dijo frases malsonantes respecto de los Viguerot, antecesores de Richelieu. —El duque fué acompañado por un joven capitán, el marqués de la Pailleterie, abuelo de Alejandro Dumas.

En 1781, el hijo del marqués de la Pailleterie, que fué el general Dumas—insultado en el Teatro Francés por el marqués de Jou***,—se batía con él en el jardín del hotel de Hanovre, ante un solo testigo: el presidente del Tribunal de los mariscales.

Se sabe la irresistible seducción que ejercía Richelieu y el combate que ocasionó.

Había dado dos citas en el mismo día: una para las dos, y otra para las cuatro. Por lo menos, así encargó á su secretario que redactase la circular habitual á la marquesa de Nesle y á la condesa de Polignac. Solamente que Raf señaló, por distracción, la misma hora.

Resultó de ello un encuentro entre las dos rivales en el Bosque de Bolonia. La marquesa propuso la pistola, que era un arma familiar á la condesa.

Ésta no quiso ser menos galante.—Tire usted primero—dijo—y no yerre, si quiere que yo la yerre.

La señora de Nesle apuntó y cortó una rama de un árbol próximo.

—La cólera hace temblar la mano—dijo la señora de Polignac con la sangre fría de un duelista consumado.

Y apuntando, á su vez, cortó el lóbulo de la oreja de la marquesa.

La señora de Nesle cayó como si estuviera mortalmente herida.

No obstante su singularidad, aquella aventura hizo menos ruido que cualquiera de las menores proezas del vizconde de Letorieres.

Este Adonis era el blanco de las miradas de las damas más encopetadas de la corte. Había, con su apostura, conquistado el favor del rey, que le colmó de honores, y de hidalguillo pasó á gentilhombre. No hay razón para censurar por esto á Luis XV, que era demasiado rico en vicios para pedírselos prestados á Enrique III. Pero si Letorieres no desempeñaba el papel de favorito, tenía, como Quelus y los de su banda, hábitos de tirador. Tuvo infinidad de duelos y concluyó por perder la vida en uno.

El mes de Abril del año 1753 pudo ser fatal al caballero de La Morlière ó á Pidausat de Mairobert. ¡Qué pérdida hubiera sido para las letras! El hecho está anotado en un documento hasta el presente inédito (1).

«La Morlière acaba de tener un duelo con Mairobert. Habían dicho á Mairobert que La Morlière había hablado mal de él en una casa.

»Mairobert, sabiendo que el otro iba algunas veces

(1) Debemos esta anécdota á la amabilidad de nuestro ingenioso colega Alberto de la Fisière. Está tomada de un libro muy curioso que va á publicar con el título: *Extracto de anécdotas literarias de Lamoignon y Malesherbes.*

á casa de Goudot, secretario del regimiento de Gaules, se dirigió á allí y preguntó á la señora de Goudot si no había visto á La Morlière, y que se alegraría fuese á comer aquel día. La señora de Goudot le preguntó la razón, y él respondió que era un quídam al que iba á tirar de las orejas. Al acabar de decir estas palabras, anunciaron á La Morlière.

»Mairobert dijo en alta voz á la señora de Goudot que celebraría no invitase á comer á La Morlière.

»Éste, muy asombrado, preguntó el motivo.

»Mairobert le envió á hacer lo que ustedes saben, le dijo que saliera y le explicaría la razón.

»Los dos campeones bajaron, y á la puerta misma de la casa Mairobert sacó la espada.

»La Morlière le dijo que no estaba acostumbrado á batirse en la calle ante los transeúntes. Y diciendo esto, echó á andar hacia los Inválidos seguido por Mairobert.

»Mientras tanto, llegó Goudot á su casa, y enterado del caso por su mujer, corre tras los dos atletas acompañado por un lacayo, los alcanza cerca de Bellechass y se los trae á su casa más muertos que vivos. Ninguno de los dos deseaba otra cosa. La señora de Goudot hizo una escena á Mairobert, que le pidió perdón de rodillas; pero ella le dijo que no volviera á poner los pies en su casa.

»La Morlière se quedó á comer, pero no pudo probar bocado; parecía un desenterrado.

»Después de la comida, la señora de Goudot le dijo lo mismo que á Mairobert, y se libró satisfactoriamente de aquellos dos buenos sujetos.»

Esto es hablar quizás con demasiada ligereza de dos personajes de aquella talla. ¿Quién sabe si hubiesen cruzado los aceros—aun á su pesar—sin la intervención del secretario del regimiento de Gaules? No siempre se bate

uno placenteramente. ¿No nos dice la Historia que Enrique IV sufría cólicos cada vez que entraba en fuego? Y, sin embargo, ¿quién se atrevería á dudar del valor de Enrique IV? — Librémonos de prestar completa fe á la historieta que acabamos de transcribir. Sería penoso no poder otorgar la menor estimación á La Morlière y á Mairobert. Consideremos su vida, y, sobre todo, su miserable fin. Después de haber tenido la gloria de formar y capitanear una banda de apreciables granujas, prestos á aplaudir ó á silbar á los actores y á los autores, según que los unos y los otros les diesen ó negasen un testimonio metálico de simpatía,—después de haber engendrado su novela *Angola*, una obrita maestra desde el punto de vista erótico, el caballero murió de sentimiento al ver languidecer en la miseria á la que le lanzó con su conducta á una personita que fué su compañera. En cuanto á Mairobert, que había libado el amor de las letras en casa de la señora de Doublet, cometió la imprudencia de prestar, con un interés muy alto, una importante suma al marqués de Brunoy, un loco que gastó quinientos mil francos en una procesión. Condenado á una pena infamante por sentencia del Parlamento, el pobre usurero copió á Séneca su trágico fin: se abrió las venas con una navaja de afeitar; y para ganar más pronto el cielo, terminó con un pistoletazo.

El autor de la *Historia de la Orden del Espíritu Santo* fué un verdadero bravo.

Poullain de Sainte-Foix había sido teniente en un regimiento de caballería. Acompañó á Italia al mariscal de Broglie, como ayudante de campo, y se distinguió por su arrojo en la batalla de Guastalla. Esperaba obtener después de la campaña el nombramiento de capitán; pero se engañó, y, presentando su dimisión, se entregó por completo á las letras. Era de un carácter muy arre-

batado. En el regimiento se había batido en duelo más de lo razonable; al despojarse del uniforme no se despojó de su genio guerrero. «El señor de Sainte-Foix — dice *La Correspondencia Literaria* — es uno de los hombres más alabados de nuestros días, porque ha declarado varias veces que cortará las orejas á quienes se atrevan á atacarle, y estos señores están convencidos de que cumplirá su promesa.» Sin embargo, tenía verdaderos amigos: eran algunos literatos que habían simpatizado con él por la vivacidad de su ingenio.—En público daba las bromas más pesadas; pero no atacaba sino á los que tenían aspecto de poder contestarle con la espada en la mano. Un día entró en el *Café Procopio* un guardia real, y pidió una taza de café con leche y un panecillo, añadiendo para sí: «Esto me servirá de comida».

—¡Mala comida!—le dijo Sainte-Foix.

Lo repitió tantas veces, que el guardia concluyó por provocarle.

Sainte-Foix recibió una estocada en el brazo.

—Esto no quita—dijo—para que un panecillo y una taza de café con leche sea una pobre comida.

Era un burlón incorregible y pesadísimo.

—Huele usted muy mal — dijo brutalmente á un gentilhombre.

Este le desafió.

—¿Para qué?—añadió Sainte-Foix. — Aunque usted me mate, seguirá usted oliendo mal; y si le mato yo, olerá usted peor.

Le sucedió en ocasiones ser burlado á su vez.

También le ocurrió el llegar á tronar contra el duelo.—Así lo quiere la lógica humana.

Voltaire sacrificó ante el monstruo después de haberle atacado.

Comía en casa del duque de Sully. Suscitóse una dis-

cusión, y como no era de la misma opinión que uno de los convidados, preguntó el caballero de Rohan-Chabot:

—¿Quién es ese joven que para contradecirme habla tan alto?

—Señor caballero—respondió Voltaire,—es un hombre que no ostenta un gran nombre, pero que honra el que lleva.

Rohan abandonó la mesa lleno de cólera.

—Nos felicitamos de que nos haya usted libertado de él—dijo el amo de la casa.

Y todos los invitados aplaudieron.

Algunos días después, Voltaire comía de nuevo en casa del duque de Sully. Un criado vino á decirle que le esperaban abajo para una buena obra. Voltaire se levantó precipitadamente, y con la servilleta en la mano llegó á la puerta de la calle, ante la que había un coche de alquiler. En aquel coche había dos hombres que, con voz lastimera, le rogaron que subiese. Apenas hubo entrado, uno de ellos le sujetó, mientras el otro le aplicaba en la espalda cinco ó seis vergazos. A diez pasos de allí estaba el caballero de Rohan en su coche, escoltado por otros cuatro galopines.

—Basta—dijo, ordenando á su cochero que arrease.

Voltaire sube, y conjura al duque de Sully para que considere como suyo el ultraje inferido á uno de sus convidados. El duque se niega á todo, hasta á ir á declarar ante un magistrado. Voltaire se alejó entonces y para siempre de aquella casa, más manchada que él por la afrenta recibida.—Dirigió la siguiente queja al ministro del departamento de París:

«Declaro con el mayor respeto que he sido agredido por el bravo caballero de Rohan, acompañado por seis matones, tras los cuales estaba valientemente apostado.

»He procurado desde entonces reparar, no mi honor, sino el suyo, lo que es harto difícil...»

Voltaire no tardó en ver que no podía contar con la justicia de los hombres de ley, y resolvió obrar por cuenta propia. Tomó lecciones de armas, y en cuanto se sintió apto para manejar una espada, entró en el Teatro Francés, seguido de Thiriot, y abriendo la puerta del palco de Rohan, le dice:—Señor, si algún asunto de interés no le ha hecho olvidar á usted el ultraje de que me quejo, espero que me dará usted una satisfacción.

La alusión era sangrienta. El caballero tenía fama de prestar con usura. ¡Bonito oficio para la famosa divisa!—Era el precursor del Rohan, al que Michelet llamó tan justamente granuja; del cardenal del asunto del Collar y de la caja de los Ochenta, del hombre que no pagaba á sus criados sino protegiendo con su categoría de embajador el contrabando que se veían obligados á hacer para vivir.

El caballero aceptó el desafío para el día siguiente, á las nueve, y fijó él mismo el sitio, en la puerta de San Antonio. Pero cuida de hablar á su familia, y todos los Rohan se ponen en movimiento. Corren á Versalles, y Voltaire va á expiar á la Bastilla la audacia de su reto.

Permanece preso doce días, y no sale sino para ir á Inglaterra, acompañado por un vigilante.

Se lee en su *Correspondencia* del 12 de Agosto de 1726:

«... Le confesaré, mi querido Thiriot, que he hecho una pequeña excursión á París. Puesto que no he ido á verle, comprenderá que no he visto á nadie. Yo no buscaba más que á un hombre á quien el instinto de la cobardía le ha ocultado de mí, como si hubiera adivinado que le siguiese la pista. En fin, el temor de ser descubierto me ha hecho marchar con más precipitación de la que vine.»

Condorcet dice acerca de esto en la *Vida de Voltaire*:

«... Comprendió que un adversario que disponía á su antojo de la autoridad ministerial podría igualmente evitarle y perderle. Se sumió en el retiro y desdeñó ocuparse por más tiempo de su venganza, ó más bien, no quiso vengarse siné obligando á su enemigo á que oyera repetir, en medio de las aclamaciones de Europa, el nombre que pretendió escarnecer.»

El bravo caballero debía morir en la piel de un teniente general.

XIV

Un baile de máscaras.—El conde de Artois y el duque de Borbón.—
El príncipe de Condé y el vizconde de Agout.—Una viudita.—
Los tres duelos de Dorsant.—El príncipe de Nassan y el conde
de Segur.—Los jóvenes del siglo.—El duque de Roncherolles y
el rayo de luna de Rivarol.—Sedaine y el señor de la Ferté.—El
marqués de Saint-Hurugue.—Ney.—El hombre del tafetán ne-
gro.—El duque de Brissac.—El señor de Marcelo.

En uno de aquellos bailes de la Ópera, de que gusta-
ba tanto el abate Galiani, en la noche del martes de
Carnaval del año 1778, la duquesa de Borbón, habiendo
reconocido, á pesar de su disfraz, al conde de Artois y á
la señora de Canillac, que se paseaban del brazo, les per-
siguió con las bromas más picantes. Ella detestaba apa-
sionadamente á la señora de Canillac, que había cometido
el doble delito de mortificarla en su amor propio y
desbaratar sus cálculos: aquella dama había sido la que-
rida de su marido, y pasaba á serlo del conde de Artois,
puesto que ambicionaba la duquesa. La señora de Cani-
llac se escabulló, y la duquesa de Borbón se apoderó del
conde de Artois, y, mientras bromeaba, le tiró del anti-
faz y se lo quitó. Furioso con la aventura, que no fué
tal vez sino un accidente, el conde arrancó con una bru-
talidad soldadesca la careta de la duquesa.

Dos días después la duquesa daba una gran cena y
hablaba de la grosería del personaje.

—Le tengo—dijo—por el más insolente de los hom-

bres. En poco estuvo que no llamase á la guardia en el baile de la Ópera, para que le prendiesen.

El dicho corrió, y ocasionó un lance entre el conde de Artois y el duque de Borbón, el cual terminó con un apretón de manos y una satisfacción dada por el conde á la duquesa.

Para ser fiel al juramento prestado, en su consagración, como sus antecesores, de combatir el duelo, Luis XVI condenó á los dos adversarios á un destierro de ocho días. Recibieron la orden, el conde de Artois de marchar á Choisy, y el duque de Borbón á Chantilly.

El padre del último tuvo también un lance que hizo algún ruido. Un capitán de sus guardias, el vizconde de Agout, estaba seriamente enamorado de una viudita de la corte, de la princesa Luisa de Condé. Estaba á punto de casarse con ella, cuando habiéndosele metido en la cabeza, con razón ó sin ella, que su prometida se dejaba festejar por el príncipe de Condé, la llenó de censuras y rompió bruscamente las relaciones. La viudita se lamentó amargamente al príncipe de manera que él participase de sus rencores. Agout fué invitado á presentar su dimisión, que la llevó un cuarto de hora después. Como preguntase, en el tono más respetuoso, por qué había podido merecer semejante desgracia:

—Es—respondió el príncipe—que yo no puedo sufrir ni los mentirosos ni los calumniadores.

—Os ruego, monseñor—replicó Agout alzando la cabeza,—que recordéis que ya no tengo el honor de estar á vuestro servicio y que soy gentilhombre.

—Le entiendo, caballero, y estoy dispuesto á sostener lo que he dicho en todos los terrenos.

Al día siguiente el príncipe de Condé y el vizconde de Agout ponían mano en la espada, en el Bosque de Bolonia.

El príncipe fué tocado, y el combate cesó previa intervención de los testigos.

Poco tiempo después, por recomendación del príncipe de Condé, el vizconde de Agout recibía el nombramiento de mayor de la guardia.

Las costumbres iban suavizándose, pero el prejuicio del duelo continuaba en pie.

Había gentes que estaban lejos de tener la ferocidad de Bussoy de Amboise, pero que, como él, estaban dispuestas á esgrimir la espada por si son equis ó fes griegas; testigo Dorsant, que tuvo tres duelos en una semana: el primero por haber sido mirado de reojo, el segundo por haber sido mirado de frente, y el tercero por no haber sido mirado de ninguna manera.

Por una mala inteligencia, dos amigos íntimos, el conde de Segur y el príncipe de Nassan, se baten encarnizadamente, hasta que el vizconde de Noailles suspende aquella lucha insensata.

En Enero de 1785 corría una canción titulada *Los jóvenes del siglo*, y cuya letra, atribuida primero á Boufflers, después á Chamfort, fué reivindicada por aquél, á quien Rivarol llamaba su «rayo de luna». El gallito de los jóvenes del siglo, el duque de Roncherolles, picado en lo vivo por alguna de las frases de la canción, se permitió decir, en presencia de varios oficiales de la guardia, que el autor merecía ser apaleado. Champonetz fué á buscar al duque. Se concertó el duelo, y los dos adversarios se agujerearon recíprocamente la piel.

Los literatos no estaban de humor de devorar en silencio las impertinencias de los grandes. Conocida es la lección de cortesía dada por Sedaine al intendente del teatro Menus. Su ópera cómica *Alberto* acababa de ser representada, y se quejó del mal gusto con que había sido puesta en escena. Sus palabras llegaron comenta-

das y aumentadas á oídos del señor de La Ferté. Éste acudió furioso.

—¿En dónde está Sedaine?—exclamó.

—*La Ferté*—respondió altivamente el autor, mirando de pies á cabeza al intendente,—el señor Sedaine está aquí. ¿Qué le quiere usted?

A aquel tiranuelo de bastidores le representaba una caricatura de la época con el bastón levantado sobre sus súbditos agrupados en torno suyo. Se ve que Sedaine no se arredraba. Pero el señor de La Ferté comprendió que, si introducía el bastón en un diálogo empezado de aquella manera, su interlocutor no dejaría de emplear los mismos argumentos. Se fué con las orejas gachas, y fué la mofa de los cortesanos. Hasta se vió obligado á cantar la palinodia á los pies del trono por la libertad que se había tomado con Sedaine.

—Cuando el rey y yo hablamos á un escritor—le dijo secamente María Antonieta,—le llamamos siempre señor. En cuanto al fondo de su altercado, usted no nos interesa.

Por aquella época, á causa de una infracción de las reglas del código del honor, estaba detenido en la cárcel de Dijón un hombre que debía desempeñar un papel activo en los clubs de la revolución. El marqués de Saint-Hurugue, que ejercía entonces la profesión de las armas, hacía su aprendizaje de prisionero mientras su mujer, una ex reina de teatro, juzgase oportuno enviar á Charenton á aquel marido incómodo. Allí fué donde aprendió á gustar del régimen de las cartas-órdenes del rey.

En 1787, un hombre al que esperaba otra fama, Ney, de diez y ocho años de edad, servía en el regimiento de Coronel-General, que fué más adelante el 4.º de húsares. Se distinguía por su buena conducta y su especial aptitud para todas las faenas del soldado. «Así era, dicen

sus Memorias, que le reservaban las acciones de honor. El maestro de armas de los cazadores de Vintimille, de guarnición con el regimiento de Coronel-General, era, como todos los de entonces, un individuo peligroso, siempre con el sable en la mano, terrible para los novatos y hasta para los tiradores hábiles; había herido al maestro de armas de Coronel-General é insultado al regimiento. Los suboficiales se reunieron para castigar al insolente. Se eligió al más bravo y diestro, y Ney, nombrado cabo hacía poco, quedó encargado de la venganza de sus compañeros. Aceptó la misión con alegría. Llegan al terreno y cruzan los sables. De pronto siente que le cogen por la casaca, se vuelve: es su coronel, que le amenaza y le manda arrestado... Una larga estancia en el calabozo salvó á Ney del consejo de guerra. Pero, en cuanto salió, el peligro que acababa de correr no pudo impedir que satisficiera á una ley de honor: no quiere ser protegido sino por las armas. El interrumpido combate se reanudó con mayor secreto. Ney quedó vencedor; un sablazo en la muñeca estropeó para siempre á su adversario, el cual, reformado por aquella herida, no tardó en caer en la miseria. Pero el cabo, llegado á ser rico, no olvidó su duelo; buscó al desgraciado que castigara, logró encontrarle y le concedió una pensión.»

Dos oficiales de guardias franceses tuvieron una disputa que terminó con una bofetada. El que la recibió, el barón de C***, se puso en la mejilla ultrajada un pedazo de tafetán del tamaño de la palma de la mano; después invita cortésmente al que le pegó, el caballero de T***, á que le acompañe detrás de los Inválidos.— El caballero gana en aquel paseo una estocada que le tiene dos meses en cama. Después del lance, y en el mismo terreno, el barón sacó tranquilamente de su bolsillo unas tijeras y recortó un poco el tafetán.

Una vez curado T***, su criado le anunció una mañana una visita.

—Es—dijo—un gentilhomme que tiene un pedazo de tafetán en la cara y dice que el señor le espera.

—En efecto—responde T***;—vete á decirle que bajo.

Nuevo paseo, nueva estocada y el mismo juego de tijeras.

El caballero curó de la segunda estocada, y el barón apareció de nuevo.

Este manejo continuó hasta que el tafetán quedó reducido á su más mínima expresión: ya no era más que un punto negro.

—Yo he concluído con mi tafetán—dijo entonces C*** á T***, cuyo cuerpo era una criba—y usted ha concluído de penar...

Y le mató.

La disciplina veíase comprometida con aquellas pendencias cotidianas. El regimiento del Rey (infantería), de guarnición en Nancy, era el que tenía peor nota. Le dieron el mando de él, para que lo disciplinase, al duque de Brissac. El día que tomó posesión de su destino reunió á los oficiales en una gran comida. El nuevo coronel se mostró el más amable de los anfitriones. Hizo gala de una amenidad de carácter que pareció del mejor augurio. Cuando llegaron los postres, dijo con graciosa sonrisa:

—Señores: sé que son ustedes un poco arrebatados y que menudean los lances de honor... No crean que les recrimino por ello... Yo soy de los que creen que las espadas no deben criar moho... Continúen, pues, batiéndose como gusten... Unicamente, antes de ir al terreno, vengan á verme; me dirán el asunto, les diré lo que yo pienso, y después irán á batirse si continúan con ganas. Cosa convenida, ¿no es verdad, señores?

—¡Sí, coronel!—exclamaron todos los convidados á coro.

El duque fué el primero en levantarse de la mesa. Apenas había puesto el pie en sus habitaciones, cuando le anunciaron la visita de dos jóvenes capitanes, el vizconde Ricardo de R... y el caballero Armando de T...

—¿Qué desean ustedes, señores?—preguntó el coronel.

—Venimos, sencillamente, señor duque—respondió el vizconde,—á preveniros que nos batimos mañana por la mañana.

—¿De veras? Yo les creía á ustedes amigos de la niñez...

—No os engañáis, coronel; estamos y estaremos ligados por la más íntima afección.

—Sin embargo, quieren ustedes batirse...

—Ciertamente, y la cosa lo merece; juzgad—dijo el caballero:—yo he sostenido que en Versalles puede uno presentarse con capote y sin polvos; Ricardo ha sostenido lo contrario. Nos hemos picado y nos hemos desafiado.

—La cosa vale la pena, en efecto—dijo gravemente el coronel.

Los dos jóvenes se miraron.

—Es evidente—añadió el coronel—que el capote no se lleva más que por la mañana. ¿Pero y cuándo termina la mañana? El vizconde R... ha pretendido que no se podía, sin faltar á la etiqueta, pasearse con capote en la primera parte del día... El caballero T... ha pretendido lo contrario. La injuria está bien caracterizada. Bátanse ustedes, pues, pero bátanse seriamente. Un duelo no es sino un juego ridículo cuando no hay un hombre muerto.

Y les despidió con la mano.

Al día siguiente, en la parada, el duque, al ver á los

dos capitanes al frente de su compañía, dijo con acento de vivo disgusto:

—¿No ha tenido consecuencias el lance?

—Perdón, coronel—respondió Armando,—y la prueba es la soberbia estocada que he recibido...

Y mostraba su brazo derecho en cabestrillo.

—¡Bah! una rozadura... ¡Y se han contentado ustedes con eso!... ¡Se han olvidado de que se trataba de una cuestión de primer orden, una cuestión de etiqueta!... Vaya, señores, es preciso que vuelvan á empezar y que uno quede en el terreno.

Los dos capitanes se batieron de nuevo, y el vizconde Ricardo recibió una herida que le tuvo tres meses en cama.

Durante aquel intervalo, á varios oficiales que fueron á pedir autorización para batirse se les suplicó que esperasen á la terminación del asunto de los dos amigos.

Cuando el duque encontró al vizconde, que tomaba el aire apoyándose en el brazo del caballero, exclamó:

—¡Ah! ya está usted bien... Perfectamente. Sin más tardar tendrán ustedes á bien reanudar mañana el lance... ¡Y que se concluya esta vez! No me gustan los asuntos que se prolongan...

Los dos pobres amigos concluyeron de la manera más completa: se encerraron y se mataron. Al vizconde le hubiera desesperado sobrevivir al caballero, y lo mismo le hubiera pasado al segundo, respecto del primero.

El duque de Brissac reunió á los oficiales que esperaban su autorización para ir al terreno.

—Señores—dijo,—van ustedes á poder terminar sus diferencias. Pero como no quiero que el servicio sufra con esta clase de asuntos, no concedo más que un permiso á la vez... Y espero que cada lance terminará como el que acaba de verificarse.

La lección había costado cara, horriblemente cara. —Produjo el resultado que esperaba el inflexible coronel.

Los oficiales se retiraron silenciosos y sombríos.

A partir de aquel día, el regimiento del Rey fué el regimiento modelo; no se habló más que de su espíritu de disciplina.

Siente uno escalofríos ante la inflexibilidad del carácter del duque de Brissac, cortando en lo vivo para detener el mal; pero no es mucho más preferible que la ligereza del duque de Richelieu, que entendía de una manera singular sus deberes de jefe como condestable?

Una mañana el señor de Marcelo, gentilhombre bordelés, abuelo del conde de Marcelo, el segundo padre de la Venus de Milo, fué á quejarse al mariscal. Había recibido la última de las injurias: un quídam le había escupido al rostro.

—Sucio, vete á lavar—le respondió Richelieu.

Los sentimientos profundamente religiosos del señor de Marcelo le vedaban el duelo como medio de reparación. Se resignó pensando en Cristo. Pero este asunto fué exhumado ruidosamente cuando la reunión de la Asamblea de Notables de 1768. Elegido diputado, el señor de Marcelo vió que los gentilhombres de su provincia, sus colegas, se alejaban de él como de un apesadado. Le echaron en cara la afrenta recibida y declararon que ninguno de ellos se sentaría á su lado. El señor de Marcelo no tuvo valor para permanecer fiel á sus principios religiosos: se batió con uno de aquellos gentilhombres, y fué muerto (1).

(1) *Histoire des duels anciens et modernes*, por Fougereux de Campigneulles, t. I, pág. 316.

La guerra en el Teatro Francés.—Roselli y Ribou.—Fleury y Dugazon.—Dugazon y Dazincourt.—Florence y Larive.—Larive y Talma.—La guerra en la Ópera.—La Teodora y la Beaumenil.—El caballero de San Jorge y el arco Marion.—El caballero de Eou.—*Carlos IX.*—Talma y Naudet.—Barnave y Cazales.—Lametch y Castries.—El tribunal de casación.—Boyer y sus colaboradores.—Bonillé y Latour de Auvernia.—Latour.—Maubourg y el vizconde de Mirabeau.—Mirabeau y los caballeros sirvientes de su mujer.—El conde de Galiffet.—Beaumarchais.—Camilo Desmoulins.

A fines del siglo XVIII, los actores eran tratados todavía, en ocasiones, de histriones, pero se daban el gusto de ir también al terreno como gentilhombres. Se decían sin duda, y con razón, que valían tanto como las personas de calidad, y creían elevarse andando á cintarazos. Creemos nosotros que Preville, Molé, Grandmeuil y Mauvel entendían mejor su dignidad, haciendo méritos para que les fueran abiertas las puertas del Instituto.

Roselli y Ribou, por un papel que el último se negaba á ceder, se batieron á las nueve de la noche, cerca de San Sulpicio. Roselli cayó mortalmente herido.

Fleury tuvo dos duelos con Dugazon, que era tirador de oficio y que se estrenó en el terreno hiriendo gravemente, en Bruselas, á un compañero, llamado Dubois, culpable de una impertinencia.

Dugazon buscó camorra un día á Dazincourt, á pro-

pósito de la gran casaca roja que, en la Comedia Francesa, distinguía á los empleados. Ambos querían llevarla con exclusión del otro. Disputaron tanto y tan bien, que concluyeron por ensartarse, pero tan ligeramente que pudieron almorzar después con buen apetito.

Florence y Larive, una vez terminado el espectáculo, se precipitaron uno sobre otro, armados de sables, y se hubieran hecho cisco si no les hubiesen separado. Volvieron á batirse al día siguiente en los Campos Elíseos, pero no se hicieron mucho daño. Larive desarmó varias veces á Florence; después abandonaron el terreno, sin haber perdido una gota de sangre.—El primero fué menos afortunado con Talma, que le hirió gravemente.

Una rivalidad amorosa ocasionó un encuentro en el Bosque de Bolonia, entre una bailarina de la Ópera, la Teodora, y la Beaumenil, cantante del mismo teatro. Los testigos de la primera fueron las señoritas Fel y Charmoy, y los de la segunda las señoritas Guimard y Geslin. El arma elegida era la pistola. Las dos enemigas, en traje de amazonas, se apuntaban ya cuando llegó su compañero Rey y las separó. Pronunció un discurso de tonos conmovedores, pero no logró sino exasperar más á las rivales. Sin embargo, mientras peroraba se había apoderado de las pistolas y las colocó en un lugar húmedo. Quedaron inservibles, y los circunstantes hicieron que se abrazaran las combatientes.

No tenemos necesidad de abrir un paréntesis para hablar del caballero de San Jorge. Formaba parte del mundo del teatro por sus óperas cómicas. Grimm le presenta al público en la siguiente forma: «Joven americano, de gran talento, el tirador más hábil que haya en Francia y uno de los corifeos del concierto de aficionados». El tirador más hábil, esto es lo que era y lo que fué. Le aplicó la frase de Ariosto un biógrafo avezado

en esta clase de ejercicios, el hijo del célebre Boessiere: «La naturaleza le formó y rompió el molde». Para Grisier, fué «el hombre más extraordinario que haya habido nunca en la ciencia de la esgrima».

Un día el diestro mulato encontró en su camino á un maestro de armas, que tuvo el capricho de mostrarse impertinente, y concluyó por preguntar al caballero en dónde enterraba.

—Bajo el arco de Marion—respondió San Jorge.— Si le agrada, allí estará mañana por la mañana á las seis.

El maestro de armas le miró perplejo; San Jorge no pestañeó: se trataba de una provocación en regla. Á la hora indicada llegó el maestro de armas, y San Jorge le recibió con el florete en la mano. Pusiéronse en guardia. Al primer choque, el caballero hizo saltar el arma de su adversario. Y, como éste parecía querer una lección más completa, hizo un signo á un negro de talla gigantesca, que acudió con un haz de floretes.

—¿Para qué todo esto?—preguntó el maestro de armas, con las cejas arqueadas.

—Sencillamente, para que aprenda usted á vivir.

Y San Jorge se entretuvo en romperle en el cuerpo todo el haz de floretes.

El caballero de San Jorge no encontró más que un tirador que fuese digno de él: el caballero de Eou.

Más adelante les veremos entendérselas en Londres.

La Revolución se acerca. Truena, estalla. La Bastilla es tomada. El duelo desaparece por un momento bajo las ruinas del pasado.

Dos tragedias le resucitan el 21 de Julio de 1790.

Talma siguió el curso de las nuevas ideas. Nandet echaba de menos el régimen de los gratos placeres: no era el único del Teatro Francés que permaneciese fiel al antiguo orden de cosas. Formóse una intriga, de la

que el último era el alma, para impedir la representación de una obra que obtuvo un gran éxito, el *Carlos IX* de Chenier. A las reclamaciones del público se había respondido con una fina negativa, fundada en una doble indisposición. Pero, una noche, los federados de la Provenza pidieron el *Carlos IX* con una insistencia de las más ruidosas. Naudet estaba en escena.

—Esperamos—dijo—que la señora de Vestris y el señor de Saint-Prix se encontrarán dentro de pocos días en disposición de volver á encargarse de sus papeles.

Los gritos redoblaron. Entonces Talma, adelantándose, dijo á su vez:

—Señores, se puede complaceros. Yo os respondo de la señora de Vestris. Trabajaré, os dará esta prueba de su celo y su patriotismo. Se leerá el papel del cardenal, y tendréis la representación de *Carlos IX*.

Colmaron á Talma de aplausos y á Naudet de denuestos.

Éste, terminada la representación, dirigió á Talma mortificantes recriminaciones, que se agravaron con una bofetada. Siguió un lance á pistola. Talma erró el tiro, y Naudet disparó al aire.

El 11 de Agosto del mismo año la Asamblea nacional trataba del asunto del 5 y 6 de Octubre. Oudard acaba de pedir, en nombre del Comité de investigaciones, que se rechazasen las insinuaciones de Chatelet. Su discurso fué acogido con una verdadera tempestad de gritos. «Los *negros* (1) estaban fuera de sí, dice Camilo Desmoullins; era como si en un exorcismo se hubiera arrojado un cubo de agua bendita sobre la cabeza de un diablo sin peluca. El *negro* Cazales exclamó que todos los miembros de la izquierda eran unos bandidos. Esta

(1) Que se han convertido en blancos.

frase, que dirigía á todos los patriotas, la hizo resonar con tanta fuerza al oído de Barnave, mirándole de reojo, que el último no pudo menos de decir al negro: «Si habla usted colectivamente, es una necedad que no debe preocuparme. Si quiere usted insultarme personalmente, es cosa que no lo consentiré». «Lo que he dicho es por usted», respondió Cazales. El ardiente patriota replicó, sin poderse contener, con una de las palabras más enérgicas y poco ambiguas del lenguaje.»

Los dos diputados tuvieron al día siguiente un lance en el Bosque de Bolonia. Los testigos eran: Lameth por Barnave, y San Simón por Cazales. Barnave tiró el primero y no hizo blanco. Lo mismo le sucedió á Cazales cuando le llegó el turno.

Mientras volvían á cargar las armas, los dos adversarios hablaban tranquilamente.

—Sentiría mucho matar á usted—decía Cazales;—pero nos molesta usted mucho. Quisiera solamente alejarle de la tribuna por algún tiempo.

—Yo soy más generoso—respondió Barnave;—apenas deseo tocarle, porque es usted el único orador de su bando, mientras que el mío ni siquiera notaría mi ausencia.

El segundo tiro de Barnave dió á Cazales en la frente, pero le produjo una contusión sin importancia; el ala del sombrero amortiguó la bala.

La atención general estaba absorbida por los actores del drama político. París comprendía que no era solamente Francia, sino la humanidad entera, la que estaba en juego en aquella sala de Manege, en donde el mundo antiguo se defendía contra las acometidas del nuevo. París vigilaba los manejos de los partidarios del Privilegio, quienes, derrotados constantemente en la tribuna, habían proyectado suprimir la lucha suprimiendo á sus

adversarios. Los primeros golpes se dirigieron contra Carlos Lameth. Los periódicos de la época están llenos de las peripecias de aquella gran pendencia, que tomó las proporciones de un acontecimiento.

Carlos Lameth, al entrar en el salón de sesiones, fué saludado con los epítetos más injuriosos; en medio de aquella tempestad de invectivas, Castries avanzó hacia él, exclamando que estaba dispuesto á cortarse el cuello con todos los jefes del partido popular. Lameth recogió el guante y quiso ventilar el asunto sin pérdida de momento. «Elegió por padrinos el llamado *orador del pueblo* á Menou y Barnave. La noche avanzaba; apenas podían distinguirse los objetos; el duelo era á espada; cruzáronse los aceros; pero en el momento en que Carlos Lameth tiraba una terrible estocada que debía matar á su adversario, pero que le pasó rozando, separó con la mano izquierda la espada enemiga, cuya punta le penetró bastante en el antebrazo para causarle una grave herida.»

En cuanto el pueblo se enteró del asunto y de sus consecuencias, se dirigió en masa á la calle de Varennes, y se vengó en el mobiliario de la casa de Castries.

«Este memorable acto de justicia, dice Camilo Desmoulins en las *Revoluciones de Francia y de Brabante*, se realizó con la alegre algazara que acompaña á los juicios del pueblo, á esas sentencias pronunciadas por la opinión universal, y que no encuentran contradictores. Hacía más de un año que los patriotas, para acabar de una vez con todas las diferencias referentes á lo que se llama el nacimiento (nosotros hemos nacido muertos y como si no hubiéramos venido al mundo), proyectaron representar un día una procesión de *cordones azules*, y revestidos con un gran collar de la Orden, ir á oír en los Franciscanos una misa del Espíritu Santo, celebrada por el abate Fanchet ó el abate Sieyes. Con motivo del sa-

queo de la casa de Castries, renació la idea. ¡Cuál fué la sorpresa de la anciana mariscal de Mirepoix, cuando, turbada en su poltrona por el estrépito que hacía ante su puerta el bullicioso Tribunal de Casación, y habiendo llamado á un antiguo servidor para preguntarle qué significaba todo aquel ruido de la calle, dijo aquél á su ama que, sin duda, el señor duque, su vecino, había tenido una cuestión con los caballeros de la Orden, invitándola á que viera por sí misma cómo aquellos señores arrojaban los muebles por la ventana! El antiguo servidor no se engañaba: el Tribunal popular, para vestirse al estilo de los nuevos jueces y dar á sus juicios un aire de majestad, había pasado un cuarto de hora acicalándose en el ropero del mariscal. Allí se formó una numerosa promoción de caballeros, que salieron del cuarto de tocador para dirigirse á sus diversiones, tan solemnemente como los recipiendarios salían, el día de la Ascensión, del gabinete del rey, para dirigirse á la procesión; el señor duque de Castries no pudo apelar como tratándose de un juez incompetente, puesto que fué juzgado por el Tribunal de los Pares.»

Los cazadores del batallón de Santa Margarita tomaron la decisión siguiente: «Todo cazador irá por turno á la sala de sesiones de la Asamblea nacional; considerará como personal toda querella suscitada á los diputados patriotas, y los defenderá hasta perder la última gota de sangre». El espíritu de emulación infundió en el corazón del ciudadano Boyes la valiente inspiración de asumir él solo los asuntos de honor suscitados por los *negros*. Lo anunció en un manifiesto así concebido: «Juro que la tierra se ensanchará en vano para sustraer á un hombre que haya herido á un diputado... Tengo armas que las manos del patriotismo se han complacido en fabricarme; todas me son familiares; no adopto ninguna.

Todas me convienen, con tal de que el resultado sea la muerte». Al final se leía esta dirección: «Pasaje del Bosque de Bolonia, barrio de San Dionisio». Se abrió una oficina para recibir las provocaciones; acudió la gente en masa, no para atacar á Boyes, sino para combatir con él. Se vió obligado á aceptar la colaboración de cincuenta patriotas, con los que formó una especie de guardia bajo el nombre de *batallón de los espadachinecidos*. Pero Boyes y sus hombres esperaron en vano la ocasión de batirse: fueron condenados á una inacción completa.

La discordia se había introducido entre los *negros*; se peleaban entre ellos. Ya en Marzo de 1790, el señor de Bouillé había tenido un lance con el señor de Latour de Auvernia, al que mató de un pistoletazo. En Diciembre, el conde de Latour-Maubourg se batió con el vizconde de Mirabeau. Mirabeau-Tonneau recibió una estocada que le tuvo mucho tiempo en cama. Dijo á su hermano, que fué á verle:

—Te agradezco la visita. Cree que me es tanto más agradable, cuanto que jamás me proporcionarás ocasión de hacerte una semejante.

Mirabeau creía que tenía que cumplir otra misión distinta de la de espadachín. Por lo demás, ya había hecho sus pruebas en semejante materia. A los diez y ocho años de edad se batió en la Roqueta con un joven oficial de dragones, y le hirió. Cuando presentó la instancia para separarse de su mujer, hizo frente á tres habitantes de Aix, que se habían dedicado á ser los caballeros acompañantes de la condesa, entre otros el conde de Galiffet, al que atravesó el brazo de parte á parte.

En la parte de sus Memorias consagrada al asunto Goesman, Beaumarchais habla en estos términos de un reto que recibió:

«No he denunciado el reto de Bertrand al Ministerio

público, como muchas personas honradas me lo aconsejaban. Ciertamente es que no he dado una estocada á Bertrand, por no encontrar en él un corazón que atravesar; pero he enviado á mi vez un reto á ese capitán, en papel timbrado, para que acudiera al terreno del Tribunal de París, en donde mi procurador le ha esperado en vano dos días seguidos.»

Insultado por dos comediantes del Teatro Francés, Desessarts y Naudet, Camilo Desmoulins no respondió á la doble provocación sino con un ademán de desprecio. Se explicó claramente en su diario: «Necesitaría, dice, pasar la vida en el Bosque de Bolonia si estuviera obligado á dar satisfacciones á todos aquellos á quienes mi franqueza desagrade. Que me acusen de cobardía, si gustan... Estoy persuadido de que no está lejos el tiempo en que no han de faltar ocasiones para morir más gloriosa y útilmente. Entonces el amor de la patria hará que renazca en mí el valor que me hizo subir por un madero al Palacio Real, y ser el primero en usar la escarpela nacional».

XVI

Gangeneuve y Jouneau.—Tres días de Abadía.—El decreto de amnistía de la Asamblea legislativa.—Ellevion y Bievillev.—Los generales Destaing y Regnier.—Los duelos en el Imperio.—Casimiro Perier.—Los generales y Fournier.—Un duelo que dura diez y nueve años.—Los generales Oruano y Bonet.—Un duelo que dura seis días.

Jamás hubo más número de miserables pendencias en el seno de la representación nacional como á mediados del año 1792. El 15 de Junio, el girondino Guadet subía á la tribuna para denunciar á un diputado que habia insultado groseramente á uno de sus colegas: era Jouneau, que, en una discusión con Gangeneuve, contestó á un argumento con un puñetazo. La Asamblea decretó que pasara tres días en la Abadía.

La Constituyente, á pesar de las apremiantes reclamaciones de las secciones y de la municipalidad de París, no se creyó en el deber de votar una ley contra el duelo. La Legislativa hizo más, menos deberíamos decir. Publicó el siguiente decreto de amnistía:

«La Asamblea nacional, considerando que, desde los primeros momentos de la revolución, la oposición momentánea de las oposiciones ha impulsado á algunos ciudadanos á provocaciones que no hubieran hecho si hubiesen tenido tiempo de reflexionar, y de no consultar sino á sus verdaderos sentimientos; resultando que los procesos criminales subsiguientes han privado á la so-

ciudad de hombres que podrían serle útiles, y á los que la indulgencia nacional tiene derecho á perdonar, decreta:

»*Art. 1.º* Quedan sobreseídos y terminados todos los procesos y anuladas todas las sentencias, incoados y dictadas contra los ciudadanos desde el 14 de Julio de 1789 por motivo de provocación al duelo.

»*Art. 2.º* El poder ejecutivo provisional dará las órdenes necesarias para que los ciudadanos detenidos á consecuencia de dichos procesos y sentencias sean puestos sin demora en libertad.»

La Convención no se ocupó del duelo sino incidentalmente. El 29 Mesidor del año II, el tribunal de lo criminal de Versalles elevó una consulta para saber si el artículo 2 de la cuarta sección del Código penal militar, referente á las amenazas con palabras y ademanes, y las vías de hecho de un inferior á su superior, era aplicable á la provocación al duelo fuera de los actos de servicio. Apoyándose en el silencio que guardaba el texto de dicho artículo respecto de los desafíos, la Convención declaró *que no había lugar á deliberar*. Encargó, al mismo tiempo, á su comisión de legislación que redactase un proyecto de ley contra el duelo.—Pero la Revolución iba á tener pronto que ocuparse en algo más que en los duelistas. Por lo demás, en la contienda general desaparecieron los combates singulares.

A la época del Directorio pertenece el curioso hecho siguiente, que está consignado en una carta autógrafa del señor de la Valette á la señorita de Cochelet:

«Ha habido un duelo en el Bosque de Bolonia, entre Elleviou y Bieville, á propósito de una señora, á la que, para mirarla, se acercó demasiado el célebre cantante. Bieville le llamó algo mortificante. El delicioso Elleviou se incomodó; hubo que batirse, y mientras se hacían los preparativos, se puso á cantar él solo... un dúo».

No era el *Canto del Cisne*, porque Elleviou murió de un ataque de apoplejía, en 1842, en las oficinas del *Charivari*.

Incumbía al Imperio el hacer que renacieran los combates singulares. Francia no era entonces más que un soldado, y los entreactos de la guerra eran dedicados naturalmente á los duelos. Batíanse contra los burgueses, y aun entre sí, para entretenerse. Justo es añadir que Napoleón estaba lejos de aprobar aquel género de pasatiempo: despreciaba profundamente á los espadachines. Los había visto en campaña.

Castigó con un prolongado enfado al general Destaing, el cual, por una cuestión cuyo origen se remontaba á la campaña de Egipto, tuvo, en 1802, un lance con el general Regnier, al que mató de una bala en pleno pecho.

Encontramos en *Las armas y los duelos* una anécdota que se refiere al año 1809, y que concierne á Casimiro Perier, el cual no era aún más que banquero.

Tuvo una cuestión, y jamás había tocado una espada. Le dieron ocho días para prepararse. Fué á tomar lecciones con Fabián, el maestro de armas.

«Por la mañana, dice Grisier, se encerraba Fabián con Casimiro Perier y le daba una lección. Al terminar la semana se había arreglado el asunto de honor, y no se verificó el duelo; pero Fabián tenía curiosidad por saber cómo se las compondría aquel tirador improvisado con tiradores algo regulares. Casimiro Perier no era aún conocido en sociedad; le presentó en una reunión del domingo, en su salón de la calle de Richelieu; organizó dos asaltos, en los cuales, limitándose al juego sencillo y especial en el que acababa de ser iniciado, Casimiro Perier obtuvo un triunfo completo. Sus adversarios, asombrados por lo brusco de un ataque tan extraño como

irregular, recibieron los tres ó cuatro primeros botonazos, después de los cuales Fabián se apresuró á dar por terminados los asaltos. Casimiro Perier, satisfechísimo, entusiasmado con aquel triunfo inesperado, quiso continuar las lecciones.

»Algún tiempo después volvía á tirar con los mismos adversarios, pero en esta ocasión fué derrotado. Los últimos habían tenido tiempo de reflexionar. Casimiro Perier comprendió entonces que su método no podía contar sino con la ventaja de la sorpresa. Se puso, pues, á trabajar seriamente, y no tardó en llegar á ser lo que se llama un tirador consumado y muy peligroso.»

Hizo algo mejor todavía: llegó á ser el personaje que conocéis. La verdad es que el hombre político que se apoderó de Ancona nos parece algo superior al mismo caballero de San Jorge.

Si los duelos fueron frecuentes en tiempos del Imperio, en cambio no los hubo dignos de ser referidos.

El más curioso es el que terminó en 1813, y que venía durando más de diez y nueve años. Comenzó en Estrasburgo. Digamos dos palabras sobre su primera causa. Un capitán de húsares, llamado Fournier, que era un camorrista consumado y tenía en las armas una habilidad deplorable, había provocado y matado, por el más fútil de los motivos, á un excelente joven, llamado Blumm, único sostén de una familia numerosa. — Una multitud considerable asistió al entierro. Por la noche se daba un baile en casa del general Moreau, dedicado á las familias de la población. El general, temiendo que la presencia de Fournier provocase un escándalo, encargó á un ayudante, el capitán Dupont, que no le dejase entrar. Dupont se puso á la puerta, y cuando se presentó Fournier le dijo:

—¿Te atreves á presentarte aquí?

—¿Cómo? ¿qué significa esto?

—Significa que debieras haber tenido presente que, el día del entierro del pobre Blumm, lo decente era quedarte en tu casa, y, sobre todo, no venir á una reunión en la que estás expuesto á encontrarte con amigos de tu víctima.

—Es decir, con enemigos. Deberías saber que yo no temo á nadie, y que soy capaz de desafiar á todo el mundo.

—Por esta noche prescindirás de ese capricho, porque te vas á ir á acostar por orden del general.

—Te engañas, Dupont; yo no puedo retar al general, que me insulta cerrándome la puerta; pero lo hago á ti y á ellos, y quiero pagarte generosamente la comisión que has aceptado.

—Nos batiremos cuando mejor te parezca. Hace mucho tiempo que me desagrada tu fanfarronería y que la mano me pide corregirte.

—Veremos quién de los dos corrige al otro.

Fournier fué el castigado.

—¡Primera parte! —exclamó al caer en tierra con una vigorosa estocada.

—¿Pretendes, por lo tanto, renovar la experiencia?— preguntó Dupont.

—Sí, amigo, y espero que será pronto.

Un mes después Fournier estaba curado, y Dupont, gravemente herido, á su vez, exclamaba al caer:

—¡Segunda parte! A la tercera irá la vencida.

Los dos adversarios manejaban la espada, poco más ó menos, con igual destreza; pero las condiciones hubieran sido muy desiguales á pistola: Fournier era un tirador de una espantosa superioridad. «A menudo, refiere Pontecoulant en los excelentes artículos que publicó en *La Audiencia* de 1858; á menudo, cuando los

húsares de su regimiento pasaban al galope fumando, Fournier se entretenía en romperles las pipas que llevaban en la boca.» Propuso su arma favorita para la reanudación de las hostilidades; Dupont se negó, y se batieron como antes. La *buena* no terminó el asunto: heridos levemente ambos, decidieron continuar la cuestión hasta que una de las dos partes se declarase vencida y satisfecha. Formularon así sus condiciones:

«1.^a Cada vez que los señores Dupont y Fournier se encuentren á treinta leguas de distancia uno de otro, recorrerá cada uno la mitad del camino para encontrarse, con la espada en la mano.

»2.^a Si uno de los dos se encontrase imposibilitado de hacerlo por su servicio, el que esté libre deberá recorrer la distancia entera, á fin de conciliar los deberes del servicio con las exigencias del presente tratado.

»3.^a No será admitida más excusa que las que resulten de las obligaciones militares.

»4.^a El presente tratado, hecho de buena fe, no podrá ser derogado en ninguna de sus condiciones sin consentimiento de las partes».

Este pacto fué religiosamente ejecutado en toda su integridad. Por lo demás, á los contratantes no les costaba ningún trabajo cumplir con sus compromisos: aquel estado de guerra continuo había llegado á ser para ellos un estado normal. Acudían á encontrarse con un apresuramiento que se parecía al de la más profunda amistad. No cruzaban el acero sin haber cambiado antes un fuerte apretón de manos.

Su correspondencia es curiosísima. Unas veces era ésta:

«Estoy invitado á almorzar por los oficiales del regimiento de cazadores de Luneville; pienso acudir á tan amable invitación. Como estás con licencia en la ciudad,

lo aprovecharemos, si te parece, para darnos una estocada».

Otras veces era este billete, menos familiar, pero no menos tierno:

«Mi querido: Iré á Estrasburgo el 5 de Noviembre próximo, á eso de medio día. Me esperarás en el hotel de Postas. Nos daremos una estocada».

Siempre la misma coletilla.

Mientras tanto, el ascenso de uno de ellos impedía provisionalmente todo lance: era uno de los casos previstos por el art. 3.º del tratado.

Cuando volvían á ser iguales, el que había ascendido el último nunca dejaba de recibir una epístola de este género. Es Fournier el que escribe:

«Mi querido Dupont: Me entero de que el emperador, haciendo justicia á tu mérito, acaba de concederte el grado de general de brigada. Recibe mi sincera felicitación por un ascenso que tu porvenir y tu valor hacen natural. Hay para mí un doble motivo de contento en tu nombramiento. Primero, la satisfacción de una circunstancia feliz para tu porvenir; en seguida, que nos encontramos otra vez en condiciones de darnos una estocada en la primera ocasión».

Han llegado á ser generales de división.

Dupont recibe la orden de ir á unirse con el ejército de Grissous. Llega, sin ser esperado, al villorrio que ocupa el Estado Mayor, y en donde no hay sombra de posada. Es noche cerrada; no se ve ninguna luz, si no es en las ventanas de una casita. Dupont se dirige hacia aquel lado, penetra resueltamente en la habitación y se encuentra frente á Fournier.

—¡Cómo! ¿Eres tú?—exclama alegremente.—¡Adelante la estocada!

—¡Adelante la estocada!

Y continúan dialogando mientras cruzan los aceros:

—Te creía promovido á alguna elevada función administrativa.

—Creías mal; sigo siendo del oficio. El ministro me ha enviado al cuarto cuerpo, y aquí me tienes.

—Y tu primera visita ha sido para mí... No se puede ser más amable... ¡Recontra!

La espada de Dupont ha alcanzado á Fournier en el cuello, y le tiene clavado en la pared.

—Confiesa que no esperabas esta estocada.

Dupont no suelta la presa.

—Te guardo otra que vale por ésta.

—¿Cuál?

—Cuando bajes el brazo, y sin que puedas parar, te largaré al vientre una estocada que te echará fuera los intestinos.

—Gracias por el aviso. Pasaremos la noche en esta posición.

—¡Es una agradable perspectiva! ¿Sabes que no me encuentro á gusto?

—Suelta tu espada y te soltaré.

—No; quiero pincharte en la panza.

El ruido que hacen concluye por atraer á unos oficiales, que separan á los dos generales.

Dupont es el primero en cansarse de aquella lucha sin fin. Piensa en casarse. Pero antes hay que matar á Fournier ó imposibilitarle.

Va á buscarle una mañana; estamos en París.

—¡Hola! Vamos á ello—dice Fournier.

—Escúchame antes. Aquí donde me ves, estoy á punto de casarme. Es preciso terminar esta contienda, que empieza á oler á podrido. Vengo á desembarazarme de ti. Para obtener un resultado definitivo te propongo sustituir la espada por la pistola.

—Tú has perdido la cabeza—dice Fournier, estupefacto.

—¡Oh! Conozco tu destreza... Pero he pensado en un medio de igualar el combate: hay, cerca de Neally, un bosquecillo cercado, del que puedo disponer. Nos dirigiremos á él provistos de pistolas de reglamento; luego, después de habernos perdido de vista, nos daremos caza, con la facultad de tirar á nuestro antojo.

—Chócala; comprendido. Pero deja que te dé un consejo.

—Venga.

—No laves muy adelante tus proyectos de boda: sería en balde, porque certifico que morirás soltero.

—Allá veremos.

El día dicho, Fournier y Dupont se pusieron á cazarse. Avanzaban á paso de lobo, acechándose á través de la maleza, cuando sus ojos se encontraron por un claro del follaje. Con un movimiento común, se ocultaron más que de prisa detrás de un árbol. Permanecieron así algunos minutos. La situación era delicada. Dupont fué el primero en aventurarse, ó más bien en simular que se aventuraba. Cogió uno de los faldones de su levita, y asomó una punta. Inmediatamente silbó una bala, que agujereó el paño.

—Va una—se dijo.

Tras un breve intervalo, volvió á la carga, pero por el otro lado; cogiendo su pistola con la mano izquierda, presentó el cañón como si fuera á tirar, y, al mismo tiempo, asomó su sombrero con la mano derecha.

—¡Van las dos!—añadió.

El sombrero había sido lanzado á la maleza.

Entonces Dupont, dirigiéndose en derechura á Fournier, le dijo:

—Tu vida me pertenece, pero no la tomo.

—Como te plazca—respondió Fournier.

—Únicamente acuérdate de esto: que no abandono mi derecho de propiedad. Líbrate, pues, de ponerte nunca en mi camino, porque podría alojarte mis dos balas en la cabeza, á boca de jarro, como me está permitido hacerlo en este momento.

Así terminó aquella larga contienda.

Durante los Cien días se verificó un duelo entre el general Oruano, el actual gobernador de los Inválidos, y el general Bonet, muerto de senador últimamente. El primero obtuvo un mando que el otro esperaba, por lo que éste mostró el mayor despecho. Semejante decepción tomó un carácter de acritud muy acentuado. El general Oruano, al dirigirse á las Tullerías en compañía de general Colbert, se encontró en el camino con el general Bonet, y le saludó. Éste no le devolvió el saludo.

El general Colbert se lo hizo observar al general Oruano, que no se había fijado, y el cual se dirigió á Bonet.

—General—le dijo,—¿no me ha saludado usted por distracción, ó intencionadamente?

—No ha sido por distracción.

Al día siguiente, sin más explicaciones, aquellos dos hombres cambiaron una bala.

Volvieron á empezar al otro día. Esto se repitió seis días seguidos. Al sexto, el general Oruano estaba fuera de combate: había recibido una bala, que le impidió, tal vez, ser muerto en Waterlloo, porque anduvo dos años con muletas. El general Bonet también había sido tocado, pero la bala dió en una moneda de cinco francos que llevaba en el bolsillo.

XVII

El Palacio Real.—El coronel Barbier Dufai y Raul***.—Un duelo en simón.—El coronel de Saint-Morys y el general Montegier.—Martainville y el capitán Arnault.—El precio de dos bofetadas.—El general Foy y el señor de Corday.—El general Lafond y el señor de la Pomeraye.—Benjamín Constant.—Los señores de Montlosier y Forbin de Issarts.—En una butaca.

Las luchas de la tribuna, á principios de la Restauración, se tradujeron, fuera de la Cámara, en estocadas y pistoletazos. Los lances se concertaban en esas galerías de madera del Palacio Real que forman hoy la galería de cristales, y adonde acudían una porción de paseantes, atraídos unos por las novedades de las librerías de fama, otros por las Lais de tanda. Era un perpetuo ir y venir de desocupados que trataban de matar el tiempo, y de bravos, blancos ó azules, que buscaban alguien á quien matar. No pasaba un día sin que guardias de Corps y oficiales á medio sueldo se trabasen de palabras. Se daban un pisotón ó un codazo, y después iban al terreno.

El más endiablado y más temible de los azules era el coronel retirado Barbier Dufai. Una tarde ve á un joven de constitución hercúlea que vestía el uniforme de un regimiento de la guardia real. Se acerca á él y, sin más ni más, le da un pisotón.

—Tenga usted cuidado, caballero — dice tranquilamente Raul.

Y continúa su camino, hablando con otros oficiales amigos suyos.

No es esto lo que pretende Dufai; redobla el paso, y emplea el segundo procedimiento, un codazo.

—Ya le he rogado á usted que tenga más cuidado al andar—dice el joven, con imperturbable cortesía.

—Ando como se me antoja, sin preocuparme de las gentes con las que puedo tropezar—responde Dufai, sulfurándose.

—¿No comprendes que lo que busca el señor es una cuestión? — exclama uno de los compañeros del joven oficial.

—La verdad es que acabo de caer de mi provincia, y no sabía que un hombre de la edad del señor pudiera tener sangre fría para insultar al primer desconocido.

—No se puede ser más cándido... Yo no he querido insultar á usted, sino á su uniforme.

—¿Y á qué viene el insultar á un fiel servidor del rey?

Dufai está desarmado por aquella urbanidad de tono, á la que no le han acostumbrado las disputas de la galería de madera.

—Dejemos esto—dijo;—he cometido una torpeza al dirigirme á usted, que no ha venido á este sitio á buscar una cuestión.

—Cierto es que no he venido con semejante intención; pero ya que he encontrado lo que no buscaba, no quiero dejarlo.

—¿Eh?

—Sí, señor; quiero batirme con usted, no porque me haya pisado usted y me haya dado un codazo, sino porque se ha referido usted al uniforme que me honro llevar.

—Se honra usted con poco, amigo mío.

—El insulto, caballero, tiene límites que no debe querer pasar un gentilhomme.

—Yo nada tengo que ver con los gentilhombres; me llamo, burguémente, el coronel Dufai... ¿Y usted?

—Me llamo Raul X***.

La voz del oficial no ha traicionado la natural emoción que el terrible nombre le ha hecho experimentar. No se ha observado la menor conmoción en su plácido rostro.

—¿Cuáles son sus armas, señor Raul? —pregunta Dufai con acento de perfecta cortesía.

La firmeza de Raul ha conquistado su estimación y suavizado aquel carácter de hierro.

—Las que usted guste—dijo el oficial:—espada, sable ó pistola, todo me es igual.

—¡Ah! ¿es usted perito en todas ellas?

—Todo lo contrario; porque jamás he manejado ninguna de ellas.

—¿Pues en qué ha empleado usted su juventud?

—Todavía no ha pasado, coronel; porque no tengo más que diez y ocho años.

—¿Nada más que diez y ocho años? Entonces no hablemos más; yo no puedo batirme con un niño.

—La naturaleza me ha dotado de tal manera, que no obstante mi edad, soy más robusto que usted.

—Usted no piensa que no se trata de vigor, sino de destreza... Vaya, es usted un joven valiente; confieso mi falta; adiós.

—Quiero una satisfacción—dijo Raul animándose.

—¿No ha oído usted que le ofrezco mis excusas, yo el coronel Dufai?

—Necesito una reparación por las armas.

—No la espere usted.

—¿Tendrá miedo acaso el coronel Dufai?

Dufai se encogió de hombros é hizo ademán de alejarse. Raul rechazó á los amigos, que trataban de cal-

marle, y poniendo su mano en el rostro del coronel, exclamó:

—¿Huye usted?... ¡Es usted un cobarde!

—¡Ha puesto la mano en mí! — rugió el coronel; — ¡desgraciado de él!

Exigió una reparación inmediata. Dos de los amigos de Raul fueron á casa del armero más próximo y volvieron con dos espadas. — Dirigiéronse en seguida á una callejuela que desembocaba en el Louvre. Dufai y Raul se quitaron las casacas y se acometieron, bajo un reverbero, como en los buenos tiempos de Luis XIII.

El coronel hizo saltar á algunos pasos el arma de su adversario. Éste la recogió, pero la dejó escapar por segunda vez, y por tercera, y por cuarta.

—Yo no sé asesinar—dijo el coronel;—busquemos otra cosa.

Propone batirse á pistola, á boca de jarro; pero se desecha este medio como impracticable en una calle.

¿Qué hacer? Preciso es, sin embargo, terminar al instante: el coronel quiere vengarse sin pérdida de momento; su mejilla arde aún por el ultraje recibido.

Revuelve su imaginación para buscar un género de combate que iguale las condiciones: no lo encuentra.

Pero en esto oyó el ruido de un coche. Dufai se pega en la frente. Ya tiene su venganza.

—Señores—dice á los oficiales,—detengan ese coche y corran á casa del armero á cambiar las espadas por dos puñales del mismo temple y de la misma largura.

Después añade volviéndose hacia Raul:

—Eres vigoroso; ¿te sientes con corazón para atacarme de frente, como me has atacado por la espalda?

—No le atacué así sino para obligarle á aceptar este combate que rehusaba.

—Se trata de un duelo á muerte.

—Así lo entiendo yo también.

—He aquí lo que he pensado: subimos á ese coche, armados cada uno de un puñal; nos atarán juntos, no dejándonos libre más que el brazo derecho; de esta manera no hay medio de escurrir el bulto. Cerrarán en seguida la portezuela, y, á una señal dada, arrancará el coche para dar dos vueltas á la Plaza de Carrousel.

—Estoy dispuesto—dijo Raul.

Los testigos no hicieron ninguna objeción. Comprendían que nada podía evitar que se matasen aquellos dos hombres.

Una vez atados y encerrados los dos adversarios, se dió la voz de marcha, y el coche se puso en movimiento.

El cochero se había apeado: su puesto estaba ocupado por dos testigos; otros dos iban de pie en la trasera del coche.

Se escuchó primero un grito, después otro, y nada más.

Vivamente hostigados, los caballos galopaban como nunca habían galopado caballos de simón.

Al terminar la segunda vuelta, los testigos se precipitaron á las portezuelas: un profundo silencio reinaba en el coche, que estaba inundado de sangre.

Raul estaba muerto, y Dufai parecía moribundo. Curó, sin embargo, de las espantosas heridas que había recibido: Raul había atravesado de cuatro puñaladas el pecho del coronel y le había triturado la barbilla á dentelladas.

—¿Por qué me abofeteó?—murmuró el coronel.—Pero, al menos, señores, me harán la justicia de afirmar que yo he matado lealmente... Toda la ventaja estaba de su parte; su constitución atlética le daba una gran superioridad sobre mí, pero su hora había llegado...

Los testigos se guardaron bien de referir aquel atroz

drama, del que se consideraban como cómplices (1).

La cólera del partido realista no pedía sino un pretexto para desencadenarse contra el coronel Dufai. Acaba de señalarse de nuevo por dos ruidosos duelos: en el primero había matado á un oficial de la guardia real, al coronel de Saint-Morys; en el segundo había herido gravemente al general vizconde de Montelegier. Cometió la torpeza de publicar, en semejantes momentos, un libro algo tachado de liberalismo. La policía no dejó escapar la ocasión: vengó de una manera ruidosa los reveses de los gentilhombres. Condenado á un mes de prisión, «Dufai, dice Vanlabelle, sin haber opuesto la menor resistencia, se vió objeto de los más crueles tratos... Se entabló una lucha: el coronel fué derribado á golpes; le amordazaron para ahogar sus gritos, y, para paralizar sus movimientos, le ataron por el cuello y por los pies, después de haber encerrado sus brazos en una camisa de fuerza...»

He aquí cómo trataban á los duelistas que pensaban mal.

Martainville, que pensaba bien, tenía el derecho de insultar en su periódico á las gentes y de matar á los que se quejaban de ser difamados. El oficio era bueno, pero no carecía de inconvenientes. Un día que Martainville descargó á su sabor todo el peso de su crítica sobre una pobre tragedia, *Germánico*, cuyo principal defecto era tener por autor un desterrado, su cara se encontró con la mano del capitán Arnault. Este último criticaba á lo militar el artículo injurioso que afectaba á su padre, que se encontraba en Bruselas. Martainville llevó al capitán ante la policía correccional, y le hizo condenar á treinta francos de multa. El capitán depositó el

(1) Conde de Pontecoulant: *Audiencia* de 1858.

doble de la suma en la mesa del escribano, y otra bofetada en la mejilla del periodista.

—He pagado—dijo—el precio de dos.

Esta vez Martainville le llevó al Bosque de Bolonia y recibió una bala, que, por lo demás, no le ocasionó sino una rozadura.

Los duelos políticos de entonces terminaban á veces sin efusión de sangre. Citemos por de pronto el del general Foy con el señor de Corday. He aquí cuál fué el motivo. El general estaba en la tribuna.

—Á causa de los extranjeros—decía—tuvimos el terror de 1815. Si los extranjeros no hubieran entonces ocupado Francia, hubiese habido cien insurrecciones. (*Murmillos.*) ¿Creen ustedes, señores, que sin eso hubiéramos soportado los insultos, los ultrajes, las atrocidades de un puñado de miserables á los que habíamos despreciado, á los que habíamos visto en el polvo, desde hacía treinta años?

Á la palabra miserables, todos los diputados de la derecha se levantaron lanzando gritos tumultuosos. Uno de ellos, Corday, con los brazos cruzados, exclamó, dominando las voces:

—¡Es usted un insolente!

Toda la Cámara mira al general Foy, que continúa con voz tranquila:

—Sí, señores; ese partido no dominaba sino por extranjero. Los hombres que defendieron la patria, y yo soy uno de ellos, han sido maltratados, ultrajados. Se ha querido hacernos salir de Francia, me lo han aconsejado veinte veces: yo digo que semejantes excesos no han podido realizarse sino con el apoyo de las bayonetas extranjeras, y que nosotros no podemos evitar tales desgracias sino con un ministerio constitucional.

Al día siguiente, el señor de Corday y el general

Foy se encontraron en el Bosque de Bolonia. «El general Foy, dice Vanlabelle, llevaba por padrinos á los señores de Brigode y de Baudy; el arma elegida era la pistola; los dos adversarios debían tirar uno después de otro. El general Foy, favorecido por la suerte, tiró primero, pero lo hizo al aire; su adversario le imitó. El duelo no tuvo más resultados.—Dos días después, al abrirse la sesión de la Cámara, el general pide la palabra y declara «que había visto con asombro, con dolor, la interpretación dada á sus palabras; que al hablar de los hombres á los que había visto desde hacía treinta años en el polvo, había querido designar á los delatores, á los opresores de 1819, y no á aquellos franceses á los que había aprendido á estimar combatiéndoles cuerpo á cuerpo, y que, vueltos á Francia desde hacía diez y siete años, habían encontrado la consideración que se concede á todo lo que es elevado en la sociedad; que ofendido por uno de sus colegas, el cual se había creído á su vez ofendido por él, se habían conducido ambos como hombres de corazón; que no quería incurrir en la censura de añadir nuevos motivos de discordia á los que dividían el país, y que creía que la sangre de los franceses no debía ser vertida sino por la libertad, el rey y la conservación de las instituciones.

»Gritos de ¡bravo!, salidos de la derecha, acogieron aquella explicación.

»La izquierda y gran número de asistentes, añade *El Constitucional*, el órgano más acreditado y de más circulación de los liberales, permanecieron en un silencioso asombro.

»El señor de Corday reemplaza á su adversario en la tribuna; declara á su vez que las explicaciones que la Cámara acababa de oír, y que habían sido dadas anteriormente á sus amigos y á él mismo por el general Foy,

no le dejaban ninguna duda sobre los verdaderos sentimientos del último; que la expresión de que él se había servido, como no podía dirigirse sino al que hubiera tenido la intención de insultar á aquellos entre los que se honraba formar (los emigrados), no podía aplicarse, por consiguiente, al digno general.

»Al dejar la tribuna, Corday va á estrechar la mano del conde de Foy y parece demostrarle, con sus ademanes, que consiente en olvidarlo todo. La izquierda guarda un sombrío silencio. Debemos recordar, para que se comprenda esta censura, que, durante la mayor parte de la Restauración, los liberales y los realistas no se miraban como adversarios políticos, sino como enemigos.»

El general Lafond, habiendo hablado del antiguo ejército en términos desdeñosos, fué desafiado por Adam de la Pomeraye, y ambos dejaron el terreno sin la menor herida.

Después de haber discutido con Montlosier, con la espada en la mano, según frase de Lomenie, los derechos de la raza conquistada, Benjamín Constant sostuvo en la prensa, con Forbin de Issarts, una correspondencia que terminó con un lance. Forbin de Issarts era más realista que el rey; el presidente Lainé hubo de llamarle al orden por exceso de celo.—El rubio Benjamín Constant era tan débil que apenas podía sostenerse en las piernas. Convínose, en consecuencia, batirse sentados. Los dos diputados fueron colocados á diez pasos de distancia; y apuntaron con tanto tino, que las balas respetaron hasta á las butacas.

XVIII

Versalles.—La fuente de los Suizos.—Rouen.—El terrible Z***.—Una cuestión de bigotes.—El conde de Bondy.—Un matamoros corregido.—Fayolle y Fayan.—El joven San Marcelino.—El duque de Berry y el señor de la Ferronnays.—Thiers en Clignancourt.—El vizconde de Noailles y el capitán de Bray.—Des foragidos.—El pintor Garneray y el capitán Raynouard.—El general Gourgaud y el conde Felipe de Segur.—Beaupoil de Saint-Aulaire y el señor de Pierrebourg.—Dos actrices.—¿De quién es el perro?—Brutus Cazelle y Ferret.—Treints y Damarzid.—L*** y H***.—Roqueplane y Durré.—Un notario que conserva su dignidad.—Veleidades de represión.—Dovalle y Mira.—Signol y el oficial de servicio en los Italianos.

En el momento en que vamos á llegar á la época presente, no creemos necesario protestar de nuevo contra toda intención de personalidad. No hemos hecho más que seguir el camino abierto ante nosotros por un digno magistrado, el Sr. Fougeroux de Campigneulles, autor de una *Historia de los duelos antiguos y modernos*, á la que hemos tenido á menudo ocasión de recurrir, y que llega hasta la fecha misma de la impresión—1835.—Hemos seguido la misma norma que el consejero del Tribunal de Apelación de Duai, en lo que se refiere á nuestros contemporáneos. Añadamos, además—antes de cerrar este paréntesis,—que no diremos nada, con pocas excepciones, que no haya sido impreso.

Las galerías del Palacio Real no eran el único foco de las pendencias citadas en el capítulo anterior. Todos los días suscitábase alguna en Versalles, en cualquier café,

que terminaba cerca de la fuente de los Suizos. A veces, la contienda estallaba entre diez ó más individuos, y entonces se entablaba una verdadera batalla.

En Rouen, un oficial de la guardia real, Z***, trataba de emular al coronel Dufai, y tenía la ambición de llegar á ser el terror de la ciudad. Se complacía en vejar á los burgueses sospechosos de liberalismo. Su impertinencia, que pretendía ser ingeniosa, no había podido imaginar una manera de entrar en materia más bonita que la siguiente, empleada á cada momento en la calle:

—Amiguito, sus bigotes son demasiado largos... Recórteselos un poco, ó se los cortaremos por completo. ¿Me entiende usted?

No todos á los que se dirigía esta broma eran de humor apacible. Algunos provocaban al insultador, y como era de una gran habilidad en todos los géneros de esgrima, se tenía la satisfacción de recibir en plena carne un balazo ó una estocada.

El rumor de las hazañas de Z*** llegó á oídos del conde de Boudy, antiguo prefecto del Sena en los Cien días, y uno de los primeros tiradores de Francia, el cual se prometió dar una cumplida lección al matamoros. Acompañado por uno de sus amigos, tomó el camino de Rouen, y fué á jugar una partida de ajedrez en el café de los guardias. La ocasión que buscaba se le presentó al segundo día. Z*** jugaba al billar, cuando un joven le rozó al pasar.

—¿Quién es ese insecto que se permite tropezarme?— exclamó blandiendo el taco.

—Ruego á usted que me perdone, señor—dijo el joven, que estaba temblando.

—Te perdonaré, imbécil, cuando te haya abierto la panza.

No había acabado el oficial de pronunciar sus bruta-

les frases, cuando una voz sonora hizo oír estas amenazadoras palabras:

—Mozo, tome quinientos francos, y vaya á encargarse un entierro de primera clase para el señor conde de Z***.

—¿Qué significa eso?—preguntó aquél, yendo hacia su interlocutor.

—¿No hago las cosas en grande, caballero?

—¿Quién es usted para atreverse á hablarme así?

—El conde de Boudy, para servirle...

—¿Por qué no lo he sabido antes, señor conde?—dijo Z***, inclinándose.

—No es á mí á quien debe usted dar satisfacciones, sino á ese pobre joven, al que ha ultrajado usted indignamente.

Z*** se apresuró á hacerlo; había tropezado con uno más diestro que él, y su valor se había desvanecido.

Entre los duelistas famosos de aquella época se citaban á Fayolle y Fayan. Este último es el que mató, en 1820, al joven San Marcelino, hijo natural de Fontanes.

Le ocurrió al duque de Berry renovar con el señor de la Ferronnays, primer gentilhombre de su cámara, la escena del príncipe de Condé con Agoult. Únicamente que el duque de Berry tuvo la buena inspiración de censurarse á sí mismo por las palabras malsonantes que se le habían escapado, y el señor de la Ferronnays, á una oferta de reparación, contestó arrojándose en los brazos del príncipe.

Hemos recogido en las *Memorias* de Veron una anécdota que se refiere á los últimos años del reinado de Carlos X y que afecta á Thiers. «No pasaré en silencio, dice el indiscreto doctor, un pequeño acontecimiento que presta cierto interés y una cierta frescura de sentimientos puros y desinteresados á la juventud de Thiers. En medio de sus estudios y de sus trabajos en Aix, se

enamoró de una joven pobre, pero que, por su belleza y por sus cualidades de corazón é inteligencia, inspiraba y merecía un sincero afecto. Al dejar la ciudad de Aix, Thiers la dió promesa de matrimonio, y, durante varios meses, una correspondencia activa demostró la fidelidad de sus sentimientos. El padre de la joven fué á París, en donde habitaba Thiers desde hacía algún tiempo; Thiers confesó que todavía le faltaba crearse una posición, y pidió un plazo de un año. Expirado el plazo, fué invitado á cumplir su promesa; su situación no había cambiado; reclamó un nuevo plazo: el padre, irritado, provocó á Thiers, y se concertó un duelo. Los señores Manuel y Miguet apadrinaron á Thiers; Rabbe fué uno de los padrinos del adversario. Aquel padre implacable, que creyó ultrajados el honor y buen nombre de su familia, hubo de tirar el primero; apuntó, pero un movimiento involuntario le hizo bajar ligeramente el arma, y la bala fué á caer á los pies de Thiers. Éste no tiró.

Citemos otros duelos interesantes por diversos conceptos.

El vizconde de Noailles, que mandaba los dragones del rey, había dicho en la mesa, ante un gran número de oficiales:

—Yo no podría estimar á un coronel que se negara á dar satisfacción á un oficial al que hubiera insultado; pero perdería sin remisión al que me provocara en el regimiento. En París, vestido de paisano, estaré siempre á las órdenes del que quiera llevarme á dar una vuelta por el Bosque de Bolonia.

El capitán de Bray no pierde el tiempo, y va á pedir explicaciones al señor de Noailles por una ofensa que había recibido. Da una estocada á su coronel, que se venga haciéndole nombrar segundo mayor.

Dos oficiales, animados uno contra otro por un odio

salvaje, después de una lucha encarnizada, en la que se han herido mortalmente, se tumban en un colchón para rematarse.

El pintor Garneray, cuya vida fué tan accidentada, encargado por Carlos X de representar la batalla de Navarino (su cuadro se encuentra en el Museo de Nantes), hizo el viaje á Grecia en el barco *La Caravana*. Se quejaba de los procedimientos del capitán Raynouard. ¿Tenía razón? ¿no la tenía? Lo único que se sabe es que sus relaciones eran en extremo aceras, cuando la embarcación llegó al lazareto de Tolón. Garneray, por motivo de enfermedad, fué desembarcado. Privado de los cuidados del médico de á bordo, desprovisto de todo socorro, escribió al capitán, bajo la inspiración de la fiebre, una carta muy amarga. Éste respondió con un desafío. Se convino en batirse á pistola al terminar la cuarentena. Garneray, que continuaba enfermo, se arrastró á la cita. Tiró el primero, y su bala dió en el costado derecho del capitán, quien disparó á su vez, pero con mano temblona y la vista velada... Raynouard murió, al cabo de nueve días, á consecuencia de la herida.

El general Gourgaud, antiguo ayudante de Napoleón, no se contentó con rectificar, con la pluma en la mano, lo que le parecía erróneo en la *Historia de la campaña de Rusia*: envió un reto al autor de la obra. El conde Felipe de Segur fué ligeramente herido y terminó el asunto.

Un joven oficial de caballería, el señor Beaupoil de Saint-Aulaire, á consecuencia de la publicación de un folleto político titulado *Oración fúnebre del duque de Feltre*, es provocado al duelo por el hijo del duque. Recibe una herida insignificante, y algunos días después es objeto de un nuevo desafío. Es con un primo del difunto, el señor de Pierrebourg; el sable es el arma elegi-

da; el lance se verifica en el Bosque de Bolonia. Los dos adversarios se abordan con exquisita cortesía. Beaupoil, al observar que el sol incomoda á Pierrebourg, pide que se traslade el combate á unos diez pasos más allá, en donde ambos estarán en sombra. Apenas se han cruzado los sables, cuando Pierrebourg es alcanzado en la rodilla derecha; responde en seguida con una estocada, y la punta del sable penetra profundamente en el pecho de Saint-Aulaire.

—¡Dios mío!—exclama Pierrebourg,—me temo que la herida es grave.

Y los padrinos exclaman á su vez, acudiendo á Saint-Aulaire, que vacila:

—Esperamos que el mal tendrá remedio.

Uno de ellos añade:

—De todos modos, las cosas han pasado según las reglas.

Un cuarto de hora después, Saint-Aulaire dejaba de existir. Pero es consolador el pensar que había sido despachado con todas las formalidades requeridas.

En 1820, detrás del telón, dos actrices se disputaron, con el florete en la mano, un perro que pertenecía á un conde sueco, y cuyo principal atractivo era un magnífico collar de oro. Se apresuraron á separarlas. Pero se hubiera podido dejarlas batiéndose sin inconveniente, porque sus floretes valían menos que sables de madera: tenían puestos los botones.

Un oficial de la Legión de Var, llamado Ferret, que pertenecía al partido legitimista, envió el siguiente cartel de desafío á Brutus Cazelles de Montpellier, miembro del Cuerpo legislativo: «Señor: Habiendo sabido que se ha permitido usted hablar de mí, si tiene usted honor, como quiere aparentarlo, no se negará á una explicación, á la una de la tarde, en el *Café de la Explanada*; diez

años de sala de armas no pueden hacer que tema usted» (1). Ferret debía pagar con la vida la confianza que tenía en su propia destreza.

Treints, ex teniente de artillería, retirado en Eygleton, va á buscar á Damarzid, registrador en la misma población, con quien tiene que ventilar una cuestión, y le propone batirse á pistola, á seis pasos de distancia. Los padrinos tratan inútilmente, en el terreno, de llegar á una conclusión pacífica. La suerte favorece á Treints, que aloja á Damarzid una bala en el estómago. Aunque moribundo, el registrador dispara, y hiere á Treints en el brazo.

L***, comerciante de Lila, hace chistes impertinentes sobre las relaciones de su amigo H*** con una dama de la ciudad.

—Eres un chiquillo—dice el último con tono picado.

—Y tú un pillastre.

H*** se pone furioso, y los dos amigos se convierten en irreconciliables enemigos. Se concierta el lance. Los padrinos pierden el tiempo en suplicar á L*** que retire el calificativo que ha herido á H***. Un honrado campesino, que trabajaba en el campo, acude y se pone de rodillas ante los dos para calmar sus resentimientos; ambos le apartan con la mano. — El primer tiro cuesta la vida á H***.

Dos marseleses, Roqueplane y Durré, por un motivo ignorado, se baten á pistola á quince pasos. La suerte favorece á Roqueplane, que tira al aire. Durré reclama con insistencia que el arma, vuelta á cargar, sea dirigida contra él. Roqueplane cede á sus instancias, y yerra el tiro. Durré dispara en seguida, y le mata.

(1) Fongeroux de Campigneulles: *Historia de los duelos*, t. I, pág. 368.

Cazelles, Treints, L*** y Durré fueron procesados.

El Tribunal de Casación, llamado á decidir acerca del primer asunto, declaró «que en el duelo hay siempre un convenio previo, intención común, reciprocidad y simultaneidad de ataque y defensa; y que tal combate, cuando se verifica en igualdad de condiciones para ambas partes, sin deslealtad ni perfidia, no cae bajo ninguno de los casos previstos por la ley».

Treints fué enviado ante el Tribunal de lo criminal por el Tribunal real de Limoges, que sentó en principio «que el duelo, en sí mismo, no constituía ni crimen ni delito; que únicamente sus resultados caían en las previsiones del Código penal; que, en efecto, no se puede suponer que el legislador haya querido instituir á cada ciudadano en juez y vengador de sus propias cuestiones, dar á cada uno derecho de vida y muerte sobre los demás, y propagar así por el Estado inagotables fuentes de odio y de venganza...» El procurador general, cuyas conclusiones habían sido contrarias, acudió en casación, pero la demanda fué denegada por estos motivos: «que Treints ha sido el provocador; que ha tirado primero y, á pesar de las instancias de los asistentes, á una distancia tan pequeña, que casi tenía la seguridad de herir á su adversario; que estas circunstancias, así reconocidas, hacen salir el combate irregular de que se trata de la clase de los duelos que no han sido incluídos entre los hechos calificados de crímenes y castigados por las leyes actualmente en vigor».

El duelo estaba aquí calificado de crimen, porque se había tirado demasiado cerca, y allí (á propósito de L***), porque uno de los combatientes había apuntado demasiado tiempo.

En cuanto á Durré, fué enviado al Tribunal criminal por el Tribunal real de Aix, «por haber tirado sobre Ro-

queplane en un momento en que él no corría ningún peligro».

Uno de los notarios de más clientela de París criticaba, mientras almorzaba en el *Café de Foy*, al mariscal Marmont y su conducta en Esona. Hablaba en alta voz y con energía.

—Caballero, me dará usted una satisfacción—le dijo de pronto un parroquiano, que se había acercado bruscamente á la mesa, con los bigotes erizados.

—¿Es usted el mariscal Marmont?—preguntó fríamente el notario.

—No tengo ese honor; pero soy su ayudante de campo.

—Déme usted su tarjeta, caballero; le enviaré mi primer pasante.

La Cámara de los Pares y la Cámara de los Diputados, ésta en 1819 y aquélla en 1829, discutieron un proyecto de ley sobre el asunto. Se derrochó mucha elocuencia, sin que la legislación se aumentase con un artículo más, y sin que el prejuicio sufriera aminoración alguna.

A poco tiempo sucumbía un poeta de talento, el joven Dovalle. Dovalle, que entre dos poesías hacía crítica, estampó en un periódico, contra el hijo de Brunet, Mira, director de teatro, una de esas palabras que se escapan de la pluma sin darse uno cuenta, y que pueden ser dignamente retiradas. «Pero Mira lo tomó á mal, dice Julio Janin, y tuvo la desgracia de matar á aquel joven, hijo de las musas francesas, cuya sangre ha perseguido á su matador hasta la tumba. Se ha observado, en efecto, que desde la muerte del joven Dovalle nada salió bien á Mira. Pasaba por la calle, y aunque el combate fué leal por todos conceptos, apenas si sus amigos le tendían una mano desdeñosa; tenía un puesto, y lo per-

dió; una fortuna, y perdió la fortuna; y no hizo más que llevar una vida errante y vagabunda, viviendo con gran trabajo, y arrastrando en su miseria á una joven, querida y respetada por todos. Por fin murió obscuramente, y todos dijeron: ¡*Pobre Dovalle!*»

Julio Janin refiere también el triste fin de otro joven literato, que obtuvo cierto triunfo en el teatro de la Porte-Saint-Martin. Se llamaba Signol, y era de un natural mortificante. «Una noche, al llegar al teatro Italiano en un entreacto, vió un sitio desocupado y se instaló en él sin más circunloquios. Momentos después, cuando todos volvían á sus puestos, apareció el oficial de servicio en el teatro, y con mucha cortesía pidió su sitio á Signol. Este respondió que le tenía sin cuidado el oficial, y le dió un cachete. Después de lo cual se marchó, dejando su tarjeta. El oficial se sentó tranquilamente en su puesto, y al terminar el espectáculo redactó el parte en estos términos: «Sin novedad; únicamente el oficial de guardia ha recibido una bofetada». A lo que el coronel contestó al margen del oficio: «Doy al oficial de guardia un día de permiso para pasado mañana». En el día indicado se detiene una calesa con cuatro caballos, á la d'Aumont, y un criado con librea, ante la puerta de Signol. Los dos padrinos del oficial insultado hacen subir á Signol y á sus padrinos en aquel brillante carruaje; ellos suben á un coche más modesto. Llegan pronto á Vincennes. Signol maneja bastante bien la espada; el insultado era la primera vez que se batía. El duelo no duró diez minutos; Signol fué muerto de una estocada en pleno corazón.»

XIX

1830.—Eugenio Briffant.—*El Corsario, La Tribuna y El Aparecido*.—Godofredo Cavaignac, Marrast...—Armando Carrel y Roux-Laborie.—Dulong y el general Bugeaud.—Argout y Cabet.—El marqués de Dalmacia y el señor de Bricqueville.—Dornés y Legagneur.—Un abogado de Terrasson.—El doctor Vacquié y F***.—Luis Veillot duelista.—Un marsellés y un tolosano.—David y Barthelemy.—Marcredati y Biffi.—Cómo se puede matar ó ser muerto, sin vivir ó haber vivido.—Un capricho arqueológico de Mery.—Romieu y un *vaudevillista* inédito.—El mariscal Soult y el general Hulot.—Capo de Feuillide y Víctor Bohain.—Gallois y Néstor Roqueplan.—León Pillet.—Veron y Carlos Romey.—Bissette y Cicerón.—Veron y Roger de Beauvoir.—Cauchois-Lemaire y Raspail.—Fisquet y Chatelain.—Jacobo Coste y un oficial de policía.—Alejandro Dumas y Gaillardet.—Mary-Lafon y G***.—Hegesippe Moreau.—Otra vez Luis Veillot.

Las pasiones políticas, atizadas por la revolución de 1830, degeneraron en duelos casi diarios. Ya no se sostenía una opinión sino con la espada ó la pistola en la mano.

El arresto de la duquesa de Berry estuvo á punto de ocasionar una batalla general. Eugenio Briffant, de *El Corsario*, fué el que rompió el fuego con un realista, que le provocó y le hirió. Después una comisión de la redacción de *El Aparecido*, periódico legitimista, se presentó en la redacción del diario republicano *La Tribuna*, para pedir una satisfacción por un artículo que, según ellos, afectaba al honor de la duquesa. Los republicanos aceptaron el desafío en masa; *El Nacional* se unió á *La Tri-*

buna. «Parece, escribió Armando Carrel con altiva ironía, que ha llegado el momento de probar la célebre alianza carlorrepublicana. No importa; que esos señores digan cuántos son, que se les vea una vez, y que no se hable más del asunto: nosotros no iremos á buscar á las personas del término medio para que nos ayuden.» *La Tribuna* hizo la misma declaración. Y las sociedades populares y las escuelas acudieron á las redacciones de los dos periódicos. Todos rivalizaban en ser los primeros en inscribirse.

Godofredo Cavaignac, Marrast y Garderin dirigieron á *El Aparecido* la siguiente carta: «Os enviamos una primera lista de doce personas. Pedimos, no doce duelos simultáneos, sino doce duelos sucesivos, en los días y lugares que fácilmente convendremos. Nada de excusas ni pretextos, que no os salvarían de una cobardía ni, sobre todo, de las consecuencias que entraña. De aquí en adelante la guerra está declarada entre vuestro partido y el nuestro. No hay tregua hasta que uno de los dos se haya humillado ante el otro». Reflexionaron en el campo legitimista, y declararon que no querían generalizar el combate. Armando Carrel y Roux-Laborie acudieron al terreno. Roux-Laborie recibió dos estocadas en el brazo é hirió gravemente en el bajo vientre á Armando Carrel, que se clavó al tirarse á fondo. Se temió una desgracia, y en todo París no se ocupaban más que del estado del herido. Los visitantes afluyeron á su puerta, desde Dupin hasta el mismo Chateaubriand. Como se negasen á dejar entrar al secretario de Thiers (1), dijo Armando Carrel:

(1) La política había dividido á Thiers y Carrel, pero estuvieron siempre muy preocupados uno de otro: Thiers habló á menudo en la tribuna para que le oyera Carrel, y más de un artículo de Carrel no era sino una respuesta á Thiers.

—Que pase.

Después, dirigiéndose al enviado del ministro, añadió:

—Tengo que pedir un favor al señor Thiers: deseo vivamente que el señor Roux-Laborie no sea molestado.

Flocon contuvo á un grupo de hombres del pueblo que, impulsados por un ciego arrebató, querían castigar á los legitimistas rompiendo las prensas de la *Gaceta de Francia*.

La curación de Armando Carrel calmó por fin la efervescencia de los republicanos.

Un año después, la detención de la duquesa de Berry ocasionaba otro encuentro.—En la sesión de la Cámara de los Diputados del 26 de Enero, Labarít, hoy senador, protestaba contra la dictadura militar del mariscal Soult, el cual, en una carta, había prohibido á los oficiales de artillería de Estrasburgo toda reclamación aunque fuera legal.

—¡Lo primero es obedecer!—exclamó el general Bugeaud.

—¿Hay que obedecer hasta hacerse carcelero?—preguntó Dulong.

El general se acercó al último y no tardó en alejarse, satisfecho de la explicación que le fué dada.

Pero no era esto lo que pretendía el partido al cual pertenecía. Se envenenó el asunto, en una relación inexacta de la sesión, y el general, sufriendo pérdidas influencias, pidió una reparación por las armas. El duelo se verificó el 29, á las diez, á pistola. Dulong recibió un balazo encima del ojo izquierdo; cayó sin exhalar un grito, y expiró al día siguiente á las seis de la mañana.

Esta muerte produjo una consternación inmensa. No hubo más que una voz para recriminar las bajas pasiones de que había sido víctima aquel hombre de bien.

Las sesiones de la Cámara de Diputados fueron du-

rante algún tiempo de una agitación extrema. Las cuestiones personales estaban á la orden del día. Ayer era Argout, ministro del Interior, trabándose de palabras con Cabet, á causa de la ley sobre vendedores ambulantes. Hoy es otra vez Argout revolviéndose con cólera en la falsa situación que se ha creado, y dirigiendo á toda la izquierda estas palabras:

—Puesto que me interrumpís sin cesar, responderé, si es necesario, con actos extraparlamentarios á ataques extraparlamentarios.

Otro ministro, el mariscal Soult, es objeto de una crítica acerba. Su hijo interviene, y contesta con un reto. El duelo es á espada. Los padrinos del marqués de Dalmacia son el mariscal Claurel y el general Jacqueminot; los de Bricqueville, el general Excelmans y Bacot, diputado. Separan á los combatientes, que, tras una lucha ardiente, van á llegar al cuerpo á cuerpo.

La política inflamaba todos los cerebros.

En Metz, un abogado, el hombre de corazón que pereció en la guerra fratricida de Junio, Dornés, había publicado en *El Independiente de la Mosela* algunos artículos sobre las reuniones municipales. Legaqueur, presidente de sala, pidió una satisfacción á Dornés por ciertas expresiones que le parecían ofensivas, y tuvo el muslo derecho atravesado por una bala.

Un abogado de Terrasson hace circular una petición de reforma electoral; atacado por el *Memorial de la Dordoña*, defiende su opinión en el terreno.

En Agen, la elección de un diputado ministerial, Merle-Massaneau, ocasionó un lance entre el doctor Vacquié, uno de sus partidarios, y F***, partidario del candidato opuesto. El doctor Vacquié fué muerto.

En Rouen, en donde recién salido de la redacción del *Espíritu Público*—aquella gran fábrica de escritores para

todo—hacía sus ensayos en el periódico *El Eco de la Sena inferior*, en el arte de apostrofar á las gentes, Luis Veuillet se acarreó dos duelos, uno con un actor y el otro con uno de los redactores de una hoja republicana, el *Diario de Rouen*.

En Marsella, un tolosano tomaba una parte activa en las ovaciones tributadas á La Boule con motivo de su elección. Un marsellés, á quien aquel entusiasmo mortificaba, provocó al demasiado entusiasta tolosano y le despachó medio muerto al hospital. Y los legitimistas invadieron el hospital, condecorados con claveles blancos, y colgaron encima de la cabeza del herido una corona verde cuajada de flores blancas.

En la misma ciudad, en la misma época, David, gerente del *Guardia Nacional*, se batió con Barthelemy, redactor del *Pueblo Soberano*, y recibió en el vientre una herida mortal. Había dirigido una carta muy ofensiva á Maillefer, gerente del *Pueblo Soberano*, que estaba encarcelado y no pudo obtener permiso para salir á vengarse en persona.

Antes de dejar Marsella, mencionemos un asunto de honor que no han olvidado los descendientes de los Foceos.

Se entabló una discusión entre dos italianos respecto de un sarcófago encontrado en San Juan de Garguier. El autor del descubrimiento, Marcredati, publicó con este motivo, en el periódico *El Mensajero*, un artículo que acusaba un arqueólogo consumado. Biffi respondió, en *El Mistral*, con una crítica muy viva y no menos erudita. Nuevo artículo de Marcredati; nueva respuesta de Biffi. La polémica amenaza no concluir y se agría de tal manera á la larga, que se teme ver su desenlace en el terreno. El procurador del rey se precave, y la policía se pone al acecho... Pero la perspicacia de los agentes que-

da burlada. Un día publica *El Mensajero* el elogio fúnebre de Marcredati, firmado por Neroni.

Aquella controversia y la catástrofe tuvieron gran resonancia en Italia. Se elevó un monumento, en Roggi-Bonzi, en honor de Marcredati, y su elogio fué solemnemente pronunciado en la Academia de los Arcadianos, de Roma.

Mery se rió mucho de todo aquel ruido, porque Marcredati, Biffi y Neroni no eran otros que el mismo Mery.

En Vichi, un montalbanés, D***, tiene una discusión por cuestión de juego con un subteniente. Van al terreno. El montalbanés es invitado á tirar primero, como estaba en su derecho.

—Después de usted, señor oficial—dice.

Este se niega á usar de una ventaja que no le pertenece; pero, insistiendo tenazmente el otro, se ve obligado á ceder; tira y yerra.

—Es un bonito muchacho—dice en seguida D***, dirigiéndose á su padrino;—me costaría mucho *aniquilarle*; sin embargo, ha sido impertinente y merece una lección. Voy á corregirle cortándole su pompón.

Y el pompón del shako del subteniente cae al suelo como cortado con tijeras.

Romieu recibió un día de un calabaza de la Escuela de Derecho el siguiente billete que acompañaba á un manuscrito:

«Señor:

»Le envió un *vaudeville*, que le suplico lea con la mayor atención; si usted cree poder añadir algunas palabras que me convengan, consiento en aceptar á usted por colaborador.

»Soy de usted», etc.

El manuscrito fué devuelto al autor con esta respuesta:

«Señor:

»He leído su obra con la mayor atención: *le dejo la elección de armas*».

La broma no tuvo enojosas consecuencias.

El mariscal Soult dió el retiro al general Hulot; éste se mostró muy disgustado y llegó á mostrar su enojo ante el ministro de la Guerra, de una manera tal que se parecía á una provocación.

—No reflexiona usted—le dijo el mariscal;—usted se olvida de que ya no me bato más que á cañonazos.

Los periódicos del 24 de Octubre de 1835 publicaban la nota que sigue: «Hoy se ha verificado un lance en Clignancourt, entre los señores Capo de Feuillide y Víctor Bohain. Se convino la víspera, entre los padrinos, que el duelo fuera á pistola, á veinticinco pasos de distancia; que los dos adversarios cruzarían dos balas, y que la suerte designaría al que tiraba primero. La suerte favoreció á Víctor Bohain, y Feuillide fué herido en el lado derecho del pecho. «Me ha tocado, dijo, me corresponde tirar.» E hizo fuego sobre su adversario, sin dar en el blanco. La herida, aunque grave, no parece mortal».

No lo era, en efecto, porque el señor Capo de Feuillide vive todavía:

Un coronel al servicio de Polonia, Gallois, molesto con un artículo del *Figaro*, abordó bruscamente al redactor en jefe, Nestor Roqueplan, y le arrancó la cinta de la Legión de Honor. Se dieron cita para el Bosque de Meudon. Nestor Roqueplan recibió tres heridas, y Gallois una en la rodilla. Los dos padrinos del último desafiaron á los de Roqueplan, que no consintieron en convertirse en comparsas, como en otro tiempo. Uno de ellos tenía tal deseo de pelea, que se encaró tenazmente con León Pillet, con el que sostenía relaciones amisto-

sas. Pretendía hacer que cruzara el acero, pero de una manera cortés. Le rogó que le autorizase á hacerle un simulacro de insulto, á desprenderle la condecoración... León Pillet concluyó por acceder á aquel extraño capricho (1).

Veron se había convertido en el blanco ordinario de un periodiquito titulado *El Foyer*.

Un día perdió la paciencia, y fué á pedir explicación al que dirigía el periódico, y á quien se debe una *Historia de España*, considerada justamente como la mejor. Las líneas de que se quejaba Veron habían salido de la pluma de Vallier, antiguo oficial, agregado que fué á la casa militar del rey Marat, é inventor anónimo de los carros de mudanza. Carlos Romey hizo honor á su firma, y se puso á la disposición de Veron. Fueron á cambiar una bala á Clignancourt. Los testigos del doctor eran los señores Lantour Mezeray, Dufougerais, Esteban Arago y el conde de Maussion; y los de Carlos Romey, los señores Chevalier (de la *Biblioteca Histórica*), Aristides Guilbert, Santiago Arago y Aquiles Gregoire, el impresor.

Poco tiempo después, Carlos Romey servía á su vez de padrino, con Alejandro Dumas, á Bissette, en un lance con Cicerón, abogado, al lado del cual se encontraban Dufougerais y Maussion.

Y Veron cambiaba de nuevo una bala con Roger de Beauvoir, por un artículo del último, publicado en *El Dandy*, periódico de teatro. Iban acompañados, el último por Polousky, y el primero por Pillet.

En Noviembre de 1834, dos periódicos ligados por el mismo origen, *El Buen Sentido* y *El Reformador*, se tra-

(1) Fougeroux de Campigneulles: *Historia de los duelos*, t. I, pág. 129.

taron, de repente, como hermanos enemigos. Una cuestión de principios suscitó la contienda. En *El Buen Sentido* sostenía el choque Rodde. Rudamente atacado por Raspail, pidió una satisfacción á este último, que protestó contra semejante solución. Raspail profesaba un desprecio soberano por el duelo. Empujado, sin embargo, aceptó el combate, pero no al combatiente que se ofrecía. Eligió á Canchois-Lemaire, el gerente de *El Buen Sentido*. El duelo se verificó, á pistola, en el Bosque de Vincennes, el 30 de Diciembre. La bala de Canchois-Lemaire rozó el cuello de la levita de Raspail, y la cuestión quedó terminada.

El Correo Francés calificó de *imbécil* una ordenanza de policía sobre teatros, y Gisquet provocó á Chatelain, gerente del periódico. Sus padrinos eran el general Darrinle y Ganneron, diputado; y los de Chatelain, Armando Carrel y uno de los propietarios de *El Correo*. Entraron en negociaciones, como de costumbre, y decidieron, de común acuerdo, que la expresión que había mortificado al prefecto de policía no tenía otro alcance que caracterizar un acto administrativo, lo que la prensa tiene derecho á hacer, y que, por consiguiente, no había lugar á duelo. Gisquet se dió por satisfecho.

Diez años antes, un oficial de policía no tuvo la misma cordura. Acababa, con varios de sus compañeros, de ser nombrado caballero de la Legión de Honor, y *Le Temps* había criticado aquella promoción. Aquel oficial, acompañado de los otros condecorados, se dirigió á la redacción, y como el gerente, Santiago Coste, se negó á toda satisfacción invocando los derechos de la prensa, puso la mano en Coste. Pagó su brutalidad con una bala en la cabeza, que le dejó seco.

Se representaba *La Torre de Nesle* desde hacía dos años. Gaillardet reclamaba la mitad de la paternidad del

drama. Alejandro Dumas sostenía que la criatura no tenía más que un padre. Gaillardet persistía en su reclamación y quiso probar, con las armas en la mano, que tenía razón. Se verificó el lance sin efusión de sangre. Los tribunales, que fueron llamados á decidir, declararon que la obra tenía dos padres, pero que éstos no gozarían de sus derechos respectivos sino por turno de representaciones.

Mary-Lafon, una mañana del mes de Junio de 1835, se bañaba en el Marne, en el puerto de Creteil, con un comerciante, G***. Éste, enredado en las hierbas, desapareció de repente. Mary-Lafon buceó y le sacó á la orilla. Y G***, cuando volvió en sí, se deshizo en acciones de gracias interminables.

—¡Mi padre no ha muerto!—exclamaba;—lo vuelvo á encontrar en usted... ¡Oh! no proteste... le debo la vida...

—Vaya, dejemos esto: tengo un hambre atroz; usted ha de tener más necesidad todavía de reponer fuerzas: vámonos á un restaurant cualquiera.

—¡Oh! por mucho que haga usted, no podrá sustraerse á la efusión de mi reconocimiento.

—Tenga usted cuidado: soy hombre de poca paciencia, y por poco que me excite usted, soy capaz de volverle á echar en donde le he pescado...

G*** parece apaciguarse; sigue á su compañero en silencio, y se sienta enfrente de él como un hombre que no piensa más que en comer; pero, después de algunos tragos, su gratitud no tarda en explotar de nuevo. Y abrumba á su padre adoptivo con los más ruidosos testimonios de ternura.

Mary-Lafon tenía entonces unos veintitrés años. G*** tenía un lustro más.

—¡Vuelta á lo mismo!—exclama el primero, harto de

aquel inútil desbordamiento de piedad filial;—¿es que está usted enfermo del corazón?

El comerciante se calla por un momento, pero en seguida vuelve como antes:

—¡Es usted mi salvador, mi padre!

Mary-Lafon no pudo más: uno no es impunemente del Bajo Querey. Coge un plato de fresa, y se lo tira á la cabeza á G***.

Éste se enfada y responde con una botella de agua, que va á estrellarse á la pared.

Acude el mozo, y, una vez pagado el gasto, el ahogado y su salvador llamaron á un simón, que recibió la orden de conducirlos primero á la calle Nueva de los Campos.

Mary-Lafon manda parar el vehículo cerca del Pasa-je Choiseuil. Se apea, y no tarda en volver acompañado por Hormoy, ex director del teatro Italiano, que trae bajo el brazo una caja de pistolas.

—Querido—dijo haciéndole subir,—le presento á un ex amigo de agua dulce, comerciante de telas, con el que paseo en bote habitualmente y que me mortifica con su reconocimiento porque he cometido la torpeza de irle á buscar al fondo del Sena.

—¡Es usted mi padre!—suspira G***.

—No sabe balar más que eso...

El coche marchó en seguida al Boulevard Montmar-tre y luego al Bosque de Romainville, después de haber cargado un cuarto personaje, D***, oculista, que debía a padrinar á G***.

Los padrinos midieron veinte pasos, y á las tres pal-madas, como había sido convenido, los dos adversarios tiraron á un tiempo.

Ambos resultaron ilesos.

—¿Continuará usted insultándome con sus ternuras?

—preguntó Mary-Lafon.

—¡Es usted mi padre!—exclamó G***.

—Señores, vuelvan á cargar las pistolas.

Ejecutada la orden y entregadas las armas á los combatientes, se dió de nuevo la señal, y de nuevo sonó una doble detonación.

Ninguno estaba herido.

—Es usted mi padre — repitió G***, precipitándose al cuello de Mary-Lafon, que concluyó por ceder y conmoverse ante una ternura tan obstinada.

Pongamos aún á cargo del año 1804 el duelo que se acarreó Hegesippe Moreau con el periódico satírico que dirigía y que se titulaba *Diógenes*; además, un tercer duelo de Luis Veillot. Dirigía entonces el *Perigord*, y comenzaba á ser muy mordaz. Un republicano, Eugenio Brossard, se encargó un día de contestarle en el *Eco de Vesona*, y firmó con sus iniciales. Luis Veillot respondió con una chuscada mortificante.

Cambiaron dos balas sin resultado.

XX

Choquart.—Su odisea.—Augusto Villemont.—Un hombre de malas pulgas.—Choquart bajo una manga.—El Turco del Renacimiento.—El ujier Mouton.—Un duelo á tizonazos.—Una carambola providencial.—Una sonrisa de Choquart.—Carmouche.—Un asunto arreglado.—Una bala en la cabeza.

Hacia aquella época florecía un individuo que servía para todo; resto del antiguo régimen—el ex guardia real Choquart,—cuya abnegación á la rama primera estaba, según decían, fomentada por la caja del conde de Chambord, y que se bebía de un trago la pensión el día de cobro. En el intervalo, Choquart vivía á la gracia de Dios, es decir, del primero que encontraba. «Era un hombre alto, seco, de marcial apostura, de cierta elegancia natural que le hacía elevar como un gentilhombre los harapos de sus malos días; hablando y discurrendo siempre con el *accento* de un increíble del Directorio, en el que estaban suprimidas las *r* y todas las consonantes fuertes, en beneficio de un silabeo impertinente y burlesco, secundado por ademanes de espadachín y provocador.» El autor de *La vida en París* (1), Augusto Villemont, de quien tomamos esta semblanza, se ha complacido en el *Figaro* en hablar, con su habitual donaire, de las singularidades de carácter del belicoso Choquart.

(1) Dos volúmenes en 18, en casa de Miguel Levy.—Colección Hetzel.

«...He sido admitido—dice—á ver funcionar su espada. Yo había encontrado á Choquart en los cafés y en los teatros; había simpatizado conmigo, y un día que cenábamos juntos, me dijo:

»—*¡Sapisti!* (1) le quiero á usted... ¿Cómo hacer, pues, para que no tengamos alguna cuestión?

»—Pues, me parece muy sencillo—respondí;—¿por qué habríamos de tenerla?

»—¡Ah! permita, permita; nosotros somos amigos, ¿no es verdad? Nos vemos todos los días. Pues un día ú otro tendremos que batirnos... *¡Sapisti!*, eso me contraría.

»Justo es decir que, el día en que Choquart quería una cuestión, era difícil sustraerse á su capricho.

»Un día entra en un café:

»—Caballero, después de usted *La Quotidienne*—dice á un parroquiano.

»—Caballero—replica el lector con exquisita cortesía,—no leo *La Quotidienne*, es *Le Constitutionnel*.

»—¡Ah! tenga usted cuidado—dice Choquart;—me da usted un mentís.

»Ó bien:

»—Caballero, me mira usted de un modo impertinente.

»—¿Yo, caballero? Ni le veía á usted. Miraba hacia otro lado.

»—Entonces, he mentido...»

Tales fanfarronadas acarrearón buen número de disgustos á Choquart. El más curioso de todos es el que le hizo experimentar un contratista de obras, al que fué á

(1) Dejamos la interjección en francés, no tan sólo porque siempre procuramos huir de difíciles equivalencias, sino porque en esta ocasión el efecto quedaría desvirtuado por completo á causa de que el personaje, por su enemiga con las *erres*, como dice el autor, pronuncia *Sapisti* en vez de *Sapristi*.

provocar en el momento en que el último estaba sacando agua.

«El contratista, refiere Villemont, coge á Choquart, le pone bajo la bomba y le deja chorreando como un río...

»—¿Ve usted qué canalla de gente?—exclamaba Choquart.—¡Voy como un gentilhomme á proponerle un lance de honor, y me pone debajo de una bomba!

»—¡Cómo! ¿y dió á la bomba mucho tiempo ese bergante?

»—Más de un cuarto de hora, y yo no podía menearme... Tenía mucha fuerza ese canalla.

»Hay que decir que los ímpetus de Choquart se habían moderado con grotescas experiencias,—tanto más cuanto que, en los últimos tiempos, su cólera más furibunda se calmaba siempre ante el ofrecimiento de una copa.»

En el baile de máscaras del teatro del Renacimiento, Choquart se trabó de palabras con un turco. Cambian las señas de sus domicilios. «Al día siguiente Choquart se dirige á ver al turco, que resulta ser un comerciante de lienzos del barrio de San Martín.

»—¿El Sr. Ballec?—dijo al entrar en el almacén.

»—¿Qué desea usted, caballero?—preguntó una mujer joven y agraciada.

»—¿Cómo que qué es lo que deseo? Me parece bien... Soy Choquart... Vengo para un asunto. No se hace esperar así á un gentilhomme... Su marido de usted es un cualquier cosa.

»—¡Ah, sí! ya sé á lo que viene usted. Pero tengo que decirle que mi marido ha querido correr el Carnaval; le ha salido mal la cuenta, está en la cama y escupe sangre.

»—¡Sapisti! escupe sangre, es un contratiempo enojoso. ¿Conque escupe sangre?

»—Sí, señor, sí—replicó la mujer, seriamente entris-

tecida,—y el médico dice que tal vez no le queden seis meses de vida.

»—¡Sapisti! escupe sangre... ¿Qué hacer? Seis meses de vida... Pues bien, señora, yo soy una buena persona; estamos en Enero, doy seis meses á su marido para que se haga enterrar. Volveré en el mes de Julio, y si no ha muerto, le tendré por un pillastre...»

Llegado el plazo, Choquart va al café de Variedades, y cogiéndose del brazo de Villemont, le dice:

«—Venga usted, venga usted conmigo; es preciso que ponga en claro un asunto.

»Echan á andar en dirección al barrio de San Martín. —Choquart refiere, con ira reconcentrada, las insolencias del turco:

»—Comprenderá usted—dice—que si está vivo voy á cortarle la cara... ¿No tengo razón?

»—Tiene usted razón, Choquart... Sin embargo, ya hace mucho tiempo de eso y, además, era en Carnaval... Además, ¿qué le ha hecho á usted ese comerciante?

»—¿Qué me ha hecho? Entro en el *foyer* sin disfraz. Ya sabe usted que yo soy muy delgado. De repente se pára un turco y empieza á señalarme gritando: «¡El buey gordo! ¡el buey gordo!...» Todo el mundo se reía; yo estaba vejado, ¡sapisti!... Entonces me dije: mañana estarás muerto.

»—Convengo en que no tuvo razón al llamar á usted el buey gordo...»

Choquart y su *padrino* habían llegado al final de su carrera; ven á Ballec atando un paquete con rostro placentero.

«—Muy bien—dice Choquart,—lo sospechaba... Está usted vivo. Se ha burlado usted de mí.

»—¡Señor Choquart! — exclamó el comerciante sonriendo y embarazado.

»—Sí, señor, soy yo, Choquart. Choquart, que no gusta de que se burlen de él... Su mujer... ¿Dónde está su mujer de usted?... Es bonita, pero se ha mofado de mí. ¿Por qué me prometió que estaría usted enterrado antes de seis meses?... No se adquieren esos compromisos cuando no se desea cumplirlos.

»—¡Ah, señor Choquart!—replicó el comerciante.—He estado muy enfermo, sí... No me volveré á vestir de turco... Ha terminado... Así, le ruego que olvide cuantas inconveniencias haya podido decir ó hacer aquella noche. ¡Es tan tonto el Carnaval!

»—Permita, permita—dijo Choquart,—no vayamos tan de prisa. ¿Se retracta usted en regla?

»—La verdad, retractar, no sé cómo se hace eso. Pero ahora le conozco á usted, señor Choquart, y sé que es usted una buena persona... Mire usted, tengo un asado con judías; ¿quiere usted hacerme el honor, así como su amigo, de comer con nosotros? Mi mujer quedará encantada... ¡Aglael ven, aquí está el señor Choquart, que nos da el gusto de comer con nosotros.

»Choquart parecía domado por el asado con judías.

»—Y, además—añadió Ballec, viendo que la victoria era suya,—tengo un cierto vino de Madera que quiero ver lo que le parece, señor Choquart.

»—Mire usted lo que dice—replicó Choquart con severidad;—usted no tiene Madera.

»—¡Que sí!

»—¡Repito que no tiene usted Madera!—replicó Choquart alzando la voz y animándose extraordinariamente.—Sepa usted que yo, Choquart, no he bebido más que una copa de Madera en mi vida... Fué en las Tulle-rías: yo estaba de servicio en la mesa del rey, y convaleciente de una enfermedad... Entonces Luis XVIII, á quien acababan de escanciar un vaso de Madera, dijo al

copero: «Lleve esto á Choquart y felicítele». ¿Lo ha oído usted?

»—Le aseguro, señor Choquart...

»—Le aseguro que no tiene usted Madera—exclamó Choquart, dando un puñetazo en el mostrador.—No repita usted que tiene Madera, ó le doy un golpe... ¿Y qué es lo que ha dicho usted que tiene?

»—Pues—dijo el comerciante un poco intimidado,—tengo un asado con judías.

»—Un asado—repuso Choquart suavizado,—un asado es cosa buena cuando está bien hecho. Pero estoy seguro de que estará demasiado hecho... ¿Tiene usted asador?

»—¡Sí tengo asador!—replicó Ballec, triunfante.—Señor Choquart, y usted también, caballero, hágame el favor de pasar por aquí...»

Introdujo á los dos visitantes en una trastienda que servía de comedor, y en cuya chimenea daba vueltas un magnífico trozo de carne en un asador auténtico.

Mientras Choquart lo contemplaba embelesado, llegó la mujer del tendero.

«—¡Ah! buenos días, señora, buenos días—dijo Choquart sin dejar de contemplar el asado.—Ya ve usted lo que sucede... Su marido no se ha muerto... ¡Sapisti! ¿qué vamos á hacer? es enojoso esto...

»—¡Ah, señor! Dios nos ha hecho la merced de conservarles; espero que esta lección le corregirá.

»—Dios... Dios...—replicó Choquart.—Pero después de todo, el asunto no está ventilado...

»—Vaya, Choquart—dijo Villemont interviniendo con cierta autoridad,—ya basta. El señor le ha dado á usted una explicación delante de mí; le invita cordialmente á comer, ¿qué más desea usted?

»—¡Sapisti!—dijo Choquart, siempre bajo el encanto

del asado,—me parece que se quema demasiado por ese lado.»

Decididamente, deponía las armas. Estipulada la paz, probó del falso Madera sin hacer demasiados gestos, y, para solaz de los comerciantes, refirió historias de duelos que ponían carne de gallina.

El espiritual cronista termina la oración fúnebre de Choquart con una anécdota altamente cómica, que nos permitiremos también citar. Era en el café del *Vaudeville*, en una cena en la que tomaban parte Bouffé, el director, Eugenio Briffaut, Armando Marrast, el doctor Lallemand, un antiguo ujier llamado Mouton y Choquart.

Éste, animado por numerosas libaciones, cantaba las alabanzas de Carlos X, y el ujier Mouton cometió la imprudencia de tratar al rey destronado de *viejo imbécil*.

Choquart se levantó furioso y exclamó:

«—Me he prometido abofetear al primero que insultara á mi rey, y vas á ser tú.

»Esperaban todos una escena de pugilato, cuando Choquart, dándose una palmada en la frente, exclamó:

»—¡Ah, Dios mío! debo cinco francos á Mouton: no puedo abofetearle sin haberle pagado; no sería caballero... Briffaut, préstame cinco francos, para que pegue á Mouton.

»—No tengo dinero—dijo Briffaut.

»—Bouffé, préstame cinco francos, pronto, pronto; es para pegar á Mouton.

»—Querido Choquart—respondió Bouffé,—te prestaría con gusto veinte francos fuera de aquí, pero no cien sueldos en este momento para el uso que quieres hacer de ellos.»

En aquel instante entró Villemont.

«—¡Ah! aquí está Villemont—exclamó Choquart.—

Présteme usted cinco francos. Es muy apremiante; es para dar de bofetadas á Mouton. ¿No es verdad que es delicado?

»—¡No se los preste, no se los preste!—exclamaban los otros.»

Nadie quiso prestar semejante servicio á Choquart. «Lo curioso es, dice Augusto Villemont, que Bouffé convenció á Mouton de que no estaba seguro.

»—Ya ves—le dijo,—cinco francos se encuentran... Choquart los encontrará algún día y pondrá su amenaza en práctica. Préstale cien francos: jamás podrá devolvértelos, y estás tranquilo para el resto de los días.

»Así fué que, al final de la cena, Mouton procuró á Choquart el prestarle cien francos. Éste quedó aterrado. Veía el peligro, pero el peligro le atraía. Recibió los cinco luises, se los embolsó y dijo á Mouton:

»—Es igual... Esto no ha terminado. En cuanto reciba mi pensión, recibirás tú las bofetadas.

»Felizmente para Mouton, y Mouton harto lo sabía, la *vendetta* de Choquart no pudo jamás elevarse á aquel fabuloso reembolso...»

Choquart se ocupaba en cosas de teatro, en sus momentos de ocio; puso mano en algunos *vaudevilles*, en *El señor Jovial*, para no mencionar más que uno.

Un día, en Variedades, en el salón de actores, tuvo con uno una discusión llena de palabras gruesas. Choquart quería batirse, y batirse en el acto. El actor hizo observar que ambos carecían de armas.

—Eso no importa—dijo Choquart,—aquí hay.

Había cogido en la chimenea dos tizones encendidos, y presentaba uno á su adversario.

Todos los circunstantes se echaron á reir á carcajadas, y Choquart se vió obligado á dejar que su cólera se apagase con los tizones.

Otro día, en un café, Choquart jugaba al billar. En el momento en que iba á dar á la bola, le tropezó un buen burgués que había venido á refrescar en un entre-acto y tenía prisa por volver al teatro.

—Un minuto, amiguito—dijo Choquart cogiéndole por el cuello,—tenemos que arreglar un negocio juntos... Merecerías una corrección ejemplar, pero consiento en perdonarte si la Providencia quiere interesarse por ti... Ya ves cómo están colocadas estas tres bolas: la carambola es imposible; pues bien, tengo que hacerla, y si no, recibirás el mayor puntapié... que haya recibido un cristiano.

Soltó al burgués, que temblaba y ni siquiera se atrevía á huir.

Los curiosos se agolparon en torno del billar, atraídos por aquella grotesca escena.

Choquart apuntó concienzudamente y, por un verdadero azar, hizo carambola.

—Confiese usted que tiene suerte—dijo en seguida al pobre diablo, que esperaba con resignación.

Choquart comprendía el chiste, en ocasiones. Él fué quien, bajo la Restauración, tropezado al entrar en el jardín de las Tullerías por un individuo, que con el choque le sacó á medias la espada, la desenvainó por completo y exclamó:

—El vino está servido: hay que beberlo.

—Muchísimas gracias, caballero—contestó el quídam,—jamás tomo nada entre comidas.

Choquart se dignó sonreír.

Murió en 1859, de buena muerte, y sin tener que acusarse de ningún *asesinato*.

Un *vaudevillista* de profesión, y tenido por hombre de ingenio á causa de innumerables sucesos, Carmouche, en el único duelo que tuvo, corrió más peligro que Cho-

quart en toda su carrera de bravo. Se encontraba en el café de Variedades, después del estreno de una obra que había sido estrepitosamente silbada. La obra no era suya, sino de uno de sus amigos, y no se habían dirigido á ella los silbidos, sino al teatro mismo, que estaba de malas. Carmouche estaba indignado, y se entabló una disputa entre él y uno de los *reventadores*. Intervino un compañero de Carmouche, que, llamándole aparte, dijo:

—Déjanos; voy á arreglar este asunto.

Algunos instantes después volvió diciendo:

—El asunto está arreglado.

—¡Muy bien!—exclamaron varias personas que rodeaban á Carmouche.

—Sí—añadió el amigo,—no he tenido que decir más que una palabra, y la cosa ha quedado arreglada: te bates mañana al amanecer.

Aquel *asunto arreglado* estuvo á punto de ser fatal á Carmouche; gracias al ala de su sombrero, como le sucedió á Cazalle, no le deshizo el cráneo la bala de su adversario.

XXI

Aimé Sirey y Durepaire.—El teniente Balzac y el subteniente Maker.—Un granadero y Pagés.—G*** y D***.—Armando Carrel y Emilio de Girardin.—Capo de Feuillede.—Dos estudiantes.—Un duelo á puñetazos.—Un actor y un espectador.

En Noviembre de 1835 se verificó un duelo á sable entre el hijo de un célebre jurisconsulto, abogado del Tribunal de Casación, Aimé Sirey, y uno de sus primos políticos, Durepaire, que se había casado con una señorita de Dusailaus.

El último pretendió que tenía muchas quejas de la familia Sirey, y profirió una expresión de las más insultantes. Aimé Sirey respondió con una bofetada.

Durepaire dirigió el siguiente billete á Sirey:

«Con arreglo á su insulto de esta mañana, le ruego me diga quiénes son sus padrinos, nombres y señas».

Como Martemart y Merimée se negaron á tomar parte en un duelo que censuraban, Viel-Castel se dirigió al marqués de Paruy y al conde de la Rifaudiere, amigos suyos, que consintieron en apadrinar á Durepaire, cuñado de aquél. Aimé Sirey eligió por padrinos á Cayeux y Chatard.

A las nueve de la noche, Viel-Castel condujo á Durepaire á casa de Grisier, que le dió una breve lección de floreté. Era la primera que tomaba. Grisier le instó

con viveza á que aplazase el duelo para que tuviera tiempo de adquirir las nociones más elementales.

Los padrinos se reunieron al día siguiente por la mañana en casa de la señora de Villeneuve, hermana de Sirey, para ponerse de acuerdo respecto de la elección de armas. Sirey era muy diestro, tanto en la pistola comò en la espada, y los padrinos de Durepaire propusieron el sable, que no conocían ni uno ni otro de los combatientes. Aimé Sirey reivindicó la elección de armas, como primer ofendido, y reclamó la espada. Sin embargo, se obtuvo de él que la suerte decidiera. La suerte fijó el sable.

Aimé Sirey pidió en seguida que, para preservar el rostro, llevasen caretas de combate, lo que fué aceptado. Á las tres de la tarde, adversarios y padrinos salieron juntos de París en dos carruajes. Á eso de las cuatro, como llegaba la noche, se detuvieron en un lugar situado entre Issy y el Bosque de Meudon, cerca de una fábrica de pólvora fulminante. Durepaire y Sirey se quitaron las levitas, pusieron las caretas, empuñaron los sables y comenzó la lucha. En el primer asalto se limitaron á permanecer á la defensiva. Aimé Sirey concluyó por tirarse á fondo. Durepaire parecía tranquilo; retrocedía presentando la punta de su arma. Al romper una vez cayó Sirey; Durepaire no se aprovechó del incidente. Se reanudó el combate. Al cabo de diez minutos Sirey recibía en lo alto del pecho un puntazo sin gravedad, que determinaba una efusión de sangre, y casi al mismo tiempo Durepaire caía con el hígado atravesado. No sobrevivió á su herida sino veintidós horas.—Siete años después, su adversario debía morir, también de muerte violenta, en Bruselas.

Continuemos recogiendo los duelos contemporáneos, que clasificaremos por orden cronológico:

1836.—JULIO

Dos oficiales del 12 de cazadores, de guarnición en Carcasona, Balzac, teniente, y Maker, subteniente, padre de familia, se traban de palabras y acuden al terreno.

No tarda en correr la sangre, pero no bastan simples heridas á satisfacer su resentimiento. Continúan batiéndose, y Maker cae mortalmente herido.

Un granadero del 67 de línea, de guarnición en Tolón, disputa en una taberna con un tal Pagés.—Se baten á sable. El primero cae redondo.

Por un motivo desconocido, el secretario de un almirante, G***, y D***, médico de marina, se dirigen detrás de los hornos de cal de Bab-el-Ourd, en Alger, y este lance cuesta la vida á G***.

El 22 de Julio es uno de los más dolorosos aniversarios de la democracia.

Emilio Girardin acaba de crear el periódico á cuarenta francos; el hecho constituía una revolución en la prensa. Una hoja republicana, *El Buen Sentido*, atacó con sarcasmos la operación, á los cuales Emilio Girardin contestó con un proceso de difamación. Carrel, solicitado para intervenir, publicó las siguientes líneas en *El Nacional* del 20 de Julio:

«Emilio Girardin, miembro de la Cámara de Diputados, se ha puesto al frente de una sociedad que cree haber encontrado el medio de establecer un periódico al precio de cuarenta francos por año, descubrimiento feliz y que beneficiará al país, si Girardin sale avante en la empresa. Pero, como primer medio de propaganda,

Girardin se ha creído en el deber de publicar unos prospectos, en los que habla de periódicos que llevan seis, diez, quince y veinte años de existencia, en términos que nosotros nos hubiéramos contentado con despreciar, pero que han sido recogidos por uno de nuestros colegas, *El Buen Sentido*, en una serie de intencionados artículos que han llamado la atención del público. El ingenioso autor de tales artículos, Capo de Feuillide, pasa revista á los cálculos y combinaciones estampados en los prospectos de Girardin. Á Capo de Feuillide le parece mala la empresa; está en su derecho, y apoya su opinión con consideraciones y razonamientos que nos parece no se salen de los límites de una discusión permitida. Girardin podía responder en su diario; ha preferido considerar como difamación contra su persona las dudas formuladas sobre la exactitud de sus cálculos; ha llevado á *El Buen Sentido* y á Feuillide ante los tribunales ordinarios. Este asunto será juzgado mañana, y Girardin gozará de los beneficios de las leyes de Septiembre. La prensa no podrá dar cuenta de los debates de esta causa; daremos á conocer el resultado, que no nos parece dudoso: porque nada se asemeja menos á la difamación, tal como la definen nuestras leyes, como la discusión sostenida por Feuillide contra las afirmaciones y las cifras de Emilio de Girardin».

Este último replicó en *La Prensa* del 21 de Julio:

«*El Nacional* censura severamente á Emilio de Girardin por no haber seguido con preferencia el camino de *La Prensa*. Tal censura no es propia de la lealtad atribuída al carácter de Carrel. Seguramente sería merecida la censura si *El Buen Sentido* se hubiera limitado al examen crítico y severo de la base económica sobre la cual está *La Prensa* establecida. Pero no ha sido así; se han acumulado contra Girardin las acusaciones más

odiosas y más personales... Muy á pesar nuestro, y porque nos es imposible guardar silencio, acudimos al terreno á que se nos empuja; pero en fin, si se empeñan, lo aceptaremos, y publicaremos lo que *Le Bon Sens*, *Le National* y *Le Temps* han costado á sus accionistas; haremos, á nuestra vez, las cuentas de esos periódicos, ya que se toman el trabajo de examinar las nuestras; no careceríamos de informes acerca de este punto, como tampoco nos faltarían los que necesitaríamos para las *biografías de varios redactores* de esos periódicos, si alguna vez nos viéramos obligados á publicarlas. También en este caso prometeríamos ajustarnos á la estricta verdad de los hechos. No tendríamos que predecir quiebras inminentes; nos bastaría con las quiebras consumadas, en las que entiende el tribunal de Comercio.

Esta última insinuación se dirigía á Thibaudeau, director de una fracasada empresa industrial, la fábrica de cristales de Choisy. Otro pasaje, que hemos subrayado, hizo saltar á Armando Carrel. Acompañado por Thibaudeau, fué á buscar á Girardin y le pidió una explicación, que ocasionó un lance.

—Caballero—dijo Armando Carrel abordando á su adversario en el terreno;—me ha amenazado usted con una biografía. La suerte de las armas puede serme funesta; podrá usted entonces escribir esa biografía; pero ni en mi vida privada ni en mi vida política encontrará usted nada que no sea honrado, ¿no es verdad, caballero?

—Sí, señor—respondió Emilio de Girardin.

Los combatientes fueron colocados á cuarenta pasos, y se convino en que podían acercarse hasta veinte. Armando Carrel avanzó y tiró después de haber franqueado los diez pasos. Emilio de Girardin, que no había dado más que tres ó cuatro pasos, tiró casi al mismo tiempo. Una doble detonación resonó.

—He sido herido en el muslo—exclamó Girardin.

—Y yo en la ingle—dijo Carrel.

Y aún tuvo fuerzas para ir á sentarse en un tronco. A su lado lloraba uno de sus padrinos, Persat. Carrel se olvidó de su herida para consolarle. Cuando, llevado en brazos de sus amigos, pasó cerca del redactor de *La Prensa*, dijo:

—¿Sufre usted mucho, señor de Girardin?

—Deseo que no sufra usted más que yo.

—Adiós; no le guardo á usted rencor.

Conservó su firmeza de alma en medio de los mayores sufrimientos. Cuando le metieron en la cama, dijo:

—El abanderado del regimiento es siempre el más expuesto; he cumplido con mi deber.

El delirio se apoderó de sus últimos momentos. Pero, al través de la perturbación de su espíritu, se vislumbraban aún las nobles inspiraciones de toda su vida. Murió murmurando la palabra *Francia...*

Su muerte fué un duelo público. Y mientras que todos los partidos se reunían para llorar á Armando Carrel, todos los odios del partido republicano, odios que fueron fatales á la república, se amontonaban sobre la cabeza de Emilio de Girardin.

Éste desistió del proceso, y con este motivo se produjo un incidente que motivó la publicación de la nota siguiente en *El Buen Sentido* y en *La Prensa*:

«Los señores Maillefer, redactor de *El Buen Sentido*, y Sarren, se han presentado hoy en casa del señor de Girardin, al cual habían anunciado su visita. El señor de Girardin había rogado á los generales Excelmaus y Delort que fueran á su casa; han recibido la visita de los dos amigos de Feuilleide. Estos señores, después de haber expuesto las quejas de Feuilleide contra Girardin, han depositado en manos de los señores Excelmaus y

Delort una provocación, á la cual los respetables generales han contestado que después del desgraciado lance de los señores Carrel y Girardin, lance en el cual hubo tanta corrección por ambas partes, estaban íntimamente convencidos de que el señor de Girardin debe rehusar toda provocación que dimanase de dicho asunto ó tenga relación con él».

Se lee en el *Journal de Paris*, de fecha 30:

«Ayer mañana, á consecuencia de una disputa de café, se han batido dos estudiantes. Uno de ellos ha recibido una bala en la cabeza. Se le han prodigado al punto los socorros necesarios, y ha sido inmediatamente transportado al hospital Necker, en donde ha muerto instantes después de llegar».

SEPTIEMBRE

Un accidente deplorable, acaecido el 15 de este mes, ha sembrado la consternación en Vauchelle, distrito de Abbeville. Dos jóvenes de diez y ocho años, á consecuencia de un pueril altercado, se lanzaron cuerpo á cuerpo, en plena calle, á una lucha encarnizada. Sus armas eran las que la naturaleza les diera.—Llevaban camino de destrozarse la cara, cuando uno de ellos, bajando la cabeza para asestar lo que se llama un topetazo, recibió en la nuca un puñetazo que le tendió sin vida á los pies de su antagonista exasperado.

OCTUBRE

Escriben de Alger:

«Durante la representación del domingo último, 11, algunos espectadores, poco satisfechos de los talentos dramáticos y musicales de Caron, demostraron su descontento con silbidos. El actor, olvidándose sin duda

de que los artistas, desde el momento que solicitan y aceptan los testimonios de satisfacción del público, deben, por una deducción muy lógica, sufrir las consecuencias de su desaprobación, se permitió pronunciar, con bastante claridad para ser oído de algunas personas, expresiones insultantes que nos abstendremos de reproducir. Un espectador, á quien miraba Caron en aquel momento, creyó que las injurias se dirigían á él, y se concertó un lance. El duelo no ha tenido, afortunadamente, consecuencias desagradables; y Caron, después del lance, declaró que sus injurias no se dirigían á dicho señor, sino á sus espectadores del parterre».

XXII

Pía y Edmundo Texier.—Dos profesores de la Escuela de Derecho.—Una estocada á propósito de Justiniano.—El coronel Tallaudier y el comandante Parquin.—Pesson y Baron.—Dos abogados.—Mathier de la Redorte y Viennot.—Una Venus callejera.—Dos soldados.—Un coronel.—Un loro.—Funerales anticipados de un tratante en caballos.—Un duelo en Poissy.—Un comandante y un capitán.—Orden del día del ministro de la Guerra.—Dos miembros de la Sociedad de Beneficencia de Cambrai.—Los señores Lerois y de Sivry.—Duelo sobre el agua.—Enrique de T*** y el teniente P***.—Una costurera.—Los señores de Rovigo y de Saint-Pierre.—El asunto Lafarge.

1837.—ENERO

Pía, director de *El Eco*, y el ingenioso escritor Edmundo Texier, á la sazón redactor de *El Memorial de Rouen*, cambian dos tiros. No se tocan, y los padrinos dan el lance por terminado.

Se entabla una discusión, acerca de un pasaje de las *Pandectas*, entre dos profesores de la Escuela de Derecho de París. Uno sostiene que el pasaje en cuestión termina con punto y coma; el otro afirma que son dos puntos. Se invoca la espada como árbitro, y el abogado de los dos puntos, que se apoyaba en un texto de Tribono, justifica su lección introduciendo tres pulgadas de hierro en el brazo de su contrincante.

Al declarar ante el Jurado, en el asunto de Estrasburgo, el coronel Tallaudier manifestó que había arran-

cado las charreteras del comandante Parquin. Á lo que éste contestó:

—Cierto que el señor Tallaudier me insultó y me arrancó las charreteras... pero pudo hacerlo impunemente, porque yo era su prisionero.

Y replicó Tallaudier:

—Yo no puedo responder aquí á esa provocación.

El lance era inevitable.

Parquin, que había marchado de Estrasburgo para ir á Kehl al día siguiente de su absolución, dirigió á Tallaudier una carta en la que le daba una cita para el otro lado del Rhin.

El coronel Tallaudier, en unión de su hermano, coronel comandante de plaza, y de un teniente coronel, salió fuera de las fortificaciones, anunció al comandante Parquin que, no pudiendo pasar el Rhin sin autorización superior, le esperaba en la extrema frontera.

Parquin, acompañado por el señor de Gricourt, acudió al lugar indicado.

El duelo se verificó á espada y terminó hiriéndose ambos ligeramente.

—

Al final de un baile del Ayuntamiento, en Tours, Baron, abogado cerca del tribunal civil, y Pesson, agregado al tribunal de Comercio, cruzaron algunas palabras sumamente vivas. Baron va en seguida á buscar á otro abogado amigo suyo, y le ruega que le apadrine. Salen en seguida en busca de otro padrino. Este último se une al anterior para excitar á Baron á que dé explicaciones. Baron parece convencido; pero al llegar frente á Pesson, las excusas se detienen en sus labios y cruzan los aceros; los combatientes son igualmente inhábiles.—Pesson recibe una herida insignificante, y al mismo tiempo atravesada de parte á parte á Baron, que cae muerto.

FEBRERO

Los señores L*** y D***, abogados del tribunal de Chateau-Briant (Loire inferior), al salir de una vista, van á batirse á pistola. L*** es gravemente herido.

ABRIL

Verifícase un duelo en Vincennes, entre los señores Mathieu de la Redorte, diputado, y Viennot, director del *Corsario*, con motivo de un artículo de este periódico sobre la dotación del duque de Nemours.—La distancia es de quince pasos. Viennot es herido de bastante gravedad en la mano por una bala. Mathieu de la Redorte le ofrece el desquite; pero se interponen los padrinos de ambas partes.

MAYO

Dos soldados de un batallón del 64 de línea, de guarnición en Colmar, disputan á propósito de una Venus callejera. Después de haber tratado vanamente, durante algún tiempo, de procurarse armas, encuentran por fin dos floretes. Apenas han cruzado el hierro, cuando los dos combatientes caen muertos, heridos en la tilla izquierda.—Sus heridas, sin embargo, no presentaban más que el aspecto de una picadura.

En Tolón, el coronel del 59 de línea tiene un duelo con un joven de la población. El joven tira primero, y su arma revienta, lastimándole el rostro. El coronel pregunta á los padrinos si puede hacer fuego; y después de recibir una respuesta afirmativa, declara que no usará de su derecho.

Y como le instan para que tire, apunta á una ramita

de un árbol que se balancea sobre la cabeza de su adversario, y la corta.

JUNIO

Un transeunte se siente apostrofar en plena calle; se detiene, mira, y observa que le sigue una persona. Echa de nuevo á andar, y se repite la injuria. Entonces interpela á la persona que le sigue, y sin darla tiempo de explicaciones, le devuelve el insulto que pretende haber recibido y le cita para el día siguiente.

Los dos adversarios acuden al terreno con sus padrinos; pero antes de pasar adelante, el provocador pide probar que no ha provocado, y sus dos padrinos certifican que el verdadero culpable es un loro que ha aprendido tales gracias. Se dan la mano y se van á almorzar.

JULIO

Los periódicos de Rouen refieren la anécdota siguiente: «Un tal Fidelin, tratante en caballos, figuraba hace pocos días en los bancos de la policía correccional como acusado de complicidad de adulterio con una dama X***; provocado el duelo por el marido, ha querido ofrecer á los habitantes de su barrio una escena recreativa de su ingenio. Se veía ante su puerta un féretro, una cruz y dos cirios; nada había sido olvidado, ni siquiera el epitafio obligado: *Buen hijo, buen padre, etc.*, que por lo común no se ve sino en las tumbas. La muchedumbre contemplaba aquel catafalco, no comprendiendo que pudiera tratarse de enterrar á Fidelin, al que acababan de ver sano algunos momentos antes. Le buscan y le preguntan qué significa aquel lúgubre aparato. «Es, dice, que debo batirme á pistola; y como me han de matar seguramente, lo he dispuesto todo». Todo el mundo se echó á reir, y la muchedumbre aumentó; fué nece-

saría la intervención del comisario de policía para que terminase aquella broma siniestra».

No se volvió á oír hablar de aquel asunto de honor.

1838.—FEBRERO

Tribunal correccional de Versailles.

Costumbres populares.—Lefebvre es acusado de haber dado de puñetazos á Leroy y haberle producido lesiones que le han ocasionado una enfermedad y una incapacidad de trabajo.

Después de oídos los testigos llamados por el ministerio público, y que confirman el hecho, es interrogado Lefebvre:

Presidente.—Ya sabe usted de qué está acusado; ¿qué tiene usted que decir?

Acusado.—Habíamos pasado la noche en el café de Bucaille, en Poissy, con Leroy y otros compañeros. Por la mañana acababa yo de comprar un sombrero nuevo, y volvía al billar, cuando Leroy me dió un puñetazo en el sombrero; me incomodé. Nos agarramos, y rompimos algunos vasos y botellas en la trifulca; bueno. Leroy quiso en seguida que yo pagase la mitad del gasto, y me negué; armó un escándalo, y para que hubiera paz concluí por pagar... Bueno. En seguida me dice: «No basta, has tardado en pagar demasiado tiempo; ven á la calle á que te rompa un alón». Me negué á batirme, y no quería salir; pero me dirigió tales insultos, que acabé por decidirme.

Salimos, llevando por testigos á todos los compañeros. Al llegar al lugar elegido, yo no estaba ya enfadado, y le dije: «¿Por qué quieres que peleemos? Acabamos de divertirnos juntos». «Yo quiero que nos peguemos, no hay remedio». Me pongo en guardia, y él me larga un puñetazo en la nariz, y yo le contesto con otro en un ojo. Después caemos, yo encima. «¿Tienes bastante?», le dije.

«No, me respondió; ni tú tampoco.» Y nos dimos otros cuantos golpes. Después nos fuimos á beber juntos, y al día siguiente su médico le encontró con la cabeza como una alcachofa. Yo llevo en la cárcel veinticuatro días.

El tribunal, sin querer oír al defensor, considerando que hubo provocación y legítima defensa, absuelve al procesado.

El ministro de la Guerra publicó la siguiente orden del día, con motivo de un duelo verificado entre un comandante y un capitán, y en el que murió el último:

«Un comandante acaba de provocar á un capitán, subordinado suyo; éste ha respondido á la provocación de su superior. El deplorable resultado de este duelo ha privado al ejército de un bravo y pundonoroso oficial.

»La orden del día puesta en conocimiento del ejército el 18 de Junio de 1835 por el ministro que me ha precedido, hubiera debido prevenir la repetición de una infracción tan grave de las reglas de la disciplina. Este culpable olvido de los deberes del comandante, esta perturbación de la subordinación, exigen un severo castigo.

»El comandante, que provocó á su inferior, ha sido declarado de reemplazo. El padrino, de la misma graduación, que consintió que se prolongase el combate, á pesar de cuatro heridas graves recibidas por el capitán, será castigado con un mes de prisión. El segundo padrino sufrirá quince días de arresto riguroso, así como el coronel del regimiento, que no ha sabido hacer uso de su autoridad para el mantenimiento de la subordinación».

ABRIL

Dos miembros de la Sociedad de Beneficencia de Cambrai disputan en un baile; interviene la espada, y uno de ellos recibe una estocada en un costado.

AGOSTO

En Pont-Saint-Paul, los señores Lorois, prefecto, y de Sivry, diputado por Morbihan, se baten en duelo y se hieren ambos levemente.

DICIEMBRE

Entáblase una lucha en el agua, en Marsella, á poca distancia de los muelles, presenciada por una considerable multitud. Los dos adversarios ocupan cada uno un bote; bogan uno hacia otro, y de pie en los bancos de sus esquifes respectivos, se asestan tremendos golpes con los remos, tratando al mismo tiempo de arrojar al agua. Los marineros, desde los mástiles de sus embarcaciones, lanzan formidables hurras. El duelo dura mucho tiempo, y los dos combatientes se retiran por fin llenos de golpes y con la cara ensangrentada.

1839.—JUNIO

Enrique de T***, que tomó parte en la Constituyente y en la Legislativa como representante de *Cotes-du-Nord*, no salió de la escuela de Saint-Cyr sino para entrar en la vida civil. Habitaba en París.—Llegó de guarnición el regimiento 53 de línea, entre cuyos oficiales figuraba un subteniente, P***, que fué compañero de T*** en la escuela de Saint-Cyr. Antes de salir de la academia militar habían tenido una cuestión, muy insignificante según T***, muy grave según P***. Se habían encontrado varias veces en París, sin abordarse, sin cambiar ninguna palabra de recuerdos, hasta que un día que se encontraron juntos, T*** quiso tener con P*** una explicación sobre la impresión que éste hubiera podido conservar de lo ocurrido entre ellos en Saint-Cyr, no porque quisiera resucitar su antigua pendencia, sino por el contrario, para que no quedaran restos de ella.

No eran esas las disposiciones de P***. Más de una vez había manifestado su asombro porque T*** no le hubiera pedido ya una satisfacción por las dos bofetadas que pretendía haberle dado. Repitió esta afirmación; insistió, á pesar de las negativas de T***, no obstante las instancias de sus amigos comunes, para obtener una retractación. T*** se creyó obligado á terminar con un desafío. La pistola fué el arma elegida. La suerte decidió que T*** tirase primero. Mientras los padrinos cargaban las pistolas, P*** se quejaba de su lentitud, mostrando una impaciencia febril. Apremió en seguida á su adversario para que disparase.

—¡Vamos, caballero!—le dijo.

T*** hizo fuego, y P*** vaciló y cayó en brazos de uno de sus padrinos. Había sido herido en un muslo, cerca del bajo vientre; se había abierto una vena, y la sangre corría en abundancia.—La muerte estaba próxima.

DICIEMBRE

Una costurera de unos treinta años comparecía ante el tribunal de policía correccional de Donai, «acusada de escándalo y de injurias verbales contra varios individuos».

Un tendero de objetos de porcelana declara haber sido injuriado á menudo por la acusada, y hasta estar á punto, en una ocasión, de recibir en la cabeza un *proyectil de naturaleza muy desagradable*, lanzado por la señorita A.

La acusada contiene á duras penas su impaciencia, y estalla, al fin, en exclamaciones de este género:

—¡Cobardel! ¡Poco hombre!

Los testigos declaran que en varias ocasiones la belicosa costurera había retado al indicado tendero. He aquí en qué términos se expresa en una carta dirigida á aquel individuo con ribetes de seductor:

«Hay que lavar con sangre semejantes ofensas; tenga usted entendido que esta carta es la sentencia de muerte de uno de los dos. Quisiera que fuese mañana; pero me veo obligada á aplazarlo por quince días. Por lo demás, este tiempo es necesario para que su manchada alma de usted se disponga á comparecer ante el Sér Supremo; por mi parte, lo emplearé en arreglar algunos asuntos. Siendo la ofendida, tengo la elección de armas y de sitio; nos batiremos en mi cuarto, á pistola. Tendré padrinos; usted traerá los suyos».

Como esta carta no obtuvo respuesta, la costurera repartió circulares en las que se ponía de vuelta y media al tendero, y no le encontraba nunca sin dirigirle invecivas de todo género.

La justicia se contentó con condenar á la demandada á una multa muy moderada y al pago de costas.

El tendero no se mostró muy satisfecho. Esperaba, sin duda, que el encarcelamiento de su adversaria le asegurara algunos meses de tranquilidad.

1840.—MARZO

Se verifica un lance, en el Bosque de San Germán, entre los señores de Saint-Pierre y de Rovigo, ambos oficiales de lanceros. Habiéndose roto la espada de Saint-Pierre, se recurrió á los floretes.

Los adversarios se separan después de haberse herido recíprocamente sin gravedad.

DICIEMBRE

En Alger, el padre de uno de los testigos que han declarado en el asunto Lafarge, en Limoges, es muerto en duelo por una persona cuyo nombre ha sonado en el proceso correccional.

XXIII

Un famoso tirador.—El arzobispo de París y el obispo de Evreux.
—Un oficial de artillería y un periodista.—El general Levasseur y el ex comandante Arrighi.—Lacrosse y Granier de Casagnac.—Duelo con navajas de afeitar.—Roviigo y Perregaux.
—El duque de Uzés y el marqués de Calviere.—Proposición Dozon y Beauvallon.—Alejandro Dumas, orador.—Luis Blanc y Eugenio Pelletan.

1841

Un señor, para ejercitarse la mano, tiraba desde hacía media hora en casa de Desenne, y amenazaba concluir con todos los muñecos del establecimiento. Todos los tiros hacían blanco y eran saludados por exclamaciones admirativas, después de las cuales se hacía oír esta frase maliciosa, pronunciada con tranquilo acento:

—No haría lo mismo en el terreno.

Por fin, el tirador, perdiendo la paciencia, exclamó con tono de capitán Fracasa:

—¿Quiere usted probar?

—Con mucho gusto—contestó N. B.

Fueron al terreno.—El de los muñecos tiró primero y erró.

—¡Ya se lo dije á usted!—manifestó tranquilamente N. B.

Y se alejó tarareando una canción de ópera cómica.

Se hablaba, en el palacio del arzobispo de París, de las variaciones de la jurisprudencia respecto del duelo.

—Pero, en fin, monseñor—le dijo el obispo de Evreux,—¿qué haríais si os dieran una bofetada?

—Sé perfectamente—contestó el arzobispo—lo que debería hacer, pero no sé lo que haría.

JULIO

Durante las revueltas ocurridas en Tolosa con motivo del empadronamiento, un oficial de artillería provocó al director de *La Emancipación*, que le mató.

1842.—ENERO

El 18 de este mes se verificó en los alrededores de Marsella un duelo de los más trágicos, entre el general Levasseur y Arrighi, ex comandante del batallón 22 de línea.

Este drama se desenlazó ante la sala de lo criminal de Aix; de los documentos de este proceso hemos tomado los detalles que siguen:

Arrighi, que creía tener motivos de queja de Levasseur, coronel suyo á la sazón, pidió su retiro para poder batirse con él. Algún tiempo después, el coronel fué nombrado general, y Arrighi fué á buscarle á Africa, en donde ejercía el mando. Los dos adversarios, á quienes numerosos obstáculos habían impedido hasta entonces el verse frente á frente, iban por fin á realizarlo. «Se tomaron las disposiciones, dice el acta de acusación, para que el duelo se verifique en seguida, pero se presenta un nuevo obstáculo. El general Lamoriciere, enterado de lo que pasa, manda detener á Arrighi y ordena que le lleven á un buque que debe conducirle á Francia. Bajo la irresistible influencia de su resentimiento, Arrighi no vacila en suponer que el general Levasseur no es extraño á aquella medida. Una fatalidad extraña hace que el general se encuentre con el comandante en el mismo

momento en que éste era conducido al barco. Entonces la provocación y el ultraje llegan al colmo. El general pide una licencia y se va á Marsella. Arrighi, advertido por él, no tarda en llegar á su vez. Inmediatamente se nombran los padrinos; el arma elegida por los combatientes es la pistola, pero se suscita una disidencia respecto de la distancia á que se han de batir. Los padrinos del general se niegan á asistir al duelo si la distancia es menor de veinte pasos. El comandante y sus padrinos se obstinan en que el duelo se verifique á diez pasos. La persistencia mostrada en este punto por Arrighi, y la adhesión de sus padrinos, se han explicado después por la destreza del general y por la falta de experiencia y de costumbre del comandante en el manejo de la pistola. Así las cosas, los padrinos del general se retiraron; pero quisieron que se conocieran los motivos, y con este objeto se publicó un acta, firmada por ellos, en los diversos periódicos de Marsella.

«El general Levasseur, que no creía su honor satisfecho con la declaración de los primeros padrinos, buscó otros entre los oficiales de la guarnición de Marsella. El comandante Monet y el capitán Villiers, del 20 de cazadores, aceptaron el encargo.

»A la hora convenida, los adversarios y sus padrinos se dirigieron á la Babiola, sitio de recreo de Roussin, teniente alcalde de Marsella, y en jurisdicción de Bouc, departamento de Aix. Arrighi estaba apadrinado por Peretti, capitán del segundo de cazadores, y Casavianca, militar retirado, pariente y amigo suyo, quien hacía quince meses que no le había abandonado, y cuyos prudentes consejos nunca fueron seguidos.»

Terminemos esta relación con la declaración del capitán Villiers.

—Nos dirigimos á la propiedad llamada la Babiola

á tres horas de distancia de Marsella; encontramos ya al general Levasseur. El señor Arrighi llegó más tarde. Fuimos al terreno. Casavianca, padrino del comandante, midió una distancia de diez pasos. Monet hizo la misma operación. Los pasos de este último eran más largos que los de Casavianca. Se partió la diferencia, y el punto intermedio fijó el límite en donde debía colocarse uno de los combatientes. Los señores Monet y Casavianca cargaron las pistolas. Se echó á la suerte el que había de tirar primero, correspondiendo al general. Ambos adversarios estaban perfectamente tranquilos. El general empuñó la pistola y disparó después de haber apuntado algunos segundos; vi en seguida que el señor Arrighi hizo un movimiento nervioso con los brazos, que me hizo comprender que había sido tocado. El comandante permaneció un momento en pie; después cayó arrojando un chorro de sangre por la boca.

El general Levasseur fué absuelto, así como todos los padrinos englobados en la acusación.

NOVIEMBRE

El señor Lacrosse, diputado entonces y hoy senador, pidió una reparación al señor Granier de Casagnac por unos artículos insertados en *El Globo* y dirigidos contra la memoria del almirante Lacrosse, su padre. Se concertó un lance, y Lacrosse recibió una bala en un muslo. La justicia intervino, y Granier de Casagnac fué condenado á cien francos de multa y las costas.

1843.—JULIO

Dos españoles, de los cuales uno ejercía en Marsella la industria de vendedor de cigarros y el otro la de barbero, animados por un odio feroz, se arman de navajas de afeitar y se entregan á un combate encarnizado.

El barbero, que llevaba naturalmente ventaja, envía á su adversario al hospital con la cara llena de tajos.

1845.—ABRIL

A consecuencia de una discusión bastante viva, se concierta un lance entre los señores de Rovigo y Perregaux, los cuales se dirigen á Neully, acompañados, el primero por el vizconde de Bertrand, y el segundo por el señor Catsers.

El duelo no duró más que un minuto; Rovigo recibe una estocada por debajo de la tetilla derecha, y Perregaux una herida en el cuello.

Se celebraba una comida de cazadores. El marqués de Calviere pronuncia un brindis en lengua inglesa.

—Entre franceses—dice el duque de Uzés—debemos hablar en francés.

—La lengua inglesa no puede desagradarle—respondió el marqués;—usted votó por un ministerio inglés, y además es usted pritchardista.

Al diputado le ofende el epíteto, al que sin embargo debía estar acostumbrado. Siguió un lance, del que resultaron dos estocadas: una recibida por el marqués, á pocas líneas del corazón, y la otra por el duque, en la cadera.

Dos diputados, Dozon y Faillandier, presentan en la Cámara una proposición encaminada á que se vote una ley especial contra el duelo. La proposición es desechada.

1846.—FEBRERO

Eugenio Guinot, quien, con el nombre de Pedro Duzand, redactaba en *El Siglo* una crónica semanal, se extralimitó hablando de la actriz María Volet, del teatro

de Variedades. El tutor de la joven artista entabló con este motivo una acción judicial. Eugenio Guinot se guasó de ello en la crónica siguiente.

El hermano del maestro de baile, Coralli, abogado y ex diputado, provocó al autor del artículo.

«En el momento de cruzar la espada, refiere *El Siglo*, Coralli declaró por medio de sus padrinos que la queja entablada contra el señor Guinot había sido retirada. Después de veinte minutos de una lucha durante la cual se mostró igual valor por ambas partes, intervinieron los padrinos, declarando que los dos adversarios habían hecho cuanto exigía el honor; y una vez terminado el duelo, Eugenio Guinot declaró espontáneamente que no había pretendido atacar al honor y á la consideración del señor Coralli y de su familia, y que retiraba toda frase que hubiera podido ser mal interpretada».

MARZO

El duelo que costó la vida á Dujarier, administrador del periódico *La Prensa*, ha tenido bastante resonancia para que merezca una relación detallada. No pondremos nada de nuestra parte: transcribiremos lo más importante de los debates del tribunal de lo criminal de Rouen.

Tiene la palabra el señor Collot, fondista del Palacio Real:

—En Marzo de 1845, el señor Arturo Bertrand vino á encargarme una comida para veinte personas. Bailaron en el comedor y jugaron al lasquet. Aquellos señores jugaron hasta las seis ó siete de la mañana; pero no sé lo que pasó. Me pidieron diez luises para el señor Dujarier, y los entregué.

Fiscal.—¿Sirvió usted durante la comida?

Testigo.—Sí.

Fiscal.—¿Observó usted algo de particular?

Testigo.—Nada, como no fuera algunas bromas de aquellos señores con las damas.

Fiscal.—¿Frecuentaba Dujarier el establecimiento de usted?

Testigo.—Venía á menudo.

Fiscal.—¿Qué carácter tenía?

Testigo.—Era amable, correcto, un verdadero hombre de mundo.

Fiscal.—¿Y el señor de Beauvallon?

Testigo.—No sé nada de él; he oído decir que era muy amable.

Presidente.—Beauvallon, ¿es exacto todo eso?

Acusado.—Excepto un punto relativo á la comida. Durante la comida, el señor Dujarier se levantó, dijo que había llegado el momento de tutear á las mujeres y comenzó á tutearlas.

Fiscal.—¿Tuteó tal vez á la mujer Livenne, é hizo usted entonces un gesto que alguien observó?

Acusado.—No, señor.

Á una pregunta del defensor Berrier, el testigo declara que le habían dicho que Dujarier era bastante molesto en el juego, perdiere ó ganase.

El presidente manda entrar á la señorita Atnea Livenne, artista del Vaudeville, y la invita á que se quite los guantes para prestar juramento y se levante el velo.

—Mi declaración—dice la testigo—se reduce á muy poco. El señor Dujarier vino al baile á mi casa y yo fui una vez al baile á la suya. Me encontré con él en la cena en cuestión: esto es todo.

Fiscal.—¿Invitó usted á Dujarier?

Atnea.—A él sólo.

Fiscal.—¿Quién había invitado?

Atnea.—Cada cual pagaba su parte.

Fiscal.—¿Al lado de quién estaba usted?

Atnea.—Entre los señores Veron y Roger de Beauvoir.

Fiscal.—¿Le dijo á usted Dujarier algo desagradable?

Atnea.—Dijo cosas... á las señoras, hablándolas familiarmente; las tuteaba; acabó por hacer lo mismo conmigo.

Fiscal.—¿Observó usted lo que pasó entre Dujarier y Roger de Beauvoir?

Atnea.—Dujarier daba bromas á Beauvoir acerca de su traje.

Fiscal.—Cuando Dujarier la tuteó á usted, ¿no observó un movimiento de impaciencia en Beauvallon y no hizo usted un ademán para contenerle?

Atnea.—No vi semejante movimiento; únicamente hice una seña á Dujarier para que se callase. Después de la comida, Dujarier me presentó sus excusas y yo le tendí la mano, en signo de reconciliación.

Fiscal.—¿Qué pasó en seguida?

Atnea.—He oído hablar de dificultades nacidas en el juego por cuestión de algunos luis.

Fiscal.—¿No había otra causa?

Atnea.—He oído hablar de antiguas peleas de periodistas... pero después del duelo.

Pasemos á la declaración de Alejandro Dumas. El presidente le dirige las generales de la ley.

Testigo.—Alejandro Dumas, marqués de la Pailleterie.

Presidente.—¿Su edad?

Testigo.—Cuarenta y un años.

Presidente.—¿Profesión?

Testigo.—Diría que autor dramático, si no estuviese en la patria de Corneille.

Presidente.—Hay grados según los siglos... Declare usted.

Testigo.—Mi declaración no puede referirse más que

á las circunstancias que han precedido ó seguido al duelo. Á eso de las tres de la tarde de la víspera ó antevíspera del duelo, Dujarier vino á mi casa, diciéndome que iba á batirse. Estaba en mi despacho, y mientras hablaba cogió una espada que había allí y la sacó de la vaina, pero tan torpemente, que comprendí que ni siquiera sabía tener un arma. Le aconsejé que eligiese otra arma para su duelo, y que fuese la pistola. Le pregunté con quién se batía, y me respondió que con el señor de Beauvallon. Entonces le dije: «No elija usted la pistola». Yo pensaba que en cuanto el señor de Beauvallon, al que no tenía el honor de conocer, pero cuya maestría en la espada no ignoraba, viese la manera de tener la espada Dujarier, no prolongaría el duelo ó lo haría inofensivo.

Fiscal.—¿Conocía usted la destreza del acusado en la espada?

Testigo.—Mi hijo tomaba lecciones en la misma sala que el señor de Beauvallon. Traté de hacer comprender á Dujarier que la pistola era el arma más peligrosa, sin conseguirlo. Se quedó á comer conmigo, y por la noche fué á Variedades; pero durante toda la velada estuve inquieto é intranquilo. A las diez volví á ver á Dujarier, que estaba escribiendo: era sin duda su testamento; quise interponerme, ir á casa de Beauvallon; Dujarier se negó terminantemente.

Fiscal.—¿Daba la razón de su negativa?

Testigo.—Decía que con la pistola tenía una probabilidad de escapar, y con la espada ninguna. Además me dijo que yo estaba muy preocupado para intervenir y que acabaría por arreglar el asunto. Según parece, era su primer lance; estaba asombrado de no haber tenido todavía ninguno. «Es un bautismo que es preciso que reciba», decía.

Fiscal.—Volvamos á los hechos que han precedido al duelo. ¿No preguntó usted á Dujarier si consideraba que aquel duelo tenía una causa seria?

Testigo.—Me dijo que no sabía por qué se batía.

Fiscal.—¿Le dijo á usted que había tenido con Roger de Beauvoir palabras picantes?

Testigo.—Fué muy escrupuloso, porque se hubiera tratado de mí con Beauvoir.

Fiscal.—¿No se habló del chaleco del señor Roger de Beauvoir?

Testigo.—Sí; Dujarier brindó por el chaleco de Beauvoir, diciendo que confiaba no se perdiese aquella prenda, porque sería muy difícil hallar una semejante...

Fiscal.—¿Qué respondió Roger de Beauvoir?

Testigo.—Beauvoir brindó por las *Memorias* de Mont-holon.

Presidente.—¿Era una alusión á la idea que tenía el señor de Beauvoir respecto de que tales *Memorias* no aparecerían nunca en *La Prensa*?

Testigo.—Ese era, según creo, el sentido del brindis de Beauvoir.

Fiscal.—¿No se mezcló el nombre de usted en la conversación que se entabló en la cena?

Testigo.—Precisamente. Beauvoir preguntó á Dujarier: «¿Cuándo concluirá usted con Dumas para comenzar mi folletín?» Ahora bien: Dujarier era un hombre que separaba cuidadosamente el placer y los negocios. Le contrarió oír hablar del periódico cuando se trataba de cenar. Lo consideró como cosa impertinente. Yo insistí para que se comenzase por el duelo de Beauvoir, porque, no descansando en nada serio, se arreglaría, y haría así imposible el segundo lance.

Fiscal.—¿Sabe usted cuáles fueron las pérdidas y las ganancias de la velada?

Testigo.—He oído decir que Beauvallon ganó tres ó cuatro mil francos. Dujarier debió perder unos ciento cincuenta ó doscientos lises. Pero la pérdida no tenía nada de extraordinario: Dujarier perdía ó ganaba habitualmente aquella suma.

Volviendo á un orden de ideas ya apuntado:

—Sí—añadió Alejandro Dumas,—Dujarier no se batía con ningún entusiasmo. Me decía: «No tengo más remedio que batirme». La víspera del duelo, Dujarier vino á mi casa para pasar, según su expresión, su última hora con personas queridas. Á la una de la mañana, Dujarier no sabía ni la hora ni el lugar del duelo. Todo lo que sabía era que se batirían á pistola, porque él lo había impuesto.

Presidente.—¿Cree usted, pues, que Beauvallon no hubiera abusado de su destreza en la espada, en un duelo con Dujarier?

Dumas.—Recuerdo que mi hijo me dijo hablando del duelo: «El señor de Beauvallon es muy caballero; si ve á Dujarier torpe con la espada, le desarmará ó le herirá en un brazo».—Desgraciadamente, llevaron ese dicho á Dujarier, que dijo: «Pues yo no deseo que mi adversario me haga un favor desarmándome ó hiriéndome ligeramente en el brazo; yo quiero un duelo serio». Recuerdo también que mi hijo me dijo: «Deberíamos ir á casa de Grisier para rogarle que intervenga en este asunto». Yo dije á mi hijo que no podía hacerlo, que había que conservar incólume la reputación de Dujarier, precisamente porque se trataba de su primer lance.

Defensor.—Desearía que el señor Dumas manifestase si todos los detalles que ha conocido en los días que precedieron al duelo los conoce únicamente por conducto de Dujarier.

Dumas.—Únicamente.

Defensor.—El señor Dumas dijo que en la tarde del lunes envió á su hijo al Tiro con Dujarier para ejercitarse en el manejo de la pistola. ¿Qué sucedió en el Tiro?

Dumas.—Mi hijo me dijo, al volver, que Dujarier no sabía tirar; no había hecho más que dos blancos, de doce ó catorce disparos.

Fiscal.—¿Había allí otras personas?

Dumas.—Creo que estaban solos. Por lo demás, mi hijo está aquí; se le puede oír...—Me acuerdo que Dujarier y mi hijo fueron al Tiro de Gosset. El Tiro de Gosset ofrece la particularidad de que tiene un maniquí, figurando un hombre, sobre el que se tira á veinticinco pasos como sobre un adversario en un duelo.

Defensor.—¿Podría decir el señor Dumas si cuando se dirigen á una persona dos intermediarios para saber si esa persona ha tenido la intención de ofender, es costumbre, es procedente que dicha persona nombre á su vez otros dos intermediarios?

Dumas.—Esos padrinos, esos intermediarios, pueden, en un asunto, hacer cosas que una persona que se cree ofendida no haría siempre por sí misma. Una persona cuyos nervios están excitados por la idea de que va á batirse el mismo día ó al siguiente, no tiene la calma que pueden y deben tener los padrinos. Éstos podrán hacer alguna concesión que no haría jamás el que se bate. Lo que yo digo está conforme con el código del duelo.

Presidente.—¿Á qué llama usted código del duelo?

Dumas.—¿El código del duelo? Bien conocido es. Está impreso; ha sido publicado por el conde de Chateauvillars. Es obra de los hombres más respetables de la nobleza, de las letras y de las artes, los cuales no temen suscribirlo. Si el señor presidente quiere el có-

digo del duelo, lo tendrá en cualquier librería próxima.

Fiscal.—¿Es que en ese código impreso se considera como leal que un hombre diestro en la espada provoque al duelo á un hombre que no sabe tener un arma?

Dumas.—Á menos de frecuentar los Tiros y las salas de armas, se ignora á menudo la destreza de una persona. Muchas personas se ejercitan en su casa, para que no se pueda saber con precisión el grado de destreza que pueden tener en la espada ó en la pistola.

Fiscal.—Eso no es leal.

Presidente.—Los testigos que saben que un adversario es muy hábil, mientras que el otro no lo es, asisten á un combate desigual. Por lo menos, no es generoso batirse, cuando uno es diestro, con un hombre poco perito en el manejo de las armas.

Dumas.—Cuando se llega al terreno, las cuestiones de generosidad y de delicadeza, que son muy hermosas, desaparecen ante la cuestión de existencia que se arriesga y que se puede arrebatar.

Presidente.—En definitiva, lo que acaba usted de decir es el resumen del código del duelo; no entrará en mi biblioteca semejante código.

Aquel proceso se veía muy concurrido, más bien por los episodios excéntricos de las audiencias que por la misma gravedad del asunto. Se hablaba allí á menudo, demasiado á menudo, de gentilhombres. Alejandro Dumas se dejó su talento á la puerta para caer en la corriente general. Y el público se reía. La misma *Gaceta de los Tribunales* no podía conservar su seriedad. Un día, después de hacer una semblanza de la concurrencia, añadió: «Una señora joven, vestida con mucha elegancia, busca un sitio en medio de la multitud privilegiada que ocupa las primeras filas de los bancos reservados.

Á pesar de todos sus esfuerzos, no encuentra un solo hombre de mundo, un solo *gentilhombre* que consienta en cederle su puesto».

Citemos, para terminar con este asunto, la parte de requisitoria del fiscal, en donde se encuentra resumido.

«Todo el mundo conoce, dijo el señor Rieff, la verdadera causa del duelo. Se encuentra en la acre polémica entablada entre *El Globo* y *La Prensa*.

»Cuando los escritores, los periodistas, cambian injurias diarias, es imposible que la hiel no llegue al corazón. Los señores Beauvallon y Granier de Casagnac son cuñados. Beauvallon se puso de parte de Granier de Casagnac, su cuñado. He aquí la causa del duelo. Todos los testigos han dicho que era una animosidad de periódicos. Ved á Dujarier, cuando se explica sobre la causa del duelo. El domingo se le pregunta Arturo Bertrand. Dujarier le dice que es una polémica de periódicos. También en boca de Dujarier encontramos esta afirmación dirigida á Alejandro Dumas: «Mi querido amigo, es un combate entre *El Globo* y *La Prensa*». Es, como Dujarier lo dijo en estilo poco florido, una *rivalidad de tiendas*».

Conocido es el desenlace. Beauvallon fué absuelto.— Pero este proceso tuvo una segunda parte. Arturo Bertrand, uno de los padrinos de Dujarier, declaró que antes del duelo, habiendo introducido un dedo en el cañón de una de las pistolas llevadas por Beauvallon, lo sacó completamente ennegrecido. Ecquevilley, que había apadrinado al último y que en su declaración afirmó que las pistolas no habían sido probadas, fué acusado ante el tribunal de lo criminal, de falso testimonio, y condenado á diez años de reclusión. Beauvallon, llamado á su vez á declarar, fué á su vez detenido como falso testigo, y como tal, condenado á ocho años de la misma pena.

1847

Algunos pasajes de la *Historia de la Revolución*, de Luis Blanc, fueron criticados con mucha viveza por Eugenio Pelletan. Se trataba de María Antonieta y de ciertas particularidades de su vida, á propósito de las cuales Lamartine ha dicho esta frase, que es toda una sentencia: «La historia tiene su pudor».

Luis Blanc no aventura nada que no esté apoyado en un texto. Solamente que, tranquila su conciencia, no siempre cuida de indicar las fuentes. Respondió á Eugenio Pelletan con una cita de la señora de Campau, que al crítico no pareció concluyente. Acudió entonces á la Sociedad de Escritores. Fueron nombrados los árbitros, y encargaron á Taxile Delord que redactase un informe, en el que se dió la razón á Luis Blanc. Eugenio Pelletan recusó el veredicto como había recusado el tribunal,—y mantuvo su crítica. Luis Blanc, que había descartado toda idea de duelo, como indigna de él, se creyó al fin y al cabo obligado á recurrir á aquel vulgar medio de reparación. Pero en los momentos en que debía verificarse el lance estalló la revolución de 1848, y los dos adversarios, al encontrarse en la escalinata del Ayuntamiento, abrieron sus brazos con un movimiento común.

XXIV

Emilio de Girardin en la tumba de Armando Carrel.—Una modista terrible.—Gen y Leo de Laborde.—Bourbousson y Raynaud.—Lagardette.—Goudchaux y el general Baraguay de Hilliers.—Edmundo Adam y el coronel Rey.—Dos inválidos.—Clemente Thomas y Coelogon.—Ledru-Rollin y Denfoy.—Dos caníbales de la Sena Inferior.—Thiers y Bixio.—Berard y Brives.—Segur de Aguessean y Bertholon.—Proposición Gavini y Tailly.—Carlos Mauselet y Emilio Augier.

1848.—MARZO

En la mañana del 2 de Marzo, una comitiva numerosa y recogida, salida del Ayuntamiento, tomaba el camino del cementerio de Saint-Mandé, en donde reposa Armando Carrel. La comitiva se componía de obreros, de guardias nacionales y alumnos de la Escuela Politécnica. A la cabeza marchaba Armando Marrast.

Después de un discurso del antiguo redactor de *El Nacional*, avanzó Emilio Girardin y dijo:

«Ciudadanos: Al venir á mezclarme en esta grave y dolorosa solemnidad, ninguno de vosotros ha de equivocarse acerca del sentimiento que aquí me trae. Respondo al noble llamamiento que se me ha dirigido. Tal invitación no ha podido menos de honrarme, porque demostraba que no se trataba á mi corazón como un corazón vulgar. Era decirme que no se dudaba ni de la sinceridad ni de la duración del duelo que, en otra ocasión (el entierro de Dujarier), no vacilé en hacer público.

»Si la pena que experimento por la pérdida fatal y prematura del ciudadano eminente que dió á las creen-

cias republicanas el esplendor de su talento y su valor; si tal pena pudiera ser aumentada, lo hubiese sido por los acontecimientos que acaban de realizarse.

»Decir que en estos acontecimientos falta el ciudadano Armando Carrel, es tributar á su memoria el mayor homenaje.

»Me engaño: hay un homenaje más digno todavía: pedir al Gobierno provisional, que acaba de cubrirse de gloria aboliendo la pena de muerte, que complete su obra proscribiendo el duelo».

Armando Marrast toma de nuevo la palabra y se expresa así:

«Ciudadanos: La magnanimidad que el pueblo ha desplegado el día de la lucha dictaba á todos los órganos del Gobierno provisional la conducta que han seguido; cuando hemos venido á este sitio no hemos querido pensar más que en la vida de Armando Carrel; nos hemos olvidado de su muerte.

»Lo que acabáis de oír es un gran homenaje al espíritu de concordia y de fraternidad que nos ha animado á todos.

»Aceptamos esta expiación hecha sobre la tumba de Armando Carrel.

»Aceptamos esta expiación que se manifiesta por un gran acto, el de la proscripción del duelo...»

Tan nobles palabras debían quedar sin efecto. ¡Cuántos duelos políticos vamos á tener que registrar!

—
Escena judicial tomada de la *Gaceta de los Tribunales*:

Un jovenzuelo rehusó un ramo de violetas á Adela Boche; la modista, enfadada, levantándose como un solo hombre, le persiguió, le acorraló contra un mueble y le apretó la garganta, cuando el mozo, haciendo un esfuerzo, le dió una bofetada y se escapó.

—Si el señor—dijo en la audiencia la belicosa modista, transformada en demandante,—si el señor tiene la humillación de verse á los pies de un tribunal, no es por mi culpa; yo propuse al señor una reparación honrosa, pero el señor no es un hombre. Por eso es por lo que le pido dos mil francos de indemnización por el ultraje que me infirió.

El joven.—No pueden ustedes imaginarse, señores, hasta qué punto me obligó esta señorita á pegarla la bofetada en cuestión; doy mi palabra de honor que no lo hice sino para no ser estrangulado. Por lo demás, van á formarse ustedes una idea del carácter de esta señorita, por la carta que me escribió. (*Entrega la carta al ministerio público.*)

Esta carta, leída en la audiencia, dice así:

«Caballero:

»Aliviada un tanto de la indisposición causada por su cobardía, y puesto que no hay justicia sino para los ricos, me veo obligada á tomarla por mi mano; así, pues, me decido á hacerle á usted una proposición.

»Jamás he sabido yo escupir al rostro ó levantar la mano sobre mis semejantes; bastará decirle á usted que, con un padrino usted, otro yo, ó ninguno si usted quiere, no temo nada... En cuanto á las armas, debe serle á usted indiferente, pero yo reclamo la pistola. Yo prefiero la muerte á verme atormentada continuamente por la idea de haber sido abofeteada por usted. Supongo que su cobardía no pondrá obstáculos á esta petición, y que tendré una respuesta de aquí á mañana por el correo; si no contesta será prueba de que se niega, y entonces yo me procuraré otros medios para aliviar mi conciencia, que no puede sufrir la afrenta.

»Tengo el honor de saludarle.

ADELA ROCHE.»

Presidente.—¿Reconoce usted esta carta como suya?

Adela.—Yo no he negado jamás mi firma.

El tribunal condena al joven á veinticinco francos de multa y al pago de costas.

Adela.—¿Cuándo debe el señor pagarme mis dos mil francos?

Presidente.—No tiene nada que pagar á usted.

Adela se retira, lanzando una mirada digna de su carta.

AGOSTO

Publicase un artículo en la *Gaceta de Vaucluse*. Su autor, Leo de Laborde, que formó parte de la Asamblea legislativa, fué provocado por Gent, miembro de la Constituyente, ofendido por el artículo. Gent recibió una herida en el brazo.

El Charivari dirigió algunas bromas al señor Bourbonsson, representante del pueblo. — Este último, creyendo que eran debidas á la pluma de su colega Reynaud-Lagardette, le pidió una satisfacción.

El encuentro se verificó cerca del Pont-de-Saint-Espirit. Reynaud-Lagardette fué herido en un brazo.

NOVIEMBRE

A consecuencia de un mentís dado por Gondchaux al general Baragnay de Hilliers, los dos contradictores se vieron en el Bosque de Bolonia. — Gondchaux estaba apadrinado por Clemente Thomas y Kessner; los padrinos de Baragnay de Hilliers eran Dariste y Laussat. — El duelo no tuvo consecuencias.

Edmundo Adam, secretario general de la prefectura, y el coronel Rey, cruzan una bala en el Bosque de Bolonia.

El primero es herido levemente.

Los señores Guinart, representante del pueblo, y Perrot, comisario general, apadrinaban al coronel.

Los padrinos de Adam eran dos oficiales de la guardia republicana.

DICIEMBRE

A consecuencia de una discusión sobre la cuestión de la presidencia de la república, dos inválidos, de los cuales uno sostenía la candidatura del general Cavaignac, y el otro la de Luis Napoleón, fueron á entenderse, provistos de floretes, en un lugar llamado el Campo de la Virgen, en Gros-Caillou. Eran Lucas Casse, de cincuenta y ocho años, y Larget, de sesenta y cinco. El anciano Larget, herido de un floretazo en pleno pecho, murió al llegar al cuartel de Inválidos, adonde los padrinos le condujeron apresuradamente.

1849.—ENERO

La constitución estaba votada y promulgada. — Al comenzar cada sesión, los representantes de la derecha solicitaban que la Asamblea Constituyente cediese el puesto á una Asamblea Legislativa. «¡Combaten á la república!», exclamaban en la izquierda. Clemente Thomas era uno de los que protestaban con más energía, y era al que atacaban con mayor viveza los periódicos realistas. *El Corsario* disparaba contra él todas sus flechas.

Clemente Thomas se dirigió á la redacción de *El Corsario*, acompañado por los señores Guinart, representante, y Lombard, para conocer al autor de los artículos de que era objeto.

Se presentó Coetlogon, y quedó concertado un lance para el Bosque de Bolonia.

Los padrinos de Coetlogon eran los señores de Rovigo y Virmaitre, redactores de *El Corsario*. Después de diez minutos de un combate encarnizado, y en el cual los dos adversarios se alcanzaron dos veces, Clemente Thomas recibió una estocada en la articulación del hombro derecho, y Coetlogon un puntazo en la ingle.

ABRIL

En la sesión del 11, Ledru-Rollin, interpellando al ministerio acerca de la intervención de la policía en las reuniones electorales, citaba un artículo de Granier de Cassagnac concerniente al socialismo y á los deberes de la sociedad, y que terminaba así: «Ella debe no discutir ó refutar sus doctrinas, sino suprimirlas».

El orador fué interrumpido por Deufoy. Se entabló entre ambos un vivo coloquio, y condujo á un lance que, en los diarios del 14, dió lugar á la inserción de la siguiente acta:

«A consecuencia de la discusión que se suscitó entre los señores Ledru-Rollin y Deufoy en la sesión del 11 de Abril, se verificó hoy un lance.

»Después de cambiada una bala, los padrinos declararon satisfecho el honor.

»París, 13 de Abril de 1849. — JOLY, FÉLIX PYAT, BARAGNAY DE HILLIERS, L. DE LAUSSAT.»

SEPTIEMBRE

La Unión Bretona publica los detalles de una escena de las más bárbaras, desarrollada en el departamento de Loire Inferior.

«Dos individuos, después de haber pasado toda la mañana en un café, se dirigieron al jardín de uno de ellos. A consecuencia de un altercado que desconocemos, se concertó un duelo entre los dos campeones, pero un

duelo sin testigos y fuera de las reglas habitualmente observadas en semejantes asuntos.

»Llegados al terreno, los adversarios comenzaron la pelea, y, después de haber cambiado unos cuantos puntapiés y puñetazos, se agarraron y concluyeron por tirarse al suelo.

»Entonces se oyeron gritos de dolor; los vecinos, alarmados, acudieron al lugar del combate, y encontraron á los dos enemigos tumbados uno sobre otro, pero sin luchar ya.

»Obligados á levantarse, mostraron á las personas que les rodeaban dos rostros ensangrentados y horriblemente mutilados. La multitud se estremeció de horror: los desgraciados se habían devorado literalmente; á uno le faltaba la oreja derecha, al otro el labio inferior.»

OCTUBRE

En la sesión del 19 de la Asamblea Legislativa, durante una discusión del señor Mathieu (de la Drome), se suscitó una cuestión entre los señores Bixio y Thiers.

El incidente se ventiló con la pistola en la mano.— Ambos resultaron, afortunadamente, ilesos.

Algunos periódicos, aludiendo á la estatura de Thiers, dijeron que Bixio no había hecho blanco en Thiers por apuntar á la altura de un hombre. Thiers no se molestó con este chiste, y fué el primero en reirse.

Citemos, con este motivo, una exquisita frase de Luis Blanc. — El autor de la *Historia de los diez años* se felicitaba de la amable acogida que había merecido á Thiers, tan severamente juzgado por aquél, y á quien, como á un adversario generoso, había ido á pedir detalles sobre un hecho político que interesaba al ex presidente del Consejo, y acerca del cual se había reservado hablar con entera libertad.

— Estoy seguro — dijo á uno de sus amigos — que Thiers se alegró de que yo fuese más pequeño que él.

NOVIEMBRE

La sesión del 21 de Noviembre de la Asamblea Legislativa comenzó muy agitada. El elogio tributado por el señor Segur de Aguesseau á la guardia municipal provocó aquella tempestad, en medio de la cual se lanzaron varios retos.—Signieron dos lances: el primero, entre Bernard y Brives; el segundo, entre Segur de Aguesseau y Bertholon. Ninguno tuvo consecuencias lamentables.

Los señores Garini y Faily presentan á la Asamblea Legislativa el siguiente proyecto de ley:

«Art. 1.º Queda prohibido el duelo.

»Art. 2.º Combatientes y testigos, cualquiera que sea el resultado, serán condenados de uno á diez años de privación de los derechos cívicos, sin perjuicio de las penas señaladas por la ley.»

La Asamblea rechaza la proposición.

DICIEMBRE

Carlos Mauselet criticó vivamente la *Gabriela* de Emilio Augier. Este último, molestado por algunas frases, pidió una reparación á Mauselet. Se verificó el lance. Los dos adversarios cambiaron una bala, que afortunadamente se perdió en el espacio.

Alejandro Weill y Lireux.—Testelin y Coislin.—Leo de Laborde y Richardet.—Schœlcher y Pecoul.—Roger (del Norte) y Francisco Bouvet.—Amadeo Achard y Fiorentino.—Carlos Blanc y Francisco Lacombe.—Clary y Valentín.—Augusto Dupont y Chavoix.—Dos sacerdotes y dos soldados.—Carlos Hugo y Carlos Viennet.—Bacciochi y Julio Lecomte.—Cournet y Lapierre.—El príncipe Carlos Bonaparte y Eduardo de Rossi.—Fernando de Ginestous y Arístides Ollivier.—Escande.

1850.—ENERO

Alejandro Weill se dejó llevar, en una discusión del Diván, á una vivacidad de expresiones harto pintorescas. Su contradictor, Lireux, se puso al unísono, y en el calor de la réplica, su mano tropezó con el sombrero de Alejandro Weill. Este último consideró la cosa como un insulto, y pidió una satisfacción. — La cuestión se desenlazó en el Bosque de Vincennes: Alejandro Weill estaba apadrinado por Orfemille y Calonne; Ducuing era uno de los padrinos de Lireux.

El cielo estaba encapotado y caían gruesos copos de nieve. Los adversarios fueron colocados á veinticinco pasos de distancia; y cambiadas dos balas sin resultado, Alejandro Weill, con su franqueza alsaciana, dijo á uno de sus padrinos:

—En el fondo yo no quería mal á Lireux, como tampoco él á mí; pero con este demonio de tiempo podíamos habernos hecho daño verdaderamente.

Se discutía un proyecto de ley sobre transportes. No se había acabado aún con el primer artículo, cuando ya la discusión se había apasionado.

A consecuencia de un cambio de frases entre Testelin y Coislin, con motivo de unas palabras atribuídas por el primero á Kerdrel, se concertó un lance.—Transcribamos el acta levantada:

«Los señores Coislin y Testelin, representantes del pueblo, han tenido un lance con sables de oficial de infantería.

»Después de varios pases sin resultado, los dos adversarios descansaron un momento por invitación de los padrinos.

»En el segundo asalto, como pareciera que Testelin había sido herido, los padrinos volvieron á suspender el combate.

»En el tercer asalto, Coislin, aunque herido en la cabeza por el filo del sable de su adversario, insistía en continuar, y fué necesaria la absoluta prohibición de los padrinos para poner fin á la lucha.

»La herida, aunque no ofrece el menor peligro, era, sin embargo, bastante grave para hacer completamente imposible la continuación del combate.

Por Coislin:

LEO DE LABORDE.—O. DE CAULAINCOURT.

Por Testelin:

F. GUIDRIEZ.—A. BAUDIN.»

FEBRERO

Un representante, Richardet, dijo en la sesión del 6 que mientras los revolucionarios salvaban á Francia, los realistas fomentaban la guerra civil en Vendée ó emigraban para ir á ponerse á los pies de los príncipes prusianos...

Leo de Laborde replicó con energía.

Richardet envió los padrinos á Laborde; pero el asunto terminó por medio de la siguiente acta:

«Los padrinos de los señores Richardet y Leo de Laborde suscriben la siguiente acta:

»Los amigos de Richardet declararon, en nombre de su apadrinado, que las palabras que pronunció eran una cita histórica.

»Los amigos de Leo de Laborde declararon, por su parte, que la lamentable interrupción de su apadrinado y las palabras que siguieron, son aplicables, por lo tanto, á la cita, cualquiera que sea su fuente, y no á la persona de Richardet».

ABRIL

Pecoul, ofendido por un pasaje del libro de Schœlcher, titulado *La verdad á los obreros y los campesinos de la Martinica*, desafió al autor. Schœlcher estaba en España. A su regreso, se puso á disposición de Pecoul, y marcharon al Bosque de Bolonia. Apadrinaban al primero los señores Charras y Perrinon; y al segundo, su cuñado, Laussat, y el general Regnaul de Saint-Jean de Argely.

Correspondió tirar primero á Schœlcher; y ya iba á hacerlo, cuando intervino la policía y hubo que suspender el lance. Lo reanudaron el mismo día en el Bosque de Vincennes. Schœlcher tiró: la bala pegó en la culata de la pistola de Pecoul, desgarró la manga de su levita, rozando la muñeca, atravesó el cuello de dicha prenda y la corbata, y salió sin herir á Pecoul. Este tiró á su vez, y no hizo blanco.—Los padrinos dieron el lance por terminado.

MAYO

Después de una sesión de la Asamblea Legislativa, en la cual se había discutido la enmienda Vesin, relativa á

la revisión de la Constitución, se formó un grupo de representantes al pie de la tribuna. Dos de ellos debatían la cuestión acaloradamente: eran Roger (del Norte) y Francisco Bouvet.—Concluyeron por tomar el camino del Bosque de Bolonia, y el asunto terminó con el cambio de una bala, sin consecuencias.

En poco estuvo que Francisco Bouvet no perdiera su título de miembro del Congreso de la Paz; fué seriamente amenazado de expulsión, como indigno.

JUNIO

El duelo de Amadeo Achard y Fiorentino, que motivó la intervención de la justicia, está así relatado en el acta de acusación:

«El 4 de Junio último se verificó entre Amadeo Achard y Fiorentino, ambos literatos, un duelo á espada, en el que fué gravemente herido Amadeo Achard; la causa del lance fué un artículo de periódico. Es conveniente remontarse al origen de la cuestión.

»Hace algunos meses, los señores Calonne y Fiorentino mantuvieron en los periódicos una polémica bastante viva. El segundo dirigió un reto al primero; pero antes de responder, como la dignidad de Fiorentino estaba puesta en tela de juicio, Calonne quiso apelar á un tribunal de honor, formado por la Sociedad de Escritores, de la que él mismo formaba parte; el tribunal descalificó á Fiorentino, al cual le mortificó vivamente aquel fallo, dictado sin oírle y sin que le dieran ninguna explicación. Entre los firmantes del fallo figuraba Amadeo Achard, miembro de la Comisión directiva de la Sociedad de Escritores.

»Amadeo Achard tuvo hace cinco años, cuando escribía en *El Correo Francés* la crónica teatral, algunas contiendas con Fiorentino; publicó, acerca de las actri-

ces de los teatros de segundo orden, un artículo que desagradó al último, el cual replicó con viveza en *El Corsario*, atacando al autor del artículo; cambiáronse explicaciones; pero Amadeo Achard, que empezaba entonces la carrera de las letras, no creyó, en interés de su porvenir literario, que debía llevar las cosas más adelante, y el asunto terminó; se siguió de esto una gran frialdad entre los dos cronistas, los cuales, sin embargo, se saludaban. La parte tomada por Amadeo Achard en la decisión del tribunal de honor, hizo que reviviera en Fiorentino el recuerdo de la antigua contienda, y varios meses después publicó en *El Corsario* un artículo en extremo injurioso contra Amadeo Achard.

»En el día y la hora indicados para la cita, los adversarios se encontraron en el Bosque de Bolonia con sus padrinos: éstos eran, por Amadeo Achard, los señores Bazancourt y Reims; por Fiorentino, los señores de Rovigo y Gatages. Ambas partes habían llevado sus espadas; se eligieron las que había llevado el señor de Rovigo. Ambos adversarios fueron colocados frente á frente, y comenzó el combate: no fué largo; ni uno ni otro sabía tirar, y Amadeo Achard, que se dedicó á atacar con mucho ardor, recibió una estocada en el pecho.»

Francisco Lacombe atacó, en la *Asamblea Nacional*, á Luis Blanc, de una manera que pareció injuriosa á Carlos Blanc. El director de Bellas Artes se constituyó, naturalmente, en defensor de su hermano ausente, y provocó al autor del artículo. Se concertó un lance en el Bosque de Vincennes.

Los señores de Calonne y de Montepin eran los padrinos de Lacombe; y los de Carlos Blanc, los señores de Nienwerkerke y Mery.

Durante el trayecto, Mery hizo gala de su inspira-

ción científica. Aquel día le había dado por la historia natural. El autor de *Heva* había trabajado en el estudio de Cuvier. Habló con tal entusiasmo de los prodigios de la creación, de las especies desaparecidas, de los mastodontes, de los peces voladores, que sus oyentes se habían olvidado de Vincennes y del duelo; no lo recordaron sino cuando se detuvo el coche.

Carlos Blanc y Lacombe se veían por primera vez. Mientras los padrinos realizaban su tarea, cansados de concretarse al monólogo, los dos adversarios se acercaron y, después de haberse saludado cortésmente, se pusieron á hablar de las nuevas del día, de la comedia recién estrenada, del libro que acababa de aparecer. Conversaban con la mayor tranquilidad de espíritu, cuando fueron á anunciarles que había llegado el momento de tratarse como enemigos.

La bala de Lacombe pasó silbando junto al oído de Carlos Blanc; la de Carlos Blanc dió á Lacombe en la cintura; cayó, pero se levantó en seguida: la bala le había dado en su portamonedas.

—He ahí un dinero bien colocado—dijo Mery.

JULIO

Dos representantes, Clary y Valentín, van á batirse á espada á Versalles, acompañado el primero por el general Gramont y Aymé, y el segundo por Schœlcher y Brukner. Valentín recibe una herida bastante profunda en el muslo.

AGOSTO

Augusto Dupont, hermano de Pablo Dupont, diputado del Cuerpo Legislativo, dirige al *Eco de Vesone* una carta que un representante, Chavoix, encuentra ofensiva.

Se concierta un lance, en el que muere Augusto Dupont.

Se entabla un proceso en nombre de los hijos de Dupont, y Chavoix es condenado á treinta mil francos de indemnización por el Tribunal civil de Perigueux; pero el Tribunal de Apelación de Burdeos redujo la suma á doce mil.

OCTUBRE

Se lee en el *Mensajero del Mediodía* del 19:

«Antes de ayer, al anochecer, dos eclesiásticos paseaban por detrás de la ciudadela. Atraídos por un rumor extraño que salía de un pozo, quedaron asombrados al ver dos militares que, despojados de sus capotes y con florete en mano, se disponían á batirse en presencia de algunos testigos. Se acercaron, y uno de los sacerdotes, poniéndose en medio de los combatientes, les dirigió paternales amonestaciones por el crimen que tal vez iban á cometer, sin duda por una causa fútil. Se trataba, en efecto, de una disputa de cafetín.

»Los dos soldados, sorprendidos al pronto, respondieron que estaban en su derecho, que estaban autorizados por sus jefes para ir al terreno, y que nadie estaba autorizado para mezclarse en sus asuntos. Pero los dignos eclesiásticos redoblaron sus instancias, y uno de ellos exclamó que seguramente no se atreverían, en presencia de los ministros de un Dios de paz, á continuar una lucha fratricida, añadiendo que no se apartarían de allí hasta que no hubiese una reconciliación.

»Cada vez más confundidos por una resistencia que les dominaba á su pesar, los militares se pusieron á balbucear algunas promesas vagas, pero que no parecieron suficientes.—Nada de supercherías—respondió el sacerdote;—se van á dar la mano sinceramente, y saldrán de aquí como buenos amigos.

»Así se hizo: los militares se dieron un abrazo ante sus testigos, y se retiraron cogidos del brazo.

»—¿Pero qué dirán los compañeros cuando nos vean volver?—se atrevió á decir uno de ellos.—¡Bah!—respondió el otro,—tendrían que entendérselas con nosotros; y además, ¡hubiera querido verlos aquí!»

NOVIEMBRE

Carlos Hugo, el hijo mayor del poeta, hacía una guerra sin tregua, en el *Evénement*, al prefecto de policía. Con este motivo Viennot publicó en *El Corsario* un artículo, que le pareció de mal gusto á Carlos Hugo, el cual pidió una reparación.

He aquí la nota inserta en los diarios del 7:

«Hoy, 6 de Noviembre de 1850, se ha verificado un duelo entre los señores Carlos Hugo y Carlos Viennot, en el Bosque de Mendon, á espada.

»En un asalto muy vivo, Carlos Hugo ha recibido un puntazo en la rodilla.

»La herida no proporciona ninguna inquietud á los amigos del señor Hugo.

Por Carlos Hugo:

ALEJANDRO DUMAS.—MERY.

Por Viennot:

MARQUÉS DE GRIMALDI.

L. H. DE LA PAPIERRE, Teniente
del 8.º de cazadores.»

1851.—FEBRERO

Se lee en los periódicos del 21:

«Se ha verificado un lance á espada entre los señores Bacciochi y Julio Lecomte: el primero ha recibido un ligero puntazo en el pecho».

Félix Pyat publica un folleto contra el conde de Chambord. Lapierre contesta en *La Moda* con un artículo ofensivo. Varios amigos de Félix Pyat, que estaba ausente, dirigen una carta colectiva al autor del artículo, y se concierta un duelo entre E. de la Pierre y Cournet, teniente de navío; pero la autoridad interviene, y los adversarios cambian de lugar para batirse. El combate dura veinte minutos, y Lapierre recibe dos puntazos, y Cournet una herida leve en el ojo.—Les apadrinaban, respectivamente, los señores Peyra y de Origny, y Faivre y Lemoine.

JUNIO

Los periódicos del 10 publican la nota siguiente:

«Se ha verificado un duelo en Versalles entre el príncipe Carlos Bonaparte y el conde Eduardo de Rossi.

»Los adversarios han cambiado dos balas, una á treinta pasos y otra á quince, con un valor indiscutible. Los padrinos dieron el lance por terminado.

»El príncipe Carlos de Bonaparte avanzó entonces hacia el conde de Rossi, y le dijo: «Ahora que nos hemos »batido, me complazco, caballero, en poder afirmarle que »he sido indignamente calumniado á raíz de la deplorable catástrofe que ha sembrado el luto en su familia».

»A esta honrada declaración respondió el conde de Rossi: «Ante una palabra tan lealmente dada, lamento »vivamente, príncipe, mi error y el ataque que ha sido »su consecuencia».

Por el príncipe Carlos Bonaparte:

EL VIZCONDE DE CLARY, representante.

EL CONDÉ DE LEPIC, representante.

Por el conde de Rossi:

ELÍAS JALONQUES.

ERNESTO DE ROZIERE, agregado del Ministerio de Estado.

Escriben de Montpellier á *La Patria*, con fecha de 21 de Junio:

«Acaba de verificarse un lance entre los señores de Ginestous y Arístides Ollivier, redactor del *Sufragio Universal*, hijo y hermano, respectivamente, de los señores Demóstenes y Emilio Ollivier: el primero, antiguo constituyente; el segundo, ex comisario de Bouches-du-Rhone y prefecto de Marsella en época de Cavaignac. Ginestous, en este lance, ocupaba el puesto de Escande, redactor en jefe de *El Eco del Mediodía*. El duelo se ha verificado con sables de reglamento, y, á consecuencia de un sablazo, Arístides Ollivier ha caído muerto. Su adversario está gravemente herido».

«Era un noble demócrata, escribe Emilio de Girardin. Corazón valiente, espíritu generoso, imaginación ardiente, razón fría, convicciones profundas, opiniones probas, fe democrática á toda prueba... Gravemente injuriado por un periódico legitimista de Montpellier, un exceso de susceptibilidad le hizo olvidar que se debía al triunfo de la gran causa de la *libertad por la libertad*; se ha batido, y ha sido muerto al mismo tiempo que acababa de herir mortalmente á su adversario.

»¡No tenía el derecho de batirse!

»El ejército de la *libertad por la libertad*, del que era uno de los más brillantes oficiales, tiene necesidad de todos sus soldados».

XXVI

Alfredo Vieyra y Laury.—Pousard y Taxile Delord.—Duelo misterioso: dos oficiales extranjeros.—Un maestro de armas corregido.—Dos alumnos de la Escuela militar de Metz.—Enrique de Pene y C***.—Enrique de Pene y H***.

1852.—ENERO

En los primeros días de este mes, con motivo de una suscripción propuesta en el batallón anteriormente mandado por Vieyra, á la sazón jefe de Estado Mayor de la guardia nacional, Laury repartió entre los hombres de su compañía una carta litografiada, que contenía ciertas expresiones que ofendieron á Vieyra. Se concertó un duelo; pero se opuso á él el ministro del Interior. Entonces, Alfredo Vieyra, sobrino del coronel, imaginándose que Laury había hecho el duelo imposible con sus dilaciones, le escribió una carta, en la cual solicitaba sustituir á su tío.

La provocación fué aceptada, y el día 15 se encontraron en el Bosque de Ville-d'Avray, provistos de sables y pistolas. Se decidió que no se empleara más que el sable; y ya estaban en guardia ambos adversarios, cuando llegó á interrumpir el duelo el alcalde de Ville-d'Avray, acompañado por los gendarmes. Se alejaron para reunirse en otra parte del Bosque. De nuevo volvieron á caer en guardia los combatientes, y Vieyra recibió un puntazo en un costado.

MARZO

Pousard había sido nombrado bibliotecario del Senado. Taxile Delord publicó, en el *Charivari*, un artículo que mortificó al autor de *Lucrecia*.

Se concertó el lance, y fueron á batirse á los alrededores de Poissy. Los padrinos de Pousard fueron los señores Lireux y Emilio Augier; los de Taxile Delord, los señores Rabaud y Piguere. Les acompañó el doctor Vidal.

Los adversarios se colocaron á veinticinco pasos. Pousard tiró el primero, sin hacer blanco; Delord disparó al aire.

En seguida se acercaron, y un apretón de manos fué el término de aquella cuestión, originada por una mala inteligencia.

1855.—OCTUBRE

Se lee en *El Correo de Saone-et-Loire*:

«El jueves por la mañana (27) se verificó, cerca de la carretera de Saint-Mareil, no lejos de Chalons, un duelo, rodeado de circunstancias misteriosas, entre dos oficiales forasteros, procedentes, según se dice, de Grenoble el uno, y de París el otro. Estos dos oficiales, para ventilar un asunto cuya naturaleza ignoramos, parece que se dieron cita en Chalons. Uno llegó por el vapor el miércoles á la noche, y el otro el jueves por la mañana, por ferrocarril, en el expreso. Cada cual trajo su padrino, y todos vestían de paisano, llevando en el ojal la cinta de la Orden imperial de la Legión de Honor. El jueves, á las ocho de la mañana, estaban en el terreno, acompañados por un médico, cuyo concurso solicitaron; el arma elegida era la espada.

»Según se cuenta, al primer asalto el oficial proce-

dente de París fué herido en el costado derecho; afortunadamente, la espada tropezó con una costilla, y la herida, que hubiera podido ser mortal, era poco peligrosa. En el mismo instante, el oficial de Grenoble recibió una rozadura en la cara, y viendo á su adversario herido, tiró el arma y se retiró con su padrino, sin decir palabra. En cuanto al herido, curado en el sitio por el médico, fué subido á un coche, que esperaba cerca del lugar del combate, y volvió á la población, para albergarse en uno de nuestros hoteles de Port-Villiers. Uno y otro marcharon el mismo día: el de Grenoble, por el vapor de las nueve y media de la mañana; el de París, por el tren de la una y cuarenta y cinco. Se ignoran los nombres de los combatientes, así como sus grados y el cuerpo á que pertenecen, Ignóranse también los motivos del duelo».

1854.—OCTUBRE

«El oficio de bravo — dice *El Correo de la Gironda* — no deja de tener á veces sus quiebras; algo podría decir de esto el señor X, maestro de armas. A propósito de una bagatela, X se creyó en el caso de buscar pendencia á un joven; éste, ignorando la profesión de X, aceptó el desafío. El lance debía verificarse en un pueblo de los alrededores de Burdeos. Dirigiéronse allí el domingo por la mañana. Antes de llegar al lugar del combate, X dió un pequeño rodeo, entró en un merendero y encargó un excelente almuerzo, diciendo al dueño del establecimiento: «No soy yo el que paga; es un tierno pichón, al que voy á desplumar: así, cuídenos usted». En efecto: el bravo llevaba la intención de jugar con su adversario, hacerle una ligera rozadura, reconciliarse y aceptar el almuerzo que le sería generosamente ofrecido.

»Los combatientes estaban ya colocados en sus pues-

tos, y los padrinos medían las armas, cuando apareció en la escena un nuevo actor, el señor V, que, conociendo al maestro de armas, quedó muy asombrado al verle aceptar un duelo. V llamó aparte al espadachín, y le invitó á que desistiera del combate; el maestro, lejos de ceder, se mostró insolente, é intimó la retirada á V, ó á que se pusiera en el puesto del joven al que defendía tan calurosamente. V goza de una fuerza muscular bastante considerable; por toda respuesta cayó á puñetazos sobre el maestro, y por poco le destroza. El maestro de armas se retiró muy mohino, jurando que no le volverían á coger en otra; mientras que su adversario, V y los padrinos se hacían servir el almuerzo que el otro había encargado».

1856.—OCTUBRE

Se lee en *El Correo de la Mòsella* del 8:

«A consecuencia de un asunto que es desde hace tiempo, en Metz, tema de las conversaciones, se ha verificado ayer, autorizado, según se dice, un duelo á espada entre dos jóvenes oficiales, alumnos de la Escuela de aplicación de Artillería é Ingenieros. Uno de ellos ha muerto en el terreno.

»Esta noticia, que se ha propagado rápidamente por la ciudad, ha producido una impresión penosísima».

1858.—MAYO

En los *Ecos de París*, del *Fígaro*, Enrique de Pene dejó escapar una frase que hizo caer sobre su cabeza un diluvio de cartas. Se explicó así: «Me permití, la semana última, insinuar que no todos los subtenientes eran unos Brummels. Esta inocente observación, que todo el mundo ha podido hacer, me ha valido una colección de epístolas de todos los colores.

»La observación no afecta al honor de los subtenientes, ¿no es verdad?

»Del mismo modo que no pelagra el honor de las letras cuando se dice que los salones del barrio de San Germán no se desprenden de Champfleury.

»El más ingenioso de mis corresponsales, el señor Félix R***, subteniente de la guarnición de París, me responde así: «Jamás hablará usted tan mal de los subtenientes como lo que ellos piensan de sí mismos; y la prueba está en que no hay ninguno de ellos que no arda en deseos de desertar de su grado para pasar á teniente».

Los otros corresponsales mostraban la amenaza en la punta de la pluma.—Enrique de Pene terminaba su artículo encarándose con el más ardiente de todos.

Y he aquí lo que encontramos en el *Industrial de San Germán* del sábado 15 de Mayo:

«Un encuentro, cuyas consecuencias han sido funestas, se ha verificado ayer viernes á las tres de la tarde, en el Bosque de Vesinet, entre Enrique de Pene, redactor del *Figaro*, que firma con el seudónimo de Nemo, y un oficial del noveno regimiento de cazadores, de guarnición en Amiens. Este duelo tenía por causa un artículo inserto la semana última en un número del *Figaro*, y juzgado ofensivo por el cuerpo en general de los subtenientes del ejército.

»En el primer asalto del combate entre Enrique de Pene y el señor C***, oficial, este último recibió una herida bastante grave en el antebrazo; uno de sus padrinos, el señor H***, se creyó en el deber de batirse á su vez, y aunque los padrinos del señor de Pene, los señores René de Rovigo y Paira, se opusieron terminantemente á ello, una provocación directa de H***, el segundo oficial, hizo inevitable el combate. En esta ocasión el

periodista fué el que cayó mortalmente herido por la espada de su adversario. El doctor Guerin, de París, que había venido con los combatientes y sus padrinos, prestó los primeros cuidados al herido, y después de una sangría que le proporcionó algún alivio, Enrique de Pene fué transportado en un colchón á la posada de Malfilatre, cerca del puente de Pecq. A las ocho de la noche, habiéndose propagado por la población la noticia del desgraciado lance, el comisario de policía y los agentes se dirigieron apresuradamente á la casa donde yacía el pobre herido.

»El señor de Pene, en estado gravísimo, difícilmente podia articular una palabra; sin embargo, á pesar de sus atroces sufrimientos, que al decir de las personas presentes soportaba con un valor heroico, pudo á la pregunta hecha por el funcionario y transmitida por el doctor, acerca de la lealtad del combate, pronunciar con claridad estas palabras: «El duelo ha sido leal».

»Los doctores Le Piez y Laplanche, de San Germán, acudieron á prestar á su colega el concurso de su ciencia y de sus cuidados. Se mandó aviso á la señora de Pene, que llegó también junto al lecho del dolor, acompañada de su hermano, que por cierto es oficial del ejército».

Este suelto, reproducido por el *Figaro*, iba seguido de las siguientes líneas, firmadas por H. de Villemessant:

«La opinión pública se ha conmovido ante tantas provocaciones dirigidas á un hombre solo. Sería injusto no reconocer que la inmensa mayoría de los oficiales ha probado con su actitud que había juzgado el artículo, causa de tan lamentables sucesos, como lo que realmente debía ser, es decir, como una broma dicha sin ninguna intención injuriosa.

»Los señores Grangior y Comminges, oficiales de los

guías, debían encontrarse el sábado á las cuatro con el señor de Pene. Estos señores han escrito al señor de Rovigo la tarde misma: «que en presencia de la desgracia que acababa de ocurrir, declaraban retirarse, y que hacían votos por que el suceso no tuviera lamentables consecuencias».

»Numerosas personas suscriben sus nombres en las listas puestas en las oficinas del *Fígaro*, en la administración del diario *El Norte* y en casa de Malfilatre, en el puente de Pecq».

Al cabo de algunos meses, el ingenioso cronista de *El Norte* era milagrosamente devuelto á la vida,—á sus amigos y á sus lectores, ansiosos de volverle á ver con la pluma en la mano.

XXVII

Una costurera y una corsetera.—Naquet y Villemessant.—Lucas y Plunkett.—Chaine y Broustet.—Duelo náutico.—El marqués de Galiffet y el señor de Lauriston.—Duelo que concluye con un catarro.—Edmundo About y Vaudin.—El general Jousouf y Arturo de Fouvielle.—El teniente Lebrun y el teniente Mariton.—Carlos Mousselet y Teodoro Barriere.—Vuelta á atrás.—El príncipe de Ligue.—El estropeado de la señorita X***.—Perpignan y el señor Carlos Maurice.—Dos arranques de Perpignan.—Un voto á la Virgen.—Un inglés en tierra.—Dos críticos.—S*** y A***.—Pierrot y Arlequín.—Balas perdidas *recontradas* por un padrino y un notario.

1858.—SEPTIEMBRE

El orden cronológico nos suministra un duelo de un género particular: ¡á dónde va á cobijarse la idea del honor!

Dos muchachas comparecen en el banco de la policía correccional. Una tiene diez y nueve años, la otra diez y ocho. Esta es rubia; baja los ojos tímidamente, tiene aspecto dulce, casi cándido, y sin embargo, lleva una vida un poco sospechosa. Se dice costurera, muy trabajadora; pero aunque vive con su madre, está claro que el diablo no pierde nada con ello. La otra, que sin ser bonita es de una figura agradable, se proclama corsetera; pero ejerce, en realidad, una profesión difícil de confesar.

Según confesión propia, frecuenta los establecimientos de bebidas; la víspera bebió bastante ajeno para que su cabeza no fuera suya.

—El llamado Julián—dice ella—me arrojó al suelo, me pisó el vientre y el estómago, y el vinatero me echó dos cubos de agua. Lo demás no lo sé: me encontraba bebida.

Lo demás es que quiso dar gusto al cuchillo.

—Me dijeron—añade—que Julián quería pegarme porque yo gastaba mi dinero en vez de dárselo.

A causa de aquel Apolo de baja estofa, se pelearon las dos jóvenes.

El veleidoso Julián había pasado de la joven Thill á la joven Lancry, de la corsetera á la costurera.

Sucedió que aquellas vírgenes locas se encontraron en la misma taberna. La joven Thill, furiosa con el abandono de su amante, había jurado vengarse, había amenazado á su rival, y aquel día, agachada junto á la puerta de la taberna, afilaba su cuchillo en un escalón de piedra. La otra lo observó, sacó su cuchillo á su vez; después, saliendo con su rival, fué la primera en acometerla. La respuesta no se hizo esperar, y se entabló un combate en regla, un combate sangriento, encarnizado. La joven Lancry había recibido dos cuchilladas, y cinco su rival.

Los testigos son los amigos de aquellas mujeres, y entre ellos Julián, que declara con tanta tranquilidad como si se tratase del hecho más insignificante.

El Tribunal condena á ambas rivales á tres meses de cárcel.

DICIEMBRE

Verificanse dos lances á espada, al mismo tiempo, en Ville d'Avray, en la tarde del 1.º de Diciembre.

De una parte, Augusto Naquet, de *El País*, con Villémeissant.

De otra parte, á corta distancia, Plunkett, director del teatro del Palacio Real, con Lucas, del *Figaro*.

Villemessant es levemente herido, así como Plunkett y Lucas.

1859.—MARZO

El Correo de la Gironda publica los siguientes detalles sobre un lance, verificado en Pessac, entre Chainé, hijo de un armador de Burdeos, y Broustet, de Tolosa:

«Hace unos tres meses, según nos dicen, que las relaciones de dichos jóvenes estaban muy tirantes, á causa de un asunto de juego. En los primeros momentos hubo una provocación recíproca. Algunas personas, no menos sensatas que prudentes, arreglaron la cuestión, en apariencia al menos, á satisfacción de ambas partes. Así estaban las cosas, cuando esos dos señores se encontraron en su círculo y cruzaron frases vivas, á consecuencia de las cuales se arrojó un guante, se dió una bofetada y se concertó un lance.

»He aquí ahora el desenlace:

»Después de algunos instantes de combate, y durante un descanso de algunos minutos, los padrinos de Broustet transmitieron á éste la proposición de presentar excusas á su adversario; pero como Broustet no consintió, se reanudó el duelo.

»En este momento fué cuando Chainé recibió una estocada que le produjo la muerte instantáneamente».

JUNIO

Se lee en *El Derecho* del 15:

«Los llamados L***, mozo del Mercado, y Luis G***, jornalero, domiciliados ambos en la calle de San Víctor, habían pasado una parte del día bebiendo juntos en diferentes tabernas. Concluyeron por reñir, y después de haberse golpeado un rato, encontraron un medio singular de ventilar el asunto.

»Se dirigieron al puente de la Tournelle, se arrojaron al río, y allí lucharon á fin de saber quién de los dos ahogaría al otro. Pero la corriente, bastante rápida en aquel lugar, los separó sin que les fuera posible juntarse, y se vieron en grave peligro de ahogarse. Un poco despejado L***, logró, no sin grandes esfuerzos, llegar á la orilla; su adversario comenzaba á ser arrastrado, cuando lo vieron unos barqueros y consiguieron salvarle del peligro.

»Los dos combatientes no han sufrido más que una indisposición de algunos días».

DICIEMBRE

La escena pasa en la sala de la Ópera, durante una representación de *Herculano*. El marqués de Galiffet, que ocupa un proscenio, con su mujer, el señor Carlos Laffite, su suegro y el señor Clary, dirige miradas irritadas al conde de Lauriston, hermano del general, que, desde las butacas, miraba con sus gemelos á la señora de Galiffet. Al bajar el telón, el conde se levanta de su asiento, y ante una indicación del marqués, se acerca al proscenio. Entáblase entre ellos un vivo coloquio, que origina un lance.

Se baten á espada en el parque del castillo de Buzeuval, que pertenece al príncipe de Murat.

«A las dos de la tarde, refiere el periódico *El Sport*, los dos adversarios se encontraban frente á frente.

»La concurrencia se componía de:

»Los señores Clary y de Imecourt, padrinos del marqués de Galiffet.

»Los señores marqués de Casteljac y Geoffroy, padrinos del conde de Lauriston.

»El marqués de Halay, que desempeñaba las funciones de juez de campo, y el doctor Baret.

»Los dos adversarios se pusieron en mangas de camisa y cruzaron los aceros, Lauriston tranquilo, Galiffet arrebatado.

»La actitud de ambos acusaba resolución y valor.

»Al poco tiempo, Lauriston recibe una rozadura en el codo.

»El combate continúa.

»Galiffet á su vez es alcanzado en el costado derecho; la espada levanta la piel.

»Aquí el arma de Lauriston se rompe. Es inmediatamente reemplazada.

»Algunos instantes después se tuerce la espada de Galiffet.

»Se suspende el combate y se dirigen á casa del guarda del bosque, para enderezar el arma. Esta arma así arreglada se echa á la suerte.

»Le toca á Lauriston.

»Reanúdase el combate.

»Los dos adversarios la emprenden con la misma resolución que al principio; ¡siempre la misma cortesía entre ellos, el mismo vigor, la misma indiferencia ante el peligro! El conde, dueño de sí, está seguro de la defensiva; el marqués, impetuoso, ataca con viveza.

»Durante el curso de esta nueva fase del duelo, los dos adversarios resbalan, primero uno y después otro, y caen. Se levantan y continúan.

»Al cabo de veinte minutos, la espada de Lauriston alcanza á Galiffet en la articulación del hombro derecho y le produce una herida de una pulgada de profundidad, que no interesa la articulación misma, pero que, sin embargo, entorpece la libre acción del brazo y le impide soportar el peso del arma.

»El juez de campo, de acuerdo con el doctor Baret y los padrinos, declara que el combate no puede continuar

en igualdad de condiciones para los dos adversarios, y queda, por lo tanto, suspendido.

»Los señores de Lauriston y de Galiffet acatan en silencio aquella decisión.

»El señor Carlos Laffite, que había permanecido durante el combate al otro lado del muro, se presentó en este momento, y la reunión se separó en dos grupos para volver á París.»

El 21 de Diciembre se reanudó el lance.

El combate duró cerca de media hora. Herido ligeramente en la mano el conde de Lauriston, alcanzó al marqués de Galiffet en el muslo; y como el médico, después de reconocerle, afirmara que no estaba en condiciones de continuar la lucha, el juez de campo y los padrinos declararon que el honor estaba satisfecho. Después de lo cual, los dos adversarios se tendieron la mano.

Este lance se verificó en un estudio: querían exponerse á la muerte, pero no al frío.

—

He aquí un asunto de honor que tuvo por desenlace un constipado. Era en invierno; la cita, para las siete de la mañana. Uno de los dos adversarios, que tenía el defecto de ser muy sensible al frío, retrocedió ante la inclemencia del tiempo, y gratamente abrigado en su cama, dejó que el otro se chupase los dedos de gusto en el terreno. El último, después de haber esperado y tiritado media hora larga, se volvió á su casa con un soberbio catarro.

1860.—ENERO

Edmundo About publicó en *La Opinión Nacional*, con el título de *Los apóstoles y los augures de la música*, un artículo que era una entusiasta apología del método Chev  y una crítica acerba de los partidarios del sistema

antiguo. El redactor en jefe del *Orfeón* dió una respuesta no menos viva.—Siguió un duelo á espada en el Bosque de Meudon. Los padrinos del primero fueron Goieski y Najac; y los del segundo, Toussaint y de Voos.

Edmundo About fué herido en un hombro.

FEBRERO

El general Jousouf, creyéndose insultado por un artículo de *El Entreacto Argelino*, desafió al autor. Dos horas después de la provocación se batió en una habitación con Arturo de Fouvielle. Uno de los padrinos del último fué Clemente Duvernois, director á la sazón de *La Argelia Nueva*.

Arturo de Fouvielle recibió una estocada en el brazo izquierdo.

JUNIO

Se lee en el *Diario de Saône-et-Loire*:

«El 3 del corriente se ha verificado un duelo entre dos tenientes de un destacamento del 13 de línea, de paso en Dijon, mandado por el comandante Tuot, procedente de Alençon y con dirección á Tolón.

»Los dos adversarios, señores Lebrun y Mariton, se dirigieron, acompañados por sus padrinos, un capitán y cuatro tenientes, á un bosque situado en la margen izquierda del Loire. Batiéronse á espada. El combate ha tenido funestos resultados. El señor Lebrun recibió una estocada en el costado derecho, en la región pulmonar; murió en el terreno. El señor Mariton ha sido herido de mucha gravedad en el cuello; se desespera de salvarle.

»Estos dos oficiales vivían, á lo que parece, hace mucho tiempo, en mala inteligencia, y el día del duelo tuvieron, en presencia de sus soldados, un vivo altercado que determinó el lance cuyas consecuencias debían ser tan funestas».

OCTUBRE

Teodoro Barriere, molesto con las censuras que Carlos Mouselet dirigió á su obra *La Casa del Puente de Nuestra Señora*, pidió, de una manera amenazadora, al crítico del *Mundo Ilustrado*, que no volviera á ocuparse de él. La contestación de Carlos Mouselet acarreó un lance á espada, que se verificó en Nogent-sur-Marne. Carlos Mouselet fué herido en el dedo pequeño.

Antes de terminar este capítulo citemos algunas anécdotas que hemos omitido al correr de la pluma.

En 1784, dos amigos del príncipe de Ligne disputaban en una galería de Versalles: era preciso batirse; mas para escapar á los edictos contra el duelo decidieron marchar fuera de Francia.

—Señores—dijo el príncipe,—¿queréis ir á mi castillo de Belœil? Está en los Países Bajos, á algunas leguas de la frontera.

Aceptan, y el príncipe da á uno de los campeones este billete para el intendente de Belœil: «Henrioul: Al recibir estas líneas preparad cuatro habitaciones; seguid en todo las órdenes del dador; que se prepare comida para cuatro, y al día siguiente almuerzo para tres».

Tomamos de Stahl las siguientes líneas: «Un joven oficial español dió á M*** unas señas imposibles. Era antes de la prolongación de la calle de Rívoli: indicó un número impar que no existía. Hubo un altercado, una bofetada, y se concertó un lance. Se cruzaron cuatro balas: la cuarta atravesó las dos rodillas del oficial, que fué llevado ensangrentado á su domicilio. Un coche estaba parado ante la puerta, y en el coche una de las mujeres más bonitas de París.

—¿Qué hay?—preguntó ella con ansiedad,—¿curará?

—Es de temer que no—la contestaron;—y, si cura, quedará estropeado.

—¡Estropeado!—exclamó la señorita X***,—¡estropeado!... Cochero, ¡al Moulin Rouge!

¿Qué ha cer de un estropeado?

El joven oficial había hecho creer á la señorita X*** que por ella iba á arriesgar su vida. La señorita X*** era curiosa: quiso ver al que se había batido contra ella, al batirse contra su caballero... y como M*** era un guapo mozo, sucedió lo que tenía que suceder: él fué feliz, demasiado feliz tal vez.

El más incorregible de los bravos, Perpignan, tenía un duelo con el señor Carlos Maurice; y no era cosa de risa, porque la distancia entre ambos combatientes no era más que de cinco pasos.—Perpignan tiró el primero y no acertó.

—Vamos, Perpignan—dijo Carlos Maurice, que quería ver hasta dónde llegaban la agallas del mozo;—dime, antes de que te despache, lo que piensas en este momento.

—Pienso que yo en tu lugar no tiraría.

Carlos Maurice se echó á reír, y no tiró.

Este mismo Perpignan fué quien, oyendo relatar un duelo en el que uno de los combatientes debió su vida á una moneda de cinco francos que tenía en el bolsillo, exclamó: «¡Á mí me hubieran matado!» Perpignan no llevaba jamás cinco francos en el bolsillo.

Un duelista, avezado á los peligros del oficio, no hizo blanco, contra su costumbre, y permaneció casi tan expuesto como Perpignan ante la pistola de Maurice.—Su padrino, que no le perdía de vista, observó que mascullaba algunas palabras. Pasado el peligro, le dijo:

—Confiesa que te creías perdido y que rezaste una oración.

—Es verdad—respondió;—hice voto á la Virgen de no volver á tirar nunca á la cabeza.

Z***, que no tenía más que diez y seis años, ocupaba el fondo de un palco, en la Ópera, con su padre; la puerta se había quedado abierta. De repente Z*** padre ve á su hijo inclinarse hacia delante como si se fuese á caer.

—¿Qué tienes?—le dijo.

—Nada; es un señor que me ha dado con el pie... en alguna parte.

—¡Cómo! ¿recibes esas cosas tan fríamente?... Sígueme... No hay duda de que aquél ha sido, puesto que no hay nadie más que él en el pasillo... Mira bien: entra en ese palco... Le vas á devolver en pleno rostro lo que te ha dado en otra parte. ¡Ea, adelante!

El joven vacilaba... Miraba al individuo, que era un Hércules... Pero, como su padre le miraba con ojos amenazadores, se decidió y aplicó una bofetada retumbante.

—¡Bravo!—dijo el padre.

El individuo era un inglés, que se había equivocado de palco.

Al día siguiente se batieron á pistola. Z*** hijo tenía por padrino á su padre, que le infundía valor con la mirada.

El inglés tiró primero, y, como su bala diera á su adversario en la rodilla, se puso la pistola bajo el brazo, y se frotó las manos como hombre satisfecho de su obra. Este movimiento de satisfacción indignó á Z*** hijo, el cual, disparando á su vez, tumbó al insular: había utilizado mejor su bala, porque él no tuvo más que una contusión, y el otro salió con un hombro deshecho.

Un crítico célebre estaba en el terreno.—Cayeron algunas gotas de agua, y él abrió tranquilamente un paraguas del que había cuidado de proveerse; y, como murmuraran, dijo:

—Bastante es con arriesgar la piel, sin exponerse además á un constipado.

Uno de sus colegas, no menos conocido, se encontraba en la misma situación.

—No tienes nada que temer—le habían dicho sus padrinos:—la causa de la cuestión es insignificante; X*** es diestro, y no apuntará á darte.

X*** tira, y su bala atraviesa el sombrero de su adversario.

—¡Es una traición!—exclama éste;—se me hubiera debido avisar; no me hubiera puesto el sombrero nuevo.

S*** acababa de tirar sobre A*** y le había errado. Este último, queriendo mostrarse generoso, dispara volviendo la cabeza. Es lo peor que podía suceder á S***: la bala tirada al azar le atraviesa un hombro.

Todo el mundo conoce el duelo de Pierrot con Arlequín: hacen fuego al mismo tiempo, y cada uno de ellos mata al padrino de su adversario. Después de lo cual, gozosos al verse sanos y salvos, se abrazan llorando de alegría.—No hay bufonería que no pueda convertirse en una realidad.

Dos estudiantes iban al terreno por primera vez; sus padrinos tampoco estaban más prácticos. Todo marchaba de cualquier manera. Ni unos ni otros sabían entenderse ni colocarse. En una palabra, murió uno de los padrinos.

L. Martin, en las *Tribulaciones de la vida de un duelista*, refiere otra equivocación del mismo género. Un cómico de uno de nuestros teatros se batía con un colega, de un escenario rival. Era en el Bosque de Bolonia. Tiran, se oye un grito: habían matado á un notario de pueblo, que pasaba por la carretera.

Ahora que hemos relatado hasta nuestros días la historia del duelo en Francia, vamos á tratar, de la ma-

nera más completa posible, del duelo en el extranjero. Esta acumulación de documentos, diseminados aquí y allí, en periódicos, libros y revistas, será de tanto interés para el lector, que no busca más que el hecho, como para el moralista, que quiere deducir las consecuencias. Uno y otro encontrarán lo que necesitan.—Esta segunda parte, llena de hechos recogidos en el mundo antiguo y en el nuevo, cuajada de anécdotas dramáticas ó divertidas, ofrecerá una lectura de las más accidentadas al hombre desocupado, y suministrará al hombre de estudio numerosos medios de comparación, que le permitirán examinar el duelo bajo todos sus aspectos, y abarcar con una rápida ojeada las diversas legislaciones á que ha dado lugar.

EL DUELO

FUERA DE FRANCIA

I

ALEMANIA, AUSTRIA, PRUSIA, BAVIERA, ESTADOS
CONFEDERADOS, SUIZA

Otón II y Geoffroi, conde de Anjou.—El conde de Waldo y el conde de Gero.—El gigante Rodinger.—Enrique III de Alemania y Enrique I de Francia.—Berenger, conde de Barcelona.—Wenceslao I y Radislao.—Federico, conde de Turingia.—El conde de Windischgratz y el conde de Schomborn.—Zabor y Strahlenheim.—El gran Federico.—José II.—Las Universidades.—La emigración.—Montlosier y Ambly.—El barón Kind y el español Soria.—Salomón de Rotschild.—El duelista Luderf.—El teniente coronel conde de Kennaw y el barón de Luismar.—El barón de Trantmausdorf y el barón de Ropp.—La condesa Lodoiska de R***.—Scheweiser y Sarrazin.—El conde Próspero de Aubrée y el conde Gustavo de Blucher.—Verefkin y Goeler.—Tribunales de honor.—Un duelo judicial.—El barón de Denkhans y el señor de Bounhart.—El príncipe de Latour y Taxis y el señor de Schnedt.—Un teniente de artillería que se niega á batirse.—Gastran y el doctor Braner.—Carlos de Bodelscheving y el refrendario J***.—Casimiro Brodnicki y Anselmo Zeenkowicz.—El código austriaco.—Hinckedey y Rochow.

Otón II, emperador de Germania, cuyo padre, Otón I, había hecho probar por el duelo la inocencia de su hija, rechazó el desafío que en 974 le mandó Geoffroi, conde de Anjou, ante el que huía.

Bajo su reinado, el conde de Waldo, habiendo lanzado una acusación pública contra otro conde, llamado

Gero, este último fué encarcelado inmediatamente. El combate se verificó cerca de Magdeburgo con gran solemnidad; asistieron á él todos los príncipes.—Waldo, gravemente herido en la cabeza, mostró mayor encarnizamiento en perseguir á su enemigo, al que no tardó en derribar. Gero, puesto fuera de combate, fué decapitado acto seguido por el verdugo, de orden del emperador.

En 1043, la emperatriz Gunegilda, mujer de Enrique III é hija de Canuto I, rey de Inglaterra, fué acusada de infidelidad conyugal. «Nadie, dice Lacolombiere, se atrevía á ofrecerse por campeón suyo, á causa de la estructura gigantesca del acusador, llamado Roderinger. Ella le opuso un cierto muchachito que había traído de Inglaterra. Éste, por milagro divino, no pudiendo herir más alto, cortó las corvas del calumniador, lo que hizo ver públicamente la inocencia de la emperatriz. No obstante la victoria de su campeón, Gunegilda abandonó el mundo y concluyó sus días en un claustro. Fué puesta algún tiempo después en el número de los santos.

Este mismo Enrique III ofreció á Enrique I, rey de Francia, el ventilar con las armas en la mano y solos ellos una cuestión de territorio que estaba pendiente. Su proposición fué rechazada.

A principios del siglo XII, Matilde, mujer del emperador Enrique V, fué atacada en su honor; y Berenger, conde de Barcelona, combatió al denunciador y le desafió.

Wenceslao I, duque de Bohemia, que ha sido canonizado, provocado por Radislao, bajó á la arena vestido de ligero arnés, bajo el cual llevaba su cilicio. Radislao se presentó con toda su armadura, provisto de lanza y espada. Iba á precipitarse sobre el duque, cuando percibió dos ángeles en su lugar y oyó

una voz que decía: «¡detente!» Cayó de rodillas y pidió perdón.

Sin duda los dos ángeles de flamígera espada, que en aquella circunstancia preservaron á Wenceslao de la lanza de Radislao, debían encontrarse ocupados en 936, cuando fué dado de puñaladas en una iglesia por su propio hermano, enviado á este efecto por su madre Dragomira, la Fredegunda de Alemania.

Federico II, hijo de Barbarroja, que ocupó el trono de 1210 á 1250, fué el primero que trató de refrenar el duelo.

Enrique el Cazador organizó los torneos, que eran las fiestas favoritas de varios pueblos de Alemania, y sobre todo de los sajones. Menudeaban las muertes en esta clase de ejercicios. El príncipe Federico, conde de Turingia, murió de un lanzazo.

A las reglas de Derecho canónico, que prohibieron el duelo en el Imperio, se adicionaron leyes tan numerosas como las promulgadas en Francia; pero tuvieron el mismo resultado.

«Refieren de Viena, dice San Simón en 1717, un acontecimiento muy extraño. El conde Windischgratz, presidente del Consejo áulico, y el conde de Schomborn, vicecanciller del Imperio y coadjutor de Bamberg, se batieron en duelo. No he sabido ni la causa ni las consecuencias; pero fué una aventura muy extraña para personas de su edad, y que ocupaban los primeros puestos del Imperio y de la Corte del emperador.»

San Simón habla en seguida de este otro lance:

«El enviado de Suecia pedía con altivez la restitución de varias iglesias de Silesia, que el emperador había quitado á los protestantes, y de un gran número de moscovitas que habían sido enviados al otro lado del Rhin. Una demanda tan inusitada para la Corte de Vie-

na fué acogida con reservas. El enviado de Suecia se expresaba con audacia, y trataron de mortificarle; y el conde de Zabor, gran chambelán del emperador, le negó el saludo en la antecámara del príncipe. El enviado se quejó del insulto, y le contestaron que el respeto del lugar prohibía saludar á nadie. El rey de Suecia no se dió por convencido: se enfadó y ordenó á su enviado que marchara sin despedirse si no recibía la satisfacción que le había prescrito: la Corte de Viena temió entonces que se aliara abiertamente á Francia, y cedió. El asunto fué largo; pero por fin el enviado obtuvo la restitución de los moscovitas y de las iglesias de Silesia reformada, y el conde de Zabor fué destituido, detenido y enviado á Sajonia, al rey de Suecia, para que éste hiciera de él lo que le agradara. El monarca tuvo preso al conde durante algún tiempo, y le devolvió después á Viena, agradecido después de todo por haber salvado la vida y la libertad. Al llegar á Viena fué reintegrado en su cargo; pero encontrando se en cierta ocasión en Breslau con el nuevo enviado de Suecia, el barón de Stralenheim le pidió una satisfacción. Se batieron, pero algunos dicen que Zabor asesinó á Stralenheim».

Federico, que había publicado las más rigurosas leyes contra el duelo, no se atenía mucho á la lógica, como lo prueba el siguiente hecho referido por su biógrafo: «Un capitán llamado S*** tuvo la desgracia de matar en duelo á otro oficial. Le detuvieron y le arrestaron. Federico no podía menos de juzgarle según las leyes y hacerle perecer; pero el príncipe, que quería al capitán, porque era un hombre excelente, pensó en salvarle. Insinuó secretamente á algunos oficiales que no se enfadaría porque el prisionero se escapase. Se dispuso todo para la huida. A fin de facilitarla, Federico llamó al capitán que estaba aquel día de guardia y le dijo:

»—Escuche: si deja usted escapar á S*** esta noche, le doy mi palabra de que tendrá un arresto de veinticuatro horas.

»El capitán comprendió las intenciones del rey. Á eso de la media noche, invitó al prisionero á que tomase un poco el aire delante del cuerpo de guardia. Sus amigos estaban á poca distancia con una silla de postas; se acercaron, le dieron cuenta de sus preparativos y se lo llevaron. Al día siguiente, el capitán dió cuenta al rey de la evasión, y Federico, que simuló estar muy encolerizado, le envió arrestado por veinticuatro horas».

El conde Fortia de Piles cita un rasgo de José II que tiene otro carácter: «Un oficial había recibido una bofetada de uno de sus compañeros. El emperador mandó venir á los dos á Viena. Un día de parada se presentó en el balcón de su palacio con el oficial ofendido, y en presencia de una gran muchedumbre reunida en la plaza, le abrazó. En el mismo instante, la multitud vió en un tablado, levantado debajo del balcón, que el ejecutor de la justicia aplicó una bofetada al oficial ofensor, el cual fué conducido en seguida á una fortaleza».

El duelo es frecuente en Prusia y en Baviera, sobre todo en las Universidades. En Gotinga hubo hasta treinta en un día. Se ha instituído un tribunal de honor, para que decida sobre los diversos casos de duelos, con arreglo á un código especial. Cuando el asunto no es grave, los combatientes se encierran en una sala con sus testigos: tienen los brazos desnudos, las manos enguantadas, la cabeza cubierta con un sombrero de fieltro, el cu ello protegido por una corbata gruesa, el vientre defendido por un delantal que es una especie de coraza, y luchan hasta que los testigos exclaman: «¡Basta!» El arma ordinaria es la espada germánica, muy larga y de ancha empuñadura.

El estudiante que ha matado á alguien en duelo recibe el consejo de alejarse (*consilium abeundi*), consejo que se ve obligado á seguir. Cambia de universidad, pero es expulsado de todas si reincide.

En Coblenz, durante la emigración, hubo una porción de duelos entre los realistas: el rey era la manzana de la discordia. Los unos querían restaurar pura y simplemente la antigua monarquía; los otros, instaurar una monarquía adecuada á las legítimas exigencias de la época. La más notable de estas pendencias es la que tuvo Montlosier con Ambly, hijo de uno de los miembros más retrógrados de la Constituyente, cosa que le venía de raza. Á Ambly no le parecía bastante ortodoxo el monarquismo del hombre que se mostrara tan ardiente defensor de los privilegios aristocráticos. Le había escrito una carta en la que le acusaba «de hundir el puñal en el seno de la monarquía, de trastornar nuestras antiguas leyes, de profesar todos los detestables principios de la Asamblea nacional, de querer dos Cámaras para llegar á ser par del reino, y de desear la tolerancia». Terminaba esta epístola advirtiendo á Montlosier que sus *opiniones, denunciadas algún día al Parlamento, le llevarían al cadalso.*

Montlosier tuvo la debilidad de enfadarse y pedir una reparación á Ambly, el cual recibió una ligera estocada.

En una reunión que daba en Hamburgo, en 1805, un banquero judío, el barón de Kind, la hermana de este último se vió acosada por las impertinencias de un agregado á la embajada española, llamado Soria. Dos franceses, testigos de esta escena, protestaron contra la incorrecta conducta del español, y se concertaron dos duelos. Soria mató á los dos. Tuvo en seguida que responder á una provocación de Kind. El lance debía verificarse á pistola. Favorecido por la suerte, Soria se dió el triste gusto, antes de tirar, de lanzar á su adversario las invec-

tivas más estúpidamente groseras, tales como: ¡Perro judío! ¡Comedor de niños!... Kind sostuvo el fuego, como había soportado las injurias del español, sin pestañear. La cólera del último hizo temblar su mano y le faltó su habitual destreza.—El judío quedó dueño del terreno.

—Encomiéndate á Dios—dijo fríamente á Soria;—no volverás á insultar á nadie. Voy á tratar á tu señoría como se merece, marcándote en la frente.

El español estaba lívido.—Kind cumplió su promesa: le destrozó la frente.

En 1815, los hermanos Rotschild, diseminados por Europa, fueron simultáneamente agraciados con el título de barón por el emperador de Austria.—Algún tiempo después de este ennoblecimiento, el segundo de los hermanos, Salomón, fué provocado por un señor necesitado de la corte de Viena, al que se negó á prestar una suma.—Salomón se contentó con encogerse de hombros.

Un espadachín, de nombre Luderf, era, hacia 1830, el terror de los habitantes de Gotinga. Manejaba la espada con prodigiosa destreza: cortaba manos y brazos como jugando.—Si no hubiera muerto á tiempo, de una fluxión en el pecho, hubiese hecho de la Universidad un cuartel de inválidos.

A fines del año 1833 se encontró, en un bosque próximo á una población de Prusia, el cadáver del teniente coronel Federico de Kennaw. Al principio se creyó que había sido víctima de un asesinato; pero resultó del sumario que había muerto en duelo. He aquí lo que se supo. El consejero Von Zahn deseaba á una hija del barón de Haller, que estaba prometida á su amigo el barón de Luismar. Von Zahn resolvió deshacerse de Luismar á toda costa. Puso los ojos en Federico de Kennaw, amigo suyo que tenía reputación de tirador hábil. El barón no había puesto jamás los pies en una sala de armas. Von

Zahn se ocupó primero en poner en relaciones á aquellos dos hombres que no se conocían; después trató de que tuviesen una cuestión grave. No tardó en conseguirlo y se ofreció como padrino á Luismar: era preciso hacer imposible toda reconciliación. Pero los cálculos del consejero salieron fallidos: el tirador sucumbió.—Von Zahn, condenado á muerte, obtuvo que la pena se conmutase por la de veinte años de reclusión en una fortaleza.

En Noviembre de 1834, en los Estados prusianos, el barón de Trantmausdorf iba á casarse con una condesita polaca, Lodoiska de R***, viuda de un general. Presentóse un competidor que, para ocupar el puesto de Trantmausdorf, trató de ridiculizarle en unos versos que iban firmados por el barón de Ropp. Este fué desafiado; pero en el terreno, un amigo substituyó á Ropp, con consentimiento del ofendido. Muerto Trantmausdorf, su padrino echó en cara al barón su cobardía y le provocó. Ropp sacó por fin la espada é hirió mortalmente á su adversario. ¡Pero cuál no fué su sorpresa al reconocer en su víctima á la misma Lodoiska, que, para acompañar á su amante, se vistió de hombre y se disfrazó de tal manera que no se la conocía!—Lleno de remordimientos, Ropp se atravesó con su espada.

«Rarísimo es un duelo en la pacífica república de Francfort, decía un periódico alemán del 10 de Noviembre de 1834; no se ha visto uno desde el que se verificó entre un oficial polaco maltratado por un oficial de húsares, y en el cual murió el último de un balazo en la cabeza. Pero, el domingo último, dos oficiales de un batallón de línea de Francfort, Schweiser y Sarrazin, se han batido á sable. El primero ha perdido la mitad de la nariz.»

En el mismo año, el conde Próspero de Aubrée, agregado á la embajada francesa de Baden, y el conde Gus-

tavo de Blucher, nieto del mariscal, tuvieron una cuestión que se desenlazó en la isla del Rhin. Sus padrinos fueron los condes Edgardo de Lukner y Manuel de Gouchy. Murió Próspero de Aubrée.—No contaba más que diez y siete años.

Leemos en la *Gaceta de los Tribunales* de 6 de Septiembre de 1843:

«Varias personas quisieron organizar un baile en honor de la llegada á Baden de la gran duquesa Elena de Rusia. El nombre de Mauricio de Haber, hijo del banquero de la corte, figuraba en la lista de los suscriptores. El señor de Goeler, oficial badense, uno de los miembros de la comisión para el baile proyectado, declaró que el señor Haber no podía figurar en aquella fiesta, y borró su nombre de la lista.

»Entonces Haber pidió una satisfacción, que le fué negada, pues el cuerpo de oficiales de Calrsruhe declaró que Goeler no estaba obligado á darle una reparación. Un capitán ruso, Verefkin, padrino de Mauricio de Haber, tomó á pechos el asunto, y se concertó un lance entre él y Goeler. Verefkin murió en el terreno, y Goeler ha muerto el 4 del corriente, á consecuencia de las heridas recibidas.

»Este duelo ha ocasionado varios excesos en nuestra ciudad. Ayer, á las ocho de la noche, una muchedumbre se estacionó frente á la casa de Haber, situada á ciento cincuenta pasos solamente del cuerpo de guardia principal, y profirió terribles amenazas de destrucción.

»La irritación manifestada contra Haber se ha extendido también contra otros israelitas, y varios de ellos han visto ayer apedreadas sus casas. Todas las personas cultas desaprueban en alta voz semejantes manifestaciones, que nada podría justificar.

»Se cuentan de Goeler algunos rasgos que prueban

la energía de carácter que poseía aquel oficial, que hubiera sido en los campos de batalla un distinguido oficial. Demuéstralo la inicua manera como se verificó el duelo: Verefkin y Goeler habían disparado ya una vez sin herirse. Al segundo disparo de Verefkin, Goeler recibió una herida tan grave, que necesitó toda la energía de su voluntad para mantenerse en pie. Verefkin, creyendo sin duda á su adversario fuera de combate, tiró su pistola al suelo. Pero Goeler hizo un último esfuerzo, disparó y mató á su adversario».

El rey de Prusia, á mediados del año 1843, instituyó en el ejército tribunales de honor, encargados de juzgar todas las ofensas que pudieran suscitarse entre los oficiales, y sobre todo de evitar los duelos. Su decreto contiene treinta y siete artículos, de los que he aquí en substancia las disposiciones principales:

«Los tribunales de honor son permanentes en todas las guarniciones. Sus miembros son nombrados por el rey. A cada tribunal de honor acompañará un consejo de honor, cuyos miembros serán también de nombramiento real, pero se renovarán anualmente.

»Todos los oficiales que forman parte del ejército, con la única excepción de los oficiales generales, deben ser juzgados por los tribunales de honor.

»Las penas que estos tribunales pueden aplicar son cinco, á saber: 1.^a, la reprimenda; 2.^a, expulsión del servicio; 3.^a, eliminación del cuerpo de oficiales; 4.^a, privación del derecho de llevar el uniforme militar; 5.^a, alejamiento del domicilio que tuvieran los oficiales de reemplazo ó de la reserva.

»En todas las cuestiones particulares y ofensas que pudieran dar lugar al duelo entre oficiales, los Consejos de honor están especialmente encargados de trabajar para la reconciliación de los adversarios, ó evitar el duelo.

»Los oficiales que hubieran proyectado un duelo están obligados á ponerlo inmediatamente en conocimiento del Consejo de honor, y si no lo hicieran se agravarán las penas en que incurrieran».

Los estudiantes de la Universidad de Jena establecieron también, en Mayo de 1845, un tribunal arbitral encargado de juzgar las cuestiones de honor que se les presentaran.

Una correspondencia de Munster, de fecha del 1.º de Julio de 1846, ofrece una curiosa muestra de la manera de juzgar de los tribunales de honor instituídos en el ejército prusiano:

«Antes de ayer hemos sido testigos de un espectáculo doloroso y que, hasta cierto punto, nos transportaba á la Edad Media. Tal espectáculo era el de un duelo con autorización de justicia. He aquí los detalles de este extraño asunto:

»Dos jóvenes oficiales, el barón de Denkhaus, teniente del regimiento 2.º de húsares, y el señor de Bounhart, teniente del 13 de infantería, tuvieron, jugando al billar en un café de Munster, una violenta discusión, en la cual Denkhaus dejó escapar algunas frases ofensivas para su adversario. Como tales palabras fueron proferidas en un lugar público, en presencia de un gran número de testigos, Bounhart se vió obligado á exigir una satisfacción pública, y á este efecto llevó á Denkhaus ante el tribunal de honor de Munster.

»Este tribunal, con arreglo á la ley, hizo toda clase de esfuerzos para que el ofensor se retractase de las palabras ofensivas; y no pudiendo lograrlo, dictó un fallo, mediante el cual, considerando que las palabras en cuestión afectaban al honor de Bounhart, hasta el punto de que éste no podía continuar su servicio en el ejército sin haber obtenido una satisfacción pública, y considerando

que Denkhaus se negaba obstinadamente á darle semejante satisfacción, el tribunal autorizaba el duelo entre ambas partes, según las reglas militares.

»El duelo se verificó el lunes, á las tres de la tarde, en la llanada situada al Norte de nuestra ciudad. Habíase levantado una tribuna para el tribunal, juez del combate. Bajo la tribuna, un espacio bastante grande, cercado por cuerdas, estaba reservado á los combatientes. En torno del campo cercado y de la tribuna formaron piquetes de infantería y caballería.

»Desde muy temprano, una multitud inmensa se agolpaba en la llanada para presenciar el combate. A las tres en punto, los jueces, vestidos de uniforme, tomaron asiento en la tribuna. Denkhaus y Bounhart llegaron también de uniforme. El tribunal trató de nuevo de reconciliarlos; y como también fracasó esta tentativa, autorizó el combate.

»Fué convenido entre los dos adversarios, con consentimiento del tribunal, que el combate se verificara con sables de caballería, hasta que quedara fuera de combate uno de los combatientes.

»Dióse la señal, y los señores Denkhaus y Bounhart comenzaron á batirse con el mayor encarnizamiento. Este último recibió sucesivamente dos ligeras heridas en el brazo; pero al poco tiempo asestó á su adversario un golpe en el muslo que le derribó y le puso fuera de combate.

»El presidente del tribunal invitó entonces á reconciliarse á los dos combatientes, lo que hicieron acto seguido dándose la mano y abrazándose. El público, que había guardado el mayor silencio durante el duelo, acogió la reconciliación con prolongados aplausos.

»Es la primera vez que un tribunal de honor en Prusia haya autorizado el duelo. Todos los demás fueron

zanjados satisfactoriamente con la reconciliación de los adversarios».

A fines de Agosto de 1846 hubo una discusión en un baile, en Gratz, entre el príncipe de Latour y Taxis, teniente coronel de húsares, y el señor de Schnedt, capitán de infantería. Batiéronse á pistola, y el primero murió de un balazo en el pecho.

Se sabe que, en materia de duelos, los oficiales prusianos se encuentran en este dilema: la ley penal les castiga con la reclusión en una fortaleza si aceptan un desafío, y el tribunal de honor les condena á la pérdida de un grado si lo rehusan.

Un teniente de artillería se encargó, en Octubre de 1846, de llevar á otro oficial una carta de un amigo, en la que se quejaba de ciertas frases referentes á una dama. El oficial al que la carta iba dirigida se creyó ofendido, y pidió una satisfacción al autor de la carta, que se negó á ello. Provocó entonces al teniente de artillería, que rehusó también. El asunto fué llevado ante un tribunal de honor, que falló lo siguiente:

«Considerando que el teniente A*** ha rechazado un duelo declarando que el desafío es un prejuicio de casta; que al obrar así ha faltado al respeto á lo que debe ser la base de las armas, al honor militar; que, teniendo presente su carácter enérgico, su excelente educación, su notable instrucción, su buena y moral conducta, no ha obrado así por falta de dignidad, sino por afición á las ideas del día, que juzga justas:

»Considerando sus relaciones con los comunistas:

»Considerando que los comunistas quieren la desaparición del orden de cosas establecido:

»Considerando que el comunismo es contrario á las ideas del rey, al cual el teniente A*** ha jurado fidelidad;

»Le condenamos, por veintisiete votos contra tres, á la pérdida de su grado y de su rango superior».

El 20 de Abril de 1847, en los alrededores de Friburgo, se batieron á pistola el señor Gastran, subteniente que fué de infantería badensa, y el Dr. Braner, director de *La Hoja de Conversación*, suplemento literario de la *Gaceta de Postas*, de Francfort. Braner fué mortalmente herido en el cuello.—Gastran se refugió en Francia.

Casi al mismo tiempo moría de la misma muerte, en la capital de Prusia, Carlos de Bodelscheving, hijo mayor del ministro del Interior, y relator en el Tribunal civil de primera instancia de Berlín. Había tenido una cuestión con uno de sus colegas, el señor J***.

«Escriben de Posen, con fecha del 14 de Febrero de 1851, que se ha verificado un duelo á muerte entre dos jóvenes de la población.

»Casimiro Brodnicki, de diez y siete años de edad, y Anselmo Zeenkowicz, de diez y seis, pertenecientes ambos á nobles familias del gran ducado de Posen, y alumnos de tercer año del colegio real de la ciudad, vivían en una gran intimidación. Á principios de este mes, Zeenkowicz rogó á Brodnicki que le fuese á alquilar una silla de caballo para un paseo que tenía que dar. Brodnicki le prestó el servicio; pero Zeenkowicz, al devolver la silla á su dueño, se negó á pagar el alquiler convenido, lo que proporcionó un disgusto á Brodnicki con el alquilador.

»Suscitóse una cuestión con este motivo entre los dos jóvenes, y, en el calor de la discusión, Brodnicki llamó á Zeenkowicz estafador, á lo que el último respondió con un reto, que fué aceptado.

»El sábado último, al amanecer, Zeenkowicz y Brodnicki acudieron al terreno, llevando por padrinos á compañeros suyos de colegio, de quince y diez y seis años.

»Según las condiciones, los dos adversarios se colocaron á diez pasos de distancia; y la señal dada, hicieron fuego simultáneamente, resultando ilesos.

»En semejantes casos los padrinos, por un sentimiento de humanidad, tratan de reconciliar á los adversarios; pero en esta ocasión los padrinos insistieron para que continuara el lance, diciendo que sería una vergüenza que no muriese uno por lo menos de los combatientes.

»Así las cosas, los adversarios, excitados por tales observaciones, avanzaron hasta colocarse á seis pasos de distancia.

»Volvieron á hacer fuego y también resultaron ilesos.

»Insistieron los padrinos, y se redujo la distancia á cuatro pasos. Dispararon por tercera vez, y en ésta Zeenkowicz cayó mortalmente herido con un balazo en el estómago.

»Entonces los otros jóvenes perdieron la cabeza. Uno de los padrinos echó á correr, y no tardaron en imitarle Brodnicki y el otro padrino. Por fin, después de horas, recobraron el sentido y se decidieron á ir á Posen en busca de un médico. Cuando éste acudió, Zeenkowicz había ya muerto hacía tiempo.

»Los jóvenes trataron de componer una novela, diciendo que habían ido á patinar en un estanque, y que el propietario les había hecho fuego, matando al pobre Zeenkowicz; pero la justicia supo restablecer la verdad de los hechos».

El tribunal condenó á Brodnicki á seis años de prisión correccional, y á los padrinos á diez y ocho meses de la misma pena.

El nuevo código, promulgado en Austria á principios del año 1835, contiene las siguientes disposiciones relativas al duelo:

«Cuando no haya habido herida, los dos combatien-

tes serán castigados con prisión de seis meses á un año; si hay herida, la detención será de uno á seis años.

»En los casos en que las condiciones entre los duelistas hayan estipulado un combate á muerte, el individuo que haya provocado tal combate será condenado á encarcamiento por tiempo de diez á veinte años. En todos los casos, el que haya retado al duelo será castigado con mayor severidad que el individuo desafiado, á menos que este último no haya provocado el reto con su conducta.

»Los padrinos ó testigos de todo duelo serán castigados con seis meses á uno ó cinco años de cárcel, según los resultados del combate.

»Desaparecerá toda culpa si los dos adversarios, ya en el terreno, renuncian voluntariamente al duelo.

»Los padrinos ó testigos que hayan trabajado para reconciliar á los combatientes no sufrirán pena alguna, aun cuando no lo hayan conseguido».

Escriben de Berlín, con fecha 10 de Marzo, á la *Gaceta de Colonia*:

«Sin duda será conocido el acontecimiento que acaba de producir honda sensación en nuestra ciudad. El director general de la policía, el señor Hinckedey, ha sido muerto en duelo esta mañana por un miembro de la Cámara de los Señores, el señor de Rochow.

»Se dice que el motivo del lance fué que el director de policía se presentó hace pocos días de gran uniforme en el local en que se verificaba un carrousel organizado por príncipes de la familia real y miembros de la nobleza, y que el señor de Rochow le dijo que no necesitaban ningún individuo de la policía. Se cruzaron algunas palabras, y se concertó el duelo que tan fatales consecuencias ha tenido».

En Suiza, el duelo ha sido objeto de una legislación especial, pero la cual es poco menos que letra muerta.

II

AMÉRICA

Un espadachín que se echa atrás.—El conde de Carlisle y Lafayette.—Desenlace inesperado.—Egville y Stewart.—Una jugada de negro.—Mulato muerto al vuelo.—Las consecuencias de una bofetada que data de un año.—El capitán White y el coronel Bellamy.—Un presbítero y un miope.—Brounagh y Naylor.—Dos amigos de la infancia.—Un error que cuesta caro.—El coronel Webb.—Cómo se venga James Gordon Bennett.—De la mano de un amigo.—Una precaución fúnebre.—Roberto Lee y Thomas Moore.—Hueston y Labranche.—Cocherau y May.—¿Dónde se detendrán?—Dos amigos, doce balas y treinta perdigones.—El senador Broderick y el juez Terry.—Dos diputados.—Medio sencillo de sustraerse á la ley.—El duelo en Groenlandia.

América es el país en donde menos caso se hace de la vida. Cuando allí se baten es en grande. Bajo pretexto de asuntos de honor, se destrozan el cráneo á tiros de revólver en la calle, ó se cazan en un bosque como fieras.

En las colonias los duelos son muy frecuentes y muy *serios*, para servirnos de la expresión consagrada. La pistola es el arma habitual. La mayor parte de los colonos la manejan con terrible destreza.

Un oficial de marina bajó un día á tierra para corregir á uno de esos espadachines. Le dió una broma de niño, le quitó su sombrero; pero el otro se sulfuró. Esto era lo que el oficial quería; aceptó la provocación, pero á condición de que habían de batirse á boca de jarro. El espadachín se echó para atrás y se mofaron de él.

Durante la guerra de la Independencia, Lafayette envió un cartel de desafío al conde de Carlisle, que había publicado una proclama injuriosa para Francia. Lord Carlisle le contestó estas sencillas palabras: «Las contiendas de las naciones entrañarían demasiados desórdenes si excitasen los odios individuales».

En tiempos del Imperio, un abogado de la Martinica, llamado Bourdet, muy bajo de estatura, muy nervioso, rabiosillo como todos los hombres pequeños, vivía en estrecha amistad con un propietario de fincas muy alto, de carácter jovial y bromista, que siempre estaba cantando y diciendo chistes.—Un día ú otro debían tener un choque aquellos dos caracteres tan opuestos. Bourdet, picado en lo vivo por una broma de su amigo, se apresuró á desafiarse. Éste aceptó el reto con un apresuramiento de malicioso augurio, y en el momento en que los padrinos se preparaban á dar la señal, que los dos adversarios esperaban pistola en mano, dijo:

—Señores, unos minutos, les ruego. Tengo que pedirles un favor: uno de esos presentimientos que no engañan me anuncia que ha llegado mi última hora, y experimento la necesidad de despedirme de la vida. No les extrañe que tome la cosa á broma: mi carácter alegre es una enfermedad de nacimiento...

—Diga usted—manifestaron los padrinos.

Y el propietario comenzó á recitar una bufonada compuesta para las circunstancias, y que comenzaba así:

El terrible Bourdet
Montado en un *ravet* (1).

Bourdet frunció las cejas, pero se dejó arrastrar por las risas de los padrinos. Estaba desarmado.

(1) El *ravet* es un mosquito de las Antillas.

Tomamos de una revista inglesa el episodio siguiente, que se refiere al año 1817:

«Uno de los más ricos negociantes de la ciudad de Kingstown, de la isla de Jamaica, había reunido en su mesa veinticinco convidados. La comida fué muy alegre, y á los postres rogaron á un escocés, el capitán Stewart, que cantase una canción de su país. El capitán se defendió afirmando que no sabía ninguna. Un colono de Santo Domingo, hombre de mala índole, insistió tenazmente, y el capitán, para terminar aquella escena, solicitó sonriendo algunos minutos de preparación; después de haber hecho como si evocase sus recuerdos, anunció que iba á cantar *La dama de las montañas de Escocia*, y ensartó una oda de Anacreonte de un tirón. Stewart tenía la pasión del griego: se las hubiera entendido con un helenista de profesión. Solamente cuatro ó cinco de los convidados habían cursado los estudios clásicos; los demás, incluso Egville, el colono dicho, no entendían ni una palabra. Se aplaudió al cantor, y Egville aplaudió más que ninguno.

Cuando se levantaron de la mesa, el señor Holman, un inglés recientemente instalado en la colonia, salió con el capitán, que se dirigía á su barco, el cual estaba á punto de hacerse á la vela para Europa. Mientras andaban, hablaron de Egville.

—He estado á punto de tener una cuestión con ese individuo—dijo Stewart.—Me extraña que personas que se respetan reciban á un hombre tan mal reputado. Ese miserable, que ha pasado su vida tirando al blanco, tiene más de veinte muertes sobre la conciencia. Para él es una diversión el matar á alguien; y no se contenta con asesinar, sino que injuria á los que va á herir. Se vanagloria del número de sus víctimas... En cambio yo, que he tenido la desgracia, cegado por los celos, de matar á

un hombre en duelo, no puedo librarme del remordimiento.

El señor Holman iba á separarse del capitán; pero Stewart le invitó cortésmente á que pasara á bordo, y embarcaron en un bote. Cuando estaban en el puente, el capitán, mirando con sus gemelos, dijo:

—¿Quién vendrá en aquella embarcación con tanta prisa? ¡Ah! Es el capitán Wilthorpe.

—¿Quién es ese hombre?

—Un oficial al servicio de la república de Colombia, y digno amigo del duelista. Adivino el objeto de su visita.

El bote llegó al costado del barco, y Wilthorpe subió rápidamente la escala.

—¿Tengo el honor de hablar con el capitán Stewart?

—Yo soy—dijo el capitán.

—En este caso, quisiera tener el gusto de hablar con usted en particular.

—No sé que pueda haber entre nosotros ningún asunto del que no pueda enterarse este caballero.

—¿Es acaso este señor su representante?

—Nada le interesa á usted; tenga la bondad de decirme prontamente lo que le trae aquí.

—Sírvase leer este papel, caballero.

Stewart leyó estas palabras:

«El dador, el capitán señor Wilthorpe, amigo mío, es el encargado de arreglar el asunto de honor entre el capitán Stewart y yo.—*Enrique de Egville*».

—Puede usted retirarse—dijo Stewart.

Después añadió, volviéndose hacia el señor Holman:

—Que se piense lo que se quiera de mi conducta; pero no correré el riesgo de ser la víctima número veintiuno de ese hombre, ó el de mancharme las manos con la sangre de semejante miserable.

Una hora después se dirigió al puerto para dar las últimas órdenes antes de hacerse á la vela acompañado por el señor Holman. Apenas había puesto el pie en tierra, cuando el capitán recibía en el rostro un latigazo.—Y Egville, una vez realizado el insulto, montó á caballo y partió al galope.

El señor Holman tuvo que hacer grandes esfuerzos para hacer entrar en su casa á Stewart, cuya desesperación había llegado al colmo.

—Sí—exclamaba,—estoy resuelto: libertaré al mundo de ese foragido á costa de mi vida.

Y apretando nerviosamente la mano del señor Holman, añadió:

—¿Quiere usted servirme de padrino?

—Estoy á sus órdenes.

—Gracias. Le ruego que ante todo envíe usted cuatro marineros á que caven una fosa que pueda contener dos cuerpos... Deseo que la cita sea para las seis, en la bahía, detrás de la roca de Iguana.

Esto dicho, el capitán salió para andar, porque necesitaba aire y movimiento.

El señor Holman tomó el camino de la morada de Egville.

—El capitán Stewart—dijo al entrar—me ha encargado de un mensaje para usted.

—¿Por fin consiente en batirse conmigo? Me extraña que un oficial de su categoría me haya dado tanto trabajo para obligarle á obrar como un hombre de honor.

—Nada de palabras inútiles: estará á las seis tras la roca de Iguana.

—Allí me encontrará.

A las seis, Stewart, Holman, Egville y Wilthorpe estaban reunidos al pie de la inmensa roca de Iguana. A algunos pasos de allí, á orillas del mar, se veía un mon-

tón de tierra recientemente removida. Los combatientes debían colocarse á lo ancho de la fosa cavada por los marineros, coger con la mano izquierda de cada uno el extremo de un pañuelo y hacer fuego simultáneamente.

Stewart estaba tranquilo, y Egville estaba mudo de estupor.

Holman y Wilthorpe cargaron las pistolas; después convinieron en que la suerte decidiera cuál de los dos había de dar la señal.

Wilthorpe echó una moneda de plata al aire.

—Cara—dijo Holman.

Fué cara. Entonces avanzaron hacia la fosa; Stewart y Egville se pusieron uno á cada lado de la fosa, y los padrinos les entregaron las pistolas.

—¿Están ustedes preparados, señores?—dijo Holman.

—Sí—respondieron los dos adversarios con voz sorda.

La fisonomía de Stewart continuaba tranquila; Egville estaba lívido.

Holman vacilaba en dar la terrible señal.

La agitación de Egville iba en aumento. No tardó en ofrecer el espectáculo más desastroso: sus facciones se descompusieron; sus dientes castañetearon con fuerza; todo su cuerpo tembló; el pañuelo y la pistola se escaparon de sus manos; dobláronse sus rodillas, y sus piernas se negaron á sostenerle; cayó y rodó en la fosa. Se hubiera dicho que era víctima de una muerte repentina.

Stewart, al ver el desdichado estado de su enemigo, dijo:

—Cobarde espadachín, eres demasiado digno de compasión para excitar mi cólera.

Y arrojando la pistola, se alejó seguido del señor Holman.

Dos colonos ingleses disputaron en medio de una orgía y resolvieron batirse en el acto con fusil. Se dirigieron á un bosque próximo y colocaron una antorcha al lado de cada uno de ellos. Los padrinos cargaron las armas con pólvora sola. Partieron los dos tiros al mismo tiempo, ¡y cuál no sería la estupefacción de los asistentes al ver que uno de los ingleses caía atravesado por una bala!—La bala le había penetrado por la espalda. Registraron los alrededores, y concluyeron por encontrar á un negro acurrucado detrás de un árbol, con una carabina en la mano. Este negro había querido vengar á uno de sus amigos, que había sido colgado, y en cuya boca uno de los colonos que acababan de batirse tuvo la mala idea de colocar una pipa. Rondaba en espera de su presa cuando ésta se presentó ante él. Concibió el proyecto de confundir la explosión de su carabina con la de los fusiles. El cálculo era ingenioso; pero el negro era un tirador novicio, y en vez de herir al que apuntaba y le hacía frente, mató al otro.

La revolución de 1830, que no tuvo el valor de emancipar á los negros, concluyó con la separación que existía entre blancos y mulatos. A éstos les fueron concedidos los mismos derechos civiles. El primer uso que hicieron de tales derechos fué entendiérselas con los colonos que les habían humillado. Pero si eran sus iguales ante la ley, no lo eran ante la pistola, cuya práctica habían descuidado. Muchísimos mulatos perdieron la vida con este motivo. Se citaba á un blanco que había ya despachado á seis, no librándose el último de seguir la misma suerte sino por haber echado á correr. Acudió un nuevo mulato á pedirle satisfacción por una injuria.

—Consiento en batirme—respondió el blanco;—pero

no quiero que me haga usted lo que el séptimo que sabe...

—Es un nuevo insulto el suponer...

—No hagamos frases: usted quiere batirse, y yo consiento; pero pongo por condición el que le aten la pierna izquierda á una estaca... Por lo demás, para que no se pique su amor propio, harán lo mismo conmigo. ¿Le conviene? ¿sí ó no?

—Sí.

—Entonces, haga usted su testamento.

Al día siguiente se hizo todo como se había convenido; el mulato, en su cualidad de ofendido, tiró primero. El blanco, que no había sido tocado, se disponía á responder, cuando vió que su adversario, cuyo miedo había duplicado sus fuerzas, había arrancado la estaca y se disponía á escaparse. El blanco esperó á que empezase á tomar carrera,—y en seguida lo mató al vuelo.

Un hombre de corta estatura se presenta á la puerta del conde de E***, cónsul de Francia en Valparaíso, y hace pasar una tarjeta, en la que se leían estas palabras: «S***, cónsul de Francia en el Perú». Introducido en seguida, se sienta con absoluta flemma.

—Recordará usted—dijo mirando fijamente al conde—la travesía que tuve el honor de traer en su compañía hace próximamente un año, en un buque de guerra francés que se dirigía al Perú; usted sabe que se suscitó una noche en la mesa una violenta discusión por un motivo insignificante. Uno de los comensales se levantó, y acercándose á un interlocutor, le afrentó con una bofetada. El agresor no tengo necesidad de nombrarle, caballero; el ultrajado era yo... ¿se acuerda usted?

—Perfectamente—respondió el cónsul, que se había puesto muy pálido.

—El capitán del barco, al desembarcar á usted en

Valparaíso, se negó á dejarme saltar á tierra; en consecuencia, proseguí mi camino y llegué á Lima; ha pasado un año de esta escena, y usted debió creerla olvidada; pero lo que no olvida un hombre de honor es la afrenta; yo solicité del gobierno una licencia, que no me fué concedida; no pudiendo obtenerla, me la he tomado; tomé pasaje en un ballenero americano que se hacía á la vela para Valparaíso; partimos, y aquí estoy...

—¿Decidido á batirse?

—Sí.

—¿Y á no aceptar ninguna otra reparación?

—Sí, una sola... Aquí, mañana, en presencia de dos testigos, uno elegido por usted, otro elegido por mí, le devolveré la bofetada que usted me dió.

—Está bien; vuelva usted esta noche con un amigo —dijo el conde.

Á las diez de la noche llegaba el cónsul del Perú, acompañado por un alférez de navío. El conde de E*** le esperaba en unión de un diplomático.

—¿Consiente usted?—dijo S*** en voz baja.

—Sí—respondió el conde con una sonrisa singular.

S*** estaba perplejo ante lo demasiado fácil de su venganza... Vacilaba en realizarla... Por fin se decidía á levantar la mano, cuando E***, cogiéndole y parándole el brazo con fuerza, exclamó:

—¡Y lo había creído usted posible! ¿Cree usted que porque usted haya soportado durante un año la vergüenza de una bofetada, iba yo á sufrirla para siempre? Usted no ha comprendido que yo he deseado ver hasta dónde podían llegar la injuria de sus exigencias y el candor de su credulidad; es usted verdaderamente divertido, caballero... pero salga usted de su error: yo no soy un estoico, soy un hombre.

—Prefiero esto—replicó S***.

Y declaró á los testigos que no quería hacer valer sus derechos de ofendido.—No era para hacer un acto de generosidad; durante el año que acababa de transcurrir, no había dejado un solo día de ejercitarse en la espada y en la pistola; y se creía ya en condiciones de medirse con su adversario, que gozaba fama de tirador.

Los testigos preguntaron entonces á E*** qué arma prefería.

—La pistola, la espada... lo que les plazca—respondió encogiéndose de hombros.

Salieron sin decir palabra, y se detuvieron en un lugar limitado por el mar y las montañas.

Los padrinos hicieron una tentativa de reconciliación, apoyándose en el tiempo transcurrido desde la injuria...

—¡Imposible!—dijo S***;—tengo todavía la mano de ese señor en la mejilla...

La luna estaba resplandeciente; hacía tanta claridad como en pleno día.

Los dos combatientes se colocaron á veinticinco pasos de distancia, S*** perfilándose todo lo posible y E*** presentándose casi de frente.

Se cruzó el primer disparo sin resultado.—Se empezó de nuevo: el conde de E*** estuvo á punto de dejar caer la pistola, que se disparó al querer sujetarla, y la bala se hundió en el suelo á sus pies.

S*** quiso que volvieran á cargar el arma de su adversario, pero éste se negó á ello.

—Tire usted, caballero; lo exijo.

S*** hubo de resignarse, y E*** cayó murmurando:

—Esto ha terminado.

S*** se adelantó hacia él, desesperado; y cuando se hubo convencido de que estaba muerto, huyó como un insensato, con la mirada extraviada y los cabellos en desorden.—Aquel hombre, que había alimentado su ven-

ganza durante todo un año, cuando la veía cumplida maldecía su destreza.

Murió de remordimientos, algunos años después. Antes de exhalar el último suspiro, llamó á su hijo, y mostrándole la pistola que estaba colgada de la pared, cubierta con una gasa, le dijo:

—Guarda esa arma como la mejor parte de mi herencia; el recuerdo que evoca hará tal vez que seas menos esclavo de lo que fuí yo de las crueles leyes del honor; de todos modos, te enseñará lo que cuesta matar á un hombre.

La elección de un diputado para el Congreso americano, por el condado de Jefferson, en la Florida, ocasionó, el 28 de Noviembre de 1835, un duelo lamentable. Se habían fijado todas las condiciones para que uno de los combatientes quedase en el terreno, y el resultado sobrepasó las previsiones.

Los dos adversarios eran: el capitán Evcrett White, hermano de un diputado, y el coronel Bellamy, ex presidente del Cuerpo Legislativo de la Florida. Acusábanse recíprocamente de intrigas y de calumnias, y convinieron batirse á muerte.

El capitán White y el coronel Bellamy, acompañados por sus padrinos y armados cada uno de un par de pistolas, se colocaron á sesenta pasos de distancia; debían avanzar uno sobre otro y tirar á voluntad hasta el límite de diez pasos, señalado por unos pañuelos colocados en el terreno. El coronel hizo tres disparos, sin resultado; cuando White contestó no estaba más que á quince pasos de su adversario. La primera bala destrozó el brazo izquierdo del coronel; la segunda le atravesó el cuerpo; y cuando se disponía á echar mano á la otra pistola que llevaba al cinto, el coronel Bellamy disparó el cuarto tiro, con mano convulsa, y le mató.

En 1836, en la Martinica, L. de Maynard, autor de una novela titulada *Ultramar*, fué molestado por un periodista; le desafió. El periodista declaró que estaba dispuesto á batirse, pero que, siendo prósbito, no quería batirse sino á una gran distancia. L. de Maynard, por su parte, declaró que, siendo miope, deseaba batirse muy cerca. Concluyeron por fijar una distancia de diez pasos, y murió el miope.

Naylor, habitante de Donaldssouville, encargó á Brounangh, de Nueva Orleans, que negociase una letra de 2.000 dollars (10.000 francos). Como el último no le remitiera la cantidad, Naylor le trató de estafador, á lo que Brounangh contestó con el epíteto de miserable impostor. Se concertó un lance á pistola (19 Marzo 1837). Los dos campeones se acercaron á la distancia de tres ó cuatro pasos, é hicieron fuego al mismo tiempo.—Naylor, herido por una bala que le destrozó la mandíbula y una de las arterias del cuello, expiró algunos instantes después. Brounangh había sido herido también en el vientre, cuando á uno de los padrinos de Naylor, que tenía una pistola, se le escapó el tiro, y Brounangh recibió una segunda bala en el vientre. Al verle caer exclamó el padrino:

—¡Ha muerto!

—¿Quién?—preguntó Naylor con voz apagada.

—Brounangh.

—Me alegro—añadió Naylor, exhalando el último suspiro.

Una carta, fechada en Río Janeiro el 24 de Junio de 1837; refiere el siguiente drama:

«Dos jóvenes, amigos de la infancia, compañeros de los mismos juegos, de los mismos trabajos, acababan de concluir sus estudios en la capital, y habían vuelto al hogar paterno, situado en una villa cerca de Río, para

elegir, de acuerdo con sus padres, una profesión en armonía con la educación que habían recibido.

»Pero no volvían á su pueblo natal como de él salieron, cogidos del brazo, hablando alegremente de sus proyectos y sus esperanzas. Una rivalidad amorosa había desunido á aquellos corazones, hechos para comprenderse; y era tal la frialdad que se había establecido entre ellos, que salieron de Río con un día de diferencia para no emprender juntos el camino.

»Apenas habían transcurrido ocho días desde su regreso á sus casas, cuando se encontraron frente á frente; y se dirigieron tales censuras, de una manera tan agria, tan injuriosa, que se concertó inmediatamente un lance.

»Esto era lo que uno y otro deseaban, sin atreverse á confesarlo; así fué que resultaron inútiles todos los esfuerzos de sus amigos para reconciliarlos: se batieron, y uno de los jóvenes cayó atravesado por una bala.

»La herida era grave, pero no mortal, y al cabo de tres meses la curación era completa.

»Pero el vencedor había sido herido más vivamente que el vencido: su antigua amistad por su compañero de la infancia se había despertado más tierna que nunca; y, ante la idea de que tal vez acababa de matar á su amigo, su impresionable cerebro se había extraviado, y había caído en un estado completo de idiotismo. No oía nada, ni articulaba más que vagos sonidos, y se había hecho insensible tanto á los dolores físicos como á las impresiones morales: se le hubiera tomado por un cadáver galvanizado.

»Su amigo, desconsolado, se constituyó en su guardián noche y día; pero todos sus cuidados eran inútiles.

»Por fin pensó que una sensación muy fuerte podría producir una sacudida favorable al enfermo. Después de

haber ideado varias, decidió hacerle testigo del espectáculo de un muerto que resucita. Este medio le parecía tanto mejor, cuanto que el infeliz doliente no conservaba más que un recuerdo; el de la muerte que creía haber dado á su amigo.

»Se dijo, pues, al enfermo que alguien de la casa acababa de morir; le rogaron que permitiese que los restos del desgraciado se depositasen en su cuarto; le invitaron á que velase, y le sentaron en una salita que daba al jardín, al lado del lecho en donde su amigo estaba echado envuelto en una mortaja.

El idiota llevaba allí media hora, con los ojos estúpidamente fijos en el sudario, cuando observa que la tela se entreabre como si el muerto quisiera desembozarse de ella. Sin parecer asombrado por lo que ve, intima al difunto la orden de permanecer tranquilo; éste no tiene en cuenta la advertencia, y el idiota abre la puerta, sale al jardín, se provee de un hacha, vuelve cerca de la cama, y viendo al muerto tumbado, le hiende la cabeza, sin que el desgraciado haya tenido siquiera tiempo para tratar de huir; después se vuelve á sentar tranquilamente cerca del cuerpo ensangrentado de su amigo.

Cuando entraron en la habitación, el idiota fué completamente insensible al estupor de los circunstantes; y, á las preguntas que le hicieron, se contentó con responder: «Le había dicho dos veces que se estuviese quieto».

El coronel Webb, del cual ya hemos hablado, fué condenado, el 26 de Noviembre de 1842, á dos años de prisión, por haber herido gravemente en duelo á Marsthall, de Kentucky.

«Este proceso—dice la *Gaceta de los Tribunales*—ha dado lugar á una circunstancia singular, que pinta demasiado bien las costumbres americanas, para que la pasemos en silencio. Hace ya algún tiempo que el coro-

nel Webb, creyéndose molestado por ciertas frases pronunciadas por James Gordon Bennett, propietario del *New-York-Herald*, que hace una viva concurrencia á todos los periódicos de esta ciudad, se dejó llevar contra él á ciertas violencias en una de las calles más frecuentadas de Nueva York. Bennett esperaba pacientemente la ocasión de vengarse, y este proceso se la ha proporcionado. Primero ha manifestado varias veces que, para endulzar los enojos de la prisión de ese pobre Webb, le había enviado varios paquetes de cigarros y algunas botellas de champagne. Después ha redactado una petición dirigida á míster Seward, gobernador del Estado, para obtener el indulto del culpable, y la ha presentado á la firma de los habitantes de Nueva York. La ha llevado al gobernador con 1.500 firmas, manifestando que hubiera obtenido 5.000 si Webb se hubiera conducido mejor en la prisión y hubiera aceptado cortésmente el regalo (*capital tract*) de vino y cigarros que le había enviado; pero que el pueblo había juzgado por tal conducta que no estaba bastante arrepentido para alcanzar el perdón. La lista de los firmantes ha sido publicada en el *New-York-Herald*.

James Fitz-Maurice, arrendatario del derecho de puertas en Princeton, en Kentucky, y uno de sus amigos, Henry Hamon, habían bebido juntos más de lo regular en el *bar* del *Globo*, y concluyeron por disputar.

—Es lástima—dijo Hamon—que no haya Rebeccaites en este país: iría á demoler tu barraca y te haría pasar un mal cuarto de hora.

Esta frase fué seguida de una provocación; y como en aquel país no se sale nunca sin un par de pistolas, los dos campeones se dirigieron (1.º Julio 1843) á una cuadra, bajo pretexto de tirar al blanco. Los mozos de la cuadra no se extrañaron, por consiguiente, al oír tres ó

cuatro tiros. En el último disparo Hamon recibió una rozadura en una pierna. Fitz-Maurice huyó. Hamon se puso en la herida una simple venda, y después salió del bar.

La fatalidad quiso que, dos horas después, aquellos dos hombres se encontrasen en la calle. Se reanudó la disputa con mayor viveza que antes. Fitz-Maurice había tenido tiempo de volver á cargar sus pistolas. Disparó una sobre Hamon y no le dió. Iba á hacer fuego con la otra, cuando su adversario se arrojó sobre él y juntos rodaron por el suelo. Las pistolas de Hamon no estaban cargadas, pero sí provistas de unas bayonetas de resorte. Se sirvió de ellas para asestar varios golpes á Fitz-Maurice, que le dejaron muerto á sus pies.

El joven Ford, de Virginia, fué dado de correazos por un sujeto llamado Beck. Los dos hermanos mayores del ultrajado desafiaron al agresor para que se batiera sucesivamente con ambos hasta morir uno de los tres. Beck, que esperaba morir en aquel combate con dos adversarios experimentados, encargó su propio féretro antes de acudir al terreno. Una vez en el punto convenido, el mayor de los Ford manifestó á Beck que no estaba dispuesto á correr los riesgos de un duelo, y, provisto de una correa y de un pistolón, le invitó á que se dejase aplicar la ley del talión. Beck se negó, y Ford le dejó seco de un pistoletazo.

Los padrinos no hicieron nada para evitar aquel asesinato; dejaron escapar al asesino y llevaron á la víctima al féretro que había encargado.

Otro duelo se verificó al mismo tiempo en Warrenton, con consecuencias aún más deplorables. Roberto Lee, hijo del antiguo *attorney* de los Estados Unidos, habiendo tenido motivos de queja contra Moore, próximo pariente del comodoro del mismo apellido, declaró que

daría de latigazos á su adversario en donde lo encontrara.

Thomas Moore, hijo del ofendido, retó á Lee. Uno de los padrinos era el padre del primero, causa de la contienda.

Una vez en el terreno, Thomas Moore preguntó á Carlos Lee si había amenazado á su padre con darle de latigazos; y, ante la respuesta afirmativa del último, le dió un bastonazo y en seguida arrojó el bastón para empuñar la pistola.

No se habían contado los pasos. Lee retrocedió un poco y disparó sobre su adversario sin herirle. Moore tiró á su vez y dió á Lee. Éste volvió á tirar y erró también. Moore iba á disparar de nuevo, cuando los circunstantes observaron que Lee estaba mortalmente herido. La bala, después de haberle roto una de las costillas, le había atravesado los pulmones. Falleció á los pocos instantes.

Hueston, editor de un periódico de Baton-Roufe, en la Luisiana, publicó un artículo ofensivo contra Labranche, miembro del Congreso de dicho Estado.

Labranche, noticioso de que Hueston estaba en Nueva Orleans, fué á buscarle y le encontró en un billar público. Después de algunas frases injuriosas, le dió un bastonazo. Hueston se defendió con un taco, y quedó concertado un lance.

Se convino en que el duelo sería con fusiles de dos cañones y una distancia de cuarenta yardas (unos treinta y seis metros).

Dispararon cuatro veces, y Hueston cayó atravesado por una bala. Los médicos declararon desde el primer momento que la herida era mortal de necesidad.

El 15 de Febrero de 1844, en una fiesta del Jueves Gordo, en Washington, un joven llamado Cocherau, hijo de un rico propietario, manifestó que el señor May era

un cobarde porque no le había pedido satisfacción por un insulto recibido en un baile.

Enterado May de tales palabras, desafió á Cocheran. Se convino en que el duelo sería á carabina.

Cocheran murió de un balazo en la frente.

El Correo de los Estados Unidos (Septiembre 1845) refiere la siguiente anécdota:

«Hace seis años, dos caballeros de Massachussets tuvieron una disputa que terminó por un reto, dirigido en debida forma por B*** á A***. Éste estaba casado, y el otro no; éste replicó que no se batiría, porque no era igual su posición social. A*** se calló, pero poco tiempo después envió á B*** un nuevo reto acompañado por su partida de matrimonio. «Todavía no estamos en igualdad de condiciones, contestó B***, porque yo tengo un hijo y usted no». Nuevo aplazamiento, y por fin, A*** reitera por tercera vez su desafío, dando cuenta del nacimiento de un hijo. «Yo tengo dos», respondió B***. En una palabra, todos los años iba á llamar A*** á la puerta de su adversario, pero siempre se encontraba aumentada su familia. Los dos padres continuaron así con ardor aquel duelo á la paternidad, en el cual les sirven de padrinos sus mujeres con admirable abnegación. Están ya á seis por siete».

Un periódico de Kentucky (5 Septiembre 1849) habla en estos términos de un nuevo género que estuvo á punto de verificarse en la ciudad de Owensburgo: «Un joven llamado Tracy, descontento por las asiduidades de un señor Spright cerca de su hermana, tomó el partido de desafiarle. Spright estaba muy perplejo: vencedor ó vencido, el asunto debía tener para él un triste desenlace. Reflexionando, sin embargo, que tenía la elección de armas, se decidió á aceptar, y el día señalado se presentó en el lugar de la cita. Su adversario le espera-

ba ya con sus padrinos provistos de espadas y pistolas.

»El cólera hacía entonces estragos en la ciudad de Owensburgo. Spright miró desdeñosamente las pistolas y las espadas, y abriendo una maletita, sacó una magnífica ensalada de pepinos, de la que había hecho dos porciones, y una docena de manzanas verdes.

»—He aquí mis armas—exclamó triunfalmente;—el cólera decidirá; uno de nosotros morirá seguramente después de haber tomado esto. Siéntese usted, caballero, y crucemos los tenedores.

»Pero su adversario, tan bravo cuando se trataba de espadas y pistolas, se puso á temblar. Los padrinos convinieron en que no podía verificarse un duelo tan mortífero. El asunto quedó, pues, arreglado amistosamente, y el intrépido Spright continuó sus visitas á la hermana de Tracy».

Se lee en el *Savannah Morning News*: «El 19 de Junio (1854) se ha verificado un terrible duelo, en Newsmausville (Florida), entre dos jóvenes abogados, los señores Stewart y Coker. Stewart, que iba á casarse, puso á Coker en el secreto de ciertos detalles del baile que debía seguir á su comida de boda, encargándole que no dijese nada á nadie. Á Coker le faltó tiempo, sin embargo, para contárselo á la novia.

»Irritado con tal abuso de confianza y violación de la palabra dada, Stewart exigió á Coker que le escribiera una carta en la que se reconociese pura y simplemente como culpable de una mentira, ó se preparase para un duelo á muerte.

»Coker se negó á escribir la carta, y quedó concertado el lance á fusil, cruzando el primer disparo á setenta y cinco pasos de distancia, y debiendo los adversarios avanzar diez á cada nuevo disparo.

»Los combatientes hicieron el último disparo á diez pasos de distancia, cayendo Stewart mortalmente herido».

»Ayer, por la mañana, dice *El Eco del Pacífico* del 20 de Septiembre de 1859, la ciudad de San Francisco se ha visto impresionada por el duelo verificado entre un senador, el señor Broderick, y un magistrado del Tribunal Supremo, el señor Terry. Se supó que al primer disparo el señor Broderick había sido herido, transportándole á la ciudad en un estado desesperado.

»La bala le había penetrado por la tetilla derecha.

»El herido ha fallecido durante la noche.

»La causa del duelo ha sido una violenta disputa suscitada entre los dos adversarios por motivos electorales.

»El señor Terry, antes de batirse, había presentado su dimisión de magistrado».

Las contiendas políticas seguidas de lances son muy frecuentes en América.

El Correo de los Estados Unidos del viernes 10 de Abril de 1860 dice lo siguiente:

»Á consecuencia de una cuestión parlamentaria, en la que menudearon los apóstrofes, el diputado señor Potter envió los padrinos á su colega el señor Prior.

»Los representantes del señor Potter propusieron un duelo á cuchillo, que fué aceptado por los del señor Prior; pero éste se negó á aceptar semejante arma de combate, y, aun cuando se dice que los amigos del señor Prior han protestado de la conducta de éste, nos parece que su negativa se justificará perfectamente á los ojos de todo hombre que tenga conciencia de lo que debe ser un duelo».

Dupont de Nemours dirigió desde América al Instituto de Francia una nota, de la que extractamos el siguiente pasaje:

«La mayor parte de los Estados Unidos han establecido, contra los duelistas que matan, la pena de muerte. Esta pena no es más que conminatoria, porque se la evita eligiendo por lugar del combate un Estado del cual no sea uno ciudadano, y marchando después al propio, que no puede entender en los delitos cometidos fuera de su territorio».

La Asamblea Legislativa del Mississipi votó, en 1835, una ley que condena al que sobrevive en un duelo á pagar las deudas de su víctima.—Era atacar á las gentes en la parte flaca, pero el prejuicio resiste á todo.

En todos los países se debería emplear el procedimiento de los groenlandeses. No se sirven, para ventilar sus asuntos, ni de pistola, ni de espada, ni de cuchillo.—Los dos adversarios componen cada uno una sátira, que cantan en público, acompañados por sus amigos, que hacen coro; y la victoria es del que más hace reir.—No faltará quien diga que para mostrar una cordura semejante se necesita estar medio helado.

III

INGLATERRA, ESCOCIA É IRLANDA

Edmundo II y Canuto I.—Godofredo Baynard y el conde de Eu.—Roberto de Montfort y Essex.—Viscomt y Roberto de la Marche.—Mac-Cormock y Mac-Gil-Patrick.—Freton y lord Holles.—El duque de Buckingham y el duque de Beaufort.—El barón de Banier y el príncipe Felipe de Saboya.—Lord Hervey y Pulteney.—La mano del caballero de Eou y la mejilla del señor de Guerchy.—El caballero de Eou y el caballero de San Jorge.—Garrick y Macklin.—Garrick y Giffard.—Adam y Fox.—Pitt y Tierny.—Canning y lord Castlereagh.—Los capitanes Boyd y Campbell.—El capitán X y Trevor.—O'Connell y Esterré.—Morgan O'Connell y lord Alvaney.—Lord Wellington y lord Winchelsea.—Sir Roberto Peel y el doctor Lushington.—Sir Roberto Peel y Hume.—Lord Castlereagh y Gerardo de Melcey.—Beaumont y el capitán Ellison.—Lord Cardigan y el capitán Reynolds.—A propósito de bigotes.—Roberto Bell y lord Tullamore.—John O'Connell y Lawlov.—Cournet y Barthelemy.

El primer duelo señalado por los anales británicos es el que se verificó entre Edmundo II y Canuto I, que se disputaban el reino. Los ejércitos murmuraban ya hacía algún tiempo, y algunos jefes solicitaron de los dos reyes que terminasen con un combate singular.

Y así lo hicieron, entablándose un largo y rudo combate.

Por fin el danés dijo:

—Valeroso príncipe, ¿no hemos ya combatido bastante y dado pruebas de un valor igual? Demostremos nuestra moderación; después de haber compartido el

honor de la jornada, abandonemos el campo de batalla para repartirnos el reino.

Así se hizo.—Canuto se quedó con el Norte y Edmundo con el Sur.

El combate judicial duró en Inglaterra más tiempo que en parte alguna.

En 1096, ante la presencia de Guillermo II, hijo de Guillermo el Conquistador, se batió Guillermo, conde de Eu, contra Godofredo Baynard, que le había acusado de conspiración. El conde de Eu fué vencido, y por lo tanto condenado á que le arrancaran los ojos y los testículos, lo que fué ejecutado en el acto.

Roberto de Montfort acusó en 1163 al conde de Essex, pariente suyo, de haber abandonado traidoramente el estandarte que llevaba en una batalla dada contra los escoceses (1157). Se ofreció á justificar su afirmación con las armas en la mano. El conde de Essex resultó vencido.—Iban á enterrarle, creyéndole muerto, cuando observaron que respiraba todavía. Fué entregado en poder de los médicos, que le depositaron en la abadía de Redding. Vuelto á la vida, no quiso ya salir de aquel retiro.

En 1350, Eduardo III autoriza al inglés Viscont y á Roberto de la Marche, bastardo de Francia, para que se batan en duelo.

En 1583, dos señores irlandeses, de la familia O'Connor, Mac-Cormock y Mac-Gil-Patrick, se baten en el patio del castillo de Dublin. Mac-Gil-Patrick concluyó por cortar la cabeza á su adversario.

En el siglo XVII los duelos menudeaban tanto, que la Cámara Estrellada se reúne en sesión extraordinaria para buscar un medio de evitarlos. Se publica un edicto, pero no impide nada.

Freton, yerno de Cromwell, es retado por lord Holles,

miembro del Parlamento y uno de los jefes del partido presbiteriano. El austero puritano contesta con una negativa, y Holles replica cogiéndole por la nariz:

—Tu conciencia debería prohibirte el mal, ya que no te permite dar reparaciones.

A pesar de la afrenta, que Blackotone coloca entre las más mortificantes, Freton persiste en su negativa.

Por aquella época publicó Cromwell una prohibición muy severa, lo que no impidió que el duque de Buckingham se batiese con el duque de Beaufort en un lugar apartado de Hyde-Park.

En 1683 ocurrió un accidente—refiere Saint-Evre-mont—que afectó mucho á la señora de Mazarin.

«El barón de Banier, gentilhombre sueco, se enamoró locamente de la duquesa, la cual no le desdeñaba. El príncipe Felipe de Saboya, sobrino de la dama, se batió en duelo contra el galán y le mató. La duquesa experimentó una aflicción profunda».

El duelo ha llegado á ser raro en Inglaterra desde principios del siglo XVIII.—Desde esta época no se conoce ya nada más que el boxeo.

En 1731, un folleto titulado *Sedición y difamación desenmascaradas*, y que iba dirigido contra Pulteney y Bdingbroke, los dos principales adversarios de Walpole, fué seguido de otro escrito no menos violento, *Réplica á un libelo injurioso...* Hubo un duelo entre sus autores respectivos, Hervey y Pulteney, saliendo ambos levemente heridos.

A fines del reinado de Luis XV, el caballero de Eou, agregado á la legación francesa, pareciéndole mal que el embajador, el conde de Guerchy, redujese sus gastos; se arrebató hasta pegarle una bofetada. El embajador se quejó al rey, que envió al caballero la orden de regresar á Francia. Negóse á ello, y ante el temor de ser

detenido, se retiró á la City, en donde era inviolable.—Salió disfrazado de mujer.

En 1787, Eou, favorito de una favorita, amante de una emperatriz y de una reina, padre de un rey (el príncipe de Gales), tiró con el caballero de San Jorge, en un asalto público, en Londres. Los honores fueron para Eou, que tocó siete veces á su contrincante.

Los debates parlamentarios fueron muy animados en las sesiones de 1778 á 1780.

Adam pidió una satisfacción á Fox por cierto pasaje de su discurso, y le hirió levemente.

El ministro Pitt se batió con Tierny, miembro de la Cámara de los Comunes.

Canning y lord Castlereagh tuvieron un lance, en el cual resultó herido el primero.

El 23 de Junio de 1808, el 21 regimiento de infantería, de guarnición en el condado de Armagh (Irlanda), fué revistado por el general Kerr. Después de la comida que siguió á la revista, se entabló una conversación entre varios oficiales, entre los que estaban los capitanes Boyd y Campbell.

—Hasta este día—decía el último á sus compañeros—he venido cometiendo, al mandar, una falta; el general Kerr me ha dado una lección que me aprovechará.

Y el capitán Campbell explicó la diferencia que había entre su manera de mandar y la del general.

—Lo mismo es una que otra—objetó el capitán Boyd,—porque ambas son contrarias á lo mandado por el rey.

—Es posible—replicó el capitán Campbell;—pero creo que el general tiene razón.

La conversación continuó algunos minutos en este tono; por fin, el capitán Boyd, impacientado, exclamó:

—Yo sé eso mejor que nadie.

—Lo dudo—dijo su interlocutor.

—Le repito que lo sé mejor que nadie.

—Capitán Boyd, ¿sostiene usted que yo estoy equivocado?

—Sostengo que tengo razón con arreglo á lo mandado por el rey.

Pronunciadas estas palabras, el capitán Campbell se alejó, seguido momentos después por el capitán Boyd. Transcurridos veinte minutos, se oyó una detonación en una habitación próxima. Acudieron los demás oficiales y encontraron al capitán Boyd sentado en una butaca, mortalmente herido y vomitando sangre. Su mano derecha sostenía aún una pistola descargada.

—Boyd—dijo el capitán Campbell,—declare usted en presencia de estos señores que todo se ha realizado según las reglas.

—¡Oh, no!—respondió Boyd;—usted me apremió; yo quería esperar á tener padrinos.

—¿Pero no me dijo usted que estaba preparado?

—Sí...

Después de una larga pausa, el capitán Boyd añadió:

—Campbell, es usted un mal hombre.

—Soy un desdichado, pero no soy malo... ¿Me perdona usted?

—Le perdono—dijo el moribundo tendiendo la mano á su adversario;—le... compadezco... Compadézcame usted... á mí...

Estas fueron las últimas palabras que pronunció.

—Es usted más feliz que yo—exclamó el capitán Campbell retirándose.

Transcurrió un año. El capitán Campbell había escapado á todas las pesquisas de la policía. Se había retirado á Chelsea, oculto bajo un nombre falso; pero se cansó de vivir en aquella cruel situación de temor y de

incertidumbre, y se constituyó prisionero. Compareció, durante el verano de 1809, ante el tribunal de Armagh, y fué condenado á ser ahorcado.—En vano solicitó que lo fusilaran: la sentencia se cumplió tal como fué dictada.

Algunos días después de la batalla de Waterlóo, lord*** daba una gran comida; la víspera había dado un baile. Casi todos los que asistieron al baile asistían á la comida. El capitán X miraba por la ventana, cuando el señor Trevor apareció ante la puerta del castillo. Se saludaron con exquisita cortesía. Empezó la comida.

La conversación versó sobre el baile. Cuando las cabezas comenzaban á estar calientes, lord***, levantándose, dijo:

—Mis queridos amigos, voy á proponer un brindis que os agrada á todos... Brindemos á la salud de una hermosa... de la miss más bonita que hayamos visto este año... Como todos me adivináis, no tengo que dar más señas: ¡por miss Marie!

Todos aplaudieron. El capitán dirigió una ojeada á Trevor. A las aclamaciones sucedió un fuego graneado de preguntas y respuestas:

—¿Quién da las gracias en nombre de ella?

—¡Pues su favorito!

—¿Y quién es?

—¡Que se levante el favorito!

—¡Trevor es el feliz mortal!

—No cabe duda.

—La acaparó toda la noche.

—Yo no pude bailar una vez con ella.

—Ni yo.

—Ni yo.

Trevor tenía una actitud de triunfo. Alguien exclamó:

—¡No, no! ¡no es Trevor! El favorito es el capitán.

—Sí; apuesto diez contra uno por el capitán—dijo otro.

—Eso es una locura—murmuró el capitán con las cejas fruncidas.

—Vaya, caballeros—dijo un burlón baronet,—ni la misma encantadora miss sabe á quién prefiere; así, pues, echemos á cara y cruz el nombre de su favorito.

Todo el mundo se rió, excepto Trevor y el capitán.

—La verdad, señores, que es demasiado ruido para nada—dijo Trevor;—pero puesto que se ha tomado la cosa tan á pecho, me veo obligado á declarar aquí que me creo amado por la encantadora María, y el único amado. Tengo sobrados motivos, en mi concepto, para alabarme de esta conquista. He desbancado á mi rival (volviéndose hacia el capitán), aunque la expresiva mirada del señor, su apostura, su gentileza y su...

—Trevor, no sea usted insolente—exclamó el capitán, rojo de ira.

—¡Insolente! ¿qué quiere usted decir, capitán? Sin duda no querrá usted una cuestión. Es imposible. Si alguna de mis palabras le ha podido ofender, la retiro y la desapruedo; y como decíamos en Rugby, *indictum pato*: que no se hable más de ello. En cuanto á mi gentil Marie, estoy seguro, tengo la evidencia... aunque el capitán me dirija furibundas miradas... Así, pues, caballeros, de *fure et facto*, os doy gracias en nombre de la encantadora miss.

Se sentó, sonriendo plácidamente.

—Se engaña usted, Trevor—replicó el capitán,—está usted en un error. Usted no sabe lo que María y yo hablamos en el baile. Doy mi palabra de honor de que me dijo que quisiera romper su compromiso con usted.

—¡Bah! tonterías; lo dijo para burlarse de usted, ca-

pitán; no tenía otra intención, y así me lo confesó al día siguiente por la mañana...

—¡Por la mañana! ¿Y qué le llevaba á usted á ver á María?

—Eso es cuenta mía y no de usted. Puesto que desea usted saberlo, diré, para que se consuele, que desde entonces he visto á María todos los días.

—Trevor, aun suponiendo que sea verdad, es una cosa indigna divulgar semejantes secretos. Si la intención de usted es perder á una dulce é inocente criatura, es usted un miserable.

—¡Miserable!... ¿Ha dicho usted que soy un miserable, capitán?

Trevor estaba lívido; se levantó y se dirigió á su rival con un vaso medio vacío en la mano.

—Sí, señor, eso he dicho. ¿Y qué?

—Que me dará usted una satisfacción en el acto.

—No acostumbro á retirar mis palabras; no tengo que dar á usted satisfacciones.

—No espere usted tampoco las mías—rugió Trevor arrojando su vaso á la cabeza del capitán.

Éste se secó tranquilamente el traje, manchado por el vino, y se dirigió al amo de la casa.

—Milord, ¿tiene pistola su señoría?

—Mi querido amigo, cálmese usted; es verdaderamente una disputa absurda. Dense ustedes un abrazo y hagan las paces.

—Es imposible. Lo que podemos hacer es ir al Tiro. ¿Le parece á usted bien, Trevor?

—Cuando usted guste.

—¡Maldita sea esa locuela! Vamos, Trevor, haga usted las paces.

—Su señoría es muy bueno; pero es completamente inútil.

Y como hiciesen observar á Trevor que el capitán era uno de los tiradores más hábiles de Inglaterra, añadió el primero:

—Entonces no me queda que hacer más que el testamento, porque yo no veo á dos pasos.

Después se dirigió al capitán y le dijo:

—¿Es cierto que da usted siempre en el blanco, capitán?

—Sí, señor—contestó el capitán.

—Pues ya sabe usted que yo no veo bien, y además nunca he cogido una pistola.

Todos los concurrentes quedaron asombrados, y uno exclamó:

—¿Tendrá miedo Trevor? Me choca.

—¿A dónde quiere usted venir á parar?—preguntó el capitán con desdén.

—A una petición muy sencilla: á que las condiciones sean iguales. Debemos batirnos á boca de jarro, separados únicamente por una mesa. Moriremos juntos, si es que debemos morir, lo que no deja de ser un consuelo.

—¡Qué horror!—exclamaron varios.

Algunas personas huyeron el bulto inmediatamente. El capitán no contestaba.

—Y bien, ¿quién de los dos es el cobarde?—preguntó irónicamente Trevor.

—Ahora lo veremos—replicó con calma el capitán. —Acepto las condiciones de usted.

—¿Está todo dispuesto?—preguntó fríamente Trevor.

Respondieron afirmativamente, y se convino en terminar aquel triste asunto en el Tiro. El lord hizo que las pistolas se cargasen con pólvora sola.

Los dos adversarios, que creían llegada su última hora, estaban pálidos como difuntos; y lo cierto es que

nadie se acuesta en la tumba de buen grado. Pero aunque su emoción era profunda, no temblaban.

—¿Quién dará la señal?—preguntó el capitán.—En estos asuntos, si uno tira un segundo antes que el otro se convierte en asesino.

El encargado de dar la señal dijo:

—¡Apuntad! Cuando haya contado tres hagan fuego. ¡Uno... dos... tres!

Hicieron fuego y retrocedieron.—¿Qué significa esto?—exclamaron los dos combatientes.—¿Quién se atreve á burlarse así de nosotros?

—El remedio es fácil—dijo el capitán mostrando unos puñales que colgaban de la pared.

Cogió dos, los midió y presentó uno á su adversario.

Colocáronse frente á frente y brillaron las hojas. No tardó en caer uno de los dos. Expiró sin exhalar el menor quejido... Era el capitán.

En 1815, en un *meeting* celebrado en Dublín, O'Connell, atacando con su fogosa oratoria la corporación municipal de la ciudad, la llamó corporación de mendigos: un abogado, miembro de la corporación, llamado Esterré, descendiente de una familia francesa de protestantes refugiados, se consideró personalmente insultado y desafió á O'Connell; este último se negó al principio, negando toda intención de insulto personal; pero su adversario le amenazó con una bofetada.

Se concertó el duelo á pistola, y Esterré fué muerto. O'Connell, atormentado con su victoria, se dirigió á la iglesia con sus testigos y los de Esterré; juró solemnemente que no se volvería á batir, y ofreció á la viuda de su adversario una suma igual á lo que la daba su marido. La corporación de Dublín decidió no aceptar el ofrecimiento, y votó de sus fondos la suma prometida por O'Connell.

En 1829, lord Wellington, á la sazón primer ministro, se batió sin consecuencias con uno de sus colegas, lord Winchelsea.

Sir Roberto Peel, en 1834, lanzó dos desafíos, uno al doctor Stephen, otro á Hume, miembros de la Cámara de los Comunes. Se declaró satisfecho con las explicaciones recibidas.

El vizconde de Castlereagh se había enamorado locamente, sin ser correspondido, de la célebre cantante Julia Grisi, casada desde hacía dos años con el señor Gerardo de Melcy.

Durante varias semanas el vizconde no faltó á las representaciones del teatro Italiano de Londres. Ocupaba un proscenio y aplaudía á la cantante con verdaderos transportes, y en los entreaectos iba á demostrarla su admiración.

El noble vizconde se atrevió á escribirle una carta concebida en los términos más ardorosos. La carta cayó, desgraciadamente, en manos del marido, el cual se enojó, como es consiguiente, aun cuando los términos en que estaba escrita la carta demostrasen que se trataba de una declaración sin esperanza de respuesta favorable. Se dirigió dos veces á casa del vizconde, al que no encontró por hallarse entonces en las carreras de Ascot. El señor de Melcy escribió á lord Castlereagh que esperaba de él la reparación que dan los caballeros.

El vizconde fué á verle para asegurarle que él era el único culpable de todo, que nada le había autorizado para dar aquel paso, que lo lamentaba sinceramente y prometía renunciar á su loco amor.

El señor de Melcy respondió que no podía contentarse con excusas verbales, y que el honor de su mujer exigía otra clase de reparación.

Se concertó el duelo á pistola; y una vez en el terre-

no, el vizconde entregó al señor de Meley un papel cerrado para que lo leyera después del lance. Hicieron fuego, y el vizconde recibió un balazo en un brazo. La herida, aunque no de gravedad, imposibilitaba la continuación del duelo.

Entonces el señor de Meley dió lectura al escrito, en el que lord Castlereagh declaraba de la manera más solemne que el honor de la señora de Meley estaba completamente á salvo, y que jamás le había escrito á él ni le había autorizado á hacerlo á ella.

El señor de Beaumont, vecino de Dublín, sospechando, con razón ó sin ella, que su mujer, joven y bonita, mantenía relaciones criminales con el señor Ellison, capitán de infantería, le desafió.

Concertóse el lance; pero cuando el señor Beaumont llegaba al terreno, se encontró con un inspector de policía que le detuvo.

A pesar de varias instancias, el señor Beaumont no renunció á sus proyectos de venganza, y fué condenado á una multa de 100 libras esterlinas y á 200 para responder de las costas del juicio; y como no pudo entregar dichas sumas, hubo de ser encarcelado.

Hay que advertir que el capitán Ellison, cuando recibió la carta de desafío, se encontraba enfermo en el hospital, y el reto fué á parar á manos de la justicia.

El conde de Cardigan, teniente coronel del 10 regimiento de dragones de Inglaterra, dió en Brighton, en el mes de Agosto de 1840, un brillante sarao. Había invitado, según su costumbre, á la mayor parte de los oficiales de húsares de guarnición en la ciudad. Una señora, joven y bonita, demostró su extrañeza al no ver entre los invitados al capitán Reynolds, y el conde le respondió:

—Señora, el capitán Reynolds no figura entre las personas que yo recibo.

El capitán, al enterarse del dicho, escribió una carta pidiendo explicaciones al teniente coronel. El conde de Cardigan consultó á sus amigos, que declararon que la disciplina prohíbe el duelo entre un oficial superior y uno subalterno, aunque pertenezcan á diferentes regimientos.

El capitán Reynolds insistió y escribió carta sobre carta. Cardigan dió parte al príncipe Alberto, que además de marido de la reina, era coronel del regimiento de húsares. El príncipe transmitió toda aquella correspondencia al generalísimo del ejército. El general en jefe, en vez de convocar un consejo de guerra, arrestó directamente al capitán Reynolds. Este protestó y pidió ser juzgado regularmente.

Así estaban las cosas, cuando sobrevino un incidente que excitó en sumo grado el interés de la prensa inglesa. El señor Harvey Tuckey, teniente de dicho regimiento de húsares, tomó la defensa de su compañero, y publicó en el *Morning Chronicle*, con la firma de *Un veterano*, un artículo que le pareció injurioso para su honor al conde de Cardigan.

Esta vez la diferencia de grados no impidió el duelo; se verificó á pistola, y al segundo disparo el teniente Tuckey fué herido por una bala que le fracturó una costilla.

El capitán Reynolds fué condenado por el consejo de guerra á la pérdida de destino. En cuanto al conde de Cardigan, la Cámara de los Lores le absolvió por unanimidad.

Un joven de Edimburgo, que soñaba con tener bigotes, dijo á uno de sus amigos, que los tenía magníficos, que le indicase su secreto.

—Nada más fácil—respondió el otro;—me he procurado un bote de pomada hecha con la grasa de un so-

berbio león muerto en el Parque Zoológico de Londres; todavía me queda la mitad, que pongo á su disposición.

El imberbe joven acepta gozoso el ofrecimiento, y el mismo día recibió un bote casi lleno. Inmediatamente se da una untura, y al cabo de unas horas comienza á sentir en el labio una picazón y un ardor irresistibles. Era, sin duda, que la pomada producía su efecto. Pero ¡oh sorpresa! en lugar de ver que aumentara el vello, observó que la epidermis se le estaba levantando y aparecían algunas pústulas. La pomada del león era sencillamente una especie de cantárida; el jovenzuelo se puso furioso y provocó á su pérfido amigo. Dos compañeros de diversiones de los dos campeones fueron testigos del combate, que debía concluir con la muerte del ofensor ó del ofendido; un estudiante de Medicina se encontraba allí, dispuesto á prestar sus servicios.

El duelo se verificó á pistola, á veinticinco pasos. Los adversarios hicieron fuego al mismo tiempo. El aficionado á los bigotes sintió un golpe en el costado derecho y exclamó:

—¡Estoy herido! ¡estoy herido! ¡Soy muerto!...

El estudiante aplicó en la herida un pañuelo, que en seguida se manchó de sangre. El vencido, al verlo, se desmayó, y el vencedor echó á correr para sustraerse á la severidad de la jurisprudencia inglesa contra el duelo. Únicamente los testigos no perdieron la cabeza y se echaron á reír á carcajadas. Todo había sido un juego. Las balas eran de corcho, y el estudiante de Medicina había llevado al efecto un pañuelo manchado de sangre. Los jóvenes se reconciliaron por completo.

En 1845 los partidarios de la unión entre la Gran Bretaña é Irlanda formaban dos bandos diferentes: uno, bajo el nombre de la Vieja Irlanda, obedecía á la voz de O'Connell; los otros se titulaban la Joven Irlanda.

En la sesión del 20 de Septiembre, el señor Shea Lawlov, que pertenecía á la Joven Irlanda, se expresó en términos bastante acerbos al hablar de O'Connell. Este no estaba presente, pero su hijo Juan O'Connell defendió con calor á su padre, y á propuesta suya el señor Lawlov fué llamado al orden.

Lawlov escribió varias cartas á Juan O'Connell, que fueron consideradas por éste como una provocación al duelo, y en su consecuencia denunció al primero á los tribunales de Dublín, que le condenaron á cuatrocientas libras de multa.

Un duelo que hizo gran sensación en Inglaterra fué el que se verificó en 1852 entre Cournet y Barthelemy.

Cournet, que por razones políticas se había visto obligado á alejarse de Francia, había llegado á Londres con un paquete confidencial para Barthelemy. Inquirió en seguida lo que hacía el último, y como le dijeron que tenía una casa de mala fama, se contentó con enviarle el paquete. Además, cada vez que le encontraba en la calle le demostraba el mayor desprecio.

De aquí el funesto lance del 19 de Octubre.

Los dos adversarios fueron colocados á una distancia de cuarenta pasos. Cournet tiró, sin dar á Barthelemy, el cual exclamó:

—Todavía es tiempo de que se retracte usted, y todo se arreglará.

—No—respondió Cournet,—no me retractaré en este momento; sería una cobardía; veremos después.

Cournet cayó muerto de un balazo.

Barthelemy y sus padrinos fueron detenidos, así como los del desgraciado Cournet. El primero se negó á responder á las preguntas que le dirigieron, y lo mismo hicieron sus padrinos. En cuanto á los otros, depositaron en manos de la justicia el siguiente escrito:

«Cualesquiera que sean las consecuencias de la ley inglesa contra el duelo (que yo ignoraba), declaro que he sido padrino del señor Cournet el 19 de Octubre; que mis obligaciones para con él y la sincera amistad que le profesaba no me permitían que me negase á acompañarle en aquel fatal lance. Era mi mejor amigo; apreciaba yo en él tantas buenas cualidades, que hice cuanto pude para evitar el lance; pero me era preciso obedecer á las leyes del honor y á las de la amistad y á los usos del duelo en Francia. Aunque hubiese de permanecer encarcelado todo el resto de mi vida, no revelaría el nombre del adversario del señor Cournet.

»Ahora que conozco la ley inglesa, el honor me veda el mencionar el nombre del adversario, si no quiere ó no puede nombrarse él mismo; estoy prisionero, pero jamás saldré de la cárcel mediante una declaración que repugna á mi carácter y á mis costumbres.

BARONNET

»Me adhiero á esta declaración; está completamente de acuerdo con mis sentimientos.

ALLAIN».

Los periódicos ingleses tributaron grandes elogios al difunto; alababan su carácter tan recto y caballeresco. Uno de ellos publicó esta nota, que le fué comunicada por un amigo íntimo de Cournet:

«No tenía más que diez y ocho años cuando él y seis hombres, tripulando una chalupa, se apoderaron de una fragata española en el Tajo. Tan brillante hecho de armas, que le hizo correr los mayores peligros, le valió el ser condecorado con la Legión de Honor. Antes de haber cumplido los veintiún años fué nombrado teniente de Marina por el almirante Roussin, ministro de Marina en tiempo de Luis Felipe».

Cournet había formado parte de la delegación enviada á Londres para representar á Francia en la coronación de la reina Victoria. La soberana se acordó de ello, y envió uno de sus coches al entierro de Cournet, en el que figuró una multitud numerosa y con tristada.

He aquí el veredicto que se pronunció, en Marzo de 1853, contra Barthelemy y los padrinos.

El presidente, míster Coleridge, volviéndose hacia ellos, les dijo:

—Estáis convictos del crimen de homicidio, tras una larga y concienzuda averiguación; y ahora mi deber es pronunciar la pena en que habéis incurrido. Como extranjeros, tal vez no conozcáis suficientemente la ley de este país contra el duelo, y debo también considerar que habéis pasado ya más de cinco meses en la cárcel. Estas circunstancias me inclinan á pronunciar una sentencia mucho menos severa de lo que hubiera sido en otra ocasión. Os condeno, pues, á que paséis todavía otros dos meses en la cárcel.

Barthelemy no debía sobrevivir mucho tiempo á Cournet.—Sabido es que fué ahorcado y por qué causa.

IV

BÉLGICA Y HOLANDA

Jacotin Plouvier y Mahuot.—Carlos V y el conde de Boussu.—El marqués de Breanté.—Veinte contra veinte.—El señor Th*** y los tres hermanos de la señorita W***.—Gendevieu y Rogier.—Dos capitanes.—El barón de Tornaco y un capitán holandés.—Dos suboficiales.—Un testigo que no yerra el blanco.—El capitán Van Bolhuis y Van Lith.—Kant y Dutilleux.

Entre los numerosos duelos judiciales que afligieron á estas comarcas, el más monstruoso es el que se efectuó en 1455, entre un burgués de Tournai, Jacotin Plouvier, y un comerciante, Mahuot Cocquel. Este había matado á Felipe Gardin, pariente de Jacotin, que le negó su hija al matrimonio. Después se retiró á Valenciennes.

Jacotin, enterado del lugar en que se había refugiado Mahuot, acudió inmediatamente á la justicia y le acusó de haber muerto á traición á Gardin.

El combate se fijó para el 21 de Mayo de 1455. Felipe el Bueno y su hijo el duque de Charolais asistieron.

A las nueve de la mañana entraron los campeones en la lid. El magistrado les tomó juramento: Jacotin juró sobre los Evangelios que su acusación era justa. Mahuot afirmó que Jacotin era un impostor villano. En seguida el preboste de la ciudad, arrojando el guante de Jacotin, exclamó:

—Cumplid con vuestro deber.

Los campeones comenzaron á atacarse. Mahuot co-

menzó por dar un sablazo en los ojos de Jacotin, y mientras éste trataba de recobrar la vista, le dió en la cabeza un golpe capaz de finiquitar á un buey. Jacotin no retrocedió ni un palmo. Se precipitó á su vez sobre Mahuot y le derribó. Teniéndole debajo, le hundió el sable en los ojos, le mordió las orejas y le aplastó el rostro á puñetazos.

Felipe el Bueno no pudo permanecer como espectador impasible de una escena tan horrorosa. Despachó á uno de sus oficiales para que pidiese al magistrado que se concediese gracia á aquel infeliz; pero el magistrado alegó los derechos de la ciudad. Y Jacotin continuó aplastando á su adversario y arrancándole con los dientes y las uñas tiras de carne. Después, como la multitud comenzara á compadecerse, le tapó la boca con puñados de arena y le volvió de cara contra tierra. Mahuot había logrado, en un postrer esfuerzo, cortarle un dedo con los dientes. La rabia de Jacotin aumentó con esto, y comenzó á saltar sobre Mahuot á pie juntillas, diciéndole:

—Ríndete, traidor, asesino, y confiesa el hecho; reconoce que mataste á traición á mi pariente.

—Lo confieso—respondió Mahuot.

—Habla alto, traidor, para que puedan oírte.

—Lo confieso, lo confieso—replicó Mahuot.

Después, volviéndose hacia el lugar en que estaba el duque, exclamó:

—¡Oh monseñor de Borgoña! Os serví bien en vuestra guerra de Gante. ¡Oh monseñor, os pido gracia! ¡Por Dios, salvadme la vida!

Intercedieron de nuevo cerca del magistrado, pero tan en balde como la primera vez.

Jacotin terminó su obra asestando cuatro bastonazos en la cabeza á Mahuot. Hecho esto, le cogió por los pies y le arrastró fuera del parque. Hasta llegó á recobrar el

conocimiento y pudo ser confesado. Murió perdonando á su verdugo, el cual fué llevado en triunfo al Palacio municipal.

En 1554, Juan de Henin-Lietard, señor de Boussu, en ocasión de encontrarse en un baile de máscaras de la corte de Carlos V, en Brujas, desafió para el día siguiente á una máscara que no había cesado de perseguirle con sus bromas.

—Acudiré á la cita—contestó el bromista.

Juan de Henin se encontró en el lugar de la cita con un caballero armado de pies á cabeza, que le esperaba, y el cual, levantando la visera de su casco, dijo:

—Ya os dije, conde de Boussu, que me encontraríais.

El conde se quedó petrificado: el caballero era nada menos que el mismo emperador. Henin cayó á los pies del soberano y le suplicó que, en memoria del honor insigne que le había concedido, le concediese llevar en su escudo como divisa las palabras con que le recibiera, lo que le fué concedido.

Poco tiempo después de la toma de San Andrés por el príncipe Mauricio de Nassau, el marqués de Breanté, capitán de un escuadrón al servicio de los Estados, tuvo una cuestión con un teniente de una compañía á las órdenes del gobernador de Bois-le-Duc. Este teniente se llamaba Lekerditkem. Breanté le envió un cartel de desafío «de cinco contra cinco, diez contra diez ó veinte contra veinte». Se convino en que se batieran veinte contra veinte. El campo quedó por Breanté, y en el combate murieron Lekerditkem, un hermano suyo y cinco de sus hombres. El gobernador de Bois-le-Duc ordenó después que Breanté y su primo fueran condenados á muerte, cumpliéndose la sentencia.

En 1667 se publicó en Bruselas un edicto que de-

claraba á los duelistas reos de lesa majestad divina y humana, y declaraba contra ellos la confiscación de cuerpo y bienes. Estas disposiciones suprimieron un tanto el duelo.

El hijo de un oficial general francés, que se distinguió en las guerras de sucesión de España, el marqués de Th***, de guarnición en Brujas, hacía la corte á la señorita de W***, de extraordinaria belleza, la cual tenía tres hermanos, dos de ellos militares. La señorita de W*** se enamoró excesivamente del marqués, hasta el punto de que un visible embarazo hizo pública la ligereza de su conducta. El marqués se negó á casarse, y al poco tiempo el regimiento donde servía recibió la orden de marchar. No había andado tres leguas, cuando le alcanzó el mayor de los hermanos W***. Sin decir palabra se internaron en un bosque próximo; y algunos minutos después, Th*** continuaba su camino dejando muerto á su adversario.

Algunos meses después, encontrándose en Bayona, fumaba tranquilamente á la puerta de su casa, cuando vió bajar de una silla de postas al segundo de los hermanos, que se dirigió hacia él.

—Sé á lo que viene usted—le dijo,—y estoy dispuesto á seguirle.

Fueron á batirse á orillas del Adour, y el marqués se desembarazó del segundo lo mismo que del primero.

Permaneció dos años sin volver á oír hablar del asunto.

Obligado á pedir el retiro por una de esas afecciones del pecho que no perdonan, había ido á morir á su castillo, á una legua de Belley. Una mañana le anunciaron la visita de un extranjero: era el tercer hermano.

—Conozco el motivo de su viaje—dijo Th***;—pero no valía la pena de incomodarse: antes de poco la natu-

raleza me habrá hecho, sin ningún peligro para usted, todo el mal que pueda usted desearme.

—Únicamente yo estoy encargado de mi venganza— respondió el joven con arrebató.

El marqués pidió su espada y, apoyándose en el brazo de un criado, se arrastró penosamente hasta la linde del bosque. Atacado con viveza, se enredó, al romper, en unas malezas, y cayó al suelo.

—Levántese usted— dijo W***;—yo he venido á combatir y no á asesinar.

Th*** quiso terminar la lucha; pero W*** se opuso. Continuó el lance, y W*** cayó atravesado por una estocada.

El marqués no le sobrevivió más que tres semanas. Y se cuenta que la señorita W***, enriquecida con la muerte de sus tres hermanos, encontró á un noble tronado que le pareció muy bien el restaurar sus escudos con la fortuna de ella (1).

La pasión del duelo se reanimó en Bélgica, sobre todo después de la revolución de 1830.

En 1834, el capitán de artillería Pariset reprende con viveza á uno de sus tenientes, que cometió la falta de no saludarle. Éste, molesto por el tono del capitán, le provoca. Pariset se niega á batirse con su inferior. Otro capitán toma la defensa del teniente, y queda concertado el lance. Pariset cae herido mortalmente de un pistoletazo.

Á fines del mismo año se efectuó un lance entre un capitán holandés y el barón de Tornaco.

El primero muere de un balazo en la cabeza.

El 19 de Julio de 1836, en Amberes, se baten con encarnizamiento un sargento del regimiento número 11 y un cabo del 8. Ambos salieron gravemente heridos.

(1) Brillat-Savarin: *Estudio histórico del duelo.*

Escribían de Bruselas con fecha 20 de Febrero de 1837:

«Un duelo que debía haberse verificado ayer por la mañana, terminó de una manera bastante cómica. Á consecuencia de una disputa por un motivo sin importancia, decidieron batirse dos jóvenes de esta ciudad. Acompañados por sus padrinos, que en vano habían tratado de reconciliarlos, acudieron al lugar designado. Por la noche había llovido bastante y el suelo estaba muy resbaladizo. De pronto los dos adversarios dan un mal paso y caen al mismo tiempo.

»—Señores—exclama en seguida uno de los padrinos,—me parece que el asunto debe darse por terminado, porque los dos adversarios han caído sobre el terreno.

»Y en efecto, terminó el lance, y todos se fueron á almorzar á uno de los principales restaurants».

En Mayo de 1841, el profesor Van Bolhuis se quejó al comandante de la Escuela militar de Breda, de que cuando entraba en la sala en que daba sus lecciones, parecía que los oficiales de la escuela de equitación se burlaban de él al saludarle. El comandante dijo que tal vez estaba equivocado y prometió observar el hecho. Dos meses después, el profesor Van Bolhuis, creyendo tener nuevos motivos de queja contra los oficiales de la escuela de equitación, se dirigió á la clase acompañado de un capitán, á fin de tener una explicación. El profesor dijo en seguida con mucha calma que deseaba hablar con uno de aquellos señores, á los que no conocía.

Entonces el teniente Van Lith, de Gende, tomó la palabra en nombre de los oficiales; respondió al profesor que tampoco él le conocía y que no lo deseaba. En la conversación que siguió, se quejó al profesor por su descortesía y por la costumbre que parecía haber tomado de no contestar cuando le saludaban. Van Bolhuis se excusó de esto alegando que era corto de vis-

ta. Van Lith puso fin al diálogo diciendo al profesor:

—Si esta explicación no le satisface, puede usted pedir otra.

Van Bolhuis, considerando esta frase como una provocación, replicó:

—Está bien.

Y quedó concertado el lance á pistola. El profesor recibió un balazo y quedó muerto en el terreno.

Una noche del mes de Julio de 1843, el señor Kant, teniente de artillería, al salir de su casa con un amigo, fué apostrofado por el señor Dutilleux, de Namur, de esta manera:

—Quisiera saber por qué me mira usted de un modo tan insolente.

—Ni siquiera le he visto á usted, caballero—respondió Kant con moderación.

Pero como el señor Dutilleux repitiera varias veces la palabra insolente, quedó concertado un duelo.

Las condiciones fueron que se batirían á sable con punta y filo.

Al segundo asalto, el señor Dutilleux, al tirarse á fondo, se atravesó él mismo. El médico declaró que la muerte había sido instantánea porque el sable le perforó un pulmón.

El duelo en Bélgica está regido por una ley especial, de fecha 1841, cuyas principales disposiciones son las siguientes:

«Cuando uno de los combatientes haya dado muerte á su adversario, el culpable será castigado con uno á cinco años de cárcel y una multa de 1.000 á 10.000 francos;—los testigos serán castigados con prisión de un mes á un año y multa de 100 á 1.000 francos».

El Código holandés no pronuncia la palabra *duelo* más veces que el Código francés.

ITALIA

Adalulfo y Pitou.—Luitprando.—Carlos de Anjou y Pedro III.—Un gentilhombre caprichoso.—El caballero Bayardo y don Alonso de Sotomayor.—El puente del Po, en Turín.—Amadeo V y Humberto II.—Un gentilhombre que burla á un rey.—El conde de Dolgorouki y el barón Durand de Mareuil.—El general Excelmaus y el conde de Beckendorf.—Lamartine y Gabriel Pepe.—Buonx y Liguani.—Un enigma.—Un abogado y un oficial.—Antonio Morani y Baltasar Bonfiglio.

Contentémonos con remontarnos al año 626. «La reina Gundeberga, esposa de Kharoaldo, rey de los lombardos, princesa llena de virtudes, de gracias y de belleza, había arrojado de su presencia á un lombardo llamado Adalulfo, que se atrevió á proponerla el adulterio. Este, en su despecho, fué á denunciarla al rey y le dijo que ella quería envenenarle para casarse en seguida con el duque de Tason, su amante. Kharoaldo, harto crédulo, desterró á su esposa y la mandó encerrar en una torre, aunque ella fuera pariente de los reyes francos. Pero un enviado de Clotario dijo á Kharoaldo: «Podrías poner fin á semejante escándalo. Ordena que ese hombre que te ha dicho tales cosas se presente armado, y que otro hombre, que defienda á la reina, se bata con él en singular combate, á fin de que el juicio de Dios se pronuncie entre los dos campeones y haga conocer si la reina Gundeberga es inocente ó culpable». Habiendo

agradado la proposición á Kharoaldo y á los príncipes lombardos, invitó á Adalulfo á que se armase para combatir, y un primo de Gundeberga, llamado Pittou, se apercibió á la lucha. Pelearon, y Adalulfo fué muerto por Pittou. Se levantó en seguida á la reina el destierro que sufría hacía ya tres años, y volvió á ocupar el trono».

En 743, Luitprando, no pudiendo abolir el duelo judicial, le quitó su carácter de expoliación: el vencido dejó de incurrir en la pérdida de sus bienes.

En el siglo XIII, á la muerte de Federico II, la sucesión al trono de Nápoles suscitó interminables quere-llas. Carlos de Anjou, hermano de San Luis, que se había apoderado de la corona, fué desafiado por Pedro III de Aragón. «Empleó, dice Meseray, una ruin estratagemma, que le valió el quedarse con la Sicilia á costa de su honor. Ofreció á Carlos el ventilar la cuestión mediante un combate de sus personas, acompañados cada uno por cien caballeros escogidos. Carlos, más bravo que prudente, aceptó el desafío, á pesar de los consejos y reiteradas prohibiciones del Papa. El rey de Inglaterra, pariente de ambos, les aseguró el campo en Burdeos. Se fijó el día para el 1.º de Julio de 1282, y, ante la palabra de un pérfido, Carlos levantó imprudentemente el sitio de Mesina, y concedió la tregua que su enemigo debía aprovechar. Sin embargo, el Papa lanzó todos sus rayos sobre la cabeza del aragonés, le excomulgó y le degradó de su realeza. Pero Pedro estaba bien preparado, y para burlarse del Papa hizo que le llamasen *El caballero de Aragón*.

Llegado el día del combate, Carlos entró en el campo con cien caballeros y permaneció en él desde que salió el sol hasta que se puso. El aragonés no parecía; pero á la noche llegó en silla de postas, y yendo á ver al senescal de Burdeos, hizo constar que se había presentado y le dejó sus armas en testimonio. Hecho esto, se retiró

más que de prisa, fingiendo que tenía alguna sorpresa por parte del rey de Francia. ¡Hermosa acción, digna de un príncipe, á quien sus súbditos han dado el nombre de Grande!»

Las hostilidades, con motivo del trono de Nápoles, continuaron durante cerca de dos siglos entre las casas de Anjou y de Aragón.

Entonces, lo mismo que hoy, Nápoles era la ciudad de Italia que más duelos registraba.

«He aquí, dice Brantome, un hombre que se bate contra tres, tal como lo he oído contar en Nápoles á un caballero absolutamente veraz. Un gentilhombre, retado por otro, acudió solo al terreno, y se encontró á su adversario acompañado de dos amigos. Mató á su enemigo, y al querer retirarse le dijo uno de los acompañantes del difunto:

»—Poco á poco; me desagradaría mucho no vengar la muerte de mi amigo.

»A lo que el otro respondió fríamente:

»—Si no es más que eso, consiento.

»Y el caballero le mató también lealmente.

»—En verdad que si no estáis cansado—dijo el tercer amigo,—me alegraría quitaros parte de vuestra gloria; pero dejemos el lance para mañana.

»—No estoy cansado—replicó el caballero,—y estoy dispuesto á batirme en el acto.

»Y el napolitano hizo con el tercero lo que había hecho con los otros dos».

Mientras el ejército francés, enviado por Luis XII para dominar el Milanesado, se encontraba en La Pulla, Bayardo derrotó una partida española y se apoderó de don Alonso de Sotomayor. Le dió por prisión una de las mejores habitaciones del castillo, y al día siguiente, yendo á visitarle, le dijo:

—Señor don Alonso, sé que sois de buena casa y elevada alcurnia, y además que vuestra persona goza de merecido renombre, por lo que he resuelto no trataros como prisionero; así, pues, si me dais palabra de no salir de este castillo sin mi autorización, podéis disponer de todo él á vuestro antojo.

Quince días después se evadía, pero para ser cogido de nuevo sin tardanza. En esta ocasión le encerraron en una torre, pero con todas las consideraciones debidas á su categoría. Lo que no impidió que, una vez pagado su rescate, dijese á sus compañeros:

—No sé si habrá sido por orden de Bayardo; pero sus gentes no me han tratado como á caballero.

Enterado Bayardo de lo dicho por Sotomayor, le escribió:

«Señor don Alonso: He oído decir que al salir de mi prisión os habéis quejado de que no se os ha tratado como á caballero; como sabéis lo contrario, y vuestras palabras son deprimentes para mí, os ruego que os retractéis de ellas y confeséis, como es de justicia, el buen trato que habéis recibido... Y si os negáis, os declaro que estoy dispuesto á desmentiros á pie ó á caballo, con las armas que gustéis; y adiós».

Sotomayor contestó que aceptaba el combate.

El día señalado y en el punto convenido se presentó Bayardo, aunque estaba enfermo, «montado en un brillante corcel y vestido de blanco». Envió á Sotomayor un mensajero para anunciarle que le esperaba. El español contestó que, como tenía la elección de armas, prefería batirse á pie.

Sotomayor sentía haber llevado las cosas demasiado lejos, y esperaba vencer más fácilmente á pie á un adversario enfermo.

Bayardo replicó que como gustase.

Después mandó preparar el campo. Se colocó en uno de los extremos, y cuando vió llegar á su adversario, se arrodilló, rezó una oración, besó humildemente el suelo y después se levantó, dirigiéndose resueltamente al encuentro de don Alonso.

—*Señor de Bayardo, ¿qué me queréis?* (1)—preguntó el español.

—Quiero defender mi honor.

Y se precipitaron uno sobre otro sin más palabras.

Tras largo y empeñado combate, Bayardo dió una estocada en el cuello á don Alonso, el cual, sintiéndose herido de muerte, soltó el arma y se lanzó sobre el caballero para luchar cuerpo á cuerpo. Bayardo consiguió empuñar su puñal y dijo á don Alonso:

—Rendíos, señor Alonso, ó sois muerto.

Pero Sotomayor había ya muerto, por lo que su padrino, don Diego de Quiñones, exclamó:

—*Señor Bayardo, ya es muerto y vencido habéis* (2).

El príncipe de Malfe-Caraccioli, que gobernó en Italia en nombre de Francisco I desde 1545 á 1550, no pudiendo moderar con reglamentos la fiebre de lances que reinaba, recurrió á uno de esos procedimientos que nunca fallan. El puente del Po, en Turín, era el lugar más frecuentado de los duelistas. El gobernador fijó la baranda como el único punto en que pudiera combatirse,—con prohibición de prestar socorro á los que se cayeran al río, aunque fuese perdiendo el equilibrio.

También menudeaban los lances en Saboya. Aquí el ejemplo lo daban los de arriba.

Amadeo V, llamado el Grande, retó á Humberto II, delfín del Vienésado, el cual contestó al heraldo de armas:

(1) En castellano en el original.

(2) Idem.

—Amigo, di á tu amo que la virtud de un príncipe no consiste en la fuerza corporal, y que si quiere alabarse tanto de ser fuerte, musculoso y robusto, le contesto que cualquier toro de los que poseo es más fuerte que él; por lo que, si quiere probarlo, se lo enviaré.

En los Estados Pontificios el duelo es desconocido; el gobierno del Papa tiene por lo menos eso de bueno.

Hubo en Nápoles, en 1812, un doble encuentro originado por una cuestión de etiqueta. Fué con motivo de la recepción dada por el rey Murat el día de Año Nuevo. El embajador de Rusia, el conde de Dolgorouki, pasó delante del barón Durand de Mareuil, embajador de Francia, á quien correspondía pasar primero, como embajador de familia. Este provocó al conde. Al mismo tiempo el general Excelmaus, entonces coronel al servicio de Nápoles, para vengar también el insulto inferido á Francia, desafió al conde de Beckendorf, primer secretario de la embajada rusa. Los cuatro adversarios se batieron á espada. Los embajadores resultaron con heridas leves. Pero el conde de Beckendorf fué atravesado por una estocada.—La herida era gravísima, pero no mortal.

Lamartine acababa de publicar su *Último canto de la peregrinación de Harold*, en el que se encuentran estos versos, puestos en boca de Byron:

«Je vais chercher ailleurs, pardonne, ombre romaine!
Des hommes et non pas de la poussiere humaine».

Dejemos hablar á un poeta que ha escrito un libro elocuente, titulado *¿Es Italia la tierra de los muertos?*

«Tengo á la vista, dice Marimonnier, una carta suya (de Gabriel Pepe) inédita, autógrafa, fechada en Florencia el 21 de Marzo de 1826 y dirigida á su hermano, Carlos Pepe, escritor distinguido. Puedo, pues, referir oficialmente esta historia; y como se refiere á uno de

los primeros hombres de Francia, me dispensarán que me extienda.

»Lamartine escribió algunos versos contra Italia en su *Último canto de Childe Harold*, y algún tiempo después vino á Florencia como secretario de legación. Le acogieron mal y quisieron publicar artículos contra él; pero el gobierno se opuso, no atreviéndose á dejar que se atacase á un diplomático. Gabriel Pepe publicó en aquella época un folleto sobre este verso del Dante:

«Poscia fin che il dolor poté il dignino».

»Y en el folleto deslizó la siguiente frase: «Ese poetaastro del *Último canto de Childe Harold*, que se afana en suplir la inspiración poética que le falta y las ideas dignas de esa inspiración con ataques á Italia, ataques que calificaríamos de injurias si, como dice Diómedes, pudiesen herir los dardos de los débiles y de los cobardes».

»La frase pasó inadvertida para los censores; pero Florencia aplaudió, y el ilustre ofendido prestó atención.

»Algunos días después de la publicación, dice Gabriel Pepe, Lamartine me escribió para preguntarme si el verso de Homero, citado por mí, aludiéndole, era un ataque á su poesía ó á su persona. Yo respondí que muchas cosas indiferentes dejan de hacerse por un caballero cuando parece que alguien se las exige. Me negué, pues, á dar explicaciones. A aquella carta siguió otra que renovaba la petición, y yo reiteré mi negativa. Por fin en una tercera me pidió una entrevista. No pudiendo negarme á ello, le hice saber que estaba visible en mi casa todos los días hasta la una de la tarde. Vino, en efecto, el 13 de Febrero. Yo le recibí con toda la cortesía posible...

»...Me pidió de viva voz aquella explicación. Le con-

testé que, habiéndosela negado por escrito, le daría de mí una idea poco lisonjera si se la ofrecía verbalmente. Entonces añadió que se veía obligado á reclamarla con las armas en la mano. A esta proposición respondí que siempre estaría á sus órdenes. Como quisiera batirse aquel mismo día, yo me negué, porque cojeaba un poco, á causa de haberse caído del caballo el día anterior... «Cúrese usted bien, le dije, y esté usted seguro de que no saldré de Florencia sin advertirle, aunque me llamen á mi país por la estafeta». Se rindió á mis razones y se despidió.

»Aquí comenzaron para mí las dificultades. La más seria era la del padrino. En un país como Toscana, en donde hay tanta severidad para el duelo, me hubiera sido difícil encontrar un súbdito toscano para que me acompañase al terreno. En cuanto á los napolitanos refugiados aquí que me hubieran acompañado gustosos, no quería yo exponerles al peligro de una expulsión. Todo esto me tenía, por consiguiente, muy molesto. Añádase que la policía, habiendo tenido sospechas, me invitó la noche del 18 á que me presentara en sus oficinas el 19 á las once de la mañana.—Mi situación, me dije, no puede sino empeorar con esto; semejante cita no puede tener por causa sino el lance ya resuelto. Si me bato después de haber recibido la orden de presentarme, tengo la seguridad de que será un hecho lo que hasta aquí ha sido dudoso: mi expulsión de Toscana. Pero no es posible retroceder. Se creería en seguida que yo había advertido á las autoridades para evitar el lance.

»Corrí, pues, á casa de Lamartine, que estaba ya completamente restablecido. Resolvimos batirnos en la mañana del 19, antes de las once. Le confíé mi embarazo respecto del padrino y mi deseo de no comprometer á nadie.

»El de usted—añadí—será el mío. Tengo una opinión harto elevada de los franceses para temer jamás por parte de ellos una superchería; y tengo también bastante confianza en mí para no tener miedo, ni contrados». Lamartine se empeñó en desear la presencia de un cuarto. «Elíjale usted mismo, y le aceptaré como elegido por mí». Entonces me indicó é hizo que llamase á un tal Villemil, al que yo no conocía y á quien vi aquel día por primera vez. Heme aquí, pues, querido hermano, un poco arriesgadamente entre tres desconocidos, no italianos, y de los cuales uno no era ciertamente mi amigo, puesto que conmigo iba á batirse; solo, en fin, y sin tener siquiera el alfiler de mi corbata para parar los golpes. Te digo esta circunstancia porque ha hecho honda impresión en todos, italianos y extranjeros. Los dos padrinos estaban provistos de pistolas y tenían dos espadas. Éstas no eran iguales: se quiso echar á suerte la más larga. Pero tu hermano...»

Hay en esta carta cierta fanfarronería; pero no por eso es menos verdad lo que en ella se dice; es un militar que habla en familia, sin circunloquios.

«...Pero tu hermano coge la más corta sin esperar el sorteo, la empuña y cae en guardia.

»Después de algunos segundos de combate, el adversario recibía un puntazo en el brazo derecho. Le pregunté si estaba satisfecho; me respondió que lo estaba; arrojé en seguida la espada y vendé su herida con mi pañuelo. Después regresamos á la ciudad y cada uno á su casa.

»Pero la policía estaba ya al tanto de todo. Me presenté á la hora señalada, y puedes imaginarte que no la encontré nada suave conmigo. Me arrestó en mi casa hasta nueva orden. Pero la opinión es una fuerza muy temida...»

Y aquí el coronel se extiende con alguna complacencia (habla á su hermano y en una carta que no debfa ser publicada) acerca del efecto producido por su digna conducta. La ciudad entera, el cuerpo diplomático y toda la legación francesa abogaron en su favor. El mismo ministro de Francia, el marqués de la Maisonfort, le envió su carruaje, ofreciéndole un asilo, en caso de necesidad, en el palacio de la legación. El gran duque cerró los ojos, y Gabriel Pepe fué felicitado por la policía. Villemil reunió en un banquete á los adversarios reconciliados...

«Y he quedado amigo de Lamartine. Él también dió una gran comida, á la que no dejé de ser invitado. Debo añadir que publicó un escrito en el que desaprobaba muy noblemente su error con respecto de Italia».

Tal es la historia de ese duelo, que hizo el mayor honor á dos hombres de bien. Lamartine se vengó de su herida, dando á los italianos, como poeta, primero, después como orador, y por último como hombre de Estado, brillantes pruebas de simpatía.

Encontramos en el *Parlamento*, de Turín, una carta de Niza, del 9 de Julio de 1853, que habla de un duelo entre un oficial y un joven abogado. Batiéronse á pistola, á veinte pasos de distancia. El oficial tiró primero, y después el abogado, sin consecuencias al parecer. Los padrinos declararon que el honor estaba satisfecho, y propusieron á los dos adversarios que se abrazaran. Estos aceptaron la invitación, y marcharon á encontrarse. En el momento en que iban á abrazarse, el abogado, señor Airaud, cayó sin conocimiento. La bala de su adversario le había penetrado en el pecho sin que lo notara. Airaud fué conducido al hospital en un estado desesperado.

La legislación sarda contiene disposiciones muy severas contra el duelo.

En los primeros días de Enero de 1854, el Tribunal de lo Criminal de Génova condenó á veinte años de destierro á Antonio Morani, ayudante de la Guardia nacional, por haber matado, en un lance contra otro ayudante de campo, á Baltasar Bonfiglio.—La corte redujo la pena á la mitad.

VI

ESPAÑA Y PORTUGAL

La sultana Zoraida.—Cuatro contra cuatro.—Una cuestión de breviarío.—Ignacio de Loyola.—Edictos contra el duelo.—El general O'Donnell y el brigadier López.—Isnardi y Sartorius.—Dos diputados.—González Brabo y Ríos Rosas.—Dos manolas.—El tribunal de honor de la prensa.

La Colombière, en su *Teatro del honor*, refiere infinidad de hechos de armas ocurridos en la Península y que son de nuestro dominio,—entre otros, un combate de cuatro caballeros españoles contra cuatro zegríes. La tribu zegrí vivía en mala inteligencia con la de los abencerrajes. Ahora bien: uno de aquéllos había acusado á la sultana Zoraida de infidelidad conyugal, y denunciado como su cómplice al abencerraje Aben-Hamet. Este último fué decapitado en el acto, y desterrados todos los abencerrajes. La sultana debía ser quemada viva, si no se presentaba algún campeón para defender su honor ultrajado. Ella llamó en su ayuda á un caballero de la corte de Fernando, Juan Chacón de Cartagena, que acudió con tres de los suyos. El combate se efectuó en la Plaza Mayor de Granada, frente á la Alhambra. La hermosa Zoraida esperaba el resultado en un tablado cubierto de negro levantado frente á una hoguera. Los ocho combatientes entraron en la arena, armados de pies á cabeza. «Comenzaron—dice La Colombière—una batalla

tan descomunal como jamás se vió ninguna parecida, de suerte que los jueces y todos los espectadores estuvieron mucho tiempo sin saber de quién sería la victoria. Pero al fin los valerosos caballeros cristianos, con la ayuda divina, alcanzaron sobre sus enemigos una victoria completa; y habiéndoles herido mortalmente y derribado en tierra, les obligaron á confesar su traición.»

En el siglo XI, Alfonso I de Castilla ordenó un duelo para decidir acerca de la elección de un breviario. El que se usaba en las iglesias de España era el breviario *mozárabe*, cuyo nombre era el de los mozárabes indígenas que, aun bajo la dominación de los moros, conservaron el culto cristiano. Pero en favor de la antigua liturgia estaban el pueblo y el clero de Toledo. Se convino en decidir la cuestión mediante una discusión á mano armada. El campeón de la liturgia mozárabe venció en la lid. Pero el rey no se quiso conformar con eso. Ordenó, pues, una nueva prueba: fueron arrojados al fuego dos breviarios, un ejemplar de cada clase. Las llamas dieron el mismo veredicto que las armas; el breviario romano se consumió, mientras que el mozárabe salió intacto de la hoguera. Se inclinaron ante el dedo de Dios.—¡Qué buenos tiempos eran aquellos para los escamoteadores!

En el año 1165, el rey de Aragón trató de abolir el derecho de guerras privadas, pero el mal persistió. Los caballeros españoles y portugueses continuaron jugándose la vida en campo cerrado. La devoción intervenía en las lides. Los signos de la cruz se mezclaban al manejo de los aceros. Matábanse con ferocidad entre dos *padre-nuestros*.

La fuerza era entonces el argumento por excelencia. —Ignacio de Loyola ofreció un día el combate á un moro que se obstinaba en negar la divinidad de Jesucristo. Quería convertirle por las buenas.

En 1584 se promulgó en España un edicto muy severo contra el duelo. El infante D. Pedro renovó en 1669 tales prohibiciones.

Hoy el duelo ha desaparecido casi por completo de la Península (1).

Dos años después de la muerte de Fernando VII, en medio de la guerra civil que desolaba entonces la Navarra, C. O'Donnell, general de D. Carlos, dirigió el siguiente cartel de desafío al brigadier López, que mandaba una división de la reina Cristina:

«La caballería del ejército de D. Carlos no desea otra cosa que habérselas con la de D.^a Cristina. Pero como las batallas son desiguales, ya por la posición, ya por el número de los combatientes, nosotros, jefes de los dos partidos, podríamos, á ejemplo de los antiguos caballeros, escoger un número igual de soldados y apelar únicamente al valor. Por mi parte, juro por mi honor que no llevaré á mis órdenes sino el número de tropas convenido, y espero que mi enemigo hará lo mismo. Saludo á todos los antiguos compañeros de armas que tengo en el ejército de D.^a Cristina, y les deseo toda clase de prosperidades, fuera de los combates; porque yo no tengo enemigos sino en el campo de batalla».

El reto fué recogido por López. He aquí cómo terminaba una proclama que con tal motivo dirigió á sus tropas:

«Espero únicamente la indicación del lugar de este duelo para conducirnos al combate. La muerte es una noble recompensa para quien tiene sangre española en las venas. Veréis á vuestro frente, en este duelo romántico, á vuestro comandante general».

(1) Adviértase que el autor escribía en el último tercio del siglo pasado.

Tan hermoso proyecto no llegó á efectuarse. Continuaron batiéndose como antes.

A consecuencia de una polémica bastante viva entre *El Eco del Comercio*, diario radical, y *El Correo Nacional*, órgano de las doctrinas constitucionales, se efectuó un duelo, en Agosto de 1840, entre Isnardi, uno de los redactores de *El Eco*, y Sartorius, de *El Correo*. El general Infante y un redactor de *El Eco* fueron los padrinos de Isnardi; Sartorius fué apadrinado por el coronel Córdova y Las Heras. Isnardi, á quien correspondía la elección de armas, optó por el sable. Los dos adversarios, acompañados por sus padrinos, se dirigieron, á las tres de la tarde, á un campo situado detrás de Vista Alegre, casa de campo de la reina, en los alrededores del pueblo de Carabanchel; se midió la distancia y se echó á suertes la distribución de las armas, pues uno de los sables resultó ser un poco más largo que el otro. La suerte favoreció á Isnardi, al que le tocó el más largo. Los padrinos habían convenido en que el combate continuara hasta que ellos diesen la señal de alto. Después de algunos cintarazos, Sartorius alcanzó á Isnardi dos veces seguidas, infiriéndole en la cabeza dos heridas, una de las cuales revestía cierta gravedad. Los padrinos intervinieron entonces y pusieron fin al combate.

Dos diputados, que habían tenido una explicación algo viva en una sesión del Congreso (1847), se encontraron en el salón de conferencias, y la disputa se hizo más violenta. Uno de ellos desafió al otro, el cual aceptó; pero gracias á la intervención de los padrinos, se arregló el asunto de una manera satisfactoria para ambas partes.

A fines del mes de Enero de 1850, dos miembros de las Cortes, González Brabo y Ríos Rosas, cambiaron dos tiros. El primero recibió un balazo en la ingle.

Dos de esas vírgenes locas que, con el nombre de manolas, representan en Madrid poco más ó menos lo que en París se llama loretas, se disputaban (1851) el corazón y la fortuna de un acaudalado vecino de la capital. La que sucumbió en aquella lucha de seducciones provocó á su rival. Las *madrinas* arreglaron las condiciones del duelo como hubieran podido hacerlo los padrinos más duchos en esta clase de lances. El arma elegida fué el florete.

Tratábase de un duelo á muerte; no debía cesar sino con la muerte de una de las dos manolas.

Las combatientes y las madrinas, después de proveerse de dos pares de floretes, y también de navajas, para suplir á los floretes en caso de que se inutilizaran, montaron en dos carruajes para dirigirse al terreno.

Pero al pasar por la Puerta de Toledo, dos agentes de Seguridad pública las detuvieron y las condujeron á la inspección de policía. Los agentes se vieron en seguida muy perplejos. Uno de ellos, más atento al texto de la ley que un jurisconsulto inglés, dijo que los reglamentos de policía contra los duelos se aplicaban á los hombres, y que el caso no estaba previsto tratándose de mujeres. Con arreglo á esta opinión, que prevaleció, soltaron á las detenidas, pero después de haber obtenido de ellas el compromiso de honor de renunciar al duelo proyectado.

La polémica de los periódicos, en 1855, se apasionó hasta el punto de que el duelo, abolido por las costumbres, parecía que iba á recobrar su antigua boga. Con objeto de evitar aquellos deplorables conflictos, se reunieron los redactores de todas las publicaciones políticas de Madrid, de común acuerdo, para instituir un tribunal arbitral, especialmente encargado de juzgar en todas las cuestiones que, en lo porvenir, se suscitasen

entre ellos con motivo de sus artículos. Se decidió que este tribunal de honor de la prensa estaría formado por cuatro miembros, todos periodistas, elegidos mensualmente por sus compañeros.

Los primeros designados (era para el mes de Abril de 1855) fueron: D. Pedro de la Hoz, de *La Esperanza*; D. Felipe Picón, de *El Clamor*; D. José María Bremón, de *La España*, y D. Cipriano del Mazo, de *El Occidente*. Hubieron de juzgar, en su primera audiencia, un asunto relativo á injurias de que recíprocamente se quejaban los periódicos *El Iris de España* y *La Soberanía Nacional*.

He aquí el fallo que dictaron:

«Considerando: 1.º Que el artículo de *El Iris de España*, que ha sido denunciado, no contiene ninguna ofensa directa contra *La Soberanía Nacional*, sino calificativos duros dirigidos á una persona que, por muy respetable que sea, es ajena al periodismo, y, por consiguiente, no se encuentra sometida á la jurisdicción de este tribunal.

»2.º Que las palabras *torpe* y *villanamente*, de las que se ha servido *La Soberanía Nacional* al hablar de *El Iris de España*, tienen, en su sentido absoluto, una significación injuriosa;

»El tribunal, por unanimidad, declara que el diario *La Soberanía Nacional* ha faltado á las prescripciones y al objeto de la discusión razonable y mesurada, y que, en consecuencia, dicho periódico está obligado á insertar, á título de reparación y sin comentarios, en la parte destinada á los artículos de fondo, el presente fallo, que será publicado también por todos los otros periódicos que tomaron parte en la asamblea que instituyó el tribunal de honor».

Desde esa época las discusiones han cesado de degenerar en duelos.

VII

DINAMARCA, SUECIA, NORUEGA, ISLANDIA, RUSIA, POLONIA

Expediente para igualar el combate entre los dos sexos.—Cristián V.—Gustavo II.—Golpe teatral.—Un hijo de madama de Staël.—Ley absurda.—Los poetas Gunlang y Rafu.—Pedro I.—El general mayor Dolgorouki y el teniente Zass.—Un duelo á cañonazos.—El conde Tolstoi.—El teniente Mieczniakowski y el subteniente Stuart.—El poeta Ponschkine y el barón de Anthes.—Trece contra trece.—El conde Novosilne é Ivan Savatchernick.—Ocho contra uno.—El barón Korf y Nabokof.

El Norte de Germania practicaba religiosamente la máxima de uno de sus reyes, Frothon: «En las disputas, la fuerza es un argumento mejor que las palabras». No se tenía en cuenta ni la edad ni el sexo. «Sería difícil, leemos en la *Revista de Edimburgo*, citar un solo ejemplo del uso de campeón de Escandinavia, á menos que no se admita la autoridad de una balada danesa, en la cual una mujer es justificada por el brazo de su amante de una acusación calumniosa». Una mujer retada por un hombre al combate, estaba obligada á batirse en persona. Se inventó un singular expediente para igualar hasta cierto punto la fuerza de los combatientes. Al hombre le plantaban, por decirlo así, en un hoyo cavado en el terreno, y bastante profundo, para que estuviese metido hasta la cintura. Esto daba una gran ventaja á la mujer, que podía girar en torno de él y pegarle en la ca-

beza con una correa ú honda provista de una gruesa piedra en el extremo. El hombre estaba armado con una maza, y si al tratar de alcanzar á la mujer erraba tres veces, de manera que la maza pegase en el suelo, era declarado vencido.

Cristián V, en el Código de leyes que dió á Dinamarca, no se olvidó del duelo, y penó sin distinción de clases; mientras que el legislador de Suecia, al tratar del mismo asunto, no se ocupó más que de la nobleza, como Luis XIV.

Los duelos fueron muy frecuentes bajo el reinado de Gustavo II, aunque este príncipe mostrase en la represión una gran energía. Un día supo que dos oficiales de su ejército iban á batirse, y se dirigió al lugar de la cita. Los combatientes quedaron petrificados al ver al rey. A pocos pasos de distancia se había elevado una horca, al pie de la cual había un féretro. El verdugo no faltaba en la escena.

—Ahora, señores—dijo Gustavo á los oficiales,—podéis comenzar.

El hijo menor de madama de Staël, que había entrado en 1813 al servicio de Suecia, fué muerto en duelo al comenzar el año siguiente.

«En Noruega—dice Fongeroux de Campigneulles,—el que se negaba á dar satisfacción á un gentilhomme en un lugar en que se cruzaran tres caminos, perdía *su ley* y no podía ya defenderse mediante juramento, ni servir de testigo.»

El mismo autor añade: «Hasta en Islandia, esa *última Thule* de los antiguos, encuéntrase uno el duelo erigido en institución. Arngrimus Josas, astrónomo irlandés, discípulo de Tico-Brae, autor de una historia de Islandia, impresa en 1643, nos hace saber que en otro tiempo se efectuaba el combate en aquella isla en las

controversias de herencias y reparticiones de lotes. El último y más memorable de los duelos de Islandia fué entre dos poetas. Se batieron por la mano de la bella Helga, la de los cabellos rubios, y ambos murieron en el lance. La suerte de estos dos jóvenes amantes excitó la compasión universal, y quedó convenido en una de las principales asambleas populares, y según el parecer de los sabios del país, que en adelante el duelo quedaba completamente abolido.

Pedro el Grande publicó contra el duelo severísimos reglamentos. Anotemos las principales disposiciones:

«El que provoque á su enemigo será ahorcado, aun cuando el duelo no se efectúe.

»Los testigos sufrirán la misma pena si no han hecho todos sus esfuerzos para impedir el combate.

»El que dé una bofetada debe sufrir la pena del Talión en presencia de los testigos del ofendido».

Al frente de la célebre *Instrucción del Código* de Catalina II se lee esta hermosa máxima: «Es preciso que el gobierno se conduzca de tal manera que ningún ciudadano pueda temer á otro ciudadano, sino que todos teman á la ley».

En 1808, el padre de aquel conde Dolgorouki, que se batió en Nápoles con el barón Durand, provocó en Islandia, en donde estaba de general, al teniente general Zass. Este veterano recibió una orden que desbarataba su plan de operaciones, y se negó á ejecutarla.

—Príncipe—dijo Zass á Dolgorouki,—no podemos batirnos en duelo en un momento en que el deber nos llama á ambos al frente de nuestras tropas: sería dar un mal ejemplo á los soldados y una ventaja á los suecos. Pero he aquí lo que propongo: vamos á colocarnos al frente de esa batería sobre la cual parece concentrar su ataque el enemigo. Permanezcamos en ella hasta que

una bala de cañón dé cuenta de uno de nosotros dos.

Así lo hicieron, y al poco tiempo el príncipe caía destrozado.

La destreza del conde Tolstoi era muy conocida: había tenido diez y siete duelos afortunados, si se puede hablar así. Habíase apasionado por el mar, y eligió por domicilio el puente de un navío; ahora bien: un día tuvo un altercado con un oficial de marina, y le desafió. El oficial alegó la habilidad del conde; no quería dejarse matar como un perro. Tolstoi ofreció entonces batirse á pistola, á boca de jarro. El oficial declinó la proposición y pidió ventilar el asunto á la manera de los marineros: cogerse cuerpo á cuerpo y precipitarse al agua. Se vería quién de los dos ahogaba al otro. Tolstoi respondió que no sabía nadar; pero para que no creyesen que tenía miedo, se arrojó sobre el oficial y le arrastró al mar. Se apresuraron á pescarlos, y los izaron vivos á bordo. Pero algunos días después moría el oficial á consecuencia del baño recibido.

En 1834, un teniente, Mieczniekowski, y un subteniente, Stuart, fueron al terreno. El segundo alojó una bala en el ojo derecho del teniente, que cayó sin hacer movimiento.

El 1.º de Febrero de 1834 fué fatal para las letras rusas: es la fecha de la muerte del poeta Pouschkine, muerto en duelo por su cuñado el barón de Authes, hijo adoptivo del barón de Heckezeen.

Escribían desde Tiflis (Georgia) el 5 de Noviembre de 1838:

«Acaba de efectuarse en nuestro país un combate cuyas circunstancias recuerdan los tiempos de la caballería. El príncipe Schnehedeli había raptado á la hija del señor de Boviraki, y la conservaba en su poder sin querer casarse con ella. El padre de la joven, queriendo

vengar aquel insulto hecho á su familia, ordenó á su hijo mayor, Merlik, que provocase al raptor. Este aceptó el desafío, y el 25 de Octubre último, á las doce en punto, se vió llegar á los llanos de Arstana á los dos adversarios, á caballo, acompañados cada uno por doce escuderos, á caballo también, con banderas desplegadas y completas armaduras. El combate se entabló con igual confianza por ambas partes; los combatientes lucharon cuerpo á cuerpo, y yacían ya por el suelo catorce escuderos, cuando Merlik, aunque había recibido otras heridas, logró derribar al príncipe. El vencedor no impuso al vencido otra condición que la de que se casase con su hermana sin dilaciones, lo que el príncipe cumplió á los dos días.

»El gobernador general de Georgia ha amonestado severamente á cuantos tomaron parte en este combate, y les ha hecho saber que no les formaba causa únicamente porque no había resultado ningún herido grave».

El conde Novosiline, capitán del regimiento de la Guardia, se detuvo en 1837 en Porlany, aldea perteneciente á un general de cosacos retirado hacía tiempo del servicio, Savatchernick. Se presentó en casa de este último, y fué recibido con todo el agrado de la hospitalidad eslava.

La familia del general se componía de su mujer, de cinco hijos, oficiales todos ellos en un regimiento de cosacos del Mar Negro; de una hija casada con un capitán, y de otra llamada Isabel, de diez y ocho años.

Los cinco hijos y el yerno estaban siempre en el regimiento.

El conde Novosiline se enamoró de la joven Isabel, que era de una gran belleza. No tardaron en estar en relaciones, y el conde concluyó por pedir al general la mano de su hija.

—Yo no soy más que un viejo soldado—respondió;—lo debo todo á mi sable; no tengo nada que dejar á mis hijos sino mi sable, y la hija de un viejo cosaco debe enorgullecerse con pertenecer á la familia de un noble como usted. Pero debe entrar en ella con la frente levantada y no clandestinamente. Así, pues, no es bastante que usted la quiera; es preciso que su madre de usted consienta.

Novosiline afirmó que estaba cierto de obtener su consentimiento; pero el general insistió para que lo diese por escrito, y Novosiline, después de haber pasado aún algunos días al lado de Isabel, marchó á Moscon.

La madre del conde era viuda. Ejercía sobre su hijo un ascendiente absoluto, y lo hubiera sacrificado todo á sus prejuicios de casta. Mandó á Novosiline que no volviese á pensar en aquella boda imposible, y para tenerle á su lado hizo que presentase su dimisión.

Novosiline inclinó la cabeza, con el corazón traspasado.

Transcurrieron tres meses, é Isabel seguía esperando la contestación prometida. Era víctima de una profunda ansiedad; no había sabido dominarse en el exceso de su amor, y su falta iba á presentarse á los ojos de todos. Corrió á arrojarse á los pies del general, y le abrió su corazón. El anciano no la dirigió ninguna censura; lloró con ella, y escribió al conde una carta en la que le recordaba su palabra. Como el conde no diera señales de vida, mandó venir á sus hijos y á su yerno.

Cuando hubieron llegado, el veterano, con las lágrimas en los ojos, les condujo al lado de Isabel, que acababa de dar á luz un hijo, y mostrándoles la madre y la cuna del niño, les dijo:

—He ahí las víctimas; el seductor se ríe de ellas y de nosotros. Muchachos, hay que vengar á vuestra herma-

na; hay que vengar á ese niño, que es vuestro sobrino; hay que lavar nuestro deshonor con la sangre ó con el matrimonio.

Todos abrazaron á la desgraciada madre y al pobre niño.

Hecho esto, tomaron el camino de Moscou; pero les precedió la noticia de su llegada.

La condesa, asustada, suplicó al general gobernador de Moscou que detuviese á los cinco hermanos y al cuñado. La orden fué ejecutada puntualmente; en cuanto se presentaron los seis oficiales en la ciudad, fueron detenidos y arrestados.

Después de tres meses de detención fueron enviados á su regimiento, con buena escolta y prohibición de que les concedieran la menor licencia.

Los seis oficiales, en vista de esto, resolvieron sortearse para ver quién de ellos presentaba la dimisión y se encargaba de la venganza. La suerte designó al cuarto hermano, Ivan, que partió en seguida para Moscou. En el camino se detuvo en una pequeña aldea perteneciente á la familia Novosiline, y en el comedor de una posada vió la fotografía de un oficial de la guardia. Preguntó quién era y le dijeron que el conde Novosiline. Ivan se fijó en el retrato y después continuó su marcha.

En el momento en que comenzaba á ver los campanarios y torres de Moscou, se encontró con un jinete, en el que reconoció el original del retrato. Se dirigió hacia él en el acto.

—¿Es usted el conde Novosiline?

—Ese soy.

—Yo soy Ivan Savatchernick.

—¿Y bien...?

—¿Quiere usted casarse con mi hermana?

—No puedo.

—Entonces se batirá usted conmigo.

—Con mucho gusto... ¿Tiene usted armas?

—He aquí unas pistolas.

—Pues vamos.

El conde echó pie á tierra, y colocando á su caballo en dirección de Moscou, le dió un latigazo.

—¿Qué hace usted?—preguntó Ivan, viendo al caballo salir al galope.

—Anunciará mi muerte—respondió fríamente el conde,—porque supongo que nos batiremos á muerte.

—Á diez pasos.

—Á tres si usted gusta.

—¿No tiene usted testigos?

—Es inútil, me fío de usted; porque si se conociese aquí este asunto, correría usted el riesgo de hacer un viaje á Siberia... Entremos en ese bosquecillo.

El criado que acompañaba á Ivan cargó las armas, y los dos adversarios, á tres pasos de distancia, hicieron fuego al mismo tiempo: cayeron ambos.

El conde estaba atravesado de parte á parte; el teniente tenía una bala en el pecho.

El último pensamiento del conde fué para su hijo; la condesa, llena de remordimientos, prometió cumplir la voluntad del moribundo (1).

En los primeros días de Mayo de 1849 hallábanse en un café un joven alemán y ocho oficiales rusos; se suscitó una viva discusión política. Los rusos sostenían la excelencia de la monarquía absoluta, mientras que el alemán hablaba en favor del gobierno representativo. Llegaron á los insultos, y el alemán retó á los ocho oficiales. Se convino en que se batirían á pistola, en el Bosque de Praga, al amanecer.

(1) *Gaceta de los Tribunales.*

Los oficiales rusos, según las condiciones establecidas, echaron á suerte el orden en que debían batirse con su adversario.

Al primer disparo, el alemán tumbó muerto á uno de los oficiales rusos; se presentó el segundo, y fué gravemente herido; el tercero corrió la misma suerte; iba el alemán á enténderselas con el cuarto, cuando apareció un destacamento de tropas, que los prendió á todos y los condujo á la ciudadela de Varsovia.

No se volvió á oír hablar del asunto.

Corrió el rumor de que el joven alemán era hijo de un príncipe reinante de Alemania.

En el mes de Marzo de 1860 hubo un duelo á pistola entre el barón Korf, oficial de artillería, y Nabokof, cuñado suyo, en un bosquecillo.

El barón Korf fué gravemente herido en un costado.

El combate tuvo su origen en la vida íntima de familia.

VIII

GRECIA, TURQUÍA, PROVINCIAS MOLDOVALACAS

▲ quién mata más turcos.—S*** y B***.—El boyardo Balsch y el conde Stolberg.

Los griegos no se batían entre sí, como tampoco los turcos. Para encontrar en ellos una apariencia de duelo es preciso remontarse al año 1826. Dos jóvenes suriotas, de guarnición en Misolongui, tuvieron una disputa y salieron para batirse, cuando el más joven dijo:

—Hermano, si eres bravo, no tenemos necesidad de batirnos uno contra otro, y exponernos así á morir con ignominia. Marchemos al enemigo, y allí veremos cuál es el más valiente de los dos.

—¡Sea en buen hora!—respondió el otro.

Y echaron á correr sable en mano hacia el campo de los turcos. El mayor, después de haber matado cinco soldados, cayó herido por una bala. Su compañero, que había derribado á diez, cargó con el herido y se lo llevó, sin otro accidente que un ligero rasguño.

«Nos faltaba el duelo, ese prejuicio feroz, escribían desde Bucharest al *Correo del Domingo* (Febrero 1860), y el duelo ha venido; cierto es que antes, en favor nuestro, ha querido despojarse de la parte siniestra y trágica; ha representado la parodia de sí mismo; ha empleado sables de madera y pistolas de latón; pero he aquí que

de repente, arrojando su careta, el demonio exótico se ha presentado en Baniassa, á media hora de la capital, en pleno día, con su actitud tradicional, su solemnidad acostumbrada. Nada faltaba á lo patético de la escena: ni los contrastes de la edad, del traje y de la profesión de los combatientes, ni el interés febril con que el mundo sigue esas especies de dramas.

»Uno de los héroes de la obra había recibido la terrible afrenta que D. Diego no puede articular sin verter lágrimas de rabia, y que constituye el nudo de la primera obra maestra de Corneille, *¡Una bofetada!* Era un oficial joven, veintitrés años apenas, bajo de estatura, imberbe, casi un niño. El otro, el autor de la afrenta, ex diputado y ex magistrado, era también joven, pero de juventud ya próxima á la edad madura.

»Los dos adversarios están frente á frente; apenas los separan quince pasos, y todavía pueden avanzar otros cinco. ¡Así lo ha querido el ofendido, así lo han convenido los testigos! Y todo por una disputa insignificante, á la salida de un baile de máscaras, por quién tomaba un coche de alquiler. El oficial S*** da algunos pasos apuntando á la cabeza, y tira; falla el tiro. Su adversario tira sin menearse, apuntando ostensiblemente á las piernas; la bala se lleva un jirón del pantalón de S***.

»Se suspende el combate por unos minutos. Dócil á los consejos de sus padrinos, el ofensor consiente en ofrecer sus excusas al ofendido: éste se niega á toda reconciliación, y sus padrinos le alientan en ese camino desesperado. Reanúdase el combate. Se cruzan otros dos disparos sin consecuencias. Nueva parada, durante la cual el doctor M***, á cuyos sentimientos repugna aquella lucha, hace una nueva tentativa de reconciliación.

»Nada puede quebrantar la implacable resolución del

ofendido. Esta vez, la bala del oficial pasa silbando por el oído de B***; la de B*** va á alojarse en un costado de su adversario, que cae mortalmente herido.

»P. S. La bala no pudo ser extraída, declarándose una inflamación, y el desgraciado S*** ha sucumbido después de diez días de horribles sufrimientos.»

En 1855 se efectuó en el mismo país un duelo no menos deplorable.

El boyardo Balsch, que desempeñaba las funciones de director de policía, al volver á su casa por la noche, después de las doce, se encuentra en la escalera al conde de Stolberg. Aquel encuentro inesperado despierta en él la sospecha, é invita al conde á que vuelva á subir á su casa para explicar su conducta en presencia de la señora de Balsch.

El conde de Stolberg se resistió al principio; Balsch, que iba de uniforme, desenvainó y amenazó á su adversario con matarle si persistía en su negativa.

—Usted está armado y es dueño de la situación—replicó el conde;—preciso es, pues, que le siga.

En las habitaciones de la señora de Balsch, la escena fué más violenta. El marido, que se creía ultrajado, concluyó por ordenar á su mujer que abandonase el domicilio conyugal. Ella, presa de la mayor angustia, apenas tuvo fuerzas para dirigirse á casa de su hermano, el príncipe Cortatri-Ghika, ministro de Estado. Una vez solos los dos rivales, Balsch rompió su espada, diciendo:

—No dirá usted que por estar sin armas ha temido algo de mí; pero mañana al amanecer nos veremos fuera de la ciudad, y nos batiremos á pistola.

El conde aceptó la cita, y se separaron para buscar padrinos.

Balsch murió al día siguiente, en el duelo, atravesado por un balazo.

IX

ASIA, CHINA, PERSIA, JAPÓN, THIBET, INDOSTÁN, ÁFRICA, MARRUECOS

Noble emulación.—La caldera de agua hirviendo.—El doctor Malcolmson y el capitán Urquhart.—El alférez de navío Huxam y el teniente White.—Mohamet y Maimón.

En China y en Persia, el duelo es desconocido; el insulto recae sobre el que lo infiere. La ley se encarga de la venganza.

Sabido es cómo los japoneses ventilan sus asuntos: los adversarios convienen en abrirse el vientre al mismo tiempo, y la cuestión es ver quién lo hace más de prisa.

«En el reino de Thibet, dice Duclos, cuando dos litigan, arrojan en una caldera de agua hirviendo dos monedas, una de plata y otra de cobre. Los dos litigantes meten á un mismo tiempo el brazo en el agua: el que saca la moneda de plata gana la causa, y por lo general salen los dos estropeados».

En el Indostán, únicamente los europeos se baten en duelo.

En el mes de Julio de 1835, en el acantonamiento de Poona, gobierno de Bombay, el doctor Malcolmson, médico mayor del regimiento núm. 19, de la compañía de Indias, sorprendió á su mujer en un coloquio sumamente sospechoso con el capitán Urquhart, del mismo

regimiento, y quedó concertado un lance para el día siguiente. Se batieron á pistola; los dos adversarios hicieron fuego al mismo tiempo á una señal convenida: el capitán Urquhart, herido en el corazón, quedó muerto en el acto; el médico fué herido en la mano.

El doctor fué llevado ante el Tribunal Supremo de Bombay como autor de un homicidio; el mayor Staiker, el teniente Mac-Donnell y el doctor James Don, médico mayor (el mismo que asistió al desgraciado Jacquemont), fueron perseguidos como cómplices.

Presidía el tribunal el primer magistrado; tenía por asesor al juez Awdry; el auditorio se componía, en su mayor parte, de militares de la guarnición de Bombay y del campamento de Poona.

Los debates duraron desde las seis de la mañana hasta la noche.

Sentáronse en el banquillo de los acusados los cuatro señores dichos; el doctor Don vestía de levita, y los otros tres de uniforme.

El secretario del tribunal leyó el acta de acusación, redactada en términos muy someros.

Los acusados declararon que no eran culpables.

Los doce jurados ocuparon sus puestos y prestaron juramento.

El abogado señor Rojer era el encargado de la defensa de los cuatro procesados.

No se presentó ningún procurador en nombre de los herederos del difunto, los cuales, sin embargo, habían manifestado la intención de mostrarse parte en la causa. Esta circunstancia extrañó al tribunal.

Los testigos de cargo eran, en su mayor parte, criados indios. Declararon por mediación de un intérprete; he aquí la síntesis de sus declaraciones, que dan á conocer las costumbres del país:

Ittoo-Sewjee.—Yo soy hamaul (es decir, mozo de palanquín) al servicio del doctor Don; es ese señor que veo ahí con levita azul obscuro. Hace poco más ó menos dos meses y medio, que muy temprano, cuando apenas había salido el sol, estaba yo en el jardín, fuera del campamento, cerca del bungalow (la barraca ó alojamiento) del señor Don. Un señor, cuyo nombre no conozco, y al que no reconocería si le viera, me llamó. Otro señor, montado en el caballo de mi amo, acudió gritando: «¡Un palanquín! ¡un palanquín! ¡un palanquín!» Creí al principio que mi amo, que había salido temprano para dar un paseo, se había caído del caballo. «Traed pronto el palanquín», me dijo el desconocido. Yo obedecí; tres compañeros míos, hamauls como yo, me ayudaron á llevar el palanquín. Nos llevaron á cierta distancia del jardín del señor Don, á un terreno inculto, cubierto de hierbas salvajes; allí vimos un hombre tendido en el suelo. El doctor Don y otro señor pusieron aquel hombre en el palanquín y nos ordenaron que le llevásemos al bungalow en que se alojaba el saheb Stalker (el señor ó amo Stalker).

Depositaron el cuerpo en un cuarto, y partimos.

Rama Bajeeba, Godoo Ramojee y Vemo Limbajee, los otros tres hamauls ó mozos de palanquín, refieren el mismo hecho. El hombre que transportaron estaba ya completamente muerto.

Imaum-Cham-Mahomed.—Yo soy mussaul (criado musulmán) al servicio del señor Don. Mi amo tiene costumbre de salir todas las mañanas á las cuatro ó las cinco, y lo más tarde á las seis; el 18 de Julio montó á caballo á las cinco y media, después que el cañón de diana había disparado al levantarse el sol. A las seis y media, el mayor Stalker llegó en el caballo de mi amo, y pidió un palanquín. Los cuatro hamauls le siguieron;

el jardín de mi amo está muy cerca del terreno en que se hacen los ejercicios militares.

Aurje Wittoje.—Yo estaba al servicio del difunto señor capitán Urquhart en Poona, en calidad de ramoseé (mozo de cuadra). La última vez que le vi fué hace dos meses y medio, á las cuatro de la mañana. Mientras yo daba pienso á los caballos, el señor Stalker vino á buscar á mi amo, que se vistió en seguida; tomaron té y marcharon los dos á las cinco en el gareé (tílburí) del señor Stalker. Después no he vuelto á ver á mi pobre saheb (amo).

Roobana Khundoo.—Yo soy el gorawalla (groom) del doctor Malcolmson; soy el que cuida del caballo que tiene costumbre de montar. Tiene costumbre de ir todas las mañanas y todas las noches al hospital. El sábado 18 de Julio salió antes de que hubiesen disparado en el campamento. Poco después vino un criado del señor Mac-Donnell y me dijo que mi amo pedía su caballo. Lo ensillé y lo llevé al bungalow del señor Mac-Donnell. Aquellos señores marcharon juntos; yo les seguí, así como el groom del señor Mac-Donnell. Llegamos á la puerta exterior del campamento, llamada la puerta de Apolo; allí se encontraban el señor Urquhart y el mayor Stalker en un gareé (tílburí). Llevaban con ellos á un gorawalla á caballo. Veo aquí á tres de aquellos señores; en cuanto al otro, que le conocía con el nombre de saheb (señor) Urquhart, no le veo; hay para esto su motivo... Los cuatro sahebs (señores ó amos) echaron pie á tierra, y el gorawalla y yo les esperamos muy inquietos, porque veíamos que iba á ocurrir algo malo. Hora ú hora y media después volvieron, pero no eran más que tres. Mi amo tenía la mano ensangrentada; no llevaba guantes; la sangre corría por la palma de la mano, en donde estaba la herida. Mi amo volvió á montar á caballo; yo le se-

guí. Los otros señores se fueron por su lado; en mi turbación, no me fijé en el que faltaba.

Shaik-Peer-Mohamed.—Yo soy ramosé (mozo de cuadra) del doctor Malcolmson; le vi salir á las cuatro de la mañana el día del desgraciado acontecimiento. Como tenía costumbre de dar un paseo todas las mañanas, no me chocó su salida.

Roberto Saint-John (teniente del ejército de Bombay). —Encontrándome en el campamento de Poona en el mes de Julio, conocí al capitán Alejandro Urquhart. El 18 de Julio, á eso de las seis de la mañana, recibí del coronel Wilshire mi nombramiento en funciones de mayor de brigada, en reemplazo del señor Urquhart, que acababa de ser muerto en duelo. Me ordenó además que me hiciese cargo de sus papeles y efectos. Entré en una alcoba, en donde estaba expuesto el cuerpo del difunto. Puse los sellos en todas partes; había en la alcoba dos espadas y dos pares de pistolas en sus estuches. Las metí en el cajón vacío de una cómoda. Después se levantaron los sellos para sacar el par de pistolas que está ante la vista del tribunal.

Gunnsh Hureé.—Yo era camateé (jockey) al servicio del señor Urquhart. El día de su muerte, á eso de las cinco de la mañana, le ayudé á vestirse; en seguida le vi subir á un gareé con el señor Stalker. Trajeron á mi desgraciado saheb muerto. Fueron á buscar al señor Mac-Adam, el general de los doctores (médico jefe del campamento), pero ya no había remedio; el cuerpo fué depositado en una cama.

Colocaron centinelas en torno de la barraca para que no entraran los curiosos.

Shaik-Amed.—Yo era mussaul (criado musulmán) del capitán Urquhart en el momento de su muerte. Á las cuatro de la mañana, el mayor Stalker vino á buscarle

en su gareé. Tomaron té y marcharon, acompañados de Nata, el groom de mi amo. En el momento de marchar, el ramosé (mozo de cuadra) de mi amo me llamó y me dió orden de preparar el almuerzo para cuatro personas...

Esta revelación del testigo produjo en el tribunal y en el auditorio una penosa impresión. Parecía indicar que el señor Urquhart esperaba arreglar el asunto amistosamente y volver con el señor Malcolmson y los padrinos para sellar en su casa la reconciliación con la copa en la mano.

Shik Hoossein.—Yo soy intendente del doctor Malcolmson. En los primeros días de Julio, sus maneras no presentaban nada de extraordinario. El viernes 17 de Julio, á eso de las diez de la noche, mientras el saheb (amo) estaba ausente, prestando sus servicios en el hospital, llegó el señor Urquhart y se quedó á diez pasos de la casa. La señora saheb (mi ama), la mujer del doctor Malcolmson, salió á cinco ó seis pasos poco más ó menos del bungalow. El señor Urquhart le estrechó tiernamente la mano, y se alejaron. El saheb (Malcolmson) llegó un poco antes que de ordinario. Enterado de que estaban juntos, corrió hacia ellos. Oí una gran disputa; vi que el saheb y el capitán se daban grandes puñetazos; la cuestión pareció apaciguarse cuando se hubieron dicho dos palabras al oído. El capitán Urquhart exclamó: «¡Á mí los cipayos!» Todos los cipayos (soldados indios) que estaban allí de guardia acudieron. El señor Urquhart dijo: «No me hace falta tanta gente; necesito únicamente uno ó dos hombres que me acompañen á mi alojamiento». Se alejó escoltado por dos soldados; llovía un poco, la noche estaba obscura, de suerte que yo no pude ver bien lo que pasó. Sé únicamente que á la llegada del capitán, la señora saheb salió y el capitán la estrechó la mano; todavía me parece que lo estoy viendo;

el saheb (mi amo) llegó y me pareció muy disgustado. La disputa estalló á poca distancia de la casa.

El señor Roper, abogado de los acusados, dijo que no creía necesario traer testigos en favor de sus defendidos, y que los mismos testigos de cargo habían aclarado suficientemente el asunto para que ni él ni sus defendidos tuviesen nada que añadir; por cuanto el jurado debía estar convencido de que se trataba de un asunto de honor, y no de un crimen.

El juez asesor, Awdry, se disponía á hacer el resumen de los debates; pero el presidente del jurado dijo, en nombre de sus colegas, que su señoría podía evitarse aquel trabajo, porque su opinión estaba ya formada.

El secretario del tribunal leyó de nuevo las preguntas formuladas en el acta de acusación, y el presidente del jurado respondió respecto de cada uno de los acusados: *Not guilty* (el acusado no es culpable).

El señor juez Awdry.—Es de mi deber el hacer observar, por lo que conviene al doctor Don, que ningún cargo ha aparecido en contra de él por las declaraciones de los testigos. Es evidente que fué á su jardín, según su costumbre, y que se encontró por casualidad en el lugar de la escena. Las pruebas de una participación circunstancial en el desgraciado duelo son irrecusables contra los otros tres acusados; pero como el jurado le ha comprendido en una misma fórmula de inculpabilidad, su honor no puede recibir ninguna mancha.

El presidente del tribunal, volviéndose hacia los acusados, dijo: «Señores, estáis todos libres».

Los cuatro acusados saludaron al tribunal y á los jurados, y se retiraron en medio de las felicitaciones de sus amigos.

En 1850, el coronel de un regimiento inglés de guarnición en Cawnpore, enterado de que el alférez de navío

Huxam y el teniente Withe debían batirse en duelo, les arrestó, así como á sus padrinos, los tenientes Smith y Lichtfield. Pero el lance se verificó, y Huxam resultó herido.

El consejo de guerra, reunido en Cawnpore, sentenció á los cuatro oficiales á ser destituidos por violación de la consigna. El gobernador general, sir Charles Napier, indultó al alférez de navío Huxam, pero confirmó la sentencia en todo su rigor respecto de los tenientes White, Smith y Lichtfield.

En Africa no se baten más que contra los extranjeros.—Sin embargo, un día se suscitó una disputa entre Mahomet y Maimón, hijos de Muley-Imael, rey de Marruecos, é iban á llegar á las manos. Su padre les hizo comparecer en su presencia.

—Me alegro mucho—dijo—veros aún en el mundo. Debíais perder la vida en vuestro duelo. No parece sino que os habéis creído ya sin padre ó que os habéis olvidado de quién soy. ¡Tiernos como corderos en mi presencia, sois leones furiosos en cuanto me alejo! ¡Vivo todavía, y os atrevéis á empuñar las armas!

Dicho esto, mandó que les diesen unos bastones y les obligó á que se castigasen recíprocamente.

EPÍLOGO

LO QUE SE HA DICHO DEL DUELO

Nos ha parecido útil cerrar esta larga serie de esto-cadas y pistoletazos con un capítulo que será como de moraleja del libro.— Hemos hecho una selección de los diversos sentimientos expuestos sobre la materia. Después de haber visto lo que el duelo ha sido y lo que es, se verá ahora lo que se ha dicho y pensado acerca de él. Demos primero la palabra á *Montaigne*.—Decían á Aristóteles que alguien había hablado mal de él. «Que haga más, dijo; que me pegue, con tal de que yo no tenga la culpa».

Nuestros padres se contentaban con responder á una injuria con un mentís, á un mentís con un golpe, y así por este orden. Eran suficientemente valerosos para que no temiesen á su adversario, vivo y ultrajado. Nosotros temblamos de miedo mientras le vemos en pie... ¿No nos conducen nuestros dignos procedimientos de hoy á perseguir de muerte, lo mismo al que hemos ofendido que al que nos ha ofendido á nosotros?

Pascal.—Cuando nos dan una bofetada, ¿debe uno sufrirla más bien que matar al que quiso dárnosla? O bien, ¿está permitido el matar para evitar semejante afrenta? «Está permitido, dicen Lessins, Molina, Esco-

bar, Reginaldus, Fillintus, Baldellus y otros jesuitas, el matar al que quiera darnos una bofetada». ¿Es éste el lenguaje de Jesucristo? Respondednos también. ¿Quedaría uno sin honor por sufrir una bofetada sin matar al que la ha dado? «¿No es verdad, dice Escobar, que mientras un hombre deja con vida al que le dió una bofetada permanece deshonorado?»

—Sí, padres míos, sin ese honor que el diablo ha transmitido de su espíritu soberbio al de sus soberbios hijos. Tal honor ha sido siempre el ídolo de los hombres poseídos por el espíritu del mundo. Para conservar esa gloria, de la que el demonio es el verdadero distribuidor, le sacrifican la vida por el furor de los duelos á que se entregan, el honor por la ignorancia de los suplicios á que se exponen, y su salvación por el peligro de condenación en que incurren, y que les hace que se priven de la sepultura misma por los cánones eclesiásticos.

Corneille.—El valor en los duelos hace menos que la suerte.

Cromwell.—El duelo, por causas particulares, es una cosa desagradable á Dios, impropia de los cristianos y contraria á todo buen orden y gobierno.

Labruyère.—El duelo es el triunfo de la moda y el punto en que con mayor rigor ejerce su tiranía. Esta costumbre no ha dejado al flojo la libertad de vivir, le ha llevado á hacerse matar por uno más bravo que él, y le ha confundido con un hombre de corazón: ha atribuído honor y gloria á una acción loca y extravagante.

Puffendorf.—Es preciso imponer penas severas á los que se atreven á inferir alguna de esas injurias que en-

trañan una gran ignominia. De otra manera, no veo cómo un magistrado puede usar con razón de severidad contra los que rechazan los ataques inferidos á su reputación, conforme á la costumbre y á las ideas recibidas, mientras que él mismo descuida el castigar esa clase de insultos que deshonoran tanto en el espíritu del común de los hombres.

Montesquieu.—Los hombres, en el fondo razonables, someten á reglas sus mismos prejuicios.

El emperador José II.—Estoy resuelto á suprimir esta bárbara costumbre, aunque me hubiese de costar la mitad de mis oficiales.

Paullain de Sainte-Foix.—Jamás se destruirán los funestos prejuicios del llamado honor sino con la vergüenza y con el ridículo. Yo establecería en los diferentes barrios de París cuatro lugares en donde todos los domingos se ofreciera al público el espectáculo de un duelo. Habría un premio en dinero y una medalla para el afortunado campeón que matara á su adversario. Los aspirantes á la gloria de los combates, irían, la víspera, á inscribir sus nombres y circunstancias ante un comisario encargado de este requisito; en seguida echarían á la suerte, y cuando cada uno de aquellos caballeros supiera con quién había de habérselas, podrían ir á cenar todos juntos, como gentes honradas que se matarán al día siguiente, pero sin odiarse, y únicamente porque son valientes. Aboliría al mismo tiempo la pena de muerte contra los gentilhombres que, habiendo tenido una pendencia, se batieran; pero les obligaría á llevar la medalla. La idea de ser confundido con miserables que expusieran su vida por dinero, y de no ser tenido por más

bravo que ellos, establecería insensiblemente en la imaginación menos pacífica, no solamente la repugnancia, sino también la vergüenza y la infamia de provocar y ser provocado para batirse; tanto más, cuanto que el haber esgrimido en algunos lances particulares no constituya en manera alguna una prueba cierta de que se tenga verdaderamente valor.

Si entre los romanos hubiera existido, como entre nosotros, la moda de procurar darse una estocada á la menor ofensa, sostengo que hubieran concluído con ella los combates de los gladiadores.

Duclos.—Esa idea del honor, algunas veces quimérica, puede tener la ventaja de mantener cierta sensibilidad de alma, más generosa y más poderosa que el simple deber.

Beccaria.—En vano los edictos han pronunciado la pena de muerte contra el que acepta un duelo. Esta severidad no ha podido extirpar lo que los hombres temen más que la muerte. Privado del sufragio del prójimo, el hombre de honor no sería más que un sér aislado, un objeto de reprobación siempre expuesto á los insultos y á las afrentas; esta sola idea le espanta más que la amenaza del suplicio á que se expone.

Rousseau.—¿Qué hay de común entre la gloria de matar á un hombre y el testimonio de un alma recta? ¿y qué valor puede tener la vana opinión de otro sobre el honor verdadero, cuyas raíces todas están en el fondo del corazón? ¡Qué! ¿las virtudes que realmente se poseen perecen bajo las mentiras de un calumniador? Las injurias de un hombre ebrio, ¿prueban que uno las merece? Y el honor del prudente, ¿estaría á merced del primer

hombre brutal que pudiese encontrar? ¿Me diréis que un duelo demuestra que se tiene corazón, y que esto basta para borrar la vergüenza ó la censura de todos los otros vicios? Os preguntaré qué honor pueda dictar semejante fallo, y qué razón pueda justificarle. Según esto, un bribón no tiene más que batirse para dejar de ser un bribón; los dichos de un embustero se convierten en verdades en cuanto son sostenidos con la punta de la espada; y, si os acusara de haber matado á un hombre, iríais á matar á otro para probar que no era verdad. De esta suerte, virtud, vicio, honor, infamia, verdad, mentira, todo puede justificarse por el resultado de un combate; una sala de armas es la sede de toda justicia; no hay más derecho que la fuerza, ni otra razón que el homicidio; toda la reparación debida á los que uno ultraja es matarlos, y toda ofensa queda igualmente bien lavada con la sangre del ofensor ó del ofendido. Decid: si los lobos supieran razonar, ¿tendrían otras máximas?

Blackstone.—Se necesita, para combatir, el temor del desprecio, merecido ó no merecido, que resulta de las falsas nociones del honor; un grado tal de valor pasivo, que las prohibiciones y las penas más severas no tendrán jamás suficiente eficacia para desarraigat por completo esta desdichada costumbre, hasta que no se dé con un medio de obligar al agresor á dar á la parte ofendida una satisfacción tal, que se la juzgue en el mundo igual á la que se obtiene hoy, arriesgando la vida de la persona que ha recibido el ultraje, tanto como la del que lo infirió.

Voltaire.—¿No hablaréis del duelo, que, en nuestras naciones modernas, es honroso y justiciable? ¿No diréis por qué los Escipiones, los Metellers, los César y los

Pompeyo no iban al terreno á parar en terciá y cuarta, en que consiste la gloria de un subteniente vasco ó gascón, que por premio á su valor, y en loor de la caballería, es condenado á ser ahorcado?... ¿No observaréis que toda sociedad se apresura á expulsar á un bribonzuelo, de calidad ó no, al que le sorprenden haciendo trampas en el juego, aunque no se trate sino de pocas monedas, mientras que toda sociedad se cree en el deber de proteger, salvar, ayudar á todos los reos de los dos crímenes más funestos para el género humano, el duelo y el adulterio? ¡Se tiene á gala el proteger esos dos delitos, de los cuales uno destruye á los defensores del Estado, y el otro da á tantos padres de familia, á tantos príncipes, herederos que no son hijos suyos!

Mercier.—¿No es cierto que la ley actual no protege más que los intereses pecuniarios, que no se ocupa sino en los perjuicios de dinero, y que el interés más preciado del hombre, el más sagrado, el del honor, no tiene otra protección que la que se ve obligado á buscar en su valor?

Loustalot.—¿Quieres ser libre?, preguntaré á todo francés patriota. Sin duda. Renuncia, pues, al duelo: es incompatible con toda especie de libertad.

Prudhome (de las *Revoluciones de París*).—Dejad á la opinión pública el cuidado de hacer justicia á los duelos y á los duelistas... Olvidad ese espíritu militar, bueno, todo lo más, bajo el reinado del despotismo, y muy peligroso para la libertad; los duelos no tardarán en desaparecer como una institución bárbara...

El conde Portalis.—La sociedad no puede admitir una teoría que supone en su seno otras leyes distintas

de las suyas, y derechos que no reconoce. Se ha dicho, en tiempos de perturbación y de anarquía, que la venganza era una especie de justicia natural, un regreso á ese estado de independencia que ha precedido á la sociedad, según las ficciones filosóficas. En este sentido únicamente podría decirse que el duelo es un modo natural de ventilar las cuestiones, un llamamiento á la fuerza y á la bravura para aquello cuya reparación no está asegurada por las leyes de la sociedad. Pero la venganza y el duelo son incompatibles con la existencia de un gobierno protector de los derechos legítimos y de la seguridad individual de todos.

Gretry.—Si lo justo y lo injusto estuvieran mejor determinados, seríamos menos quisquillosos acerca del honor. Por no entenderse se mortifica uno continuamente. Nos vemos en todas partes atacados, porque estamos completamente corrompidos; todo se convierte en satírico para nosotros, porque merecemos sin cesar la sátira; en fin, todo es cuestión de honor para nosotros, porque no lo tenemos, porque hemos constituido con prejuicios el verdadero honor.

El príncipe de Ligne.—Todos esos combates á pistoletazos no valen nada: ó resulta mucho daño ó resulta demasiado poco. El que sabe tirar bien tiene demasiada ventaja. Si ninguno sabe, se convierte en un juego de niños; y la cortesía de tirar al aire es tan conocida, que la cortesía de no hacer blanco es ya habitual.

Madama de Staël.—Se ha visto á muchos hombres de buena sociedad, en Francia, que, acusados de una acción condenable, respondían: «Puede ser que esté mal hecho, pero nadie, por lo menos, se atreverá á decírmelo

cara á cara». No hay frase que suponga depravación mayor; porque ¿á dónde iría á parar la sociedad humana si bastase con matarse unos á otros para tener el derecho de hacerse todo el mal posible; faltar á la palabra, mentir, con tal de que no se atrevieran á decirnos: «Habéis mentido»; en fin, de separar la lealtad de la bravura, y transformar el valor en un medio de impunidad social?

Bentham.—Un pleiteante que desafiara á su antagonista para probar un título de propiedad ó establecer un derecho, sería tenido por loco; pero, en el siglo XII, semejante medio era muy válido. ¿De dónde procede este cambio? Del que se ha efectuado poco á poco en la jurisprudencia. La justicia, mediante leyes y reformas, ha ofrecido medios de justificación preferibles al duelo.

Ed. Livingston.—Si se quiere que el duelo sea castigado, debe serlo bajo su propio nombre.

Dupin.—La teoría de los duelos es la destrucción del orden legal.

Cousin.—En el primer cuarto del siglo XVII, el duelo era una moda á la vez útil y desastrosa, que mantenía las costumbres guerreras de la nobleza, pero que la segaba casi tanto como las batallas.

El conde de Chateauvillard.—Cada cual está expuesto á la dura necesidad de arriesgar la vida para vengar una ofensa, una injuria. Asunto es éste bastante importante para que esté reglamentado según las formas requeridas por la delicadeza y el derecho. Continuos ejemplos nos prueban diariamente la necesidad de establecerle de una

manera formal, y evitar así las faltas que comprometen la existencia de un amigo, asesinatos acerca de los cuales cree uno deber callarse para no arrojar sobre las familias el deshonor de una causa criminal.

El conde de Pontecoulant.—¿Cómo quiere usted reglamentar el duelo?, me dirán.—Pues sí, y quiero hacer que sea lo menor posible un mal inevitable... Es como la viruela, cuyas consecuencias se hacían menos funestas con la inoculación del virus variólico, antes del descubrimiento de la vacuna.

Armando Carrel (en la tumba de Dulong).—Por poderosos que sean en el mundo los hábitos que hacen de la vida de un hombre el cruel fuego de dos enconos armados uno contra otro, aquí la fuerza de esa opinión desaparece.

Dupont (de Busacc).—Hay épocas de anarquía moral en las que la razón debe dormir como dormita la probidad política. Hay épocas en que la verdad se convierte en una injuria mortal para un gran número de hombres, y, sin embargo, hay que decir la verdad, es un deber. Hay que señalar la corrupción allí donde la corrupción se encuentre, la traición allí donde la traición se encuentre, la ignominia allí donde la ignominia se encuentre. Hay que decir la verdad, es un deber. Pero ¡vais á ofender á tantas gentes! ¡y tantas gentes os pedirán una satisfacción con las armas en la mano! ¿qué hacer?... Yo respondo: Hay que decir la verdad, á pesar de todo, y decirla en alta voz, puesto que mayor peligro hay en no decirla. ¡Valiente cosa, en efecto, proclamar la verdad, cuando la dice uno sin peligro y como un cortesano diría una lisonja!

Chateaubriand.—Cuando os den una bofetada, devolved cuatro.

Berenger (de la Drome).—¿Sería verdad que los lazos sociales estarían prontos á romperse, que el honor de nuestras mujeres, que el nuestro, estarían en peligro si el duelo no los protegiera?

Nougarede de Fayet.—¡Ah! dígase lo que se diga, el duelo tiene algo que eleva el alma del ciudadano.

Fougeroux de Campigneulles.—¿No se debería suprimir el homicidio oficial, el asesinato legal, para tener el derecho de proscribir el homicidio individual, el asesinato privado en duelo, como todos los demás?

Berryer.—Es un prejuicio cruel el que obliga á violar la ley divina: las costumbres de una nación delicada y suspicaz han triunfado de las exigencias de la ley y de la conciencia.

León Duval.—Se dice que la Providencia ha puesto sobre la faz humana no sé qué divina grandeza, como para apartar de ella todas las violencias. Pero hay gentes sin piedad y sin prejuicios, para quienes el rostro, hecho á imagen de Dios, no es más que un blanco.

Mougis.—Un asunto de honor no es exponer á la ligera la vida de sus semejantes, sino consagrar la suya al servicio del país, en los campos, en nuestras escuelas de derecho, en los grandes trabajos de la industria.

Un asunto de honor es conservar puro el nombre que nuestros padres nos legaron ilustre, y, lo que es más hermoso todavía, ilustrar un nombre que recibimos obscuro.

Faustino Helie.—El duelo no es únicamente un resto de los tiempos bárbaros: acusa un sentimiento exaltado, sin duda, del honor y de la dignidad del hombre; la civilización debe combatirle, pero respetando su principio; debe poner fin á los actos de la justicia privada, pero sustituyéndolos con el poder de la justicia social.

Grisier.—Sí, lo afirmamos; existe una sola medida, un medio eficaz, y es éste: que la pena mayor de que la ley pueda disponer hiera á aquel que ha obligado al ciudadano probo, honrado y pacífico á batirse; castigad, según la gravedad de la ofensa, al que se ha obstinado en jugar al azar con una vida.

Laboulie.—Si la bala del duelista sigue una dirección mortal, le acusáis de homicidio; si la bala se desvía un poco y no produce más que una herida, le lleváis ante el tribunal correccional; si la bala se desvía por completo, le declararéis inocente y absuelto de crimen y delito.

Alfonso Karr.—El hombre que recibe una bofetada es presa de dos impresiones: 1.^a Monta en cólera y quiere vengarse. 2.^a Piensa que se ha estipulado, no sé por qué ni cómo, que un hombre que ha recibido una bofetada debe exponerse, además, á recibir una estocada, sin lo cual está deshonrado.

Por lo demás, según el razonamiento más vulgar, es evidente que si se quiere proscribir el duelo,—hay que castigar, con mayor rigor que el duelo mismo,—un insulto que hace el duelo necesario para el insultado, bajo pena de deshonor.

Sería preciso que un hombre que da una bofetada á otro, fuese llevado á los tribunales, acusado de tentativa de homicidio.

El Padre Ventura (oración fúnebre de O'Connell).— ¡El cielo me libre de proteger con mi palabra una costumbre tan insensata como bárbara que pretende, con la puntería de la vista ó la fuerza del brazo, probar la inocencia del corazón! ¡El cielo me libre de excusar un prejuicio inexcusable, que pretende honrarse con el homicidio, lavar una mancha con sangre, y que ha sido tan justamente calificado por la Iglesia de prejuicio satánico (*a diavolo inventum!*)

Nestor Roqueplan.— Al declarar la guerra al duelo, el abogado general Dupin se ha hecho, como no sé qué romano, un vasto pliegue en su toga, y á ese pliegue han ido á esconderse todos los cobardes del reino.

Julio Janin.— ¡No es bueno tener las manos manchadas de sangre; no es bueno estar oyendo constantemente el estertor de un desgraciado al que se haya dado muerte por una palabra, por una mirada, por un nada!...

Esto corre en el mundo de los cobardes, que no tienen corazón para batirse; está perdido en este mundo, donde la opinión es todo, el que no sepa comprar la opinión con una estocada ó un pistoletazo; está perdido en este mundo, de hipócritas y calumniadores, el que no sepa, con la espada en la mano, hacer que cesen las calumnias y las murmuraciones especialmente: la murmuración asesina mejor que una espada; la calumnia os mata mejor que un pistoletazo.

Guizot.— Es una cosa buena, moral y equitativa, que haya una jurisdicción para todos los casos, y son numerosos, á los que no alcanzan las jurisdicciones ordinarias. Se puede ser un bribón, un infame, el último de

los miserables, y permanecer, sin embargo, fuera del alcance del Código. Cometeríanse diariamente á la faz de los magistrados una infinidad de insultos, de vejaciones, de tiranías, de calumnias y de ultrajes intolerables y odiosos, si no hubiera, allí donde se encuentra un hombre de corazón, una justicia apreciadora de estos casos, justicia que se levanta de pronto ante el insolente y el calumniador, con una espada ó una pistola en la mano. Esta justicia temida mantiene la urbanidad de las relaciones y de las conveniencias sociales, sin contar que es la salvaguardia de la parte más inviolable y más sagrada, del honor de las familias.

—

Así habla un ex ministro, un hombre que ha escrito una historia de la civilización.—He aquí lo que le contesta un simple periodista, un escritor frecuentemente tachado de utopista y demagogo:

«En los tiempos en que vivimos, los duelos son un anacronismo; pertenecen á otro régimen, á usos, á costumbres y á ideas que ya no existen.

»Si son una prueba de que no se carece de cierta bravura, son también una prueba de que se careció de presencia de espíritu.

»Casi siempre se bate uno en duelo porque se careció de presencia de espíritu; con una mayor presencia de espíritu, casi nunca habría encuentros con las armas en la mano.

»Esto es lo que alguien necesita el valor de decir á todos.

»Nosotros lo decimos.

»Este derecho de decirlo lo hemos adquirido harto caro y dolorosamente.

»Declaramos que el duelo ha sido un error de nuestra educación, contra el que protesta nuestra experiencia...

»¡A la inferioridad de la injuria oponemos con calma la superioridad del desprecio!

»El desprecio de la injuria es tal vez el progreso más importante que nos queda por realizar.

»Se cree todavía que la injuria daña al que es objeto de ella; es un error: la injuria no perjudica realmente más que á aquel á quien descubre la ausencia de educación, la falta de talento ó la bajeza de corazón.

»El jinete intrépido doma á su caballo clavándole las espuelas en los ijares.

»Si eres un hombre de honor, si no tienes mancha que ocultar á costa de una herida, si no tienes que pedir refugio á la intimidación necesaria de una bala, vengate del miserable ó del necio que te ha injuriado, obligándole á redoblar las injurias. ¡Haz que eche espuma! ¡que se desborde! Cuanto más se arrebate, más seguro estarás de tu venganza. Si empezó en tener por suya la opinión, no tardará en tenerla enfrente. Entonces tu satisfacción será completa y ciertamente más eficaz que si la sangre hubiera corrido.

»Todo duelo que termina sin herida es ridículo.

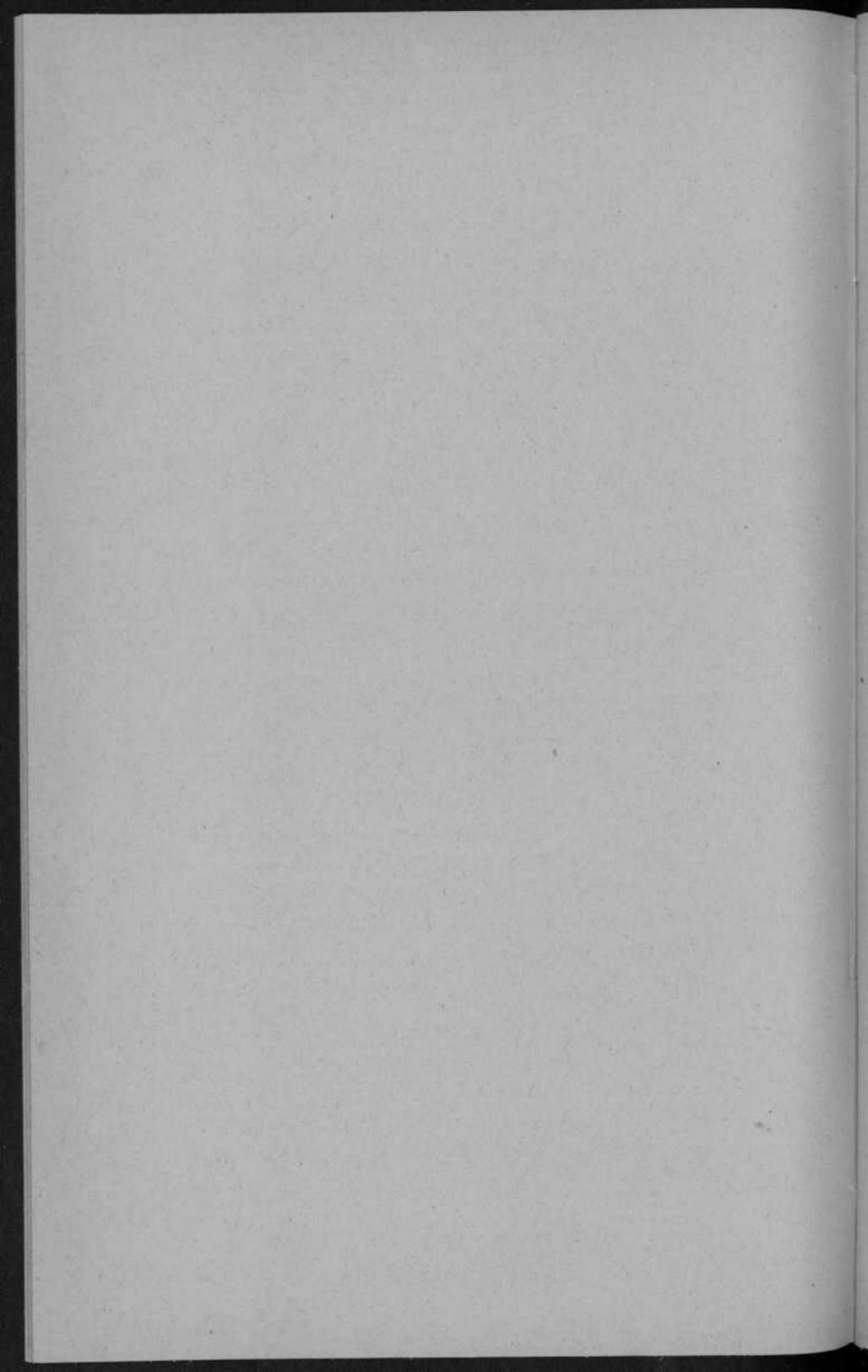
»Todo duelo que termina con la muerte de uno de los dos combatientes es deplorable.

»Todo duelo es, por consiguiente, un absurdo, una insurrección de la irreflexión contra la razón, un postrer esfuerzo de la barbarie contra la civilización, un anacronismo».

Emilio de Girardin se complace en la defensa de esta tesis.—Hace un llamamiento á todos los que tienen una pluma, á todos los que hablan con autoridad, y les

conjura á que combatan el monstruo. Entonces, dice, «asistiremos al último duelo: al duelo de la razón contra el prejuicio, en el que sucumbirá éste bajo los golpes de aquélla». Y añade, y nosotros añadimos con él: «¡Ojalá que nosotros fuéramos de los testigos!»

FIN



ÍNDICE DE MATERIAS

	Páginas
ALGUNAS PALABRAS SOBRE EL OBJETO DEL AUTOR	1
Historia anecdótica del duelo.	
I.—Origen del duelo	9
II.—Historia del duelo.—El juicio de Dios.—Padrinos y ahijados.— Los procuradores antiguos.— Proceso perdido, muñeca cortada.—Colgado ó quemado.—El Concilio de Valencia y Luis IX.....	14
III.—Jacobo Legris y Juan de Carronge.—El duelo sucede al combate judicial.—Nicolás de Moüy y Justo de Tournon.—El señor de Menneton y el señor de Bauché.—Guillermo de Furstemberg y el señor de Vassé.—Zerbulo y Lalande.—Veniers y Harzai.—La Chataigneraye y Jarnac.—Golpe de Jarnac.....	20
IV.—Carlos de la Roche-sur-Jou y Francisco de Audelot.—Châteanneuf y Lachesnaye: pupilo contra tutor.—Achon y Matas.—La moral de la época.—Ivoy-Geulis y Bordes.—El capitán de Raucé y Laurent de Mangiron.—Bueil y Loë.—El duelo penado con la muerte.—Decreto de 1566.—Leña al fuego.—El caballero de Reffuge y un gentilhombre normando.—El señor de Geusac.—El barón de Vitaux y sus leones.....	25
V.—El duelo de los favoritos.—Saint-Megrin y Troile de los Ursinos: bonito procedimiento del último.—Enrique III y Besigny.—Los favoritos de los favoritos.—Cómo Biron, después de haber matado á su hombre, va á dar un apretón de manos á los otros.—Cómo ganaba sus procesos Bussy de Amboise.—¿X ó Y?—Un cartel en el aire.....	29

- VI.—Saint-Just y Fossé.—Antonio de Navarra y Bellagarde.—Enrique IV y el duque de Mayena; Condé y el duque de Guisa.—El mismo duque de Guisa y Bassompierre.—El *Papa de los Hugonotes* apaleado por Saint-Phalle.—Lagarde Valen y Bazanez: un sombrero disputado.—Edictos de 1602 y de 1690. 35
- VII.—Cuatro hombres para una mujer.—Duelo en una barrica.—La Roque y el vizconde de Alemania.—El barón de Luz, su hijo y el caballero de Guisa.—El edicto de 1626.—Richelieu..... 41
- VIII.—Praslin.—El duque de Halluin y el señor de Crescias.—Bouteville y sus veinte duelos.—La Plaza Real.—La Plaza de Grève..... 48
- IX.—El príncipe de Chalais y el conde de Paut-Gibant.—Los tres Binan;—El barón de Aspremont.—El caballero de Audrieux.—Conac y el Aqueronte.—El conde de Carney.—Un hombre á punto de ser abrasado.—Fontenay.—*Estocada* y el caballero de Miraumont..... 54
- X.—Regnier y Maynard.—El hijo de Malherbe y Ludovico de Piles.—¿Qué quería usted que hiciera contra *cuatro*?—El viejo Malherbe.—Gambauld.—Cirano de Bergerac.—Diez hombres muertos por una nariz.—Cien hombres derrotados por uno solo.—Rancé.—Los dos duelos de Retz.—Los cuatro duelos de Voiture.—El poeta Teófilo y el barón de Panat..... 60
- XI.—La Fontaine convertido en tirador.—El almuerzo del fin.—Otro almuerzo.—Odet de la None-Teligny, hijo de *Brazo de hierro* y padre de *Brazo de lana*.—Sevigné y el caballero de Albret.—Mujeres valientes: dos amazonas de Auvernia.—Hechos de armas increíbles.—La señora de Saint-Balmont: cuatrocientos hombres á sus pies; un caballo de España contra un rocín.—La Beaupré y la de los Urlés.—Dos damas de la corte..... 69

- XII.—Cousin entre las duquesas de Longueville y de Montbazon; el duque de Guisa y el conde de Coligny.— Los duques de Nemours y de Beaufort.— La cara de Elbenf.— El gran Condé da y recibe una bofetada.— Intermedios: combates de canónigos y hombres de ley.— *La bota del señor de Saint-Evre-mont*.— Rochefort y el caballero de Rieux.— Rochefort y el conde de Harcourt.— Rochefort y Breanté.— Rochefort y Planches.— El marqués de Rivarol y el señor de Madaillan: una pierna de menos y una pierna de más..... 77
- XIII.— Pendencias del padre de Saint-Simon con Harcourt y Vardes.— Quailces y el hijo mayor del conde de Auvernia.— Saint-Paul y Serancourt.— Cuatro contra cuatro.— El cuerpo de los mariscales.— Lluven edictos.— Ambijoux y Boisdavy.— La duquesa de Gesvres.— La Maupin.— El duque de Richelieu y el conde de Gacé.— Los caballeros de Breteuil y de Gravelle.— El duque y Richelieu.— Los señores de Fimarcon y de la Roche-Aymou.— La pequeña Emilia.— El duque de Crussol y el conde de Rautzan.— Grajeas de acsbar.— No se bromea al otro lado del Rhin.— Los condes de Coigny y de Fitzjames.— Richelieu y el barón de Ponterieder.— Richelieu y el príncipe de Lixen.— El conde de la Pailleterie y el marqués de Jon***.— Las señoras de Nesle y de Polignac.— El lóbulo de una marquesa.— El vizconde de Lectorieres.— El caballero de La Morlière y Pidatsat de Mairobert.— Poullain de Sainte-Foix.— El café Procopio.— Voltaire y el caballero de Rohan. 87
- XIV.— Un baile de máscaras.— El conde de Artois y el duque de Borbón.— El príncipe de Condé y el vizconde de Agout.— Una viudita.— Los tres duelos de Dorsant.— El príncipe de Nassan y el conde de Segur.— Los jóvenes del siglo.— El duque de

- Roncherolles y el rayo de luna de Rivarol.—Sedaine y el señor de la Ferté.—El marqués de Saint-Hurugue.—Ney.—El hombre del tafetán negro.—El duque de Brissac.—El señor de Marcelo 101
- XV.—La guerra en el Teatro Francés.—Roselli y Ribou.—Fleury y Dugazon.—Dugazon y Dazinecourt.—Florence y Larive.—Larive y Talma.—La guerra en la Ópera.—La Teodora y la Beaumenil.—El caballero de San Jorge y el arco Marion.—El caballero de Eou.—*Carlos IX.*—Talma y Naudet.—Barnave y Cazales.—Lametch y Castries.—El tribunal de casación.—Boyer y sus colaboradores.—Bouillé y Latour de Auvernia.—Latour.—Maubourg y el vizconde de Mirabeau.—Mirabeau y los caballeros sirvientes de su mujer.—El conde de Galiffet.—Beaumarchais.—Camilo Desmoulin 110
- XVI.—Gangeneuve y Jouveau.—Tres días de Abadía.—El decreto de amnistía de la Asamblea legislativa.—Ellevion y Bierville.—Los generales Destaing y Regnier.—Los duelos en el Imperio.—Casimiro Perier.—Los generales y Fournier.—Un duelo que dura diez y nueve años.—Los generales Oruano y Benet.—Un duelo que dura seis días 119
- XVII.—El Palacio Real.—El coronel Barbier Dufai y Raul***.—Un duelo en simón.—El coronel de Saint-Morys y el general Montelegier.—Martainville y el capitán Arnault.—El precio de dos bofetadas.—El general Foy y el señor de Corday.—El general Lafond y el señor de la Pomeraye.—Benjamín Constant.—Los señores de Montlosier y Forbin de Issarts.—En una butaca 129
- XVIII.—Versalles.—La fuente de los Suizos.—Rouen.—

- El terrible Z***.—Una cuestión de bigotes.—
 El conde de Boudy.—Un matamoros corregido.
 —Fayolle y Fayan.—El joven San Marcelino.
 —El duque de Berry y el señor de la Ferronnays.
 —Thiers en Clignancourt.—El vizconde de
 Noailles y el capitán de Bray.—Dos foragidos.
 —El pintor Garneray y el capitán Raynouard.
 —El general Gourgaud y el conde Felipe de Se-
 gur.—Beauport de Saint-Aulaire y el señor de
 Pierrebourg.—Dos actrices.—¿De quién es el
 perro?—Brutus Cazelle y Ferret.—Treints y
 Damarzid.—L*** y H***.—Roqueplane y Du-
 rré.—Un notario que conserva su dignidad.—
 Veledades de represión.—Dovalle y Mira.—
 Signol y el oficial de servicio en los Italianos . . . 138
- XIX.—1830.—Eugenio Briffant.—*El Corsario, La Tri-
 buna y El Aparecido*.—Godofredo Cavaignac,
 Marrast...—Armando Carrel y Roux-Laborie.—
 Dulong y el general Bugeaud.—Argout y Ca-
 bet.—El marqués de Dalmacia y el señor de
 Bricqueville.—Dornés y Legagneur.—Un abo-
 gado de Terrasson.—El doctor Vacquié y F***.
 —Luis Veillot, duelista.—Un marsellés y un
 tolosano.—David y Barthelemy.—Marcredati y
 Biffi.—Cómo se puede matar ó ser muerto, sin vi-
 vir ó haber vivido.—Un capricho arqueológico de
 Mery.—Romieu y un *vaudevillista* inédito.—El
 mariscal Soult y el general Hulot.—Capo de
 Feuillide y Víctor Bohain.—Gallois y Nestor Ro-
 queplan.—León Pillet.—Veron y Carlos Romey.
 —Bissette y Cicerón.—Veron y Roger de Beau-
 voir.—Cauchois-Lemaire y Raspail.—Fisquet y
 Chatelain.—Jacobo Coste y un oficial de policía.
 —Alejandro Dumas y Gaillardet.—Mary-Lafon
 y G***.—Hegesippe Moreau.—Otra vez Luis
 Veillot 148

- XX.—Choquart.—Su odisea.—Augusto Villemont.—Un hombre de malas pulgas.—Choquart bajo una manga.—El Turco del Renacimiento.—El ujier Mouton.—Un duelo á tizonazos.—Una carambola providencial.—Una sonrisa de Choquart.—Carmouche.—Un asunto arreglado.—Una bala en la cabeza..... 160
- XXI.—Aimé Sirey y Durepaire.—El teniente Balzac y el subteniente Maker.—Un granadero y Pagés.—G*** y D***.—Armando Carrel y Emilio de Girardin.—Capo de Feuillide.—Dos estudiantes.—Un duelo á puñetazos.—Un actor y un espectador. 170
- XXII.—Pía y Edmundo Texier.—Dos profesores de la Escuela de Derecho.—Una estocada á propósito de Justiniano.—El coronel Tallaudier y el comandante Parquin.—Pesson y Baron.—Dos abogados.—Mathier de la Redorte y Viennot.—Una Venus callejera.—Dos soldados.—Un coronel.—Un loro.—Funerales anticipados de un tratante en caballos.—Un duelo en Poissy.—Un comandante y un capitán.—Orden del día del ministro de la Guerra.—Dos miembros de la Sociedad de Beneficencia de Cambrai.—Los señores Lorois y de Sivry.—Duelo sobre el agua.—Enrique de T*** y el teniente P***.—Una costurera.—Los señores de Rovigo y de Saint-Pierre.—El asunto Lafarge..... 178
- XXIII.—Un famoso tirador.—El arzobispo de París y el obispo de Evreux.—Un oficial de artillería y un periodista.—El general Levasseur y el ex comandante Arrighi.—Lacrosse y Granier de Casagnac.—Duelo con navajas de afeitar.—Rovigo y Perréaux.—El duque de Uzés y el marqués de Calviere.—Proposición Dozon y Beauvallon.—Alejandro Dumas, orador.—Luis Blanc y Eugenio Pelletan..... 187

- XXIV.—Emilio de Girardin en la tumba de Armando Carré.—Una modista terrible.—Gen y Leo de Laborde.—Bourbousson y Raynaud.—Lagardette.—Goudchaux y el general Baraguay de Hilliers.—Edmundo Adam y el coronel Rey.—Dos inválidos.—Clemente Thomas y Coelogon.—Ledru-Rollin y Denfoy.—Dos canibales de la Sena Inferior.—Thiers y Bixio.—Berard y Brives.—Segur de Agnessean y Bertholon.—Proposición Gavini y Tailly.—Carlos Mauselet y Emilio Augier..... 202
- XXV.—Alejandro Weill y Lireux.—Testelin y Coislin.—Leo de Laborde y Richardet.—Schœlcher y Pecoul.—Roger (del Norte) y Francisco Bouvet.—Amadeo Achard y Fiorentino.—Carlos Blanc y Francisco Lacombe.—Clary y Valentín.—Augusto Dupont y Chavoix.—Dos sacerdotes y dos soldados.—Carlos Hugo y Carlos Viennot.—Bacciochi y Julio Lecomte.—Cournet y Lapierre.—El príncipe Carlos Bonaparte y Eduardo de Rossi.—Fernando de Ginestous y Aristides Ollivier.—Escande..... 210
- XXVI.—Alfredo Vieyra y Laury.—Pousard y Taxile Delord.—Duelo misterioso: dos oficiales extranjeros.—Un maestro de armas corregido.—Dos alumnos de la Escuela militar de Metz.—Enrique de Pene y C***.—Enrique de Pene y H***. 220
- XXVII.—Una costurera y una corsetera.—Naquet y Villemessant.—Lucas y Plunkett.—Chaine y Broustet.—Duelo náutico.—El marqués de Galiffet y el señor de Lauriston.—Duelo que concluye con un catarro.—Edmundo About y Vaudin.—El general Jousouf y Arturo de Fouvielle.—El teniente Lebrun y el teniente Mariton.—Carlos Mauselet y Teodoro Barriere.—Vuelta á atrás.—El príncipe de Ligué.—El estropeado

de la señorita X***.—Perpignan y el señor Carlos Maurice.—Dos arranques de Perpignan.—Un voto á la Virgen.—Un inglés en tierra.—Dos críticos.—S*** y A***.—Pierrot y Arlequín.—Balas perdidas *re encontradas* por un padrino y un notario..... 227

El duelo fuera de Francia.

- I.—*Alemania, Austria, Prusia, Baviera, Estados confederados, Suiza.*—Otón II y Geoffroi, conde de Anjou.—El conde de Waldo y el conde de Gero.—El gigante Rodinger.—Enrique III de Alemania y Enrique I de Francia.—Berenger, conde de Barcelona.—Wenceslao I y Radislao.—Federico, conde de Turingia.—El conde de Windischgratz y el conde de Schomborn.—Zabor y Stralenheim.—El gran Federico.—José II.—Las Universidades.—La emigración.—Montlosier y Ambly.—El barón Kind y el español Soria.—Salomón de Rotschild.—El duelista Luderf.—El teniente coronel conde de Kennaw y el barón de Luismar.—El barón de Trantmausdorf y el barón de Ropp.—La condesa Lodoiska de R***.—Scheweiser y Sarrazin.—El conde Próspero de Aubrée y el conde Gustavo de Blucher.—Verefkin y Goeler.—Tribunales de honor.—Un duelo judicial.—El barón de Denkhaus y el señor de Bounhart.—El príncipe de Latour y Taxis y el señor de Schnedt.—Un teniente de artillería que se niega á batirse.—Gastran y el doctor Braner.—Carlos de Bodelscheving y el refrendario J***.—Casimiro Brodnicki y Anselmo Zeenkowicz.—El código austriaco.—Hinckedey y Rochow..... 239
- II.—*América.*—Un espadachín que se echa atrás.—El conde de Carlisle y Lafayette.—Desenlace inesperado.—Egville y Stewart.—Una jugada de negro.—Mulato muerto al vuelo.—Las consecuencias de una bofetada que data de un año.—El capitán White y el coronel

Bellamy.—Un presbitero y un miope.—Brounangh y Naylor.—Dos amigos de la infancia.—Un error que cuesta caro.—El coronel Webb.—Cómo se venga James Gordon Bennett.—De la mano de un amigo.—Una precaución fúnebre.—Roberto Lee y Thomas Moore.—Hueston y Labranche.—Cocherau y May.—¿Dónde se detendrán?—Dos amigos, doce balas y treinta perdigones.—El senador Broderick y el juez Terry.—Dos diputados.—Medio sencillo de sustraerse á la ley.—El duelo en Groenlandia... 255

III.—*Inglaterra, Escocia é Irlanda.*—Edmundo II y Canuto I.—Godofredo Baynard y el conde de Eu.—Roberto de Montfort y Essex.—Viscomt y Roberto de la Marche.—Mac-Cormock y Mac-Gil-Patrick.—Freton y lord Holles.—El duque de Buckingham y el duque de Beaufort.—El barón de Banier y el príncipe Felipe de Saboya.—Lord Hervey y Pulteney.—La mano del caballero de Eou y la mejilla del señor de Guerchy.—El caballero de Eou y el caballero de San Jorge.—Garrick y Macklin.—Garrick y Giffard.—Adam y Fox.—Pitt y Tierny.—Canning y lord Castlereagh.—Los capitanes Boyd y Campbell.—El capitán X y Trevor.—O'Connell y Esterré.—Morgan O'Connell y lord Alvaney.—Lord Wellington y lord Winchelsea.—Sir Roberto Peel y el doctor Lushington.—Sir Roberto Peel y Hume.—Lord Castlereagh y Gerardo de Melcy.—Beaumont y el capitán Ellison.—Lord Cardigan y el capitán Reynolds.—A propósito de bigotes.—Roberto Bell y lord Tullamore.—John O'Connell y Lawlov.—Cournet y Barthelemy..... 276

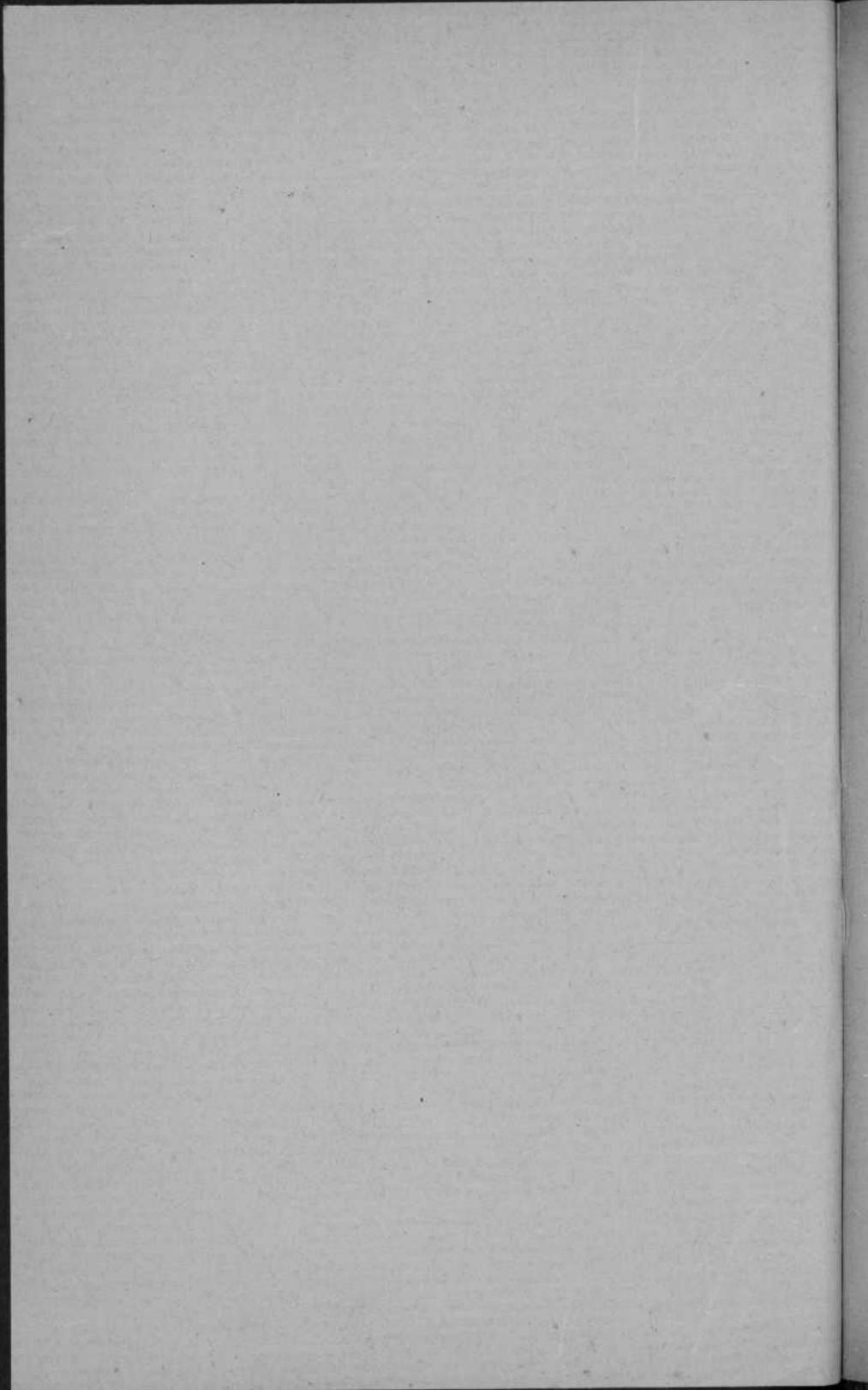
IV.—*Bélgica y Holanda.*—Jacotin Plouvier y Mahuot.—Carlos V y el conde de Boussu.—El marqués de Breanté.—Veinte contra veinte.—El señor Th*** y los tres hermanos de la señorita W***.—Gendevieu y Rogier.—Dos capitanes.—El barón de Tor-

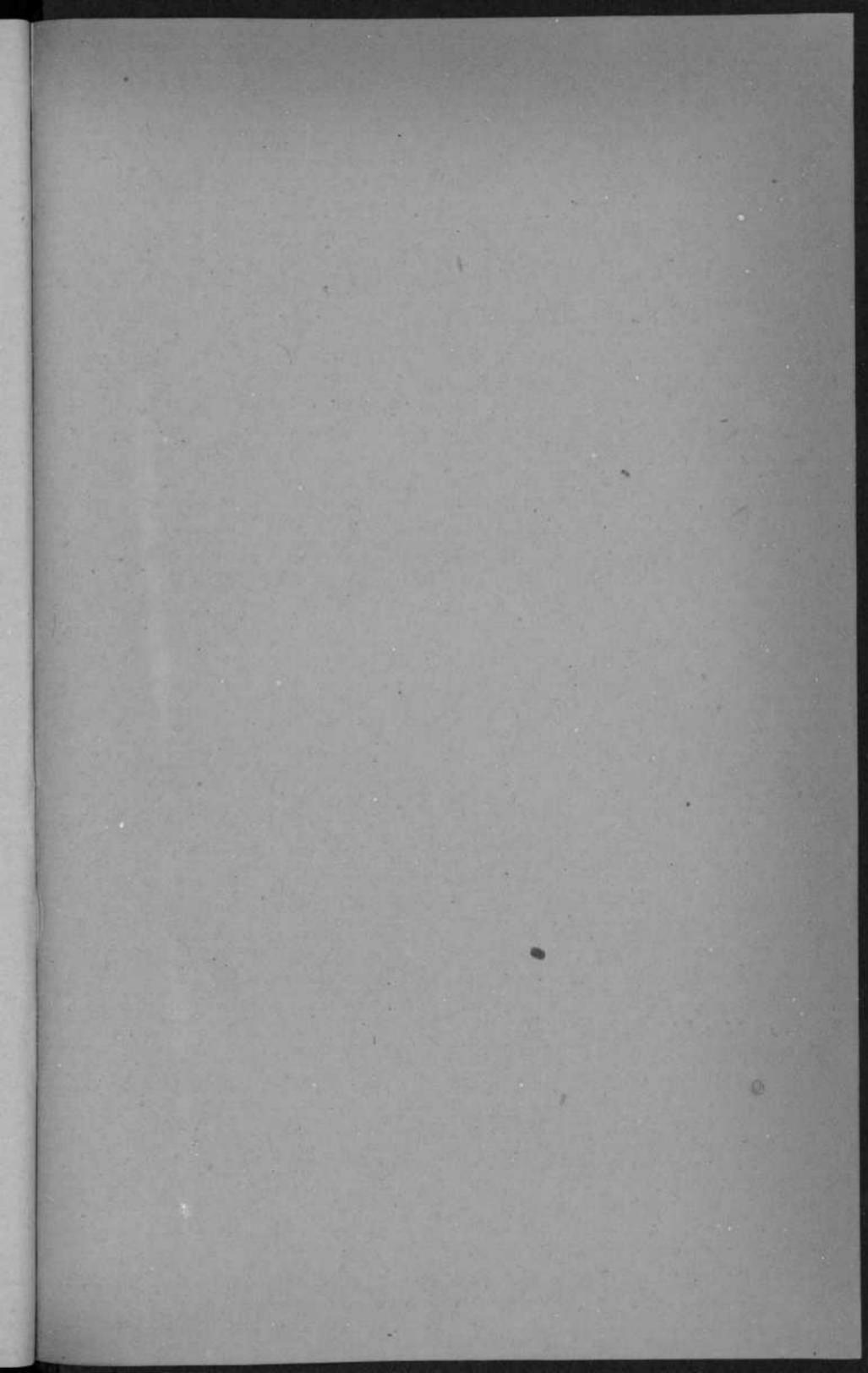
- naco y un capitán holandés.—Dos suboficiales.—
Un testigo que no yerra el blanco.—El capitán
Van Bolhuis y Van Lith.—Kant y Dutilleux. 293
- V.—*Italia*.—Adalulfo y Pittou.—Luitprando.—Carlos de
Anjou y Pedro III.—Un gentilhombre caprichoso.—El caballero Bayardo y D. Alonso de Soto-
mayor.—El puente del Po, en Turín.—Ama-
deo V y Humberto II.—Un gentilhombre que
burla á un rey.—El conde de Dolgorouki y el
barón Durand de Mareuil.—El general Excel-
maus y el conde de Beckendorf.—Lamartine y
Gabriel Pepe.—Buoux y Liguani.—Un enigma.—
Un abogado y un oficial.—Antonio Morani y
Baltasar Bonfiglio. 300
- VI.—*España y Portugal*.—La sultana Zoraida.—Cuatro
contra cuatro.—Una cuestión de breviarío.—Igna-
cio de Loyola.—Edictos contra el duelo.—El ge-
neral O'Donnell y el brigadier López.—Isnardi y
Sartorius.—Dos diputados.—González Brabo y
Ríos Rosas.—Dos manolas.—El tribunal de honor
de la prensa. 311
- VII.—*Dinamarca, Suecia, Noruega, Islandia, Rusia, Po-
lonia*.—Expediente para igualar el combate entre
los dos sexos.—Cristián V.—Gustavo II.—Golpe
teatral.—Un hijo de madama de Staël.—Ley
absurda.—Los poetas Gunlang y Rafu.—Pedro I.
—El general mayor Dolgorouki y el teniente
Zass.—Un duelo á cañonazos.—El conde Tolstoi.
—El teniente Miecznikowski y el subteniente
Stuart.—El poeta Ponschkine y el barón de Au-
thes.—Trece contra trece.—El conde Novosiline é
Ivan Savatchernick.—Ocho contra uno.—El bar-
ón Korf y Nabokof. 317
- VIII.—*Grecia, Turquia, Provincias Moldovalacas*.—A quién
mata más turcos.—S*** y B***.—El boyardo
Balsch y el conde Stolberg. 326

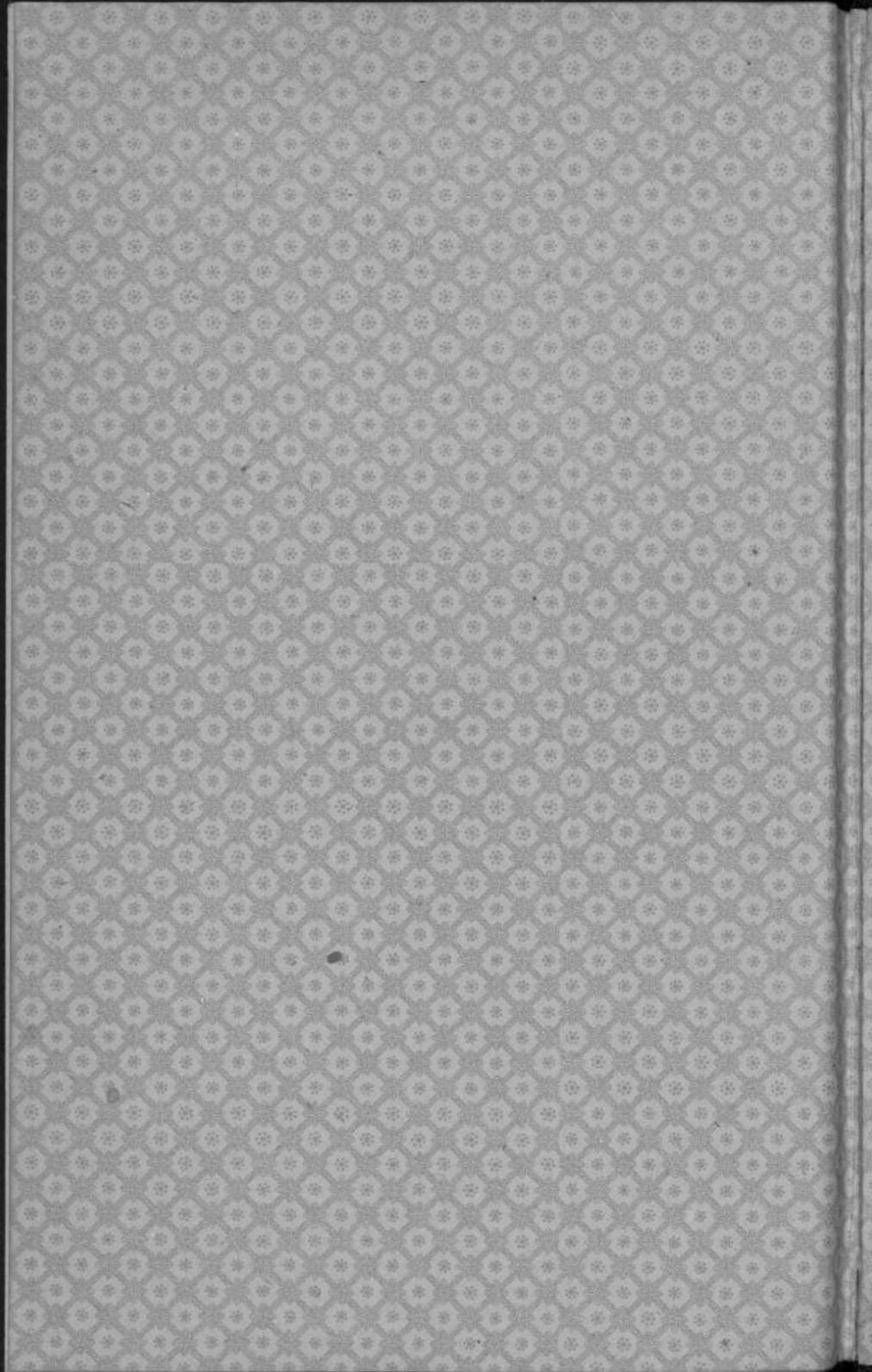
IX.— <i>Asia, China, Persia, Japón, Thibet, Indostán, África, Marruecos.</i> —Noble emulación.—La caldera de agua hirviendo.—El doctor Malcolmson y el capitán Urquhart.—El alférez de navío Huxam y el teniente White.—Mohamet y Maimón.....	329
---	-----

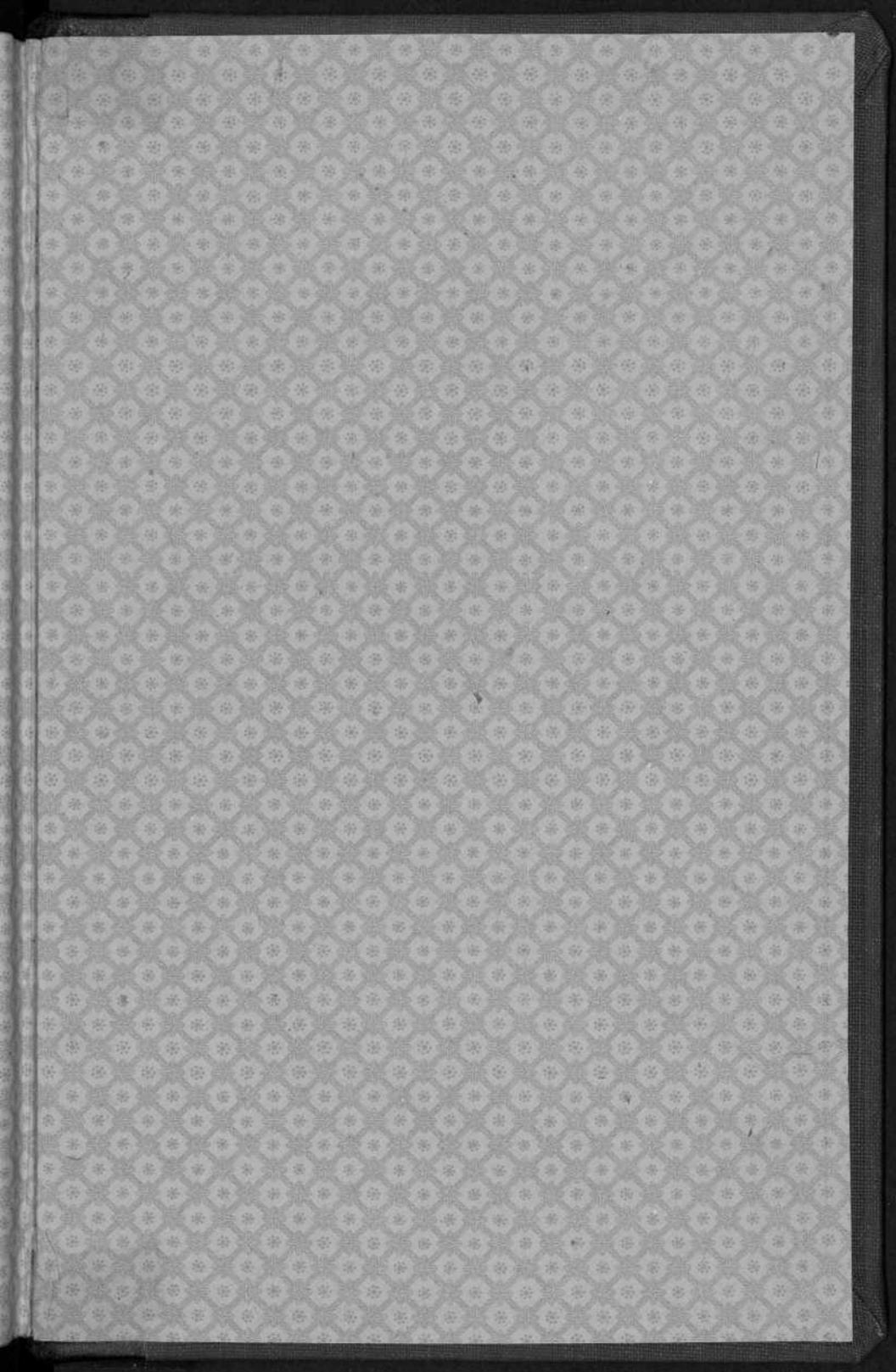
Epilogo.

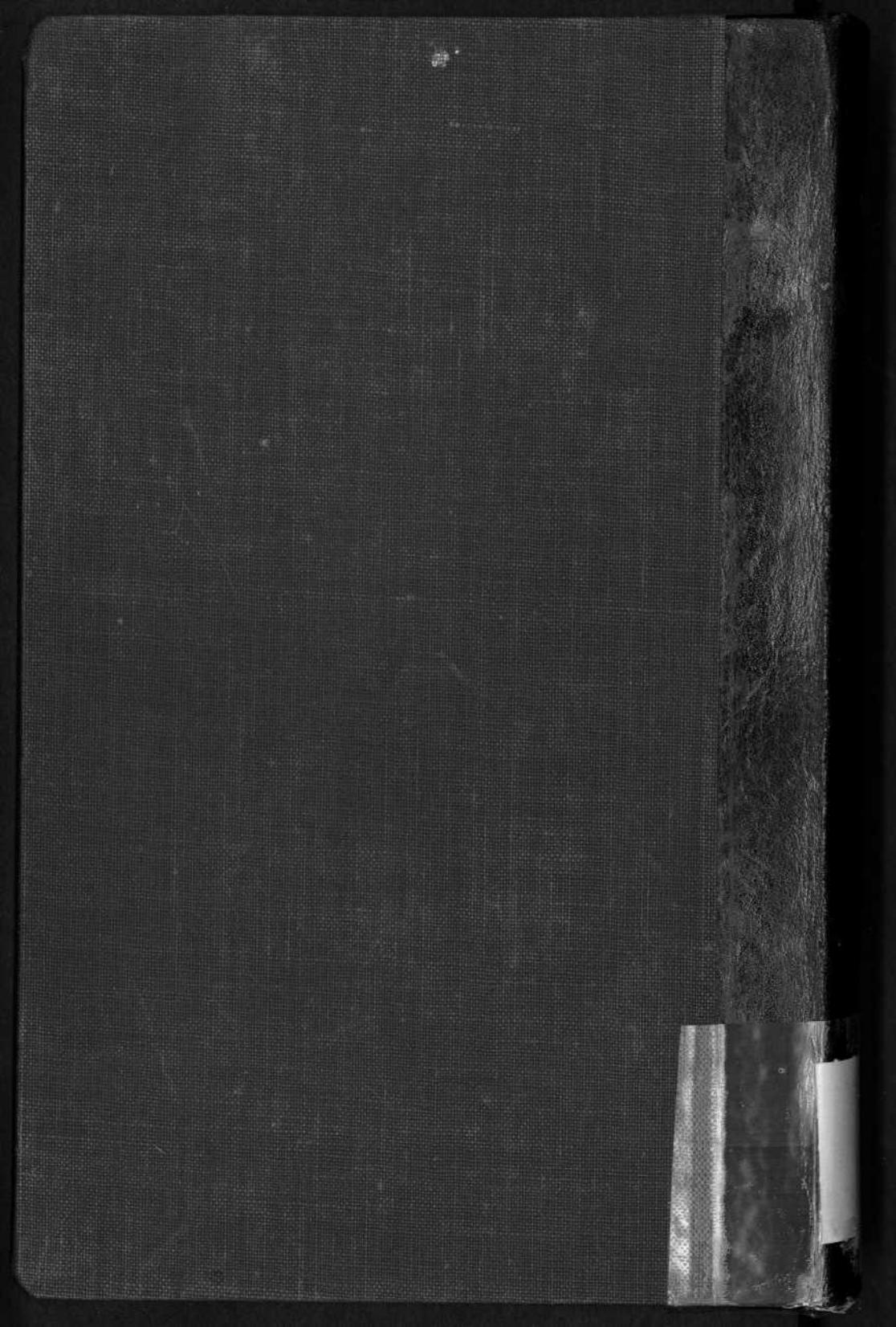
Lo que se ha dicho del duelo	337
------------------------------------	-----











COLONBY

EL DUELO

8

22494